

ANGÉLICA MADRID

Crónicas
del Reino
Oscura



CALIXTA



ANGÉLICA MADRID



©2024 Angélica Madrid.
Reservados todos los derechos
Calixta Editores S.A.S
Primera Edición Abril 2024
Bogotá, Colombia

Editado por: ©Calixta Editores S.A.S
E-mail: miau@calixtaeditores.com
Teléfono: (571) 3476648
Web: www.calixtaeditores.com
ISBN: 978-628-7631-84-7
Editor en jefe: María Fernanda Medrano Prado
Editor: María Fernanda Carvajal.
Corrección de estilo: Alejandra Ortega
Corrección de planchas: Jimena Torres Archila
Maqueta e ilustración de cubierta: David Avendaño @art.davidrolea
Diagramación: David Avendaño @art.davidrolea
Impreso en Colombia – Printed in Colombia
Todos los derechos reservados:

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño e ilustración de la cubierta ni las ilustraciones internas, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin previo aviso del editor.

Para el Dios de la vida.

Para Colombia, la tierra que inspiró esta historia.

PREFACIO

¿Qué quiere el hombre?

¿Un Dios? ¿un demonio?

¿Fama, fortuna, poder, belleza, placer, salud...

tal vez... inmortalidad?

¿Qué quiere el hombre?

Parece que solo quiere molestar.

CAPÍTULO I

Era 26 de julio y aún no volvía a casa. Había postergado de nuevo su regreso un par de semanas, consciente de su deber de regresar con prontitud a su tierra, para estar con su pueblo y con su padre. Sus ánimos eran escasos y los hechos recientes no se lo facilitaban. Caminaba meditando en estos asuntos, mientras transitaba por la calle San Pedro rumbo a la Torre del reloj, donde se encontraría con Rafael, para ultimar los detalles de su regreso, cuando advirtió la situación: en la esquina de la iglesia San Pedro Claver, un hombre espiaba a una joven que guardaba un fajo de billetes en su bolso. Una que otra persona o vehículo transitaba cada tanto, pero en ese instante, no había nadie cerca, salvo él, por su parte, el rufián parecía no percatarse de su presencia.

Este se escondía detrás de unas palmeras en el otro extremo de la calle, diagonal a ella; no obstante, acobijado por la soledad momentánea, se resolvió a avanzar. Miró a diestra y siniestra para no confiarse del todo en el azar, sacó del bolsillo derecho de su pantalón una navaja y dio unos cuantos pasos rápidos y sigilosos hacia ella.

—¡Cariño! —la llamó en voz alta, lo que atrajo su atención. Se apresuró a cruzar la calle—. Comenzaba a preocuparme —añadió mientras subía los escalones de piedra y besó el dorso de su mano derecha mientras que la veía por primera vez a los ojos—. ¿Por qué tardaste tanto? —alcanzó a pronunciar antes que aquel hombre, quien de cerca parecía bastante joven, pasara de largo con su ofensiva y retorcida marcha hasta perderse de vista al final de la calle.

—Lo lamento, señor. Está confundido, no lo conozco —Ella zafó con delicadeza la mano que él, en su sorpresa, aún retenía.

—¿Acaso no advirtió al hombre? Iba a asaltarla. Debería ser más cuidadosa con el manejo del dinero, no todos los lugares son seguros —la reprendió con torpeza, le temblaba la voz y el corazón le latía de forma descontrolada.

—¿Dice usted que iban a asaltarme? —preguntó con desconfianza.

—Así es, acabó de pasar a su lado. ¿Usted no lo vio?

—No. No lo vi.

—Una vez fingí ser su acompañante, se acobardó y huyó.

—¡Ah! Entonces se lo agradezco, que tenga una buena tarde —se despidió con cortesía y caminó alejándose confundida. El joven permaneció inmóvil, solo sus ojos la siguieron hasta que se detuvo frente a la colosal puerta roja de la iglesia San Pedro Claver. La joven levantó la mirada y retrocedió lo suficiente hasta contemplar por completo la majestuosa fachada.

—Es hermosa, ¿no lo cree? —Se acercó de nuevo y ella lo miró.

—Estoy de acuerdo.

—¿No le gustaría entrar?

—Claro que sí —contestó—, sin embargo, no creo que se me permita: parece que se celebra una boda y temo no estar vestida de manera adecuada —bajó la mirada hacia el modesto vestido color beige que usaba, cuyo largo y negro cabello cubría hasta la mitad. El joven sonrió. Hacía tiempo que no lo hacía.

—Me parece que no hay vigilancia que nos impida el ingreso —comentó mientras observaba en derredor—, además, ¿acaso no están las iglesias siempre abiertas para la feligresía?

—Es cierto —admitió con timidez.

Entraron al templo, se persignaron y caminaron en silencio varios metros hasta sentarse en la última banca. La mirada de la joven no estaba fija en ningún lugar: alternaba entre la arquitectura de la iglesia, el altar, la pomposa decoración, la llamativa vestimenta de algunos invitados, la pareja de novios y el sacerdote con acento paisa que oficiaba la ceremonia.

—¿No le parece desquiciada tanta suntuosidad para la celebración de un matrimonio que no durará ni diez años? —dijo de repente, ella volteó a verlo.

—¿Por qué lo dice? Si se casan es porque se aman —respondió, volvió enseguida sus ojos al altar y él la imitó.

—¿Amor? El amor es paciente, servicial, no es envidioso, ni es vanidoso, no se engríe, es decoroso, no busca su interés, no se irrita, no toma en cuenta el mal, no se alegra de la injusticia, sino de la verdad, todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta —murmuró con rapidez en un tono apenas audible para ella; con especial énfasis en la última palabra—. Esas son cualidades difíciles de encontrar —concluyó. Ella volteó a verlo, pero él no se atrevió a mirarla: se hubiera sentido obligado a darle una explicación.

Se pusieron todos de pie, el sacerdote comenzó la lectura del evangelio según San Marcos.

—En aquel tiempo se le acercaron a Jesús unos fariseos que, para ponerle a prueba, preguntaban: «¿Puede el marido repudiar a la mujer?». Él les respondió: «¿Qué os prescribió Moisés?». Ellos le dijeron: «Moisés permitió escribir el acta de divorcio y repudiarla». Jesús les dijo: «Teniendo en cuenta la dureza de vuestro corazón, escribió para vosotros este precepto. Pero desde el comienzo de la creación, Él los hizo varón y hembra. Por eso, dejará el hombre a su padre y a su madre, y los dos se harán una sola carne. De manera que ya no son dos, sino una sola carne. Pues bien, lo que Dios unió, no lo separe el hombre». Palabra de Dios.

—¡Gloria a ti, Señor Jesús! —exclamó la comunidad.

—Pueden sentarse. Hoy nos reunimos para celebrar la unión de Carla y Rodrigo, una pareja joven que ha decidido unirse en el sagrado sacramento del matrimonio, para compartir sus vidas desde ahora y hasta su muerte. Hoy Marcos nos habla en el evangelio de un precepto divino, muy antiguo, el de la unión del hombre y la mujer en uno solo (...)

Vinieron las acciones propias del sacramento: el escrutinio, el consentimiento, la bendición de los anillos. Los nervios entorpecían los movimientos del novio mientras que la novia luchaba para no arruinar el maquillaje con sus lágrimas. De repente, el joven se sintió hastiado al ver toda esta escena, y, sin referir palabra alguna a su acompañante, salió del templo. Al cuarto de hora ella salió.

—Creí que ya no estaría aquí —comentó al verlo de pie junto a la entrada. Tenía la mirada distraída y las manos cubiertas por los bolsillos de su pantalón. Para ese entonces, los alrededores de la iglesia y la plaza estaban concurridos por estudiantes, parejas, familias y vendedores ambulantes.

—¿Para eso retrasó su salida, para no encontrarme? —la cuestionó sonriente y ella no pudo evitar devolverle la sonrisa—. Mi nombre es Nicolás —Le extendió la mano.

—Lucía —respondió estrechándola con delicadeza—. Fue un placer haberlo conocido, Nicolás, pero creo que es tiempo de irme. Que tenga una feliz tarde —se despidió y antes que el joven tuviera la oportunidad de convencerla de lo contrario, avanzó hacia la plaza.

—¡Espere!, ¿por qué tiene tanto afán por irse? —preguntó dándose prisa para alcanzarla—. Ya se ha despedido de mí dos veces. ¿Acaso huye de mí?

—¿Por qué huiría de usted? —respondió con tranquilidad mientras avanzaba hacia la sombra más próxima.

—Dígamelo usted, ¿la he incomodado con mi presencia?

—Hace muchas preguntas, Nicolás —señaló con amabilidad. Ella era una mujer joven, de ojos negros, piel clara, estatura promedio y contextura saludable. Su fisionomía era el resultado de una interesante mezcla racial propia de su origen.

—Lo lamento. Es un defecto, ha de ser por mi oficio —se defendió el joven, quien, a diferencia de Lucía, tenía serias dificultades para mezclarse entre los locales; medía un metro ochenta de estatura, era rubio y tenía los ojos azules.

—¿Y a qué se dedica? —preguntó con interés.

—Hago parte del departamento de seguridad y defensa de mi país.

—¡Qué interesante! Supongo que está de descanso.

—No con exactitud, este viaje es parte de mi trabajo.

—No logro comprender cómo es eso posible, pero supongo que, en asuntos de seguridad, la discreción es fundamental.

—Está usted en lo correcto —admitió—. ¿Y a qué se debe su visita a este lugar?, ¿está de vacaciones? Esas fueron dos preguntas, ¡lo lamento! —agregó llevándose la mano al rostro, avergonzado. Ella sonrió ampliamente. El joven ya se empezaba a acostumbrar a su sonrisa.

—He venido a acompañar a mi hermano. Estamos aquí por negocios, en busca de nuevos destinos.

—Les deseo suerte en su empresa.

—Gracias.

—¿Y a dónde se dirige?

—Voy al hotel, está cerca de la Torre del reloj, ¿y usted?

—Es una grata coincidencia que también vaya hacia allá, ¿le molesta si la acompaño?

—No, en absoluto —confirmó y retomaron la marcha—. Debo confesarle que, aunque me es agradable pasear por lugares desconocidos, en este lugar no me he atrevido a ir más lejos por temor a perderme. Hay tantas calles, tantas personas, las calles atestadas de vehículos me asustan un poco —explicó, Nicolás se rio. —¿Se burla de mí?

—No, es solo que encuentro adorable su reacción. Es la primera vez que escucho a alguien hablar así. ¿Qué le parece si cambiamos de dirección y caminamos sobre las murallas? —propuso—. A esta hora el sol es más clemente, podríamos pasear sin temor a los vehículos y puedo asegurarle que le complacerá la vista al anochecer.

—¿No tiene usted un compromiso?

—Nada que no se pueda posponer, además, desde mi llegada, no he podido disfrutar de la ciudad.

—No sé si sea apropiado.

—¿Desconfía de mí? —le preguntó risueño.

—Debería, lo conozco hace menos de una hora —admitió sonrojada.

—Igual que yo a usted —La miró un par de segundos en silencio—. ¿Qué le parece si nos damos un voto de confianza? —propuso y le extendió la mano de nuevo. Se sintió avergonzado de sí mismo: era ya la tercera vez que pretendía tocarla.

—Estoy de acuerdo —respondió en cuanto estrechó su mano—. Confiaré en usted —Ambos sonrieron.

Se dieron vuelta, atravesaron la plaza rumbo a la iglesia y en la esquina doblaron a la izquierda por la calle San Juan de Dios. Avanzaron en tímido silencio hasta el final de la calle, donde subieron a las murallas por una pendiente de piedra.

—Debo suponer que no es la primera vez que visita este lugar —comentó Lucía.

—Así es —admitió deteniéndose en el puente rojo para observar el mar al final de las calles atestadas de vehículos a las que la joven había confesado temer—. Acostumbro a venir con frecuencia por mi labor.

—¿Y, eso le complace o le disgusta?

—En realidad, me es indiferente.

—A mí me parece un lugar hermoso, sin embargo, me gusta más mi tierra.

—¿De qué lugar proviene usted?

—De muy lejos —respondió nerviosa—. Posiblemente no lo conozca.

—Podría sorprenderla.

—Vengo de una isla al norte —contestó y retomó la caminata de inmediato para evitar más preguntas. Él lo comprendió. A la plática le siguió un incómodo silencio. Lucía temía decir algo incorrecto. Nicolás recordaba su hogar y a ella, a quien con empeño se había propuesto olvidar; le era inútil, pocos eran los recuerdos a los que accedía en los que ella no estuviera presente.

—Discúlpeme si actué con imprudencia, no puedo evitar tener curiosidad por aquello que le ocupa el pensamiento —comentó Lucía después de un rato, él la miró.

—Discúlpeme por ofrecerle mi compañía y a la vez estar distraído en otros asuntos.

—No tengo nada que disculparle. Le ruego a Dios que aquello que le arrebató la calma, lo abandone pronto.

—Se lo agradezco —respondió Nicolás, a quien hasta entonces sus divagaciones le habían impedido advertir la forma de hablar de la joven. Se comunicaba en español, pero el uso de sus palabras, en especial, su acento, daba la impresión que el español no era su lengua nativa, cansado de especular —añadió—. Intento dilatar un poco más mi viaje antes de volver a casa.

—¿Alguna razón en especial?

—No. Personas, conversaciones y situaciones que todavía me temo no estar preparado para enfrentar.

—No siempre se está preparado para enfrentar dificultades. La mayoría de las veces, Dios nos obliga a hacerlo.

—Tiene usted razón. Debería suplicar a Dios un plazo.

—Y yo intercederé por usted para que se lo conceda.

—Gracias —le mostró su alegría—. Es usted muy amable.

—Usted lo fue primero.

El tiempo pasó más rápido de lo que los dos lo hubieran deseado. Caminaron sobre la muralla hasta bajar por una pendiente en la calle de la Serrezuela donde se dirigieron a un restaurante ya conocido para Nicolás. Tomaron una bebida mientras él le platicaba a Lucía sobre lo que conocía de la ciudad; ella permanecía atenta a su relato y él encontraba agradable hablar con ella. El ambiente festivo del viernes colmó los alrededores del centro histórico; Nicolás pensaba a qué lugar invitarla, pero el Dios de los plazos lo sorprendió.

—¡No puede ser! Son las siete y cuarenta —exclamó Lucía al mirar por accidente el reloj de pulsera que llevaba—. ¡Es muy tarde! Debo irme. No le avisé a mi hermano, debe estar preocupado. Debo irme —añadió levantándose con rapidez.

—¡Espere! Permítame acompañarla, por favor —suplicó Nicolás, también de pie. Llamó la atención de uno de los meseros, puso más dinero del que debía pagar sobre la mesa y salieron del restaurante.

—Si se siente exhausta o tiene demasiada prisa podríamos tomar un taxi hasta su hotel.

—¿Tan rápido desea alejarse de mí? —bromeó Lucía.

—Yo quisiera que me acompañara toda la noche —contestó en un impulso. La joven se ruborizó.

—El lunes volveré a mi hogar —confesó—. Es poco probable que vuelva aquí y es aún menos probable que volvamos a coincidir —añadió, esto logró que los latidos del corazón de Nicolás se aceleraran.

—¡Vaya!, ¿no cree que sea muy pronto?

—No es una decisión que dependa solo de mí. Supongo que usted también deberá regresar a su hogar pronto.

—Tiene razón. Ahora me doy cuenta, Dios la ha utilizado a usted como instrumento para hacerme enfrentar mis asuntos pese a considerar no estar listo para ello.

—¡Qué amargo uso me ha dado el Señor!

—Ya lo creo —asintió, mirándola con pesar.

—¿Por qué no recorremos mañana el lugar? —propuso con entusiasmo—. Me encantaría subir al gran cerro del que me dijo que se podía ver toda la ciudad.

—Me parece una maravillosa idea —respondió Nicolás lo más alegre que pudo fingir.

Lucía llegó al hotel, Daniel ya interrogaba a la recepcionista. Hacía pocos minutos que había regresado de buscarla por todo el centro de la ciudad. Apenas la vio fue a su encuentro y la abrazó. Era un hombre alto, fornido y de piel trigueña; tenía el cabello lacio y castaño y los ojos cafés.

—¿Dónde estabas? —la reprendió y no pudo evitar levantar la voz—. Estaba muy preocupado por ti. ¿Acaso no teníamos un acuerdo?

—Lo lamento, hermano. Me distraje entre tantas cosas hermosas. ¡Mira lo que compré! Amanda los va a adorar —mintió enseñándole unos recordatorios que había comprado antes de conocer a Nicolás. Daniel la miró unos instantes y exhaló.

—Seguro que sí —Le acarició el rostro con ternura y no pudo conservar por más tiempo su enojo—. Dejémoslo en la habitación y vayamos a cenar.

A la mañana siguiente, Lucía despertó temprano, dejó sobre el nochera una nota en la que le informaba a su hermano que regresaría antes del atardecer y salió de la habitación sin que él lo advirtiera.

Había acordado encontrarse con Nicolás en la Torre del reloj, así que avanzó con confianza, ya conocía el camino. Al llegar, él ya estaba ahí. Vestía una camiseta azul que combinaba con el color de sus ojos, una bermuda y un sombrero de ala corta que a Lucía le pareció atractivo.

—Buenos días —la saludó cortés.

—Buenos días —Lucía acompañó el saludo con una cálida sonrisa.

—¿Cómo pasó la noche?

—La tarde fue mucho mejor —respondió en un impulso y de inmediato se avergonzó.

—Coincido plenamente con usted —reconoció Nicolás con alegría, para mitigar así los sentimientos de vergüenza en la joven—. Reservé dos lugares para un tour —continuó—, juzgué que era lo más conveniente, así conocería usted más lugares de la ciudad. Espero no le disguste el cambio.

—No, en absoluto.

—¡Me alegro! —expresó aliviado—. ¿Partimos ya?

Abordaron un taxi hasta la cafetería desde la cual empezarían el tour. Lucía iba distraída, observaba el camino por la ventana, mientras Nicolás se complacía en verla a ella. Usaba aquel

día un sencillo vestido largo color rosa pastel y cargaba sobre sus piernas una mochila artesanal. Pero no había duda, su cabello, intensamente negro, de hebras gruesas y largas, era lo que más captaba su atención.

El auto se detuvo, Nicolás le pagó al conductor y se bajó del vehículo con prisa para abrir la puerta de Lucía.

—¿Ha tenido ya la oportunidad de probar el café colombiano? —le preguntó una vez el taxi se marchó.

—En pocas oportunidades.

—¿Qué le parece si tomamos un café mientras esperamos el autobús? —propuso, la joven empezaba a sentirse avergonzada por tantas atenciones y pensó en negarse; sin embargo, no había desayunado y, por ende, sentía náuseas por el movimiento del taxi y por el olor a gasolina que se respiraba en el ambiente. La aliviaba el aroma y el ruido del mar que rodeaba el terreno—. La noto algo pálida, ¿se encuentra bien?

—Sí, solo estoy un poco mareada. No acostumbro a utilizar estos vehículos con frecuencia.

—Entonces será mejor que nos sentemos —le aconsejó y entraron al lugar. Una vez dentro, el olor de la gasolina se dispersó para dar paso al dulce y embriagante aroma del café—. ¿Se siente mejor?

—Sí, mucho mejor. Gracias.

—Estoy seguro de que podemos acusar su mareo al hecho de no haber desayunado, ¿o me equivoco?

—Siempre hace muchas deducciones —señaló.

—Castígueme Dios si me privo de ellas, pues entonces se podría ver amenazada su salud.

—Exagera —se rio Lucía—. Puedo cuidarme bastante bien y pese a no parecerlo, soy muy fuerte.

—Ya lo creo —cedió entre risas.

Después de desayunar y de referir algunas particularidades sobre el café, abordaron el bus turístico. Nicolás se sentó junto a ella. El recorrido tomó alrededor de tres horas. Lucía había llevado una cámara y no dejaba de fotografiar por doquier. Se detuvieron en el Castillo de San Felipe de Barajas, en el Convento de La Popa, en Las Bóvedas, en el Centro de Convenciones, en el Monumento a Los Zapatos Viejos, en la India Catalina, en el Teatro Adolfo Mejía, entre otros lugares más.

Durante su recorrido en el castillo, eran tantos los turistas, que Nicolás y Lucía se encontraban con frecuencia separados, pese a los intentos de ambos por acercarse; sin embargo, una vez la alcanzó, el joven la tomó de la mano y la haló con delicadeza hacia él.

—Espero no le incomode —comentó. Ella enmudeció y él se cuidó de no volver a soltarla.

En el cerro de la Popa, visitaron la iglesia y el convento. Los jóvenes permanecían tomados de la mano y debido a las sonrisas frecuentes, a los gestos amables y a las atenciones que tenían el uno para con el otro, nadie podía haber sospechado que no se trataba de una pareja.

—Esta ciudad me parece demasiado contradictoria y debo confesar que, en ocasiones, salvo por la historia que esconden algunos lugares, me resulta desagradable —Lucía observaba el paisaje urbano rodeado por el mar azul.

—¿Qué es lo que la contradice?

—La opulencia de unos lugares, respecto a la arquitectura y descuido de otros. Me es difícil pasar por alto ver personas en la mendicidad, el trato que algunos les dan a los animales, en especial, a los caballos destinados para los carruajes; el olor que emiten tantos vehículos, el

terrible ruido que provocan y todo esto solo consigue sofocar la tranquilidad característica del mar.

—Quisiera no estar de acuerdo con usted, pero no puedo contradecirla; por el contrario, podría referirle aspectos que podrían disgustarla aún más.

—De no ser por usted, no me habría aventurado a conocer más de lo que ya conocía. En verdad, aprecio su compañía —Le dedicó una sonrisa y él se la devolvió.

—¿Les tomo una instantánea? —les preguntó un local, obligándolos a voltearse.

—¿Disculpe? —preguntó Lucía confundida.

—Se refiere a una fotografía instantánea. Nos la entrega minutos después de tomarla —explicó Nicolás—. ¿Qué dice usted?, ¿qué le parece una fotografía en una ciudad tan contradictoria? —La miraba entusiasmado, a la espera de su consentimiento. Ella aceptó, incapaz de negarse a las demandas de su compañero de viaje.

—Bueno, acérquense más y sonrían —les ordenó el hombre de mediana edad. Nicolás dejó de estrechar la mano de Lucía y la pasó por su espalda hasta oprimir con suavidad su brazo derecho, intentaban ubicarse de la manera menos incómoda posible para ambos hasta que el sonido de la cámara los distrajo y los hizo dejar de mirarse—. ¡Qué pena!, ya les tomé una foto sin queré', ahora les tomo una buena y ustedes la miran y ahí negociamos —dijo al sacar una foto de la cámara y colocarla sobre una silla blanca de plástico que estaba a su lado—. ¡Ahora sí! Miren pa' acá y sonrían.

Les mostró ambas fotos, la joven apenas pudo disimular su asombro: nunca antes se había sacado una fotografía a color y fue sorprendente advertir la forma en que brillaban sus ojos al observar a su acompañante.

—Conservaremos las dos —decidió Nicolás sonrojado.

En Las Bóvedas, Lucía compró cuanto llamaba su atención. Recorrieron varias tiendas por insistencia suya. Nicolás, quien no estaba interesado más que en complacerla, la acompañaba sin quejarse, incluso le mostraba objetos que había pasado por alto y que pensaba que podrían gustarle. Siempre acertaba.

—Yo pago —dijo en una ocasión.

—De ninguna manera. Ya he dejado que costee varios gastos —replicó Lucía mientras sacaba el dinero de su bolso—. Además, son solo míos —añadió, él sonrió sabiéndose vencido.

Alrededor de medio día estaban libres, no tenían ningún otro plan. Se acercaron a un cesto de basura para deshacerse de los recipientes vacíos de los dulces típicos que habían comprado y de las botellas plásticas. La joven no quería despedirse de él, no quería dejarlo ir, pensaba en que no lo volvería a ver y una angustia peregrina se apoderó de su ser.

—¡Vayamos al Oceanario! —propuso Nicolás como si estuviera al tanto de los sentimientos de Lucía—. Podemos almorzar un plato típico y disfrutar del contradictorio paisaje. He escuchado que es un lugar hermoso, y por supuesto, nos permitirá posponer la melancólica despedida que ninguno de los dos quiere enfrentar —Ella aceptó.

El viaje en lancha hasta las islas del Rosario duró alrededor de cuarenta minutos. Los jóvenes no se separaron, aunque no iban tomados de la mano, Nicolás se desenvolvía con soltura entre los locales mientras que ella empezaba a preocuparse de lo lejos que había llegado en tierras extranjeras, pensaba en su hermano, quien no sabía dónde estaba y la inquietaba la idea de no volverlo a ver.

—Creí que disfrutaría más el viaje —Nicolás rompió el silencio al llegar al Oceanario.

—Lo lamento, es solo que estoy muy lejos de casa —confesó. Él apenas logró escucharla en

medio de las voces de expectación de las personas que veían con asombro cuanto había a su alrededor.

—Podemos regresar si lo desea —propuso preocupado. Ella se acercó al borde de la barandilla a contemplar a los delfines que nadaban en el agua cristalina. Él se acercó a ella.

—No fue sencillo convencer a mi hermano de salir de donde estábamos. Supongo que el temor hace parte de la aventura —comentó después de un rato.

—Pero regresará pronto.

—Así es, todo viaje tiene su fin.

—No tiene por qué ser así, podría quedarse unos días. Yo la acompañaría, si me lo permite.

—Eso dilataría aún más su regreso —respondió ella al regresar su mirada hacia el joven—. ¿De qué escapa? —se atrevió a preguntarle.

—¿De qué escapa usted?

—Me parece que yo pregunté primero.

—De un amor no correspondido y supongo que, de la muerte. ¿Y usted?

—De la oscuridad que me mantiene a salvo.

—Eso no es muy específico.

—El lugar de donde vengo no es muy seguro —intentó explicar—. Mi familia... era pequeña y en ese entonces ocurrió algo terrible, desde aquella ocasión mis hermanos y yo hemos vivido escondidos, a veces creemos estar a salvo; pero después de años, estar a salvo resulta insuficiente, ya no solo quieres estar viva, también quieres vivir —confesó conmovida.

—¿Y por qué regresa entonces? —preguntó preocupado.

—Porque este no es el lugar adecuado para nosotros —contestó y se separó de la baranda—. ¿Damos un paseo? —La conversación había terminado.

Desde entonces la plática se encaminó a cuestiones triviales. A Lucía le sorprendió la poca vestimenta que utilizaban la mayoría de las personas, mientras que Nicolás procuraba apartar la vista de los cuerpos casi desnudos de algunas mujeres. Lucía siguió tomando fotografías durante su recorrido, almorzaron comida de mar y la tristeza de los jóvenes se convirtió de nuevo en entusiasmo.

Hacia las cinco de la tarde estaban de regreso en el muelle en Cartagena. Nicolás detuvo un taxi y le indicó ir hacia la Torre del reloj, pero ya estando cerca, Lucía le pidió al conductor que los dejara en la Iglesia San Pedro Claver.

—Me parece justo que termine nuestro encuentro en el lugar donde nos vimos por primera vez —explicó en cuanto se bajaron del vehículo.

—Venga conmigo. Yo puedo protegerla —expresó, lo cual tomó por sorpresa a la joven.

—¿Qué es lo que dice!

—No estaré en paz si permito que se vaya después de lo que me ha confesado.

—No puedo dejar a mis hermanos —respondió conmovida.

—Sus hermanos pueden venir también. Le prometo que no volverá a vivir con miedo —insistió y, acercándose a ella, la tomó de las manos. Aquello era lo más cerca que se habían permitido estar después de la fotografía.

—Lo lamento, pero no puedo aceptar su propuesta —respondió aún más conmovida y, con suavidad deslizó sus manos de las de Nicolás. Él no se resistió a soltarla. Quiso insistir todavía más, acordar una fecha para un próximo encuentro, aunque no volvería a Cartagena en años; tenía que dejarla ir. Miró al templo y sintió una terrible angustia.

—Entonces será Dios quien decida si coincidimos de nuevo —dijo con dificultad. Sentía un

nudo en la garganta.

—¡Que así sea! —respondió con los ojos llorosos. Después, como si se acordara de algo repentinamente, empezó a buscar en su mochila—. Le obsequio esto como un recuerdo de este viaje —dijo extendiéndole un pequeño barco ornamental y una pulsera artesanal.

—Gracias. Me apena no tener algo para usted.

—Estaré complacida si me obsequia una de las dos fotografías que nos tomamos en el cerro.

—Por supuesto, lo había olvidado —dijo alegremente y buscó en su bolso hasta encontrar las fotografías—. ¿Cuál de las dos desea conservar?

—No lo sé.

—¿Prefiere que elija yo?

—Deme un segundo —respondió, Nicolás sonrió.

—Ambos queremos esta —señaló la primera foto que había tomado aquel hombre. Ella se ruborizó—. Consérvela usted, yo forzaré mi mente a recordar su mirada con fidelidad.

—Gracias —no había nada más por decir, era el momento del adiós—. ¡Que encuentre el amor, Nicolás! —dijo la joven lo más tranquila que sus emociones le permitieron; el joven besó el dorso de su mano derecha.

—¡Que sea libre! —se despidió y soltó su mano, lo cual permitió que Lucía tomara el camino de regreso a su hotel. Él se dio vuelta y siguió su camino por la calle San Pedro por donde había salido la primera vez que la vio, cada paso lo hacía más consciente, quizá, nunca más volvería a verla.

CAPÍTULO II

Lucía y Daniel atravesaron el portal de regreso a casa, Julián y Felipe ya se encontraban ahí. Julián era casi tan alto como Daniel, tenía la piel trigueña, sus cabellos eran lacios y negros, como sus ojos; en cambio, Felipe, era más joven, tenía la piel morena y era de cabellos negros y rizados. Tanto era el entusiasmo por su regreso que los abrazaron como si se hubieran separado seis años, no seis días. Aligeraron la carga de los recién llegados y se pusieron en camino a la cabaña.

Encontraron a Isabel sentada en la mesa de la terraza, leía con detenimiento el periódico local de semanas atrás. Era la más alta de las hermanas, el parecido con su hermano era llamativo: rubicundos, pecosos y de ojos verdes.

—¡Mira tu piel! —exclamó, dejó el periódico en la mesa y caminó hacia Lucía—. ¿Qué te sucedió?

—Creo que me expuse con demasiada libertad al sol.

—Como si exponerte con demasiada libertad no fuera propio de ti —comentó, Lucía lo pasó por alto, como de costumbre, y la abrazó.

—¡Lucía! —llamó Amanda, era una hermosa rubia de ojos grises, se acercaba con prisa para abrazarla—. Me alegra que ya estés aquí. No te sienta mal algo de color —añadió acariciándole el rostro. Miró a Daniel y fue a abrazarlo—. No saben lo feliz que estoy porque estén de vuelta. Felipe y yo les preparamos un almuerzo delicioso.

—Nosotros también les trajimos obsequios —dijo Lucía contagiada por el entusiasmo de su hermana—. Te traje unas telas preciosas, Amanda y a ti, Isabel, unas pulseras bellísimas, y traje unos ornamentos. Tengo también las fotografías a color de todos los lugares que visitamos.

—Seguro fue un gran paseo —interrumpió Alejandro, el hermano de Isabel, que salía de detrás de la cabaña—. Entonces, ¿nos podemos ir de este maldito lugar de una vez por todas?

Nicolás meditaba sobre lo que le deparaba a su regreso. Había dicho a cuantos les extrañaría su ausencia que iba a retirarse a orar por sus nuevas responsabilidades al Monasterio de los Franciscanos, ubicado a las afueras de la ciudad de Andalucía. Solo su familia y el Consejo estaban enterados de su estancia en el mundo exterior, la cual había extendido de forma voluntaria e irresponsable por siete meses.

Después de despedirse con tristeza de Rafael, entró al portal y en menos de un segundo apareció en el túnel. Agustín y Luis lo esperaban de pie junto al tren, apenas lo vieron acercarse inclinaron la cabeza hacia delante. El primero, un hombre en sus treinta, de vestimenta elegante, alto, corpulento y de piel morena, era el supervisor; y el segundo, un veinteañero de buena apariencia, recién graduado de la Academia Real, tenía el oficio de mensajero. Después de un cordial saludo, caminaron hasta el último vagón. Luis abrió la puerta para permitir que Agustín y Nicolás entraran y luego de cerrarla, se dirigió a encontrarse con el maquinista.

Nicolás se desvistió antes de entrar al cuarto de baño para la respectiva desinfección. Después caminó al siguiente vagón que estaba adaptado como un consultorio donde aguardaba Agustín, quien además era médico. El joven le entregó un anillo plateado que portaba en una cadena y el hombre lo guardó en un estuche para dar paso a los exámenes físicos de rigor y a la toma de muestras. Acto seguido, Nicolás abrió sus maletas y desinfectó los objetos que había traído, en presencia de Agustín; tomó la pulsera que le había obsequiado Lucía, se la colocó en la muñeca

izquierda, y la cubrió con la manga de su camisa. Luego se dirigieron al segundo vagón, donde se encontraron de nuevo con Luis y con Leonardo, el maquinista, cuyos rasgos físicos y de carácter eran similares a los de su hermano, Agustín. Su saludo inicial fue igual que el de sus compañeros, pero Nicolás, ya desinfectado, rompió la formalidad y los abrazó a todos.

—¡Su alteza! —lo saludó Fray Alonso, un monje muy entrado en años, lo vio bajarse del tren—. ¡Qué alegría que esté devuelta en la isla! —añadió. Nicolás caminó hacia él para abordar el elevador, se acercó y le arrebató afanosamente las maletas que tenía en las manos pese a los achaques de su edad y a las insistencias de Nicolás de cargarlas él mismo.

—Permítame servirlo, joven, debe estar exhausto por el largo viaje. Todos estarán muy contentos de verlo otra vez —comentó—. ¿Le apetece algo en especial?

—Dudo que cualquier cosa que me ofrezca pueda superar tan cálido recibimiento —respondió y posó su brazo sobre los hombros del anciano en un fraterno y cariñoso abrazo. El fraile se rio.

—Me alegra que el mundo exterior no haya alterado su espíritu —dijo ya en el elevador con Nicolás.

—¡Qué cosas dice!

La recepción de los franciscanos siempre era muy amena. Ellos habían sido custodios del secreto del túnel desde hacía más de dos siglos y pese a estar dispuestos a defenderlo con su vida, jamás curioseaban sobre lo que veían afuera, en realidad, solo les alegraba que los visitantes, como se había nombrado a quienes viajaban al mundo exterior, regresaran bien.

El rey envió un auto al monasterio apenas el superior llamó a informar de la llegada de Nicolás, o, mejor dicho, de su salida. El joven experimentó una sensación de nostalgia al abordar el vehículo: pensó en que debió haber sido más insistente con Lucía, le preocupaba que no estuviera a salvo, sin embargo, ya no había nada que pudiera hacer, él era un patriota empedernido y no podía evadir para siempre sus responsabilidades como príncipe.

Era de noche al llegar al Fuerte. Uno de los guardias abrió el portón de la entrada principal y el auto atravesó la muralla rumbo al palacio. Pudo ver a su derecha el establo, donde lo esperaba Valiente, su caballo predilecto. El paisajismo del interior del Fuerte lucía prodigioso aún bajo la tenue luz de la luna. El joven lo contemplaba distraído hasta que el auto se detuvo frente al atrio, donde Azucena esperaba su atrasado regreso.

—¡Nicolás! —gritó una mujer alta y de ojos verdes, cabello castaño y vestiduras elegantes que se complementaban con joyas de gran valor—. Me alegro que por fin hayas vuelto —Lo abrazó con fuerza.

—Tenía que volver algún día —respondió resignado.

—Temí que no regresaras.

—Ya estoy aquí.

—Agradezco a Dios por ello. ¡Ven! —dijo y lo haló del brazo hacia el interior del palacio—. Padre está esperándote en su estudio.

Nicolás caminó del brazo de su hermana por el amplio corredor hacia el último salón a la vista, cuya puerta permanecía entreabierta. El rey estaba sentado en su sillón con un libro en las manos y la mirada apagada puesta en el estante frente a él. Era un hombre de mediana edad, de cabello castaño y ojos verdes, como su hija; tenía vello en la mitad inferior del rostro, este le daba la apariencia de un carácter confiable y sabio. Era respetado en todo el reino y no solo por su alta jerarquía, era un hombre virtuoso y justo.

—¡Padre! —llamó Nicolás al verlo. Azucena permaneció en la entrada para contemplar con

regocijo tan amoroso encuentro.

—¡Nicolás!, ¡hijo mío! ¡Ven aquí! —exclamó el rey al dejar el libro sobre el escritorio e ir hacia él con los brazos extendidos.

—¿Cómo ha estado su salud, padre? —preguntó el príncipe separándose de su abrazo para observar su rostro.

—No mejor que la de cualquier hombre de mi edad.

—Usted goza aún de mucho vigor.

—¡Bah! Mis huesos solo andan porque Dios así lo quiere.

—No diga eso, padre.

—No digo más que la verdad. Cuéntame, ¿qué tan provechoso fue tu viaje?

—Hay mucho para discutir.

—Bien, lo haremos en su momento —El brazo derecho del monarca descansaba sobre los hombros de su hijo y dejaba expuesto el grueso anillo dorado que portaba—. ¡Vayamos a celebrar tu regreso!

Se dirigieron todos hacia el comedor en la parte posterior del palacio. Sebastián estaba sentado frente al piano y tocaba una suave melodía de su propiedad. Eran tan alto como su hermano, aunque físicamente muy parecido a su madre: cabello castaño y ojos cafés.

—¡Nicolás, hermano! —exclamó al verlo entrar a la habitación y se levantó para recibirlo con un abrazo—. Es bueno que estés de vuelta. ¿Cómo estuvo tu viaje? —preguntó separándose de su abrazo.

—Mejor de lo que esperaba.

—¿Por eso no querías regresar? —El joven sonrió, pues se acordó de Lucía y, con dicho recuerdo, volvió el pesar.

La semana siguiente a su regreso, a Lucía se le dificultaba ocultar su tristeza: pensaba que lo sucedido con aquel joven pudo haber sido la primicia de un bonito amor. Nada más recordar su mirada, su sonrisa, sus ojos, su mano estrechada en la suya, producían en ella una mezcla de nervios y alegría. Después de lo discutido sobre aquella ciudad, los hermanos decidieron no volver allí nunca más a excepción de si su vida peligrara, lo que los dejaba de nuevo donde estaban: en medio de la selva.

—Parece que el viaje no fue una buena idea —Julián se sentó a su lado en una banca frente al improvisado gimnasio que habían construido en la parte izquierda del terreno—. Si hubiera sabido que volverías más triste que al irte, me hubiera opuesto mucho más a tu partida —añadió.

—Es difícil fingir ante ti.

—Es que te conozco muy bien, ¿qué viste allá que te decepcionó tanto?

—No es decepción lo que siento.

—Entonces, ¿qué es?

—Sucedío algo en aquel lugar que me avergüenza decirte. No es que hubiera cometido un pecado mortal, pero tampoco me enorgullece referirlo.

—Sabes que estoy interesado en todo lo que tenga que ver contigo —La animó.

—Conocí a un joven —empezó con timidez—. Su nombre es Nicolás. Nos vimos por primera vez el viernes por la tarde, paseamos un par de horas y al día siguiente acordamos vernos de nuevo. En la mañana, hicimos un recorrido por la ciudad en un autobús gigante junto con un grupo de turistas: fuimos al gran cerro y a muchos otros lugares y después, decidimos ir a la isla que aparece en las fotografías. Fue amable y respetuoso todo el tiempo y me sentía alegre y en paz con él. Se hizo tarde y nos tuvimos que despedir, me pidió que me fuera con él a su hogar,

por supuesto que no acepté, no los dejaría de ninguna manera; sin embargo, decirle adiós, fue doloroso, desgarrador. Todavía me cuesta poner en palabras lo que sentí, lo que siento en este momento, supongo que pronto no será más que un sueño y mi memoria tan débil borrará sus recuerdos de mi mente. Nunca más lo volveré a ver —El corazón de Julián estaba agitado y no sabía qué responder. Miró a lo lejos por un momento y luego volvió su mirada hacia ella con alegría, como siempre.

—¿Así que un joven es el motivo de tu tristeza? —se burló. Ella sonrió.

—Por un momento creí que me desaprobabas. ¡Estoy tan aliviada!

—Debiste ser más precavida.

—Lo sé, pero al estar con él no pensaba con claridad. No sé si lo has sentido, es como una confianza ciega e inexplicable que sientes por alguien más.

—Sí, lo he sentido.

—¿De verdad?, ¿por aquella joven de La Arboleda?

—Sí.

—Entonces entiendes mi aflicción. Somos jóvenes, no vamos a vivir aquí por siempre. ¿No deseas casarte y conformar una familia? Yo deseo salir con más libertad, quizás pueda encontrar un empleo como docente o como retratista. Es que debe haber más para nosotros que esto. Todos merecemos más.

—Claro que sí.

—¿Y qué se supone que debo hacer ahora?, ¿cómo convengo a Daniel?

—Ya hallarás la manera —La besó en la coronilla y se marchó a la cabaña. Lucía tenía sobre sus piernas el periódico y lo tomó en sus manos por quinta vez; era el que Isabel leía cuando llegaron de la ciudad. Anunciaba que el sábado siguiente, 3 de agosto, el hijo menor del rey visitaría La Arboleda, una provincia de San Francisco de Asís, como parte de su recorrido por el nombramiento como el nuevo jefe de la Guardia Real. Isabel había rayado su rostro con un bolígrafo, pero en el pie de foto aparecía su nombre: Nicolás Maxwell Olivera. La joven se levantó y corrió a buscar a Felipe, tenía una idea. Lo encontró en la huerta que estaba en la parte posterior de la cabaña, cortaba unos limones y susurraba una vieja canción de su tierra, que trataba sobre las mujeres y el mar.

—¿Hasta cuándo leerás ese periódico? —la cuestionó al verla.

—Será en La Arboleda, pasado mañana. No está muy lejos de aquí.

—Sé lo que piensas.

—¿Y qué dices?, ¿vendrás conmigo?

—¿Por qué quieres ir? Es muy arriesgado.

—Tú sabes porqué.

—¡Ya deja eso! Seguramente será otra decepción.

—¿No crees que debemos darle una oportunidad? Esta es nuestra tierra.

—Digámosle a Daniel y a los demás, como debe ser.

—¡Olvidalo! No dejarán que vaya de nuevo —respondió frustrada—. Daniel no me dará permiso para salir nunca más después de lo de Cartagena.

—Estamos a un día de camino, Lucía —intentó convencerla.

—Por eso debemos irnos mañana, apenas amanezca, para que podamos llegar a la provincia al anochecer.

—Está bien, iré contigo, pero le dejaremos una nota a Amanda para que sepan dónde estamos.

El terreno alrededor de la cabaña tenía un área aproximada de seiscientos metros cuadrados. A la derecha había un gimnasio, a la izquierda un gallinero y en la parte posterior una huerta generosa. La cabaña estaba construida con madera y tenía dos niveles y un ático. Al entrar en el primer nivel, se podía observar un amplio corredor que daba a la puerta trasera. En el lado derecho estaba el comedor y la cocina, y del lado izquierdo, dos habitaciones grandes que los hermanos acomodaron como sala de estar y biblioteca respectivamente y al final, el cuarto de baño. El segundo nivel estaba dividido en cuatro habitaciones. Daniel compartía habitación con Felipe, Julián con Alejandro, Lucía con Isabel y Amanda tenía una pequeña habitación para ella sola, que estaba repleta de recortes de tela e hilo y parecía más un taller de costura.

La cabaña no tenía electricidad, por lo cual los jóvenes procuraban mantener velones de reserva. El baño funcionaba con una fosa séptica, cocinaban a leña y el agua que utilizan era recogida de un arroyo que pasaba a unos diez metros del terreno. Acostumbraban a cenar todos juntos durante el crepúsculo. La cena, con frecuencia, era silenciosa, a no ser por uno que otro comentario referente a la comida. Daniel seguía enojado con Lucía, así que evitaba encontrarse con su expresión afligida para no verse tentado a consolarla.

—Comer bajo la luz de una bombilla debe ser una experiencia agradable —comentó Amanda.

—Lo es —afirmó Lucía—. En Oscuro hay electricidad.

—Se acabaron las expediciones —se anticipó Daniel. Isabel rio con disimulo y miró a Lucía para divertirse con su frustración.

Una vez acabada la cena, Lucía y Amanda recogieron los platos de la mesa y fueron a lavarlos a la cocina, era su turno.

—No le hagas mucho caso a lo que dice Daniel. Él solo quiere protegernos a todos.

—¿Tú eres feliz aquí? —le preguntó y dejó de fregar los platos con la esponjilla. Amanda la miró sorprendida.

—Soy feliz porque estoy con mi familia. ¿Tú no lo eres?

—¿Qué futuro nos espera?, ¿acaso vamos a envejecer todos aquí y luego moriremos uno por uno, escondidos por los árboles para siempre?

—¿Por qué te comportas así, Lucía?, ¿qué viste en esa tierra que te cambió tanto?

—Esperanza —respondió con los ojos llorosos—. Aquí no la hay —añadió y subió a la habitación de Amanda para llorar con mayor privacidad.

Al día siguiente, en cuanto Daniel tuvo conocimiento del escape de Lucía, se preparó para ir en su búsqueda. Felipe y ella le llevaban tres horas de diferencia, así que empacó su maleta de prisa.

—Déjame acompañarte —le pidió Julián.

—Prefiero que te quedes aquí con Amanda y los demás.

—¿Por qué no te quedas tú y me dejas ir por ella?

—No estoy seguro de que te obedezca a ti.

—A ti tampoco te obedeció en aquella ciudad —replicó y ante la mirada de sorpresa de Daniel, bajó la suya—. Ella ya no es una niña y es capaz de tomar decisiones por sí misma.

—Tu juicio está debilitado por tus sentimientos.

—Es mi juicio el que respeta el tiempo que me has pedido antes de confesarle mis sentimientos —respondió con enojo y salió de la habitación.

Daniel llegó a La Arboleda, para entonces ya era media mañana. No le llevó mucho tiempo encontrarlos en medio del desayuno en el restaurante de la posada en la cual solían hospedarse en

sus infrecuentes excursiones a la vida social. Ambos usaban un velo sobre sus cabezas y se habían bajado el pañuelo que cubría la mitad inferior de sus rostros para comer. Se sentó a la mesa con ellos. Miró a Felipe y luego a ella. Los jóvenes palidecieron: no lo esperaban tan pronto.

—¿Qué sucede contigo, Lucía?, ¿cómo debo juzgar tu reciente comportamiento?, ¿acaso no valgo nada para ti que ni siquiera respetas mis órdenes? Lo mismo hiciste en aquel lugar, te expones al peligro. Si te escapas, ¿cómo voy a poder protegerte?, ¿cómo estaremos todos seguros si andas de un lugar a otro sin protección? —Modulaba con dificultad su tono de voz para evitar llamar la atención. La joven no pudo sostener la mirada.

—Lo lamento —se disculpó con lágrimas en los ojos.

—¿Lo lamentas?, ¿solo eso dirás?, ¿se te han acabado las explicaciones o es que ya has perdido la vergüenza?

—Es que ya quiero salir de la selva, hermano —su confesión lo tomó por sorpresa—. Me siento sofocada. Debe haber algo más para nosotros que vivir escondidos. Tengo la esperanza de recibir buenas noticias por parte del príncipe, quizás él logre cambiar las cosas y estemos a salvo —intentaba contener el llanto.

—Te prometo que buscaré la manera de salir de la selva —Estrechó su mano. Estaba más nervioso que conmovido—, pero debes prometerme que esta conducta no se volverá a repetir.

—Te lo juro por mi vida, hermano —Daniel la abrazó.

La Arboleda de San Francisco de Asís habría de ser testigo de lo que ocurriría aquella tarde de agosto. Desde la mañana los organizadores habían preparado el escenario donde se presentaría el joven príncipe. Después de su discurso, los principales del pueblo habían planeado un banquete y un festejo en honor al recién llegado, pues, en más de una década, aquella provincia no había sido visitada por un personaje tan egregio como el hijo de Su majestad. La seguridad en el lugar estaba celosamente resguardada, habían cercado la plaza y alrededor del príncipe había un séquito de guardias.

Hacia las cuatro de la tarde empezó el evento. Nicolás transpiraba no solo por la alta temperatura, sino por los nervios. Usaba el uniforme de la Guardia Real: un abrigo rojo de cola larga con hombreras, camisa blanca, pantalón beige, botas negras hasta las rodillas y sombrero azul de ala corta. En el lado izquierdo del abrigo, sobre el corazón, se encontraba el escudo del reino y a su lado una llamativa insignia dorada con forma de espada que develaba su cargo. Había aceptado asumir un cargo que nadie deseaba, el oficio que los hombres más valientes y sensatos del reino habían rehusado, el ser el jefe de la Guardia Real de Oscuro.

—Los saludo cordialmente —empezó con un tono de voz bajo y entrecortado—. Mi nombre es Nicolás Maxwell Olivera y soy su servidor. No es para mí desconocido que en estos tiempos ocupar este cargo es un gran desafío y casi una sentencia de muerte, esa es la razón por la que decidí venir aquí antes que a cualquier otro lugar. No quiero ser yo un estratega de planes de guerra, un justiciero, un soldado o un vengador; quiero, como con frecuencia pidió San Francisco de Asís al Dios clemente y misericordioso, ser un instrumento de paz. No quiero que nuestra tierra se vea manchada de sangre, que este maravilloso lugar se convierta una vez más en un campo de batalla. Es momento de armarnos de valor y luchar por un reino sin violencia, por una paz duradera y estable, una paz real. Por eso, mi objetivo el día de hoy no es solamente comunicarles que les serviré, he venido a invitarlos a que se sirvan unos a otros, a dejar que Dios los convierta a cada uno en instrumentos de paz, a denunciar los abusos y a los abusadores, y a que se atrevan ustedes mismos a cuidarse entre sí. ¿Quién es un rey?, ¿quién es un príncipe?

¿Acaso es más que un simple hombre? He venido aquí con certeza de la paz de nuestra tierra, sé que es posible si trabajamos juntos, si tenemos todos el valor de luchar por la verdad y, aunque nos incomode, pasar por el desierto, subir al monte Calvario o incluso morir para vivir y para que otros vivan.

No había terminado su discurso y más de la mitad del público tenía lágrimas en los ojos. Pocas veces habían escuchado hablar a un noble de esa forma. Los que estaban a cargo de la estación de radio trasmitían las palabras de Nicolás en todo Oscuro, en cada casa con un radio, en cada plaza, en cada ómnibus, en la estación del tren, en las fábricas, en las montañas y hasta en el palacio. Los críticos se preguntaban de dónde había sacado el joven tanto coraje. El aplauso fue inminente, la selva se estremeció por los gritos y el chocar de palmas de la multitud. Aquellos que por recelo y desconfianza no habían acudido a la plaza, después del discurso fueron a verlo, querían conocer en persona a quien les había hablado tan solemnemente.

La actitud del príncipe no era distinta a la de su discurso. Su amabilidad, su cortesía, su buen trato hacia todos, sin distinción, embelesaba a los presentes; gustaba de todo cuanto le ofrecían y saludaba a todos con el mismo agrado y con el mismo respeto.

Apenas Lucía lo vio al salir, su corazón se agitó dentro de su pecho. Le parecía imposible que el príncipe de verdad fuera Nicolás y aunque estaba oculta bajo el pañuelo, temió ser descubierta. Se escondió entre la multitud, que ya superaba las tres mil personas, y resolvió marcharse, aunque deseaba poder presentarse ante él.

—Debemos irnos —les dijo a sus hermanos.

—No nos podemos ir hasta mañana, pronto anochecerá. Además, apenas empecé a disfrutar del banquete —respondió Felipe quien estaba a punto de degustar una torta de chocolate.

—Ya quiero regresar, hermano —insistió con Daniel, quien miraba vigilante a su alrededor, pues tenía un mal presentimiento.

—Eso será lo mejor. Vamos por sus cosas a la posada.

Lucía fue con Felipe a buscar sus pertenencias en sus respectivas habitaciones en lo que Daniel se encargaba de realizar el pago.

—¿Por qué se van tan rápido?, ¿no quieren saludar al príncipe? —preguntó entusiasta la mujer, situación que no era muy común, pues nadie solía hablarles a los ermitaños, se les creía agresivos y de modales groseros, así que solo se limitaban a venderles lo que pedían. De repente, se escucharon tres explosiones. Le siguieron gritos y gemidos de dolor que les erizó la piel.

Lucía pensó de inmediato en Nicolás. Dejó caer su maleta al piso y se apresuró hacia la salida, no obstante Daniel la agarró por el brazo.

—¿Qué haces?

La mujer que atendía la posada se llevó las manos al rostro y se acercó con prisa a la ventana a ver lo que sucedía.

—Tenemos que ir a ayudar.

—Eso no nos incumbe.

—Estoy de acuerdo con Lucía —dijo Felipe.

—No —sentenció—. Nos regresamos ahora mismo.

—Hay gente herida, hermano. ¿Cómo puedes pensar en abandonarlos?

—Quienes los hirieron seguramente siguen ahí.

—Y nosotros estamos preparados para enfrentarlos, ¿o no? —replicó zafándose con fuerza de la mano de Daniel y corrió fuera de la posada.

Había escombros por doquier, fuego y humo, la vista era dificultosa y la movilidad más.

Buscó con angustia al príncipe, hasta que lo vio a varios metros rodeado por sus guardias y se sintió aliviada, entonces se fijó en los heridos. Eran alrededor de trescientas personas, algunos cuerpos estaban inmóviles y sangrantes en el piso, otros gemían de dolor y miedo. Los que pudieron ponerse de pie corrían sin rumbo lejos del lugar. La Gobernación, el estrado y la fuente en el centro de la plaza habían estallado.

—Ten cuidado y no te alejes demasiado —le ordenó Daniel quien había salido detrás de ella—. ¡Ven Felipe! Debe haber muchas personas bajo los escombros.

Lucía fue de un lado a otro para ayudar a quienes podía. Algunas personas estaban tan impresionadas por lo ocurrido que les costaba valerse por sí mismas, ella los ubicaba en un lugar seguro, fuera de los escombros y de la imagen aterradora de los fallecidos. Pronto se le unieron más, entre esos, la mujer de la posada, a quien nada más se le veía ir y venir con agua y paños limpios para auxiliar a los heridos. Se ubicaron por familias, amigos y conocidos, de tal forma que unos eran apoyo para los otros. El vestido de Lucía se tiñó de sangre, se quitó el velo y lo rasgó para detener el sangrado abundante de algunos heridos, pero conservó el pañuelo, por temor a ser descubierta por el príncipe, pese a que lo había visto partir con varios de sus escoltas.

Las explosiones habían sido casi simultáneas. El séquito de guardias del príncipe lo auxilió de inmediato y no tuvo más heridas que algunas raspaduras y moretones. En medio de su aturdimiento observó correr a mucha gente desesperada lo más lejos posible del lugar; era un paisaje desolador: los que minutos atrás se habían mostrado valerosos, se marchaban ahora temerosos. Ordenó a unos guardias buscar auxilio médico y se apresuró a ir en busca de los responsables.

El jefe de la Guardia Real persiguió a los rebeldes hasta las afueras de la provincia. No fue difícil identificarlos: llevaban atado un pañuelo verde en las muñecas y corrieron en grupo en un instante posterior al estallido. Nicolás los siguió a pie, hacía caso omiso a las súplicas de los guardias, quienes lo persuadían de ponerse a salvo. Hubo disparos de parte y parte. El príncipe alcanzó a dispararle a cinco y se enfrentó a espada con otros más. La mayoría de ellos fueron puestos bajo custodia, solo cuatro lograron escapar de la justicia porque huyeron en caballos; entre esos estaba Rogelio.

Para el momento en el que el príncipe volvió a la plaza, ya había anochecido. Los heridos recibían atención médica y muchos se habían marchado a sus casas. Pasó cerca de Lucía y no la reconoció. Este acercamiento repentino motivó a la joven a ir en busca de sus hermanos. Él volteó en su dirección: el cabello negro largo que llevaba sin velo, sobre su espalda, llamó su atención, pero con la misma rapidez volvió su vista hacia los informes que le daba un guardia.

—Hermano, debemos marcharnos ya —dijo la joven acercándose a Daniel, quien tomaba agua junto a Felipe y estaba sentado en la escalera afuera de la posada.

—¿Por qué quieres irte ahora? Es muy peligroso. Además, podrían estar los rebeldes cerca y no te voy a exponer a semejante peligro.

—Por favor, hermano. Vámonos ya.

—Estoy cansado, Lucía. Dame una buena razón para irme y me levantaré de inmediato —Lucía frustrada se sentó junto a Felipe.

Nicolás volvía a buscarla con la mirada, aunque lo intentara, no lograba dejar de observarla. En Oscuro era usual que los ermitaños usaran ese tipo de atuendos, eran personas pacíficas que vivían en zonas apartadas y que iban ocasionalmente a abastecerse en las pequeñas provincias. El fenómeno empezó después de la masacre del 2000, muchos de ellos habían perdido la fe en el poder que tenía el Estado para protegerlos y se resguardaban de los rebeldes por su cuenta.

—¡Adiós, señorita! —se despidió un niño, acercándose a Lucía. Ella le sonrió y lo acarició en la mejilla, entonces se agitó el corazón de Nicolás. Esa mirada le recordó a la joven, aunque le parecía imposible que se tratara de ella. No podía dejar de pensarla últimamente.

Hacia las ocho de la noche, la plaza estaba casi vacía. Una que otra persona la atravesaba con prisa, todos procuraban no permanecer allí mucho tiempo. Daniel, Felipe y la posadera, arreglaban su alojamiento aquella noche, Lucía esperaba afuera. La joven observaba el oscuro cielo y pensaba en la terrible tragedia que había acontecido aquel día. Al bajar la mirada aún había sangre en el suelo, lo que la hizo estremecerse y apartar la mirada hacia su derecha para encontrarse con los ojos del príncipe, quien la observaba fijamente. Se asustó. Él caminó hacia ella y ella caminó para alejarse de él. Avanzó hacia el otro lado de la plaza y entró a una de las tantas calles residenciales cuyos habitantes estaban encerrados por el miedo.

—¡Señorita! —la llamó, pero ella lo ignoró y empezó a caminar con prisa hasta que encontró una calle cerrada. Entonces se giró para enfrentarlo con el corazón agitado, jadeaba.

—¿Por qué me persigue? —preguntó nerviosa.

—Porque parece que usted quiere huir de mí.

—¿Y qué hay de incorrecto en eso?

—Eso es grosero.

—Soy una ermitaña.

Varias personas se habían percatado de la situación: un príncipe que perseguía a una ermitaña era algo poco común.

—¡Descúbrase!

—No tengo que hacerlo, la ley me respalda.

—Es una orden.

—¿Desde cuándo?

—Desde la masacre de esta tarde.

—No puede obligarme.

—¿Prefiere pasar entonces la noche en prisión por desacato a la autoridad?

—Lo prefiero.

—¿Junto con los dos hombres que la acompañan?

—¡No involucre a mis hermanos! —respondió enojada, el príncipe en ese momento hubiera apostado su vida a que se trataba de ella.

—Por favor, descúbrase —insistió más como una súplica que como una orden.

La joven se desató el pañuelo que cubría su rostro, dejándolo perplejo.

—¡Es usted! —exclamó y su corazón latió con mayor rapidez. Se acercó a ella en un impulso y la abrazó—. Sabía que era usted, sabía que no había perdido la razón —añadió estrechándola. El día había sido muy difícil, pero la noche lo recompensó: ella estaba con él. Su tormenta interior desapareció para dar lugar a la calma. Se apartó de ella y la miró de nuevo para verificar que no se tratara de una ilusión, acarició con delicadeza su rostro y tuvo un fuerte deseo de besarla, y lo habría hecho de no advertir las personas y guardias a su alrededor.

—¿Qué sucede? —preguntó Daniel al ver al príncipe abrazado a su hermana.

—Si hubiera tenido conocimiento de su presencia, la hubiera puesto a salvo hace horas.

—¿De dónde conoce usted a Lucía? —preguntó Daniel confundido.

—La llevaré conmigo al Fuerte. Todos vendrán conmigo.

—De ninguna manera. No se llevará a mi hermana.

—Hermano, debemos ir con él —intervino Lucía—. Te lo explicaré todo.

CAPÍTULO III

El Fuerte estaba ubicado al norte de la ciudad de Andalucía. Tenía una superficie de aproximadamente cinco kilómetros cuadrados. El terreno era rectangular: más ancho de oeste a este que de norte a sur. Estaba cercado por una muralla de cinco metros de altura que acordonaban medio centenar de guardias en su interior, y en los cuatro extremos había cuatro baluartes, con sus garitas y centinelas. Las murallas tenían cuatro entradas: una al norte, una al sur, una al este y otra al oeste. Los portones medían alrededor de cinco metros de altura, eran negros, habían sido fabricados en hierro forjado y en sus centros estaba representado el escudo real.

El escudo del reino de Oscuro tenía forma circular, en la parte superior tenía dibujadas unas figuras que asemejaban las montañas de Babel, desde la cual salían tres corrientes de agua: una que atravesaba Babel hasta el Valle de Santa María, de donde desembocaba al mar; otra, que alimentaba el lago de Andalucía y luego bajaba hasta San Pedro para desembocar en el mar; y la última que rodeaba la isla y pasaba por San José, también por Santo Tomás Moro, luego dividía en dos la espesa selva y desembocaba en el mar, casi en la frontera con el desierto de San Juan Bautista. En el centro del escudo yacía una cruz imponente. A la derecha una serpiente y a la izquierda una paloma cuidadosamente retratada con las alas extendidas hacia arriba. En el extremo izquierdo unas figuras con forma de acantilado y en el derecho unas palmeras. En la parte inferior del escudo, una cantidad de pequeños árboles que ilustraban la selva de San Francisco de Asís, que había escondido los últimos trece años a Lucía.

El palacio, residencia del rey y su familia, estaba ubicado en la mitad superior de la superficie y daba hacia el sur, y después de siglos de adiciones y modificaciones, el lugar terminó por ser un curioso conglomerado de distintos estilos arquitectónicos populares: con inmensas columnas frontales, cuatro niveles, múltiples salones y habitaciones para huéspedes. En el primer nivel se encontraba el estudio del rey, el gimnasio, el comedor, la cocina, el salón de música y el gran salón para bailes. En el segundo nivel, estaban las habitaciones; y en el tercer nivel, las cinco torres. La habitación principal estaba en la parte central y frontal del palacio, que era la que habitaba el rey; en los dos extremos había dos torres y en la parte posterior dos más. La torre a la derecha del rey era ocupada por el primogénito, Sebastián; la de la izquierda, por la segunda hija, Azucena; y la torre posterior al primogénito, era ocupada por el tercer hijo, el príncipe Nicolás. Al cuarto nivel tenía acceso el rey desde su habitación. Era un espacio considerable, al que solo una servidora, llamada Marta, tenía permitido entrar. Eran muchos los empleados que se necesitaban para el mantenimiento de un lugar tan colosal como el Fuerte: cocineros, meseros, jardineros, conductores, mucamos, mayordomos, entre otros servidores destinados a la realización de oficios impensados para las personas del común.

A la derecha superior del Fuerte, se construyó el Capitolio, encomendado al patrocinio de Santo Tomás de Aquino. Desde allí ejercían sus funciones el rey y el Consejo, además, aquel lugar albergaba el salón del trono, el museo y la biblioteca más extensa de todo el reino. Frente al Capitolio, unos cientos de metros al sur, un gran lago cercado por abundantes árboles se envanecía de sus aguas cristalinas que generaban gran placer visual. A la izquierda superior del palacio se encontraba la capilla San Lucas Evangelista, frente a esta, al sur, una frondosa arboleda y más al sur, la caballeriza y la cochera. A la derecha de la arboleda, altos arbustos

recreaban el escudo del Reino. Al sureste del escudo una fuente y más allá, el invernadero que perteneció a la reina. El resto de la superficie estaba adornada con caminos y vegetación dispuesta en forma creativa y ornamental para provocar placer visual a sus visitantes.

Llegaron al Fuerte antes del alba. Debido a la tragedia, a Nicolás se le había dificultado encontrar un transporte más rápido a Andalucía y había tenido que decidirse por viajar en ómnibus. La joven se había quedado dormida al lado de sus hermanos por un par de horas, pero para Nicolás no era posible el descanso, pues temía ser asaltado por los rebeldes. Además, todavía no podía creer que Lucía estuviera en la isla, no perdía oportunidad para mirarla, aunque eso significara encontrarse también con la mirada de sus hermanos, en especial, con la de Daniel.

Marta, el ama de llaves, los recibió a la entrada del palacio. Se trataba de una mujer en sus sesenta, trigueña, de mediana estatura y pasos rápidos. Nicolás le ordenó que guiara a los jóvenes hacia las habitaciones para huéspedes y él salió en dirección a la arboleda en donde su padre acostumbraba a dar su paseo matutino.

—¡Padre! —lo llamó alcanzándolo.

—¡Hijo! —exclamó el rey sorprendido y lo abrazó—. Gracias a Dios estás a salvo, estaba tan preocupado. Fue poco prudente ir hasta allá, me enorgulleció tu discurso, aunque fue un poco osado. Lastimosamente no pudiste tener mejor oportunidad para probar que ibas a cumplir tus palabras.

—Respecto a eso quiero hablarle.

Nicolás le contó a su padre sobre su encuentro con Lucía en Cartagena y sobre lo que había ocurrido en La Arboleda. Le refirió cada pequeño detalle que le pareció podía serle de utilidad, esto, para que lo ayudara a tomar una decisión acertada.

—¡Vaya! Me da la impresión de una historia romántica, pero la relatas como los anales de un crimen —dijo con una serenidad contraria a la violencia de los sentimientos que embargan al joven en ese momento—. ¡Vamos! Quiero conocerla.

Lucía tomó un baño después de explicarle a Daniel (sin muchos detalles) cómo había conocido al príncipe. Estaba nerviosa, dejaba que el agua cayera sobre sus cabellos y se llevara de su cuerpo la tierra y la sangre. Pensaba en las personas fallecidas en la masacre y en la explicación que debía dar a todos. Después de unos minutos, tomó una toalla limpia que estaba en el cuarto de baño y salió. Buscó en su maleta y vio el único vestido que le quedaba, era rojo. Había pensado usarlo el día anterior en el evento, pero lo juzgó inapropiado. Lo había recibido de Amanda, sin saber que lo había comprado Julián en uno de sus viajes a La Arboleda, era de muy buena calidad, aunque nunca antes lo había usado. Se vistió y calzó con unas zapatillas que tenía de repuesto, secó su cabello con la toalla y lo peinó.

Tocaron a la puerta, era Marta.

—El rey quiere conocerla.

El lugar era inmenso, lujoso, intimidante, y en exceso luminoso, para ser el palacio de un reino llamado Oscuro. El salón era amplio, estaba cuidadosamente amoblado, tenía las paredes tapizadas y hermosas pinturas al óleo colgaban por doquier. Sobre la gran chimenea estaba el retrato de la difunta reina: una hermosa mujer cabello castaño largo y profundos ojos cafés. Lucía la miró por un momento y se le erizó la piel.

—Es la primera vez que veo a alguien estremecerse al contemplar ese retrato —comentó el rey, quien, desde el otro lado del salón, con un libro en las manos, observaba a la recién llegada. La joven no lo había advertido, embelesada por la majestuosa decoración.

—Lo lamento, Su majestad.

—No te disculpes —respondió con cariño, mientras caminaba hacia ella—, de hecho, si se observa bien, la pintura genera un poco de terror. Te aseguro que en vida jamás tuvo esa expresión —añadió con una sonrisa amistosa.

—Es un placer conocerlo. Mi nombre es Luciana —se presentó con una pequeña reverencia.

—El placer es mío —respondió el rey—. Soy Leonard, el padre de Nicolás.

—Me dijo la mujer que me mandó a llamar.

—Así es, quería conocerte. Me ha causado mucha curiosidad lo que me ha referido Nicolás sobre su encuentro —No había terminado la última palabra y de repente tocaron la puerta.

—¡Adelante! —contestó el rey y entró Marta.

—Señor, aquí están los jóvenes.

—Gracias. ¡Hazlos pasar!

Eran los hermanos de Lucía, ya bañados y cambiados de ropa.

—Buenos días, señor. Mi nombre es Daniel y él es mi hermano Felipe —ambos inclinaron la cabeza.

—Es un placer conocerlos —dijo el rey. A los pocos segundos entraron Nicolás y Azucena. El primero se había cambiado el uniforme por ropa formal.

—¡Buenos días! —saludaron y los tres hermanos respondieron al saludo con una inclinación. Nicolás fijó su atención de inmediato en el vestido rojo que usaba Lucía y en cómo aquel color resaltaba su atractivo físico, sin embargo, procuró ser prudente y apartar rápido la mirada.

—Ya que estamos todos, tomemos asiento —indicó el rey.

El monarca se sentó en un sillón. Azucena y Nicolás se ubicaron juntos y Lucía, diagonal al rey y frente a Azucena y Felipe a su lado, frente a Nicolás. Daniel estaba en el otro sillón individual frente al monarca.

—Con todo respeto, señor, si me permite unas palabras —inició Daniel—, debo referirle que ignoro la razón por la cual el príncipe nos trajo aquí, solo deseo volver a casa con mis hermanos, somos personas pacíficas, no hemos cometido ningún crimen.

—Y es por eso que no se les ha dado el trato de criminales —respondió el rey con serenidad—. ¿Dónde viven?

—Vivimos como ermitaños en la selva de San Francisco de Asís desde hace trece años. Tenemos lo necesario para vivir cómodamente, mis hermanos han recibido una educación en casa y no les ha hecho falta nada.

—¿Cuál es su parentesco real? —preguntó Nicolás.

—Somos hermanos, aunque no llevemos la misma sangre —intervino Felipe e hizo silencio al ver llegar a los sirvientes. Colocaron una bandeja de panecillos en la mesa de centro y una taza con café frente a cada uno de los presentes.

—Gracias. Rebeca, por favor, que no nos interrumpan a partir de ahora.

—Como ordene, Su majestad —respondió la joven y salió de la habitación después de sus compañeros.

—Cuéntenme de sus hermanos —continuó el rey, en tanto tomaba la taza con café.

—Somos siete hermanos, yo soy el mayor. Nos conocimos en San Francisco de Asís al huir de la guerra, luego nos refugiamos en la selva. Encontramos una cabaña abandonada y allí vivimos. La verdad nunca supimos a quién pertenecía, pues nadie jamás llegó a reclamarla —respondió Daniel—; toda la isla estaba sometida a la barbarie de los grupos insurgentes, el Estado permanecía ausente y nosotros solo buscamos sobrevivir por nuestra cuenta y así lo hemos hecho hasta ahora. Nos cuidamos entre nosotros y sé que es nuestro derecho elegir si

deseamos vivir así. Nunca hemos roto alguna ley y ni los habitantes de La Arboleda ni los otros ermitaños se han quejado alguna vez de nosotros.

—¿Cómo salieron y volvieron a la isla? —preguntó Nicolás.

—Fue una casualidad —contestó Daniel de nuevo—. Encontramos un portal a un kilómetro de donde vivimos y quisimos explorarlo. Queríamos evaluar la posibilidad de migrar a una tierra menos llena de sangre, pero no la encontramos.

—¿Quién más sabe del portal? —intervino Azucena.

—Nadie más. Solo mis hermanos y yo.

—¿Cómo hicieron para adquirir la moneda local? —interrogó de nuevo la princesa.

—Fundimos las monedas de aquí y las vendimos allá. Descubrimos que el oro para ellos es muy valioso —respondió Daniel.

—¿Sabía quién era yo al encontrarnos en aquella ciudad? —le preguntó Nicolás a Lucía y ella levantó la mirada hacia él, dejándolo perplejo.

—Fue usted quien se acercó a mí primero y no, no lo conocía; de lo contrario, me habría apartado de usted.

—¿Cómo es que a pesar de ser de Oscuro usted no me conocía? Solo hay dos príncipes aquí.

—Ella no lee el periódico, nunca lo llevo a la cabaña y pocas veces sale del bosque —le explicó Daniel en su lugar.

—¿Y en un lugar extraño, su hermano le permite pasear sola?

—Puedo defenderme por mí misma —respondió la joven—, además, reconozco con vergüenza mi marcada inclinación hacia la desobediencia.

—¿Por qué estaban en La Arboleda? —insistió.

—Porque me escapé —confesó—. Después de nuestro regreso me era insoportable volver a la selva. Vi en un periódico que tenía Isabel, y que ignoro como consiguió, que el hijo menor del rey iría a La Arboleda. No vi su rostro porque ella lo había rayado con un esfero y planeé con Felipe ir a escuchar lo que tenía para decir. Informamos de nuestra ubicación a Daniel a través de una nota y ayer en la mañana nos alcanzó.

—En La Arboleda, con motivo del evento había fotografías mías por todos lados. ¿No vio alguna?

—Por supuesto que sí y no imagina mi impresión al saber que se trataba de usted —ella no apartaba la mirada de él—. Esa noche investigué todo lo que pude para convencerme que no alucinaba y aunque mi primer impulso fue el de huir, deseaba verlo yo misma. Tenía que corroborar de alguna manera que no había perdido la razón.

Los presentes quedaron atónitos ante su relato.

—¿Por qué no huyó al verme en el estrado?

—Lo hice. Apenas comprobé que se trataba de usted, le pedí a Daniel que nos marcháramos y fuimos por nuestro equipaje a la posada. Tras el estallido de las bombas, temí que lo hubieran asesinado y salí a buscarlo; al advertir que estaba a salvo nos quedamos para ayudar a los heridos —bajó la mirada, se sentía avergonzada. Nicolás no se sentía mejor que ella.

—¿Sus hermanos aún no sabían que conocía a Nicolás? —preguntó Azucena interesada y ella la miró.

—No, solo lo supieron una vez Nicolás, el príncipe —corrigió de inmediato—, me descubrió—. Nicolás se turbó al escucharla pronunciar su nombre.

—Si todo fue una casualidad que me pudo haber explicado como lo hace ahora, ¿por qué intentó huir?

—Porque venía hacia mí —explicó—, y porque es lo que hacemos. Así vivimos, escondidos, huimos siempre —respondió, los presentes, al escucharla, se conmovieron. La joven se resistía a llorar.

—Fueron afortunados por salir ilesos de la masacre —comentó el príncipe.

—¿A qué se refiere?, ¿acaso sospecha que podríamos tener alguna responsabilidad en lo ocurrido? —cuestionó Daniel enojado.

—Primero la encuentro en el mundo exterior y luego, en una masacre.

—Está equivocado con nosotros, señor. Pensé que su intención al traernos aquí la motivaba el interés en Lucía, pero veo que solo hace su trabajo, busca culpables, déjeme decirle: no los encontrará en nosotros —objetó Daniel.

—Señor —Lucía se volvió hacia el rey—. Le doy mi palabra, si es que tiene alguna validez, que nuestra intención nunca ha sido la de dañar a alguien. Jamás estaríamos involucrados en una barbarie como la de ayer. Y aunque haber muerto en la masacre hubiera disipado las dudas del príncipe, me alegra que mi desobediencia no haya tenido consecuencias irreversibles para la vida de mis hermanos. Si ya no tiene alguna otra duda, le prometemos mantener el secreto del portal y no salir más, si usted así lo considera, y permítanos cuanto antes volver a nuestra casa. Usted jamás volverá a tener queja alguna de nosotros.

—¿Deseas volver a la selva?, ¿no deseabas salir y ver lo que proponía Nicolás? —le preguntó con interés el monarca.

—Fue otra decepción —respondió—. La Corona, a pesar de ser incapaz de protegernos, nos culpa de rebeldes.

A Nicolás le afectaron sus palabras.

—Es suficiente, Lucía —la reprendió Daniel y ella agachó la cabeza. Estaba enojada y se resistía a llorar.

—Lo lamento, Lucía, pero no será así sencillo —anunció el rey—, no sin antes hacer una investigación. Azucena deberá hacer cumplir los protocolos de salubridad, y, además, son todos tan jóvenes que juzgo su decisión de llevar una vida ermitaña como precipitada. Se hospedarán aquí los días necesarios y luego tomaré una decisión —añadió, aunque en realidad, ya la había tomado.

Lucía volvió a su habitación en compañía de sus hermanos, estaba cansada y le dolía la cabeza. Marta, en compañía de unos sirvientes, entró con comida para ellos.

En horas de la tarde, de nuevo fue a su habitación: el príncipe iba a recopilar más información y los entrevistaría en privado.

Lucía entró al estudio del rey, Nicolás estaba sentado detrás del escritorio con unos documentos y un bolígrafo en la mano derecha. Marta cerró la puerta detrás de ella.

—Por favor, tome asiento —dijo Nicolás, concentrado en escribir en una libreta, intentaba sofocar sus nervios—. Debo hacerle otras preguntas.

—¿Qué desea saber? —preguntó nerviosa.

—Necesito más información sobre ti, sobre tu verdadera familia —dijo, y la joven se aturdió. Respiraba con dificultad.

—Mi nombre es Luciana Teresa Santacruz Vega, soy oriunda del Valle de Santa María —se le cortó la voz y tuvo que hacer una pausa antes de continuar—. Mis padres eran Diego Santacruz y Amelia Vega. Mi papá fue asesinado por los rebeldes en el 2000 y mi mamá... —dijo con lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta—, Daniel me dijo que fue encontrada ahogada en el río días después.

—¿Recuerdas cómo te encontraste con Daniel?

—Fue el día siguiente al asesinato de mi padre. Lo último que recuerdo antes de perder el conocimiento es el golpe de la mano de ese hombre en mi rostro... no sé cuánto tiempo estuve inconsciente, solo sé que al despertar estaba metida en un costal —Las lágrimas se le escaparon —. Daniel me sacó de ahí.

—¿Qué pasó después? —preguntó conmovido.

—Él me cuidó y nos llevó a un lugar mejor.

—¿A quiénes?

—A Amanda y a mí.

—Eso es todo, puede marcharse —dijo Nicolás y Lucía salió de la habitación con prisa. Nicolás sentía que le faltaba el aire, apenas si se podía concentrar, pero, en cuanto se repuso, siguió con el interrogatorio, todavía le faltaban Felipe y Daniel.

Los nervios estaban alterados en la cabaña. Los investigadores reales revisaron cada juntura, cada resquicio del lugar y por supuesto, fueron a verificar la ubicación del portal, que desde entonces pasaría a la custodia de la Corona. Daniel se había ofrecido a llevarlos, entre tanto dejó a Lucía y a Felipe juntos en el Fuerte.

Amanda esperaba impaciente en las escaleras de la cabaña la llegada de Daniel. Julián permanecía recostado a la columna con sus ojos fijos en la espesa vegetación, mientras que Alejandro e Isabel estaban sentados en el comedor uno frente al otro, miraban al exterior a través de la ventana.

—Tengo un mal presentimiento —rompió el silencio Julián.

—Sabíamos que esta mentira no iba a durar para siempre.

—Aunque todos sabemos que vamos a morir, no siempre estamos preparados para ello —pronunció; un viento gélido y lóbrego cubrió el cuerpo de Amanda, obligándola a encogerse.

—No hables de la muerte —ordenó, la selva cayó en un silencio ensordecedor.

—No te alejes de mí, en cualquier momento tendremos que huir —le advirtió Alejandro a Isabel, cuyo pensamiento estaba ocupado en Felipe, a quien amaba en secreto.

—¡Daniel! ¿Por qué vienes solo?, ¿dónde están Felipe y Lucía?, ¿qué ocurrió? —preguntó preocupada Amanda, los hermanos salieron de la cabaña.

—Nos descubrieron —respondió.

—¡Explícate!, ¿dónde está Lucía? —lo interrogó Julián.

—El príncipe conocía a Lucía. Ella y el príncipe se encontraron por casualidad en el mundo exterior y en La Arboleda, la reconoció. Nos llevaron hasta el Fuerte, nos interrogaron, ahora mismo nos investigan.

—¿Y por qué Lucía y Felipe no están contigo? —preguntó Amanda.

—Así lo dispuso el rey.

El rey había ordenado investigar el origen de cada uno de los hermanos de Lucía. Se creía que todos los archivos se habían perdido en el incendio del 2000, sin embargo, los investigadores encontraron con facilidad actas de bautismo y certificados de nacimiento; información que estaba a salvo y bajo custodia en sus provincias de origen. Daniel era el mayor de todos, tenía treinta años de edad, sin embargo, no se encontró ningún documento que confirmara su identidad. Julián, era un año menor que Daniel, había nacido en Santo Tomás Moro, su padre perteneció a la Guardia Real y había sido asesinado en el año 2000 junto con su esposa; de acuerdo con los registros, sus abuelos paternos todavía estaban vivos.

En orden de edad, Alejandro y Amanda les seguían: ambos eran un año menor que Julián.

Alejandro era un par de meses mayor que Amanda, unos diez centímetros más bajo que Daniel y Julián, y tanto él, como Isabel, su hermana menor, eran oriundos de una provincia cercana a Andalucía, llamada Bellavista; su madre había muerto al nacer Isabel y su padre, murió dos años después. Según las investigaciones, su tío, el hermano de su padre, todavía estaba con vida. De Amanda, al igual que Daniel, no se encontró ningún documento que comprobara su identidad.

Les seguía Felipe, que era un año menor y nativo de San Pedro, poseía una estatura similar a la de Alejandro, su madre aún vivía y lo buscaba con desesperación. Por último, Isabel, un par de años menor, tenía el cabello a media espalda y era casi tan alta como su hermano.

En el palacio habían abastecido a los jóvenes de todo cuanto necesitaran durante los días que duró la investigación. Azucena los iba a visitar todos los días y procuraba ser el puente entre ellos y su familia. Ella era una mujer humilde, inteligente y audaz. Era viuda igual que su hermano y madre de un bebé de un año y dos meses. Analizaba atentamente el comportamiento de Lucía: su forma de vestir, de caminar, estuvo atenta a sus exámenes físicos. Para su alivio, la piel de Lucía estaba libre de cicatrices, a excepción de algunas raspaduras que refirió se las había hecho de niña.

—¿Hacen esto con todos los que llegan? —preguntó Lucía.

—No llegan muchas personas a la isla, pero los visitantes, deben someterse a exámenes anteriores y posteriores a su regreso para evitar que puedan traer algún insecto o alguna enfermedad consigo.

—Sí, es lo más acertado. Sería un gran riesgo para el reino.

—Es por eso que se les prohíbe a los visitantes interactuar estrechamente con personas del otro mundo. Nicolás cometió una falta contigo —comentó, lo que llamó la atención de la joven.

—Así que, si yo hubiera sido del mundo exterior, ¿no hubiera podido volver a verlo?

—No. Si Nicolás hubiera querido traerte, te hubiera tenido que desposar, como lo hizo Gustavo II Lozano; así garantizaba tu compromiso con nuestra tierra y que no divulgarías nuestro secreto. ¿Él te pidió que vinieras con él?

Lucía se sonrojó y guardó silencio.

Nicolás se mantenía ocupado en los asuntos de seguridad, aunque permanecía atento a todo cuanto sucedía con Lucía. Felipe, por su parte, estaba la mayor parte del día con ella, pero dormía en su habitación. La joven advirtió preocupación en su semblante, en especial, después de haberse enterado que su madre estaba con vida.

—¿La verás? —le preguntó Lucía con timidez.

—No lo sé —miraba al lago desde la ventana de la habitación—, ya escuchaste a Daniel, si los rebeldes nos encuentran... no quiero ponerla en peligro de nuevo, o darle la falsa esperanza que estaremos juntos otra vez.

—¡Perdóname! —Lucía rompió en llanto—. Perdón por todo lo que he causado.

—No hay nada que perdonar, estaremos bien. Esto era lo que todos queríamos en realidad —La abrazó afectuoso.

Daniel volvió días después al Fuerte. Julián había insistido en acompañarlo, pero lo convenció de no hacerlo para que no dejara sola a Amanda con Alejandro e Isabel, en cuyas reacciones desconfiaba; él aceptó con la condición de llevar a Lucía consigo.

El rey los volvió a reunir en el mismo salón. Todos tomaron asiento y esperaron la intervención del monarca.

—Después de realizar las investigaciones pertinentes no hay nada que ponga en duda su inocencia —les dijo a los jóvenes—. No obstante, con respecto al otro asunto, ya que tú, valiente

jovencita, has ido y de forma providencial has compartido momentos agradables con mi hijo, lo mejor será que lo desposes y que todo quede en familia —añadió para sorpresa de todos los presentes. Nicolás y Lucía se agitaron. Él era conocedor de los giros tan extraños que tomaban las conversaciones de su padre, pero aquello era inaudito.

—¡No me casaré con el príncipe! —exclamó Lucía.

—¿Estás comprometida en matrimonio? —preguntó el Rey.

—No, pero...

—Quiero que observes esta imagen —la interrumpió el rey extendiéndole un periódico. En primera plana había una fotografía de Nicolás, quien acariciaba el rostro de Lucía y en las siguientes, reportes de la tragedia. Daniel y Felipe también aparecían en las fotografías, en su afán por ayudar, se quitaron el velo y el pañuelo. Daniel se atemorizó—. Si en medio del caos, se puede apreciar una fotografía así, hay esperanza para nuestro reino. Tú y mi hijo claramente no son indiferentes el uno del otro y si no hay algún impedimento válido, lo mejor es que se casen.

—No hay ningún impedimento —intervino Daniel. Su plan estaba claro.

—¡Hermano! —protestó Lucía.

—Estas fueron tus elecciones, Luciana —era la primera vez que la llamaba así y esto le rompió el corazón—. Debe prometerme que la cuidará más que a su vida —dijo al mirar al príncipe.

—No hace falta que se lo prometa, es lo que he querido hacer desde que la conocí —respondió Nicolás, el rey hizo un gesto de complacencia.

—¡El mes próximo celebraremos una boda en el Fuerte! —anunció con alegría.

Lucía palideció.

Daniel se marchó de inmediato del Fuerte bajo el pretexto de comunicar a los demás la noticia y llevarlos con él. Apenas cruzó palabra con sus hermanos antes de irse.

Azucena le había informado a Lucía que la hermana de su madre, Mercedes Vega, vivía en Santo Tomás Moro con su familia y que había estado buscándola los últimos trece años. Después de enterarse de su aparición gracias a las noticias viajó hasta Andalucía para confirmar su identidad y acordar un encuentro con ella.

Al llegar al palacio, Nicolás la recibió y ordenó anunciar a Lucía su llegada en tanto él atendía con agrado a su próxima pariente política. Había llevado consigo a sus dos hijos y a su esposo, este prefirió aguardar en los alrededores del palacio con los niños, mientras su esposa se encontraba con su desaparecida sobrina. El rey excusó su ausencia con unos compromisos inaplazables y Azucena juzgó apropiado que fuera solo Nicolás quien estuviera presente en un momento tan íntimo.

Lucía entró al salón sin compañía. Usaba un sencillo y elegante vestido por debajo de las rodillas y llevaba el cabello parcialmente recogido.

—¿Luciana? —preguntó la mujer al borde del llanto.

La joven permaneció inmóvil a unos pasos de la puerta y se apoyó en la manija. Nicolás se levantó y fue hacia ella. La mujer empezó a sollozar.

—¿Te encuentras bien? Tu rostro ha perdido el color —le preguntó acariciándole el rostro preocupado.

—Me siento un poco mareada.

—¿Quieres recostarte?

—No, estaré bien —respondió y miró de nuevo a la mujer.

—No sé si la recuerdas Luciana, pero ella es tu tía Mercedes —dijo acercándola a la mujer.

—Cómo no podría recordarla si es idéntica a mi madre —respondió con un nudo en la garganta, él se conmovió.

—¡Igual que tú! —alcanzó a balbucear antes de quebrársele la voz.

—La creí muerta.

—Yo pensé lo mismo de ti, mi niña —contestó Mercedes y se acercó a abrazarla. Empezó a llorar—. Te busqué todo este tiempo. Lo que le pasó a tu padre... —Se detuvo para llorar—, mi hermana no lo soportó... ella te buscó con desesperación —gruesas lágrimas comenzaron a brotar de los ojos de Lucía. Mercedes se separó de ella para verla mejor.

—Las dejaré a solas para que puedan hablar con tranquilidad —decidió el príncipe y salió de la habitación. Lucía lo miró con una expresión confusa antes de su partida.

—La última vez que te vi tenías siete años y ahora eres una hermosa mujer y estás próxima a casarte —expresó Mercedes todavía muy conmovida.

—Me hubiera gustado haberla encontrado antes.

—Estamos juntas ahora, eso es lo que importa —comentó la mujer—. Esto es un hermoso milagro. Estaré pendiente de ti. Aunque seas una mujer casada, no voy a volver a perderte. Siento que tus padres nos ven ahora mismo y están llenos de gozo —añadió, lo cual provocó que más lágrimas corrieran por el rostro de Lucía.

Después de platicar alrededor de media hora, salieron a dar un paseo por el Fuerte. Mercedes la presentó a su familia. Fernando, su tío por derecho, era un hombre amable y de altura promedio, quien se ofreció a ayudarla con cualquier necesidad que pudiera tener. Sus primos le parecieron adorables. El primogénito, Juan, tenía catorce años y el menor, Mateo, tenía diez, ambos eran muy parecidos a su madre y, por ende, a Lucía. Durante su paseo, hablaron de infinidad de sucesos triviales: de su estancia en la selva, de sus estudios y Mercedes le informó que la casa de su infancia aún le pertenecía y que no había sido habitada desde su rapto.

Se acordó que la celebración sacramental se realizaría en la capilla del Fuerte y la recepción en el gran salón del palacio. La historia que se narraría a los medios era simple y romántica, muy sosa, comparada con la realidad. Se contaría que Nicolás y Lucía se habrían conocido en una expedición que este hizo a la espesa selva. Tras extraviarse de sus guardias, Lucía lo encontró perdido en la extensa vegetación y fue cuestión de segundos para enamorarse; esa habría sido la razón por la cual la persiguió tan enérgicamente en San Francisco de Asís.

Los siguientes días, el Fuerte se impregnó de un aire de celebración peregrino y fugaz. El príncipe y su futura esposa debieron dar más de una entrevista. Fueron fotografiados y grabados, la historia de la aparición de Lucía y el enamoramiento entre una ermitaña y un príncipe causó tal ímpetu en el pueblo que los periódicos eran arrebatados de las estanterías. El Heraldo publicó en primera plana: «Luciana Santacruz, de ermitaña a Princesa»; La Gaceta fue menos agresiva: “Una nueva Princesa se une a la Corona”; y El Centinela, la radio nacional, consiguió la exclusiva entrevista con la nueva princesa.

Como si de un nuevo decreto se tratara, las familias se reunieron en torno a la radio para escuchar por primera vez la voz de la que sería su princesa. En Oscuro, ser parte de la familia real no solo conlleva privilegios económicos y sociales, sino que atañe una responsabilidad para con todo el reino. La princesa se convierte en servidora pública, deberá trabajar al servicio del pueblo, la realeza no se sienta en tronos de oro a la espera de ser servidos por sus súbditos, ellos trabajan como todos los demás para contribuir a su sociedad.

Oscuro, es una isla ubicada en el mar caribe, está rodeada por Jamaica, al norte; por Nicaragua, Costa Rica y Panamá, al suroeste; por Colombia, al sur; y por el mar caribe, al este.

Tiene una superficie de 242.230 kilómetros cuadrados y está dividida en nueve estados: Andalucía, el estado real, ubicado en el centro de la isla, en donde se encuentra el Fuerte, es lugar de residencia del rey; Babel, que ocupa el norte y noroeste; el Valle de Santa María, está ubicado al noreste; San Pedro, localizado al este; San Juan Bautista, ubicado en el sureste; San Francisco de Asís, ubicado al sur; Santo Tomás Moro, ubicado al suroeste; y San José, ubicado al oeste. La isla tiene aproximadamente dieciocho millones de habitantes, los estados más poblados son Andalucía y el Valle de Santa María, y los menos poblados, a su vez, son San Francisco de Asís, que cuenta con una extensa selva, y San Juan Bautista, que es una zona conformada, en mayor parte, por el desierto.

La geografía de Oscuro es particular, se desconoce cuánto tiene de natural y cuanto de añadido. La isla tiene los cinco pisos térmicos que existen en la tierra, no hay cambios abruptos de temperatura y su clima es estable durante el año: es invierno o verano. Su tierra es fértil y generosa, provee a sus habitantes de frutos abundantes y diversos. La isla es protegida por dos guardianes: uno con forma de serpiente, que custodia desde las aguas y otro con forma de ave que defiende desde los cielos. Ambos están representados en el escudo real al lado de la cruz, como símbolo de astucia y sencillez.

Los primeros pobladores llegaron en el siglo XVII, acompañados por un hombre con dones sobrenaturales, quien les señaló el camino a nivel político y moral. Con ellos también vinieron algunos con dones similares: sirenas y tritones, místicos y lobos. Estos linajes vivieron en paz durante el primer siglo y su poder se esparció en armonía por el idílico lugar. No obstante, sus capacidades generaron temor en el resto de la población. Unos temían que se volvieran incontrolables, otros acusaban sus dones como brujería y quisieron quemarlos, y otros simplemente no hicieron nada para apoyarlos. Para el tercer reinado, el entonces rey, Alfonso Veracruz, se reunió con los líderes de cada linaje y convinieron en que estos últimos esconderían sus dones a cambio de permanecer en la isla. Muchos se fueron a las montañas y los que se quedaron en los centros poblados inhibieron sus poderes al punto de negarlos del todo, como si se tratase de una enfermedad congénita o una maldición. De esto no hay registro en los libros de Oscuro, por lo que pronto se convirtió una leyenda, al igual que los guardianes. Cada cierto tiempo, aparecía algún místico cuyo buen corazón lo llevaba a sanar a los enfermos, pero estos desaparecían pronto o sufrían accidentes mortales en extrañas circunstancias; y cada tanto, la serpiente aparecía en las aguas para dar un buen susto a algún alma impura.

Oscuro está rodeada por un domo invisible que sobresale tres kilómetros alrededor de la isla. Este domo vuelve intangible e invisible todo dentro de él, de forma que el mundo exterior desconoce su existencia. El creador del domo juzgó que solo aquellos de corazón puro pudieran atravesarlo, sin embargo, creó dos portales para conectarlos con el mundo exterior. Uno, ubicado en Andalucía, sobre el que se construyó el Fuerte, el cual dirige a una casa en el centro histórico de Cartagena, propiedad de la Corona; y el segundo portal, ubicado en medio de la engañosa selva, que dirige al castillo de San Fernando de Bocachica, en Bocachica, una isla cercana a la ciudad.

Con los años, los oscurenses supieron de la existencia del domo, unos por accidente, otros por curiosidad, pero pocos conocen la existencia de los portales y su ubicación. Nadie está obligado a permanecer en la isla, a pesar de ello no se atreven a salir. En primer lugar, por miedo a la guerra y a ser esclavos de nuevo y, en segundo lugar, porque temen no tener el corazón lo suficientemente puro para regresar. Además, después del tercer reinado, empezaron a difundirse historias escalofriantes sobre avistamientos de hombres lobos, brujas y temibles criaturas

marinas, pese a que en las escuelas se les educó con la verdad del mundo exterior y del porqué se decidió vivir así, restándole crédito a estas historias, lo cierto, es que muchos crecieron con la idea de que más allá del domo, alrededor de la isla, habitaban criaturas monstruosas, y que por eso mismo nadie salía y, por ende, los pocos que llegaban eran aquellos que lograban sobrevivir; y nadie había llegado a Oscuro desde mediados de siglo XX.

—Es una sorpresa verte de nuevo, querido hijo, pensé que estabas muerto —expresó con ironía un hombre alto y con voz fuerte. Tenía la piel trigueña, era de cabellos y ojos oscuros, estaba en sus cincuenta y tenía una pistola enfundada a la altura de la cintura a la vista de todos. Lo acompañaban diez hombres más, pero en vez de pistolas, estos cargaban largas y filosas espadas.

—¡Francisco! —exclamó pasmado Daniel, quien salía de detrás de la huerta.

—¿Pensaste que no me enteraría? —preguntó enojado y rompió la cerca de una patada—. ¿Qué pretendías, estúpido holgazán? Debías matarla; era una tarea sencilla. ¡Qué vergüenza haber engendrado a un traidor!

Los demás hermanos salieron asustados por los gritos que provenían del frente de la cabaña, los hombres estaban dentro de la propiedad y repartidos de tal manera que formaban un arco alrededor de Francisco.

—¿Quién es usted? —preguntó Julián, caminó hasta colocarse junto a Daniel—. ¿Cómo llegó aquí?, ¿qué quiere?

—¿Así que ustedes son los famosos hermanos ermitaños de la futura princesa?

—Ellos son inocentes, no los involucres en esto. Estábamos a punto de irnos. Aquí tienes tu cabaña —intervino nervioso Daniel.

El hombre se acercó y con la confianza que le dio tener el acompañamiento de los hombres armados, le dio una bofetada. Julián quiso enfrentarlo, pero Daniel lo agarró y él lo miró desconcertado.

—¡Hermosa Amanda!, ¡cómo has crecido! La última vez que te vi apenas dejabas la niñez.

Amanda permanecía junto con Alejandro e Isabel en la terraza de la cabaña con el corazón agitado. Estaba pálida.

—Solo nos iremos y te quedarás con tu cabaña. Te prometo que no volverás a vernos —suplicó. Julián lo miraba confuso, no entendía su comportamiento sumiso.

—¿Qué sabes tú de mis intereses? —desdeñó—. Leí las noticias sobre la boda real. El romance entre el príncipe y la niña esa, ¿es cierto?

—Sí, lo es —respondió Daniel.

—Quiero conocerla.

—Eso no es posible. El príncipe la protege con mucho celo —dijo el joven con el corazón exaltado y Francisco, en un arranque de ira, lo apretó por el cuello.

—¡Crees que soy estúpido! —gritó y Julián lo empujó lejos de Daniel, pero Daniel lo empujó.

—¡Apártate! —le gritó aterrado.

Francisco los miraba con enojo, con su mano levantada hasta la altura del hombro había detenido el ataque inminente de sus hombres contra Julián.

—Ya me harté de ser condescendiente contigo —comentó jadeante—. ¡Traigan a todos! —ordenó. Dos hombres avanzaron hacia Julián y el resto hacia la cabaña, pero Daniel y él los golpearon y fueron por aquellos que pretendían entrar a donde estaban los demás refugiándose.

—¡Basta! —ordenó Francisco, disparó hacia la copa de los árboles y los dos hermanos

retrocedieron para alejarse de los infames visitantes—. Vendrán todos conmigo al campamento o los mato y los sepulto aquí mismo. Para mí es lo mismo su vida o su muerte. Soy demasiado clemente —añadió. Los hombres entraron a la casa y sacaron en medio de gritos y forcejeos a Amanda, Isabel y Alejandro.

—¡Suéltense! —suplicó Isabel a los verdugos.

—Tú —dijo Francisco al mirar a Daniel—. Irás al Fuerte y la llevarás a Babel. Te quiero en «La carnicería» en tres días.

—No permitirán que salga sola —replicó en voz baja.

—Si ella no está en Babel para la mañana del tercer día, los mataré, luego la mataré a ella y por último te cazaré a ti.

—¿Para qué la quieres? —preguntó Daniel, pero el hombre se volteó para marcharse— ¿Los dejarás ir después de que la veas? —gritó frustrado ante su malévolos silencio.

—¡Vámonos de aquí!

CAPÍTULO IV

Lucía se paseaba por la arboleda pensativa y taciturna, con su cabello dócil al tenue y gélido viento de las noches en Andalucía. Seguía el camino que en ocasiones anteriores había recorrido con Azucena.

—Hace demasiado frío en la noche de hoy, si no tiene cuidado podría resfriarse —se atrevió a decir Nicolás, quien la siguió desde su salida del palacio. La joven volteó a verlo y detuvo su marcha—. ¿No debería estar dormida a esta hora?

—Al igual que usted —respondió con fingida calma, pese a que su cuerpo entero estaba agitado.

—Quería verla. Desde nuestro encuentro han sido pocas las ocasiones en que hemos podido hablar a solas.

—Ninguna, de hecho, si consideramos que nuestras reuniones privadas han sido motivadas por su investigación.

—Tiene usted razón —admitió el joven—. Sé que el interrogatorio no ha sido agradable y el reencuentro con su pasado ha removido sentimientos de tristeza en usted. Yo ignoraba el parecido que tenía su tía con su madre y lamento lo difícil que pudo ser para usted verla—. Lucía tenía lágrimas en los ojos—. Lo lamento.

—Hace su trabajo, para eso volvió —respondió mientras se limpiaba una lágrima que se escapó de sus ojos y corrió por su mejilla.

—Perdóneme por hacerla llorar. Dios es testigo que mi intención nunca ha sido lastimarla —dijo Nicolás conmovido.

—No tengo nada que perdonarle, quien cometió una falta fui yo.

—Bendita sea aquella falta que me permitió volver a verla.

—Pero aún no se disipan sus dudas sobre mi inocencia y esa es la razón por la que no se ha opuesto a este matrimonio.

— No estaré en paz si permito que se vaya después de haberla encontrado. Le dejamos a Dios el coincidir nuevamente y ahora que estamos juntos, no hay razón para volver a separarnos. Pudo haber resultado herida en la masacre de La Arboleda, la selva no es segura para usted.

—Ningún lugar es seguro en el reino —replicó con tristeza. Nicolás no pudo contradecirla, así que la joven continuó su camino sin importarle demasiado su compañía. Él empezó a caminar a su lado en completo silencio.

—Fue una semana agitada, entre reporteros y entrevistas sobre la boda —comentó a la espera de una reacción de su parte, lo cual fue en vano. Entonces la detuvo sujetándola con delicadeza del brazo y la joven volvió a mirarlo a los ojos—. ¿Va a ignorarme en la intimidad?

—¿A qué se refiere con exactitud?

Los corazones de ambos estaban exaltados.

—¿Va a comportarse distante siempre que estemos a solas? —insistió acercándose más a ella.

—Acostumbro a ser honesta con mis sentimientos, Su alteza, y si no hay personas para fingir un amor que no existe, no fingiré.

—¿De verdad no existe? —preguntó y ante el silencio de la joven continuó—. Aquel día en La Arboleda, en cuanto usted descubrió su rostro, me consumía en deseos de besarla. No creo que resulte conveniente hacerlo por primera vez en nuestra boda, delante de tantos invitados, con

completo desconocimiento de nuestras posibles reacciones corporales —dijo como ensimismado—. Las personas suelen ser bastantes observadoras y examinarán nuestro beso: juzgarán si es tierno, apasionado, inocente —añadió, ella intentó retroceder, pero él la haló de la cintura con su mano izquierda, mientras que con la derecha le apartó el cabello del rostro para llegar a sus labios con mayor facilidad.

Aunque la sujetaba, Nicolás no tuvo que usar la fuerza para mantenerla consigo en el beso. Lucía no opuso resistencia al sentir cómo los labios del príncipe acariciaban los suyos.

—¡Sea mi esposa! —suplicó agitado—. Mis sentimientos hacia usted no han cambiado, por el contrario, su ausencia solo los fortaleció. ¡Quédese conmigo!

—Temo que no podamos encontrar lo que buscamos con este matrimonio —respondió ella al bajar la mirada.

—Yo solo la busco a usted —repuso el príncipe con firmeza, la joven lo miró, gesto que aprovechó para volver a besarla por un tiempo más prolongado, antes de abrazarla—. No la voy a dejar ir.

—Yo tampoco me quiero ir —confesó Lucía, Nicolás sonrió.

El príncipe heredero llegó la mañana siguiente. Había estado ocupado en la atención de unos compromisos fuera de Andalucía desde el día anterior a la llegada de Lucía al palacio. A la joven le angustiaba sobremanera la idea de conocerlo, pues había escuchado decir que era implacable siempre que se tratase de rebeldes o los sospechosos de serlo. Tanto Sebastián como Azucena eran viudos, el primero había perdido a su esposa embarazada en un accidente equino y la segunda había enviudado a causa de los rebeldes.

—¿Y por qué no la desposo yo? —propuso Sebastián y Nicolás se turbó—. Si te vas a casar con ella con intereses de descubrir a una rebelde, ¿por qué no hacerla yo mi esposa? Tengo más experiencia que tú tanto en el matrimonio como en el cargo que ejerces —añadió, lo que dejó perpleja al resto de la familia real. Llevaban horas reunidos en el estudio del rey.

—Tengo fuertes sentimientos por ella, hermano. Además, estoy seguro de que no es una rebelde —objetó Nicolás.

—¿Ya olvidaste a Julieta?

—¡Sebastián! —intervino Azucena—. ¿Qué pretendes con todo esto?

—¿Acaso no lo ves? Por despecho Nicolás se va a casar con una mujer que bien podría ser una sediciosa. ¿Cómo puedo estar tranquilo si mi hermano se acerca al peligro de manera tan inocente?

—¡Sé lo que hago!

—El que sea tu esposa ni siquiera está en discusión —habló el rey—. La razón por la que alenté este matrimonio es porque la joven está enamorada de Nicolás, de otra forma, al considerar su carácter y el de sus hermanos, ya se hubiera escapado.

Felipe y Lucía esperaban juntos en la habitación a ser llamados en cualquier momento. Marta fue a avisarles que se les solicitaba, se dirigieron agarrados del brazo hasta llegar al estudio. La puerta estaba entreabierta, así que solo tuvieron que empujar para entrar.

—¡Hija! —saludó el rey levantándose de su asiento—. ¡Adelante! —Felipe entró tras ella. El rey permaneció cerca de su asiento, detrás del escritorio, Azucena estaba sentada en un sillón del lado izquierdo, del lado derecho estaba Sebastián y Nicolás se encontraba sentado en un sofá al fondo de la habitación. Todos se pusieron de pie en cuanto los hermanos entraron.

—Así que estoy en presencia de la famosa Luciana, la visitante ilegal y posible rebelde —comentó Sebastián.

—No hay nada que acuse a Luciana de ser una rebelde —aclaró Azucena.

—Es un alivio para ella y para nosotros entonces. Supongo que ya todo está dicho, por lo que me retiro, tengo asuntos que atender —dijo con evidente irritación y abandonó la habitación con prisa.

—Disculpen la actitud grosera de mi hermano —expresó Azucena avergonzada y se acercó a recibirlos.

Daniel llegó al siguiente día en horas de la mañana. Apenas un sirviente le informó a Lucía de su llegada, bajó a verlo.

—¡Hermano!, ¿cómo estás? —preguntó después de abrazarlo—. ¿Por qué volviste solo?, ¿no iban a venir todos contigo?

—Amanda empacó tus cosas —respondió cortante, extendiéndole una de las maletas que cargaba.

—¿Qué tienes?, ¿pasó algo?

—Debo entregarle unas cosas al rey —respondió con la misma seriedad.

Uno de los empleados llevó la maleta a la habitación de Lucía en lo que ella acompañaba a Daniel a hablar con el rey. En el estudio, al rey lo acompañaban Azucena y Nicolás.

—Falta una —comentó el príncipe luego de ver las fotografías que Lucía y Daniel habían revelado.

—Están todas —replicó Daniel.

—Me refiero a una que no tomó esta cámara —insistió Nicolás en lo que observaba a Lucía. Daniel también la miró.

—¿Lucía?

—Veré si Amanda la empacó entre mis cosas —salió del estudio rumbo a su habitación, abrió la maleta, hojeó su libreta de dibujos y allí estaba escondida, manchada un poco por el carboncillo.

—¿Puedo verla? —preguntó Daniel en tanto la joven volvió con la fotografía en la mano. Ella se la entregó. Él la miró detenidamente y luego se la entregó al rey, quien después de observarla se la entregó a Azucena.

—Es una hermosa fotografía —admitió Azucena.

—Esa fotografía fue accidental —explicó Lucía—. El príncipe tiene la que se hizo correcta.

—Ya no está en mi poder —aclaró Nicolás.

—Lamento que no puedan conservarlas —expresó el rey—. He pensado muchas veces en implementar en Oscuro las cámaras a color, pero eso les quitaría trabajo a los retratistas.

Lucía esbozó una sonrisa.

—Tratándose de pinturas, quisiera aprovechar esta oportunidad para entregarles de parte de la familia de la novia estas que traigo conmigo —comentó Daniel tras acercar tres rollos a Azucena. Lucía lo miró—. Las hizo Lucía. Son las pocas pinturas que conserva, no tenía sentido colgarlas en una cabaña, pero ya que pronto este será su nuevo hogar, me parece apropiado que estén aquí, si no les importa; así conocerán nuestra historia y ella no se olvidará de nosotros.

—No necesito una pintura para recordarlos —respondió la joven conmovida.

Con ayuda del príncipe Azucena abrió las pinturas sobre el escritorio y su expresión de sorpresa fue inmediata. En la primera, estaba representado el bosque junto al arroyo de aguas cristalinas que pasaba cerca de la cabaña donde crecieron los jóvenes; en la segunda, la cabaña, unos niños jugaban al frente y otros dos pelirrojos estaban sentados en la escalera; en la tercera, una familia en el jardín de una casa roja, la madre estaba sentada en un banco frente a un

caballete pintaba sobre un lienzo y el padre sembraba una nueva planta en el jardín con ayuda de su pequeña hija, quien dejaba de atender su trabajo para ver fascinada el trabajo de la madre.

—¡Esto es maravilloso! —exclamó el rey.

—Me encargaré personalmente, para que sea enmarcados lo más pronto posible —anunció Azucena.

—Gracias —respondió Daniel. Lucía miraba consternada las pinturas—. Si no se nos necesita para nada más, señor, le solicito permiso para retirarnos.

—Por supuesto, pueden marcharse —respondió el rey con ternura, los hermanos se fueron. El príncipe estaba tan absorto en lo que veía que ni siquiera los escuchó despedirse.

En cuanto llegaron a la habitación de Lucía, Daniel aseguró la puerta y se quedó de pie recostado contra ella. Exhaló profundamente.

—¿Qué sucede?, ¿por qué actúas así? —le preguntó Felipe, quien los esperaba en la habitación. Daniel los miró unos segundos antes de responder.

—Se los llevaron a todos.

—¿Qué es lo que dices?, ¿a quiénes se llevaron? —preguntó Lucía.

—Un rebelde los secuestró —explicó Daniel. A Lucía se le debilitaron las piernas y se sentó sobre la cama.

—¿Se llevaron a nuestros hermanos? —preguntó Felipe atontado.

—¿Por qué?, ¿quién?, ¿quién se los llevó? —preguntó la joven y no pudo evitar levantar la voz.

—Lucía, debes calmarte: no pueden escucharnos —ordenó Daniel acercándosele y la joven empezó a sollozar—. Francisco, el hombre que se los llevó, es un tipo malvado y sin escrúpulos. Él fue quien te llevó al campamento y me pidió asesinarte. Nos creyó muertos todo este tiempo, pero, tras haber sido fotografiados...

—¿Fue él quien mató a mi padre? —preguntó con enojo. Daniel bajó la mirada—. Entonces Amanda y tú sí eran rebeldes como dijo el príncipe —fue la primera vez que Daniel advirtió desconfianza en los ojos de Lucía.

—Debes escucharme, te digo la verdad.

—Mi tía está viva. ¡Tú me dijiste que había muerto!

—Era para protegerte. Ese hombre no iba a descansar hasta matarte.

—¿Cómo puedes estar seguro de eso?

—Porque lo conozco. Lo conozco más de lo que quisiera.

—¿Por qué quiere matarme?

—Él es un hombre vengativo. El día que asesinó a tu padre, tú lo apuñalaste en la pierna y perdió tanta sangre que casi muere; desde entonces se propuso eliminarte y a todo rastro de tu familia —Lucía bajó su mirada hacia la alfombra. Estaba confundida. Empezó a llorar con mayor intensidad—. Hice lo que creí era mejor para ti.

—¿Por qué nos dices esto a nosotros? —intervino Felipe—. Deberíamos decirle al príncipe, él la protegerá y nos ayudará a encontrar a los demás; es el jefe de la Guardia Real.

—Él quiere verte, Lucía —refirió Daniel, la joven lo miró—; mañana, en Babel. Fue lo único que pidió. Si no te llevo conmigo va a matarlos a todos y luego vendrá por nosotros.

—¿La vas a llevar? ¡Es una trampa! El príncipe no la dejará salir del Fuerte.

—Si no la llevo, los va a matar a todos. ¿Acaso no lo entiendes? —gritó Daniel furioso, una muestra clara de su nerviosismo. Felipe se calló. Daniel caminó de nuevo hacia la puerta, intentaba calmarse—. Puedo jurarte que no te matará, te necesita: estás tan cerca de la Corona

que seguramente te pedirá que cometas algún crimen y eso nos dará tiempo para planear un escape. Ya hui de él antes, lo haré también ahora.

—¿Mencionó a Felipe? —susurró Lucía con los ojos llorosos.

—No. Gracias a Dios no.

En horas de la tarde, Nicolás había salido del Fuerte para arreglar unos asuntos en la Jefatura que había pospuesto a causa de la llegada de su prometida; Azucena, había ido a la academia y el rey se encontraba en el Capitolio, así que estaban solos en el palacio. Dentro del edificio no había vigilancia, pues al palacio solo podía ingresar la familia real y la servidumbre. Fueron a la capilla a orar por su peligrosa aventura, la joven se veló la cabeza y salió con Daniel rumbo al portón del ala este, que era poco concurrido. Después de saludar a los guardias que custodiaban la entrada, les informó que saldría con su hermano a recorrer la ciudad.

—Señorita, no es conveniente que salga sin compañía —aconsejó el de mayor rango—. Permítame decirle a uno de los guardias que los acompañen —ofreció con amabilidad.

—Descuide, no será necesario. Volveremos pronto —disintió Lucía, por lo tanto, el guardia abrió la puerta para permitirles el paso.

Caminaron en lo desconocido. Daniel tomó un carruaje y le dio suficiente dinero al cochero para ir hasta los límites entre Andalucía y el Valle de Santa María.

Se hospedaron en un hotel, se cambiaron de vestimenta, se cambiaron el pañuelo por uno de otro color y luego tomaron el tren hasta Babel.

Lucía no había estado tan nerviosa y asustada desde que era una niña. Sus manos temblaban y tenía unas ganas incesantes de llorar y, aunque estaba enojada con Daniel por haberle mentido, el sentimiento de culpa por la suerte de sus hermanos permanecía.

—¡No me dejes! —le dijo a su hermano, quien estaba sentado en la cama contigua y cuya triste expresión alumbraba la luz de la lámpara del noyero.

—Nunca voy a dejarte.

—¡Perdóname!, esto es mi culpa. No debí haber salido nunca de la cabaña. ¡Perdóname! —Lloró—. No me odies por favor, si tú me odias, me matará la tristeza —él se acercó y se sentó a su lado en la cama.

—Desde el primer momento en que te vi, sentí que debía protegerte. He hecho cosas de las que me arrepiento y aunque siempre deseé escapar, solo tú me diste el coraje para huir de ese hombre. Debes ser fuerte a partir de ahora y poner en práctica todo lo que te he enseñado. Si él te pide que hagas cosas indebidas, aún si con eso me salvaras a mí, no lo hagas, porque él es un mentiroso y sé que tu corazón no lo soportaría. Prefiero perder la vida, a que tú condenes tu alma. Estarás bien con el príncipe, ¡sé que lo estarás!, porque eres noble, inteligente y astuta; estoy seguro que tiene sentimientos por ti. Tú me diste una vida fuera del infierno de Francisco y ha sido maravillosa, si muriera hoy, me iría dichoso de haber podido experimentar la redención y la felicidad a tu lado.

—No morirás todavía hermano, te prometo que seré fuerte para ti. Recuperaré la felicidad que te he arrebatado —respondió conmovida.

—Era cuestión de tiempo para que esto ocurriera, pero ya no somos tan indefensos como en aquel entonces, esta vez vamos a pelear —Lucía asintió y él la besó en la frente.

Era ya media noche y el príncipe aún no podía conciliar el sueño, hacía especulaciones sobre el paradero de su prometida. Se sentía impotente por tener que manejar las cosas con discreción, pero no había nada que pudiera hacer al respecto. Felipe afirmaba que había ido a despedirse del resto de sus hermanos y que volvería al día siguiente por la tarde, no obstante Nicolás no

confiaba en sus palabras: estaba seguro, algo más sucedía y estaba desesperado por conocerlo. La Guardia Real no daba con su paradero, nadie parecía haberla visto, se había esfumado como un espectro. Temía que algo le sucediera y se sentía capaz de asesinar a quien osara tocarle una hebra de cabello.

La mañana siguiente los hermanos esperaban con angustia la llegada de Francisco frente a una casa abandonada. El interior estaba polvoriento y lleno de cosas inservibles, parecía no haber sido habitada en mucho tiempo. El lugar estaba desierto, los alrededores desolados.

—¿Quién vivía en esta casa? —preguntó Lucía asomándose por las rendijas de la pared desgastada.

—Nadie vivía aquí, todos los que venían, venían a morir.

—¿Aquí los asesinaba?

—Le llamaba por burla «La carnicería»: siempre que Francisco quería desaparecer a alguien lo traía aquí, lo desmembraba y en el pozo que ves allá —dijo señalándole la boquilla de un pozo a su izquierda—, lanzaba los pedazos, les rociaba un líquido inflamable y los quemaba. Nadie nunca sabía lo que pasaba con esas personas.

—¡Eso es horrible! —exclamó Lucía con las manos en el rostro y luego se persignó. Desde entonces estuvo más asustada.

Hacia las diez de la mañana vieron acercarse un autobús viejo. Todos los pasajeros del vehículo se bajaron, a excepción del conductor; eran sus hermanos. Tenían las manos atadas con sogas y permanecían custodiados por varios hombres armados quienes les impidieron avanzar hacia ellos.

—¿Luciana? —preguntó Francisco. La joven lo reconoció. Era el asesino de su padre, el rostro que había visto en sus pesadillas por años.

—¡Soy yo! —respondió más enojada que temerosa. El hombre la escrutó de pies a cabeza con lascivia.

—Sabía que volvería usar esta casa. Agradezco le hayas ahorrado el esfuerzo a mis hombres de desmembrar cuatro cuerpos, aunque habrían gozado con las mujeres.

—¡Maldito miserable!, ¿qué quiere de mí?

—Quiero que decapites a tu futuro esposo el 30 de mayo del año entrante —refirió dejando a la joven perpleja.

—¿Por qué haría yo eso? —preguntó en cuanto pudo hablar.

—¿Por qué? —preguntó sorprendido y sonrió con su amarillenta dentadura, como si la respuesta a la pregunta fuera obvia—. Porque gracias a mí estás viva. ¿Acaso no vivieron a expensas mías todos estos años? Además, ustedes más que nadie, deberían apoyar mi causa y derrocar al actual gobierno traidor e inútil, ellos son los culpables de la muerte de sus padres.

—A usted no le debo nada y si de vengar la muerte de nuestros padres se trata, deberíamos matarlo a usted —respondió enojada, Francisco la abofeteó con el dorso de su mano derecha. Julián y Daniel se apresuraron a auxiliarla, Amanda sollozaba y los hombres armados se acercaron a defender a su líder.

—Harás lo que te digo o mataré a tus hermanos y después iré por ti y por el príncipe —amenazó—. Tengo casi mil hombres que han entrenado desde niños y están listos para combatir. ¿Crees que el príncipe con sus conmovedoras palabras nos detendrá?, ¿crees acaso que puedes decirle esto y te creerá? He planeado esto por casi dos décadas y sé que no voy a fracasar. No cometes el error de creer que tú o tus hermanos van a poder detenerme —miró con marcado desdén a Daniel y Julián, que la rodeaban dispuestos a todo con tal de defenderla.

—¡Y es usted quien pretende construir un mejor reino! —se burló Lucía.

—Lo mejor y lo peor tienden a ser conceptos relativos en política, princesa.

—Deje a mis hermanas conmigo, las voy a necesitar —propuso con osadía. El hombre se acercó con una postura intimidante.

—Por una mirada menos retadora que esa, le he sacado los ojos a varias mujeres —dijo, lo que causó más enojo en la joven—. Lo que necesites tú, lo decido yo. ¡Tráiganlos a todos!

El mundo de Lucía colapsó al oír esas últimas palabras. Los vio forcejear, los escuchó gritar y pudo escuchar a Isabel maldecirla.

—¡Sigue el plan! —le dijo Daniel en lo que un hombre le sujetaba las manos.

—¡Todo estará bien!, ¡te amo! —confesó Julián y tocó su rostro, acto seguido, los rebeldes los obligaron a darle la espalda para subirlos al autobús.

Apenas el príncipe fue informado y se enteró que su prometida estaba en la estación de la Guardia Real de Babel, fue en su búsqueda. El corazón se le aceleró en tanto en la recepción le informaron que se hallaba en la enfermería. El joven se apresuró hasta encontrar la puerta. Se detuvo un momento, estaba asustado, respiró y tomó el coraje para dar vuelta a la manija y entrar. La encontró sentada sobre la camilla, con los ojos llorosos y fijos en el patrón de azulejos del piso. Una línea de sangre permanecía fresca sobre su labio inferior y marcas de dedos resaltaban en su mejilla derecha.

—Luciana —llamó y ella levantó la vista, lo que provocó que las lágrimas corrieran por sus mejillas. Él se acercó y tomó su rostro entre sus manos—. ¿Qué sucedió?, ¿quién te lastimó?, ¿dónde estabas? —le preguntó enojado, ante la triste mirada de la joven, la abrazó.

—Mis hermanos me dejaron, se han ido y es mi culpa. Se fueron por mi culpa —respondió y retomó los sollozos en el pecho de su futuro marido.

Lucía estaba inconsolable. Le refirió al príncipe durante el camino, en cuanto el llanto cesaba permitiéndole hablar, que Daniel la había llevado con sus hermanos bajo el pretexto de conversar sobre lo que pasaría después de la boda, pese a que en realidad querían despedirse. Para explicar su herida, mintió al decir que habían discutido porque algunos la culpaban de haber causado su repentina migración y que no sabía a dónde habían ido ni si los volvería a ver.

Nicolás ordenó reforzar las entradas a del Fuerte y, discretamente, alertó sobre los hermanos de Lucía en todo cuartel de cada provincia del reino, ofreció una considerable recompensa a quiénes dieran información sobre su paradero.

Durante los días posteriores al incidente, los novios no se vieron con frecuencia. Lucía permanecía taciturna en su habitación. Venía con frecuencia a su memoria el recuerdo del secuestro de sus hermanos y la macabra petición de Francisco. Tenía miedo por sus hermanos, en especial por sus hermanas, el gozo que le dio encontrar a Nicolás y ser su prometida fue opacado por el dolor y la culpa. Se alimentaba poco y dormía menos, fingía alegría en cuanto debía encargarse de asuntos matrimoniales, de lo contrario, su rostro expresaba un profundo abatimiento. Felipe le hacía compañía la mayor parte del tiempo, pero él no se encontraba mejor que ella.

El príncipe, por su parte, cada vez que volvía de la Jefatura, lo primero que hacía era preguntar por Lucía a los sirvientes, pero nunca se atrevió a acercarse a su habitación. Durante las noches se paseaba en vano por la arboleda, esperaba que la providencia los hiciera coincidir de nuevo.

Un par de días antes de la boda, Lucía fue al lago a aclarar sus pensamientos. Usaba un vestido azul que hacía juego con el aparente color de sus aguas. La tarde acababa y miraba el

crepúsculo con tristeza. El príncipe, quien estaba informado que había salido de su habitación, la veía desde los árboles; para él, su cabello, su mirada y su presencia, parecía irreal, un hechizo. Juzgaba que seguramente ella era un hechizo: algo engañoso, pero atractivo y ante el cual debía conducirse con cuidado. La vio volver su rostro hacia él, su corazón enloqueció. La marca de maltrato en su rostro ya había desaparecido.

—Buenas tardes —lo saludó con una amable sonrisa.

—Buenas tardes —respondió y se acercó a ella—. ¿Cómo está?

—Tengo un poco más de sosiego.

—Me alegro —dijo y después de un rato continuó—. Es poco probable que sus hermanos decidan no volver. Al ser una princesa dudo que no deseen reafirmar su parentesco con usted; muchos quisieran emparentar con la realeza.

—Excepto Julieta Valencia, su antigua prometida —replicó Lucía, lo que desvió la conversación sobre sus hermanos.

—No deseo hablar de ella.

—Comprendo —respondió la joven con decepción y volvió su mirada al lago.

Nicolás la miró sin saber qué hacer. Era consciente de que la pregunta de Lucía era válida y tenía derecho, como su futura esposa, de saber más sobre la mujer de la que todos hablaban. La prensa recordaba con frecuencia su compromiso y las comparaban incesantemente, la primera vez que ella intentaba abordar el tema, él lo había manejado de forma tan evasiva. Pensó en marcharse, pero era la primera vez en varios días que la veía y no quería dejarla. Quería estar con ella.

—Lo siento. Julieta es un tema difícil para mí.

—¿Es ella el amor no correspondido del que me habló en aquella tierra? —preguntó viéndolo a los ojos.

—Lo es.

—Pero ella no es un amor no correspondido: iba a ser su esposa.

—Amor —repitió—. Se habla del amor con mucha ligereza.

—¿Por qué rompieron el compromiso?

—Temo que si se lo confieso no quiera casarse conmigo.

—Eso demuestra que es tan importante como para conocerlo.

—Será mejor si se lo enseño —dijo y se quitó el abrigo, luego se empezó a desabotonar la camisa, dejó al descubierto su torso. La joven se intimidó al ver por primera vez su piel desnuda. Se quitó por completo la camisa, le dio la espalda. Tenía una enorme cicatriz, en realidad, eran varias cicatrices que en su momento fueron muy dolorosas, pues la carne comprometida era mucha. Estaban escritos de forma diagonal, de abajo hacia arriba y de forma continua los números 30, 05 y 2014. Lucía palideció: era la misma fecha en que Francisco le pidió asesinarlo.

—En el aciago incidente del 2000 fui raptado por unos rebeldes —explicó el príncipe después de unos segundos meditabundo—. Me retuvieron en una casa cerca de la plaza y me ataron. Estaba seguro, iba a morir, tenía once años en ese entonces. Pasé la noche atado y amordazado, escuché los gritos de la gente en la calle. Los rebeldes recibieron instrucciones y trajeron un atizador, lo colocaron en el fuego que ardía en la chimenea y dibujaron en mi espalda una fecha de caducidad, 30 de mayo de 2014 —dijo y empezó a vestirse de nuevo—. Julieta y yo nos enamoramos años después. La conocía desde niña, pero nunca me había fijado en ella hasta que se hizo joven —continuó— ella era, es —corrigió— muy hermosa e inteligente, estaba embelesado con ella. Empezamos un noviazgo y entre mis viajes y estudios pasó mucho tiempo,

hasta que hace un par de años nos comprometimos. Un día, con motivo de nuestro aniversario de novios, fuimos a nadar a una laguna en las afueras del Valle de Santa María y al quitarme la camisa, ella vio la cicatriz. Nadie sabía la verdad más que mi familia, pero como iba a ser mi esposa se lo confesé y ella, a su vez, se lo confesó a sus padres. Su hermano quedó paralítico a causa de los rebeldes, quizás por eso prefirió terminar con el compromiso, lo cierto es que nunca escuché una explicación de su parte ni, mucho menos, de parte de su familia.

—¿Es por esto que no quería regresar? ¡Fue mi culpa! Debí haberme quedado con usted. Lo siento, lo siento, en verdad, lo siento —dijo, se cubrió el rostro con las manos y empezó a llorar.

—No me fui por huir de los rebeldes. Esto no es su culpa, yo debía regresar en algún momento —intentó consolarla.

—Lo iban a asesinar en San Francisco, las bombas eran para usted. Pudo haber muerto —dijo y las piernas se le debilitaron lo que hizo que cayera de rodillas sobre la hierba verde. Nicolás se arrodilló frente a ella. Lucía lloraba desconsolada, hasta quedarse sin aire. Nicolás se sintió apenado por haberle revelado tal secreto, intentaba en vano enjuagar sus lágrimas con su pañuelo pues estas brotaban de nuevo con rapidez.

—Ya no llore más, me rompe el corazón —dijo profundamente conmovido—. Lamento haberle dicho esto —añadió, la joven exhausta de tanto llorar, recobró poco a poco la calma.

—Le juro por mi vida que no permitiré que nada malo le suceda. Usted vivirá, le juro que vivirá—. Nicolás sonrió con ternura. Ella lo abrazó.

—¿Aún se quiere casar conmigo después de lo que le he contado?

—No me voy a volver a separar de usted.

—¿No teme estar en peligro?

—Estoy cansada de vivir con miedo —añadió con firmeza.

—¡No se vuelva a ir nunca más de mi lado! —suplicó.

—¡No iré a ninguna parte! —respondió y los labios inquietos del príncipe empezaron a buscar con insistencia los labios de su prometida. Una vez se encontraron, la besó mientras abrazaba su cuerpo contra el suyo con un ímpetu determinado a no dejarla ir jamás.

CAPÍTULO V

El día de la boda llegó. Como es propio de estas celebraciones, todos iban muy de prisa de un lado a otro, personas entraban y salían de las habitaciones de los novios y uno que otro reclamo se escuchaba cada tanto.

—¿De verdad te casarás? —preguntó Azucena sentada en el sofá de la habitación de huéspedes, donde el príncipe arreglaba los últimos detalles de su traje.

—Por supuesto que sí —respondió con seguridad, incluso con alegría. Ella sonrió.

—Deseo que seas inmensamente feliz —dijo y después de darle un beso en la mejilla, lo abrazó.

La boda sería al atardecer. La novia despertó antes del alba y con ella los nervios propios de las próximas a casarse. Felipe fue a verla para ajustar los detalles del plan, pues partiría aquella misma noche a casa de su madre en San Pedro. Raquel, la empleada encargada de lo concerniente a la princesa Luciana, organizó todo de tal forma que se evitaran los contratiempos usuales. Las encargadas del arreglo de la novia, aquel día trabajaron sin descanso. La joven las había conocido poco después, en cuanto se decidió que sería la esposa del príncipe, pues estas la invadieron con el objetivo de prepararla para las entrevistas con los medios de comunicación. Su piel, su rostro, sus manos, su cabello, el cual la joven les impidió cortar, eran sus objetos de trabajo. Su tía Mercedes había llegado desde el día anterior y estaba atenta ante cualquier pormenor.

El vestido de novia, que las mejores diseñadoras del reino habían creado para ella, era precioso: dejaba los hombros ligeramente descubiertos, estaba ajustado hasta la cintura desde donde se desplegaba con sus delicados y preciosos bordados. Al verlo, la novia pensó en Amanda, pues estaba segura que le hubiera encantado: su hermana tenía un talento innato para la costura, además de una sensibilidad inigualable para reconocer la belleza. Lucía era su muñeca, su maniquí, le dejaba con confianza disponer de sí; era la única, aparte de su mamá, a quien le había confiado su larga y frondosa cabellera y la extrañaba demasiado, como a todos los demás. Se hubiera sentido menos nerviosa si hubiera estado allí y le rogaba a Dios sin descanso por su bienestar.

El sacramento habría de realizarse en la capilla del Fuerte. El sacerdote que oficiaría la ceremonia se llamaba Jorge Salazar. Era un hombre de unos cuarenta y siete años, que casi nunca se encontraba en la capilla salvo para officiar las ceremonias obligatorias o si era solicitado para la confesión del rey o de uno de los miembros de la familia real. El hombre de Dios procuraba visitar los conventos y las otras iglesias del reino. Tenía afición por dar catequesis en las escuelas y en especial, en aquellos lugares donde la masacre del 2000 había dejado mayor huella.

De parte de la novia, solo se invitó a la familia de su tía Mercedes y a su hermano Felipe, así que los otros invitados eran conocidos o amigos del novio y por supuesto, las familias de los actuales consejeros, quienes por su labor estaban obligados a asistir a tan importante acontecimiento.

Samuel Bravo, un hombre de piel negra y ojos oscuros, quien había perdido a su esposa y a dos de sus hijos en la masacre del 2000, asistió con su único hijo, Martín Bravo. Gustavo Lozano, un hombre de mediana edad, piel blanca, cabello castaño y ojos negros, fue acompañado de su esposa Dominga Guerrero, de sus hijos Margarita Lozano y Gustavo II Lozano, de su nuera

Natalia Lozano y de su nieto, un niño de cuatro años, Gustavo III Lozano. María Ester Ramos, una mujer esbelta, de hermosos ojos verdes, viuda de Samuel de Toledo, fue acompañada por su único hijo, que llevaba el mismo nombre del padre. Pedro Valencia, un hombre rubio de ojos azules, fue acompañado por su esposa Ignacia Navarro. El matrimonio tenía dos hijos, el primogénito Juan Valencia, quien había quedado paralítico después de un atentado del que fue víctima años atrás, rechazó la invitación; y Julieta Valencia, quien se encontraba fuera del reino. Ofelia Núñez, una mujer morena, de cabellos rizados y frondosos, viuda en la masacre del 2000, fue acompañada por sus cuatro hijos, Pedro, Esteban, Leonardo y Agustín Caicedo. María Ignacia García, una mujer alta, elegante, de cabello rojo y ojos verdes, que bien podría ser pariente de Isabel y Alejandro, los hermanos de Lucía, fue acompañada por su esposo Alonso Villanova y sus dos hijos, Manuel y Jerónimo.

Nicolás Maxwell Olivera caminó por el pasillo en compañía de su padre, el rey Leonard Maxwell Pierce, quien se paseaba dichoso entre sus invitados con su benjamín. Como se acostumbraba en estas ceremonias oficiales, el rey usaba su corona y el príncipe la suya. Azucena y Sebastián, quienes ocupaban los primeros lugares en la capilla, debieron portarlas también. Padre e hijo se detuvieron frente al altar y se voltearon a esperar a la novia, quien subía con cuidado la escalinata de la capilla, apoyada en el brazo de su hermano.

Apenas el novio distinguió su figura, el corazón se le exaltó. Quedó perplejo ante su feroz belleza, por unos instantes olvidó el protocolo nupcial y quiso ir a recibirla, aunque se contuvo al verla ir hacia él. Estaba embelesado. Iba a desposarla, sería su mujer y solo la muerte podría volver a separarlos.

Mientras caminaba hacia el altar, Lucía traía a su memoria los recuerdos con Daniel, escenas de él leyéndole cuentos infantiles: en ellos había reinos, magia, príncipes, doncellas, grandes males que debían superarse para poder casarse y ser felices para siempre. Se preguntaba por qué su cuento empezaba al revés, por qué se casaba en ese momento, por qué no iba a ser feliz, por qué el mal se fortalecía... y estaba obligada a decapitar a su príncipe.

Felipe entregó a su hermana con los ojos llorosos.

—Debes prometer que la cuidarás —dijo, pues hacía el papel del hermano mayor ausente.

—Con mi vida de ser necesario —respondió el príncipe al recibir del brazo a su futura esposa.

Era sábado 7 de septiembre de 2013, los jóvenes reunidos por voluntad divina en el extranjero y perverso mundo exterior hicieron un juramento inquebrantable a Dios. No hubo coacción a pesar de las circunstancias que rodearon su unión, era auténtico, genuino y oportuno.

—(...) puede besar a la novia —dijo el sacerdote y Nicolás levantó el velo que cubría el rostro de su esposa y juntó sus labios con los suyos. Fue un beso breve y tierno. De ser por los novios se hubieran besado algún tiempo más, pero los asistentes a la boda comenzaron a aplaudir. Ambos sonrieron.

La nueva princesa recibió su propia corona aquel día. El rey dispuso que fuera un arreglo de una de las coronas que usaba la difunta reina Ana y una vez coronada, los presentes, incluido el sacerdote, hicieron una reverencia en su honor.

Después de la ceremonia, se sirvió un banquete espléndido que había sido mandado a preparar para los casi cien invitados. Una talentosa orquesta animó la celebración y los esposos abrieron, como de costumbre, la pista de baile. Era la primera vez que la pareja bailaba; era un vals suave. Nicolás bailaba con modestia, pues temía que Lucía no supiera y quedara avergonzada, pero la joven sabía lo que hacía: lo había ensayado muchas veces con Felipe y

Azucena. El esposo estaba alegre.

—¿Sonríe por alegría o porque se burla de mí?

—Porque estoy feliz —respondió, ella sonrió—. Y usted, ¿también lo está? —le preguntó interesado, pero la pieza acabó.

El rey se acercó para bailar con su nueva hija. Estaba más feliz que los jóvenes. Sentía un regocijo inexplicable, como si fuera él quien se hubiera casado. Las palabras sobraron durante el baile.

—Es mi turno, padre —interrumpió Sebastián y extendió su mano para bailar con Lucía. La joven dudó por un momento, sin embargo, después de observar el rostro afable del rey, la tomó. Sebastián era un bailarín talentoso y un hombre bastante atractivo. En el momento en que él colocó su mano sobre su espalda, ella se estremeció—. Nicolás es alguien inocente que vivió una desgarradora ruptura amorosa. Sus sentimientos o su juicio pueden nublarse, pero le advierto que la voy a observar y no permitiré que lo lastime a él o a mi familia —la amenazó y antes que ella tuviera oportunidad de defenderse, se marchó.

El primero de los consejeros que invitó a bailar a Lucía fue Gustavo Lozano, quien en todo el baile no dejó de resaltar la valentía de la joven al quedarse a ayudar a los heridos de la masacre de San Francisco de Asís y lo hermosa que lucía en su vestido de novia; le siguió su hijo Gustavo II Lozano, de rasgos físicos similares a los de su padre; luego pidió su mano Samuel Bravo, quien se mantuvo amable, pero callado, era un hombre de pocas palabras; le siguió Pedro Valencia, quien tampoco le refirió palabra a la princesa; además tenía una expresión de disgusto en su rostro, después bailó con Samuel de Toledo, quien se mostró encantador; le siguió el único hijo de Samuel Bravo, Martín Bravo, un hombre de más de treinta años, que había asistido con su esposa y sus dos hijos; luego, como era costumbre, debía bailar con los esposos de las consejeras, pero dos de ellas eran viudas, así que solo bailó con el esposo de María Ignacia García, Alonso Villanova, un hombre alegre y agradable. Además, también bailó con los cuatro hijos de la consejera Ofelia Núñez: Pedro, Esteban, Leonardo y Agustín Caicedo, todos mayores de treinta y cinco años y casados, y, por último, bailó con los dos hijos de María Ignacia García, Manuel y Jerónimo Villanova. Después bailó con su tío Fernando, y, por último, con su hermano Felipe.

Nicolás tuvo la misma suerte que su esposa: debió bailar primero con las consejeras, después, con las esposas de los consejeros, luego, con las hijas de las mismas, y, por último, bailó con su hermana. Con la primera en bailar fue con María Ignacia García, quien era parte de su familia, pues era la abuela del hijo de Azucena; luego bailó con Ofelia Núñez, a quien admiraba y respetaba; y, por último, con María Ester Ramos, una mujer tan hermosa y elegante como inteligente. Después bailó con la esposa de Gustavo Lozano, Dominga Guerrero, una mujer elegante y vanidosa; seguido bailó con su hija Margarita Lozano, segunda al mando de la Guardia Real, una mujer atractiva, de carácter fuerte y a quien Nicolás nunca le llamó la atención, a pesar de ser ella, en ocasiones, bastante obvia. De haber estado Julieta presente, Nicolás hubiera tenido que bailar con ella; por fortuna, solo tuvo que bailar con su madre, Ignacia Navarro, aunque el parecido entre ellas ya era suficiente para perturbar su ánimo.

A las doce de la noche los esposos partieron del palacio. En la puerta norte del mismo los esperaba el auto que los llevaría a su destino. Lucía se despidió de sus tíos y de Felipe, a quien miró como si temiera olvidar su rostro una vez desapareciera de su vista. Luego se subió al auto y una vez hubo avanzado lo suficiente lloró y volteó para verlo una vez más.

El camino fue silencioso y tranquilo. Las calles estaban iluminadas por faroles y corría una

brisa fresca. Un auto los antecedió con escoltas y otro los precedía, con la intención de resguardar a los recién casados. Nicolás la miró y no pudo evitar recordar las veces en que la había observado en el auto en Cartagena. No podía creer que estuviera casado con ella.

Para la noche de bodas, los esposos fueron a quedarse en una mansión en la frontera de Andalucía con el Valle de Santa María, propiedad del príncipe. Era más bien un castillo abandonado que había sido reconstruido.

—Es hermosa —admitió la esposa—. ¿Le pertenece a usted?

—Sí, en ocasiones prefiero pasar tiempo a solas.

—¿Me abandonará en el Fuerte para venir aquí?

Él sonrió.

—Claro que no, la traeré siempre conmigo.

El lugar tenía varias habitaciones y salones, sin embargo, solo se había preparado el salón y la habitación principal. La joven siguió a Nicolás hasta la habitación y al abrir la puerta quedó embelesada por la romántica decoración. Se sintió nerviosa.

—Puede pasar la noche aquí. Yo dormiré en el salón —le dijo mientras permanecía en el umbral de la puerta—. Que descanse —añadió y se acercó para besarla en la frente. La joven se sintió aliviada al verlo marcharse.

Lucía se cubrió con la gruesa manta blanca y pronto se quedó dormida. Estuvo demasiado cansada como para tener pesadillas y el sueño fue tan plácido que despertó a media mañana. Fue al salón en busca de Nicolás, pero solo encontró unas sábanas dobladas al borde del sofá. Recorrió el lugar llamándolo sin éxito hasta que lo vio a través de una de las ventanas, estaba afuera concentrado en el horizonte, con las manos resguardadas del frío en los bolsillos de su abrigo. Le habría gustado saber lo que pensaba, lo que lo preocupaba. Estar casada con él le generaba cierta alegría, pero la tristeza por la pérdida de sus hermanos y lo terrible que se aproximaba a Oscuro, la opacaban de inmediato. Quiso decirle la verdad, pero temió que no le creyera y arriesgara irreparablemente la vida de sus hermanos; sin embargo, tenía muy presente las advertencias de Daniel, si para marzo no estaban en el Fuerte, le contaría todo al príncipe, para que al menos ellos tuvieran la oportunidad de protegerse de Francisco.

Los pensamientos del esposo eran tan diversos como fugaces aquella fría mañana. Oscilaban entre Lucía, su esposa y Oscuro, el reino que debía mantener a salvo. Sentía un gran peso oprimir día y noche sus hombros, tenía esa sensación de la posibilidad de otra situación funesta que acontecería pronto y él no podría evitarla. De pronto sintió que alguien envolvió su brazo izquierdo, volteó su mirada y la vio a ella sonriente y la oscuridad de sus pensamientos fue disipada por su luz.

—Buenos días —le devolvió la sonrisa.

—Buenos días —respondió ella—. Confieso que siento celos de esta vista, cómo es que mi esposo se pierde en ella en vez de perderse en mí —él sonrió de nuevo, soltó su brazo de entre los suyos para rodearla por completo y la besó en la coronilla.

—No llevamos un día de casados y ya empieza a comportarse de forma posesiva. ¿Le molestaría si le hablo de tú, en vez de usted?

—No. Creo que ya somos lo suficientemente cercanos como para tutearnos.

—No podríamos ser más cercanos.

—¿Por qué debemos vivir en el Fuerte?, ¿no podemos quedarnos a vivir aquí?

—¿Quieres vivir sola conmigo? —le preguntó sonriendo y ella sonrió avergonzada.

—No es solo eso —dijo todavía abrazada a él—. Es que me resulta un poco incómodo tantos

trabajadores, tantas personas en el lugar donde vives. No sé cómo explicarlo. Estaba acostumbrada a repartir los quehaceres con mis hermanos, a tener algo que hacer y ahora no hago nada, no decido nada. No lo sé, quizás un poco más de privacidad para nosotros, para poder tomar nuestras propias decisiones, para poder decorar a nuestro gusto. No sé si has comprendido lo que intento expresar —añadió y el príncipe no pudo evitar sonreír.

—Comprendo perfectamente y comparto tu sentir. En Cartagena, sentía lo mismo. Poder moverte con libertad es un placer que no podrás disfrutar aquí, yo te lo he arrebatado, y lo lamento.

—No me has arrebatado nada, porque tampoco era libre antes. Supongo que solo le agregué más metros a mi prisión —dijo y él se entristeció.

—¿No crees que prisión es un término injusto?

—No, no lo creo.

—El Fuerte no es tu prisión —objetó el príncipe, ella lo miró, luego volvió su rostro hacia el horizonte y pensó en lo triste que se tornaba su primera conversación después de casados, así que prefirió terminar el tema. Nicolás lo entendió, tomó su mano con delicadeza y se la llevó a los labios para besarla.

—Eso mismo hiciste la primera vez que nos conocimos. Nunca vi en esa tierra a nadie hacerlo. ¿No se les hizo extraña tu conducta?

—No, porque jamás besé la mano de ninguna otra mujer —confesó.

—Azucena me explicó que no está permitido involucrarse con personas de afuera, así que tú rompiste la ley conmigo. No debiste siquiera hablarme.

—Y no me arrepiento. Pasé momentos agradables contigo y ahora no tiene por qué ser diferente —dijo y acarició su rostro tras acercarse más a ella—, y ya que eres mi esposa, podemos hacer que esos momentos sean eternos.

—¿Es eso posible? —preguntó escéptica, el esposo le dio un breve beso en los labios.

—Creo, esposa mía, que lo posible en esta isla está alterado —respondió, esto hizo sonreír a la joven; luego la volvió a besar con mayor libertad.

El lunes por la mañana la pareja estaba de vuelta en la prisión de piedras, oro y cristal. Los sirvientes llevaron su equipaje a la torre que sería desde entonces su habitación y fueron a desayunar con la familia real, la nueva familia de Lucía. El rey estaba sentado en la cabecera de la mesa, Sebastián a su derecha y a su izquierda, Azucena.

—¡Oh!, ¡ya están de regreso! —exclamó el rey levantándose y acercándose a los jóvenes para recibirlos con un cálido abrazo—. Hijo, no debieron regresar tan pronto.

Azucena y Sebastián también se levantaron, el último solo abrazó a su hermano y estrechó la mano de Lucía.

—El deber es primero, padre —respondió Nicolás y se sentó junto a Sebastián. Lucía se sentó frente a él, junto a Azucena.

—¿Qué tal su exigua estancia en tu gélida mansión? —preguntó Sebastián dirigiéndose a Nicolás.

—Acogedora.

—Tardaste mucho tiempo remodelándola, ¿te irás a vivir allá con Luciana, como planeabas hacer después de casarte con Julieta?

Nicolás se turbó y la miró, pero la joven miraba con atención la taza de café frente a ella.

—Viviremos aquí. Es más seguro para ambos.

—Coincido contigo, es lo mejor —dijo Sebastián en tanto miraba a Lucía.

—Ya colgamos tus pinturas —intervino Azucena. Lucía la miró—, no te extrañes verlas en algún salón. El marco quedó magníficamente hecho.

—Pronto estará listo el salón que se mandó a preparar para que puedas usarlo como taller. Estoy seguro que te agradará, tiene la mejor vista hacia el lago —comentó el rey.

—Se lo agradezco, señor, pero no es necesario. Hace más de un año que no pinto.

—¿De verdad?, ¿por qué? —preguntó asombrada Azucena.

—No lo sé, supongo que estuve poco inspirada —contestó, Nicolás la miró con pesar.

—¿Así que es pintora como su madre? —preguntó Sebastián, Lucía volvió su mirada hacia él al escuchar mencionar a su madre.

—Supongo que sí.

—Y ya que heredó la sensibilidad de su madre para el arte, ¿qué heredó de su padre?

—Su coraje.

—Sensibilidad y coraje. Magníficas virtudes —concluyó el monarca.

Después del desayuno, Nicolás subió a la torre a ponerse el uniforme e ir a la Jefatura. Sebastián había sido el anterior jefe de la Guardia Real y ahora ejercía el cargo de Contralor Real, uno de los oficios que debía conocer con exactitud antes de tomar el poder. Azucena, por su parte, permanecía como directora de la Academia Real Santa Teresa de Jesús, además, estaba a cargo del Programa Visitantes.

Durante el corto trayecto, Nicolás acostumbraba a leer el periódico o algún libro religioso, pero aquel día su pensamiento estaba ocupado en Lucía. Estaba seguro, a Sebastián le empezaba a agrandar y reflexionaba sobre su reacción al enterarse que la mansión fue construida para vivir con Julieta. No habría querido que se enterara de esa manera.

La Jefatura estaba ubicada veinte kilómetros al este del Fuerte. Había sido construida sobre el túnel que conectaba la capilla del Fuerte con el monasterio, su acceso, oculto en la oficina del jefe de la Guardia Real, estaba en desuso, pero fue pensado para posibles contingencias. El lugar era un edificio pequeño y ancho de tres pisos, desde donde se coordinaban las acciones para seguridad del reino. Estaba cercado por altos muros y custodiados por centinelas y guardias con armas de fuego.

El reino estaba dividido en estados y estos, en provincias. Cada estado tenía una ciudad o provincial capital, del mismo nombre que el estado. Si ocurría algún acto ilegal, el ciudadano debía dirigirse a la Estación de la Guardia Real local, que era liderada por un cabo. Si era pertinente, debía informarse a la Estación central, ubicada en la ciudad, a cargo del sargento. Este, a su vez, informaba a la Jefatura, que estaba ubicada en la ciudad de Andalucía.

Eran insignificantes las quejas por el uso inadecuado de la fuerza por parte de la Guardia Real y aquellos que era acusados de este delito, eran investigados y sancionados con severidad. Los guardias reales, eran hombres y mujeres expertos en defensa y leyes, por lo cual, los cabos de cada provincia ejercían también como jueces. En Oscuro no existían los abogados expertos en el manejo y las debilidades de la ley, así que los conflictos eran manejados directamente con la víctima y el agresor; con sus testigos y sus pruebas. El juez supremo era el rey, no obstante, todos los miembros del consejo podían ejercer como jueces.

En el primer piso de la Jefatura estaban las oficinas para la recepción de denuncias acerca los rebeldes, desde cualquier parte del reino. En el segundo piso, estaban las oficinas de los investigadores, con sus tableros repletos de mapas y fotografías y/o en su defecto retratos de posibles criminales. En el tercer piso, estaba la oficina del jefe: un salón amplio y luminoso, desde cuya ventana se podía observar gran parte del esplendor del Valle de Santa María; también

estaba la oficina de la segunda al mando, Margarita Lozano y la del tercero al mando, Samuel de Toledo. Al fondo, en un amplio cubículo de madera, estaba sentada en su escritorio una mujer cabello rubio, ojos azules, rostro delicado y labios rojos con forma de corazón. Usaba un vestido rosa y organizaba con mucha concentración unas carpetas sobre su escritorio. Era Julieta, hija amada de Pedro Valencia y ex prometida del príncipe Nicolás.

El joven no pudo evitar quedar embelesado con su belleza, era la primera vez que la veía desde que estaba en la isla. Inconscientemente, esperaba que se opusiera a su matrimonio, incluso aguardó esa esperanza hasta el final, si ella se lo pedía, estaba seguro, no se hubiera casado. Entró a su oficina con su bello rostro dibujado en la mente. El príncipe había dado por hecho que ella renunciaría a su cargo en cuanto él tomara posesión del suyo, pero también era consciente que era una mujer de espíritu fuerte y muy dedicada en su trabajo. Además, después de verla, no sabía si quería que lo hiciera. Durante su noviazgo, Sebastián era el jefe de la Guardia Real, acostumbraba ir por ella al finalizar la jornada. Pensaba en lo feliz que sería trabajar cerca de ella todo el día. Ahora la situación había cambiado y el estar ahí con ella y casado con otra, le parecía una tortura.

El resto de la mañana, Lucía se ocupó de acomodar su antigua y nueva ropa en su armario, al lado de la de su esposo. Raquel la asistió en esta labor, a pesar sus repetidas negaciones, pues no quería desentenderse de esas ocupaciones por muy básicas que parecieran, sin embargo, Marta, le había ordenado a Raquel que la ayudara, lo que dejó a la mujer en un dilema, así que Lucía terminó por acceder a recibir su ayuda. Su antigua ropa junto a la nueva parecía harapos precolombinos, a excepción de uno que otro vestido que Daniel le había obsequiado o que Amanda le había tejido, pero que no tenían sentido usarlos en la selva. El color, la costura, las telas, los encajes, distaban no solo en belleza, sino en calidad. Escogió lo mejor de su antiguo vestuario para colocarlo en exhibición y guardó en estantes lo demás, pretendiendo usarla, por lo menos, dentro de su torre. Al salir Raquel guardó con sumo cuidado el comunicador de radio que había llevado, lo envolvió con su antigua ropa de dormir en la maleta que había traído Daniel y la colocó al fondo del vestidor, en un lugar visible, pero poco llamativo.

La habitación era tan extensa como su antigua casa. Había una ventana que daba hacia el norte y otra hacia el sur, que se asomaba a la torre de Sebastián y, aunque le habían informado que él nunca abría esa ventana, decidió mantenerla cerrada. Había una enorme cama en el centro de la habitación, un cuarto de baño al este y un vestidor al lado. Frente a la cama, una pintura al óleo de un trozo de tierra redonda rodeada por el mar caribe; a la izquierda, un tocador con hermosos acabados; a la derecha, hacia la ventana norte, unos muebles rodeaban una mesita adornada con hermosas rosas rojas y al final, el balcón de la torre.

Aunque Lucía se sentía cómoda en la torre, un lugar privado e íntimo, lo cierto es que la angustiaba dormir en la misma cama que Nicolás, sentir su cercanía, el quizás no poder ser capaz de contener sus pasiones. Miró el sofá y le pareció bastante espacioso y confortable, así que resolvió dormir allí.

El príncipe le había comunicado a su padre su intención de asignarle a su esposa un guardia permanente. El rey, en un principio, se opuso, pero después estuvo de acuerdo mientras que el guardia fuera alguien conocido y de confianza, lo que lo llevó a considerar a Manuel Villanova. El joven, más parecido a su padre que a su madre, de mediana estatura, cabellos negros y ojos verdes, le había informado a Nicolás en conversaciones casuales, su deseo de poder ser guardia de la familia real. Manuel había perdido a su hermano, el difunto esposo de Azucena, Arturo Villanova por causa de los rebeldes y estaba deseoso de poder combatirlos y proteger a la

Corona. En el momento en que el rey lo mandó a llamar para proponerle el cargo, no pudo sentirse más dichoso.

Después de comunicarle que Manuel sería su guardia, el rey llevó a Lucía al Capitolio. El lugar era colosal y de techos muy altos, tenía múltiples salones y amplios pasillos. Estaba prohibido el ingreso al Fuerte en horas de la tarde. En la mañana el lugar estaba abierto al reino, sin embargo, después del 2000, quienes ingresaban, eran los que tenían cita previa con alguno de los consejeros o hacían parte de un grupo de turistas que eran requisados y solo podían ingresar con un guía al Capitolio y la capilla; los demás lugares, en especial, el palacio, estaban vetados.

—Dime, hija, ¿en qué está basada tu educación?, ¿qué cosas has aprendido todos estos años por tu cuenta? —la interrogó el rey.

—He aprendido sobre literatura, historia, matemáticas, ciencias, teología, política y he tratado de aprender cuanto llamara mi atención.

—¡Vaya! Es una pena que no hayas estudiado en la universidad —exclamó en tanto buscaba entre los estantes.

—Lo es. Ciertamente deseé tener esa experiencia. Mi hermano —dijo y se le hizo un nudo en la garganta— procuró conseguirme el plan de estudio de algunas universidades, en especial, del área de humanidades, política e historia.

—Y teniendo en cuenta que tu percepción es más amplia que la mayoría de los oscurenses, pues has tenido la oportunidad de visitar el mundo exterior y estabas fuera de la normativa que regula el comportamiento de los visitantes, ¿qué piensas de la propuesta de abrir Oscuro al mundo? Ya ves que todos, nativos y foráneos, pueden entrar y salir por los portales.

—Para ser franca —empezó con cierta vergüenza—, al regresar a Oscuro, lo único que extrañé del mundo exterior fue a Nicolás y una de las cosas que me atrajo de él, fue su atípico comportamiento —continuó y el rey sonrió—. Me es difícil comparar esta tierra con el otro mundo, porque incluso yo me siento foránea en mi tierra, pero la propuesta de abrir Oscuro me parece imprudente y perjudicial; sin embargo, considero que todos tienen derecho a conocer qué hay más allá de las aguas y que solo deberían ingresar a la isla los que logren atravesar la barrera. Además, ¿acaso ese no es el sentido de esta isla?, ¿no fue el deseo de nuestros ancestros un lugar ajeno a los conflictos exteriores, a las ideologías perversas y violentas?, ¿qué ganaría Oscuro con su apertura mundial si es que puede caer la barrera? Si de calidad se trata, el aire es más puro aquí, las calles, las casas, el paisaje urbano y suburbano es agraciado y funcional en comparación con el de ellos. El contacto con la naturaleza es único. ¿No siente usted que hay una armonía entre el hombre y la creación aquí?

—Sin duda la hay. En ocasiones me he preguntado por qué un lugar tan hermoso tiene un nombre tan particular, incluso contradictorio —reflexionó señalándole un tablero en la pared que contenía un acróstico con la palabra oscuro—, oportuna, sabia, cálida, única, redonda, oculta —leyó.

—¿Es creación suya? —preguntó la joven con interés.

—No, de mi padre. La gente desconoce en realidad el motivo del nombre de la isla. Al llegar, «el hombre», la llamaba así y nadie jamás se atrevió a preguntarle el motivo.

—Puede que Oscuro no sea un nombre sino una característica y no necesariamente de la isla porque este lugar es opuesto a lo que oscuro significa, quizás, esta característica es propia del hombre, de su corazón —dedujo la joven con timidez—. Ningún corazón impuro puede atravesar la barrera, ¿pero si la oscuridad germina dentro?, ¿si no se le puede desterrar?, ¿si esta es intrínseca al ser humano, al corazón del hombre? Oscuro es el corazón del hombre con su

constante inclinación hacia el mal —el rey la miró y luego continuó su búsqueda entre los libros.

—¿No te parece que es una visión pesimista del hombre?

—No, Su majestad, me parece que es realista —respondió con mayor confianza—. No podemos desconocer nuestra naturaleza herida por el pecado, ni en nosotros ni en los demás, creo que «el hombre» lo sabía —concluyó. La biblioteca quedó en silencio y se sintió avergonzada, pensó que había dicho algo incorrecto.

—¡Aquí está! —exclamó el rey y sacó un libro robusto, de tapa dura y rojiza y se lo entregó—. Es la historia de Oscuro hasta los tiempos de mis padres: ciencia, política, educación, salud, economía, genealogías de las familias, todo lo que necesitas saber.

—¿Todo está contenido en estas páginas? —preguntó escéptica.

—Así es —se volvió a buscar algo más—, y este —añadió entregándole a la joven otro libro—, es un informe de mis veintisiete años de reinado. En cuanto termines con su lectura, me avisas, pues me asistirás de ahora en adelante en mis oficios en el Capitolio.

Eran casi las diez de la noche y todos se habían ido a descansar. Nicolás tomó un baño y entró al vestidor a cambiarse de ropa. Acostumbraba, después del trabajo, montar a Valiente y luego entrenar en el gimnasio del palacio en compañía de su hermano o su padre y algunas veces, de Samuel de Toledo. Al llegar, la joven leía en el sofá, sin embargo, al salir del baño, ella ya estaba preparada para dormir, había cubierto el sofá con una sábana y había colocado una almohada en un extremo. Estaba acostada y tenía sujeta con ambas manos una manta que la cubría hasta la altura del busto.

—No tienes que dormir ahí —dijo Nicolás sacándola de sus pensamientos—. La cama es lo suficientemente amplia para los dos. Ni siquiera notarás que duermo a tu lado.

—No creí que pudieras conciliar el sueño al lado de una mujer en la que no confías.

—¿Dices eso por Manuel? —preguntó sentándose en el sofá junto a ella. Lucía se puso nerviosa—. Después de lo que sucedió hace días, no quiero arriesgarme a que vuelvas con los labios rotos —añadió y acarició sus labios. La joven se turbó—. Soy el jefe de la Guardia Real, mis hermanos..., no quiero que alguien te lastime, no lo soportaría y prefiero incomodarte con un guardia a perderte —añadió y ella sonrió.

—Buenas noches, Nicolás.

—En verdad no podré descansar si duermes en el sofá. Ve a la cama y yo dormiré aquí.

—De ninguna manera, esta es tu torre.

—Nuestra torre —corrigió con amabilidad.

—Podemos turnarnos, entonces. Una semana yo dormiré en el sofá y tú en la cama y la semana siguiente cambiaremos.

—¡Qué obstinada! —Sonrió ante su derrota—. Está bien —accedió y se inclinó para besarla en la frente—. ¡Que descanses!

—¡Feliz noche! —respondió Lucía llena de la paz que solo Nicolás parecía poder proveerle.

El día que Francisco separó a los hermanos se los llevó en autobús a la provincia de Santa Cruz en el noroeste de Babel. Los jóvenes tuvieron que caminar varios kilómetros desde la provincia para llegar al campamento. Iban atados de las muñecas y cercados por más rebeldes armados que se le habían unido a Francisco en la ciudad. Daniel se mantuvo junto a Amanda, de la misma forma en que Alejandro no se apartó de Isabel. Julián caminaba detrás de ellos, atento a todo cuanto pasara a su alrededor, para añadir más detalles a su plan de escape.

Un camino maltrecho les señaló que habían llegado al campamento. Es difícil describir lo que sintió Daniel en ese momento: una mezcla de ira, culpa, tristeza e impotencia. Amanda comenzó

a sollozar. Los demás se asustaron.

—Rogelio —llamó Francisco y volteó un hombre de apariencia intimidante que acababa de abofetear a un adolescente. Se trataba del comandante de aquel campamento.

—¿Encargo especial, señor? —preguntó dirigiéndose hacia los recién llegados.

—¡Hazles el ingreso! —ordenó Francisco, miró a Daniel y se fue con más de la mitad de los hombres que lo acompañaban. Cuatro de ellos, los que venían detrás, se quedaron a apoyar a Rogelio.

—¡El hijo pródigo ha vuelto! —exclamó el hombre al ver a Daniel y se acercó a él. Sacó una navaja de su bolsillo y le cortó las cuerdas que le ataban las manos.

—Juré que estabas muerto —desdeñó Daniel.

—Lamento haberte decepcionado.

—¡Qué más se puede esperar de ti!

—Las que no decepcionan son las mujeres que vienen contigo; heredaste el gusto de tu padre.

—¡Maldito desgraciado! —espetó Daniel luego de dar un paso hacia el rebelde con la intención de golpearlo, pero Julián se interpuso. Rogelio se burló.

—Él ya entendió cómo son las cosas aquí.

Después de desatarlos, Rogelio se explayó en instrucciones generales sobre el reglamento interno del campamento y sobre las penas por incumplirlas, que en realidad era solo una: la muerte. Los hombres se fueron con los guardias y las mujeres fueron guiadas por Rogelio hacia una cabaña cercana, allí encontraron a una mujer entrada en años que estaba sentada en una silla desvencijada y remendaba un enorme edredón.

—Esmeralda —la llamó. La mujer no mostró intenciones de mirarlo—. Te traigo unas nuevas, son encargo especial de Francisco, así que dales ropa y cama aquí. Yo me encargaré de ubicar a los hombres.

—Mi cabaña no es posada —respondió la mujer airada.

—Que duerman en el suelo, si quieres, pero encárgate, deben colaborar como las demás —replicó Rogelio y se fue.

En Oscuro existían cuatro campamentos rebeldes: el primero y más extenso, ubicado en Babel en la provincia Santa Cruz; el segundo, ubicado en el Valle de Santa María, en la provincia de Los Robles; el tercero, en San Pedro, en la provincia de Villanueva; y el cuarto, ubicado en San José, en la provincia de Vista hermosa. Francisco era el comandante en jefe de todos ellos. Solo su nombre generaba temor entre los rebeldes: jamás dejó de cumplir una amenaza ni suavizó la pena previamente impuesta por un castigo.

Los campamentos tenían una característica en común: estaban cerca de fuentes hídricas, escondidos por la vegetación y en zonas poco transitadas. Se encontraban alejados varios kilómetros de las provincias, las cuales los proveían de lo necesario para su mantenimiento: los rebeldes acostumbraban a exigir dinero a través de amenazas a los habitantes y en algunos casos, secuestraban personas para pedir rescate a la familia.

Cada campamento estaba fuertemente vigilado. En su interior, había una bodega donde almacenaban víveres y productos de aseo personal, una gran cocina, que procuraban mantener limpia y ordenada, unos baños colectivos, un área para dormir, una sala de reuniones, el lugar más frecuentado por Francisco, y un espacio destinado al entrenamiento de los soldados para la guerra. Los rebeldes eran entrenados para el combate cuerpo a cuerpo, el manejo de armas de todo tipo e incluso para la activación de explosivos con radiofrecuencias.

Aquel día, los hermanos cambiaron sus ropas por un uniforme maltrecho: una camisa beige y

un pantalón café, lo mismo hombres que mujeres; comieron lo que les ofrecieron y fueron obligados a dormir antes de las ocho. Esmeralda compartió su cama con Mirian, su nieta: una mujer de la edad de Amanda, de rasgos físicos similares a los de su abuela, de contextura delgada, cabellos castaños y saltones ojos negros; Amanda e Isabel se acomodaron en medio de la sala sobre el mismo edredón que había remendado la anciana horas antes; y Daniel, Julián y Alejandro se tumbaron junto con otros más sobre esteras de palma al aire libre, pues las cabañas estaban repletas.

La mañana siguiente, el sonido del disparo de una escopeta hizo despertar exaltados a los recién llegados; Rogelio había disparado hacia un árbol. Quienes habían dormido afuera se levantaron, recogieron sus esteras y las guardaron dentro de una cabaña. Eran alrededor de ciento cincuenta hombres los que estaban en el campamento. Cada uno sabía qué tenía que hacer y a dónde ir.

—A los nuevos los quiero en el campo en cinco minutos —ordenó uno de menor rango que Rogelio. Con los hermanos fueron veinte hombres más. Ni siquiera se lavaron el rostro por falta de tiempo, así que en ayuno corrieron a formarse en filas.

Amanda e Isabel se despertaron dos horas antes del amanecer por orden de Esmeralda y fueron llevadas a la cocina. Una parte de las mujeres del campamento recogió la ropa sucia y comenzó a lavarla; otra, recogió leña para preparar el desayuno y unas veinticinco mujeres fueron a los pueblos cercanos a proveerse víveres. Eran alrededor de cien mujeres, las que conformaban el campamento.

El día acabó y los hermanos no pudieron acercarse. Se veían desde lejos para corroborar su integridad, pero ni siquiera pudieron hablar a la hora de la cena: la última de las dos comidas que tenían en el día y que era servida a las cinco de la tarde.

—¡Maldita sea mil veces Lucía! —soltó Isabel acostada en el remendado edredón, tenía unas cuantas marcas de quemadura en sus manos y le dolía todo el cuerpo por el ajetreo del día.

—¡Ya basta, Isabel! —replicó Amanda—. A quien deberías maldecir es a Francisco, él es el único enemigo.

—Si ella no se hubiera escapado, esto nunca hubiera pasado.

—Eso no lo sabemos. Algún día teníamos que salir de esa cabaña.

—¡Pero no así!

—¡Duérmanse ya! —gritó Esmeralda desde su habitación y las jóvenes se callaron. Isabel cerró los ojos para intentar conciliar el sueño, y Amanda lloró en silencio. Solo la luna, los centinelas y Lucía estuvieron despiertos aquella triste noche.

—¿Cuándo podemos bañarnos nosotras, señora Esmeralda? —preguntó Amanda mientras rompía huevos para echarlos en la gran olla.

—Mañana. Aquí tienen permitido asearse cada tres días.

—¿Y dónde? —preguntó Isabel.

—En el río o de lo contrario puedes recoger el agua y cargarla hasta el baño.

—Pero ahí entran todos —repuso Isabel.

—Esto es un campamento, ¿qué esperabas? —respondió Mirian—. Apúrate con esos platos más bien.

A media mañana, mientras que Amanda salía a vaciar el agua sucia de las ollas que lavaba con ayuda de Isabel, Daniel la haló del brazo hasta detrás de la cocina. La abrazó por un buen rato.

—Estoy muy asustada, quiero irme —dijo entre sollozos—. ¡Otra vez estamos aquí!

—Todo estará bien. Te prometo que pronto nos iremos de aquí. Saldremos con vida de todo esto.

—Tengo mucho miedo por Lucía. ¿Qué pasará con ella? Francisco la matará apenas tenga oportunidad.

—Ella estará bien, ahora está a salvo. Escuché por radio que ya se casó y su esposo no permitirá que le suceda nada.

—No estoy segura.

—Hemos sobrevivido antes a Francisco y ahora no será diferente —la animó y la besó en los labios.

—¿Acaso quieren que los azoten? —los interrumpió Esmeralda—. Rogelio debió haberles dicho que las intimaciones durante el trabajo están prohibidas.

—¡Lo siento! No volverá a pasar —respondió Amanda asustada y se fue con prisa a la cocina. Esmeralda vio unos segundos más a Daniel y después se fue.

Cada sábado en el campamento, como parte del itinerario de recreación y entretenimiento retorcido de Francisco, los hombres se disputaban el título de mejor guerrero en una competencia sangrienta a mano limpia. Esta, además de otorgarles respeto entre los rebeldes, les daba el privilegio de dormir con la mujer que eligieran.

Diez de los más fuertes hombres del campamento ingresaron emocionados a la competencia. Los contrincantes fueron escogidos al azar y a pesar de no permitirse el uso de armas, la sangre en la arena era mucha. A la mayoría de los espectadores les resultaba entretenido e incluso realizaban apuestas, pero para muchas mujeres resultaba angustiante el poder ser elegida para pasar la noche con un animal. Los hermanos de Lucía permanecieron alejados del tumulto hasta que mencionaron el nombre de Amanda.

—¿A cuál mujer quieres? —preguntó Rogelio complacido por la emocionante batalla.

—Quiero a una de las nuevas, a la rubia —respondió. Francisco sonrió desde su asiento. Estaba ubicado en una esquina cerca del campo de la batalla.

—¿Así que quieres a Amanda? ¡Ven aquí, Amanda! Deja que te veamos —llamó Rogelio. Un rebelde fue por ella y la agarró por el brazo con brusquedad para llevarla al frente del espectáculo. Amanda gritó y forcejeó. Daniel fue hacia el hombre y lo empujó tirándolo al piso.

—¡No! ¡Ella no! —gritó. El rebelde, ante la furia de Daniel, temió levantarse.

—¿Por qué no? Está en mi campamento y debe cumplir con todas las condiciones como las demás —respondió Francisco con indiferencia desde su asiento.

—Hemos cumplido con nuestra parte del trato, así que líbrala de esta absurda competencia —replicó en voz alta y se empezaron a oír murmullos: nadie le hablaba así al comandante.

—Conozcan a mi hijo, Daniel. Tiene un carácter como el de su padre —dijo entre sonrisas fingidas poniéndose de pie. Julián, Alejandro e Isabel se sorprendieron ante la revelación—. Lo lamento, pero no puedo romper las reglas. No sería justo con los demás darte preferencia a ti solo porque eres mi hijo; no sería algo que el futuro rey haría.

—Entonces, dámela a mí.

—¡Gánatela! Como todos —lo retó señalándole con la mirada al hombre que la había pedido. Las manos de Amanda temblaban. Julián la rodeaba con su brazo, intentaba calmarla, Alejandro estaba a su lado e Isabel junto a este, nerviosa. Daniel miró a su padre con tal odio, que fue increíble que alguien pudiera odiar de esa forma. Avanzó hasta quedar en el centro del grupo, levantó sus puños en una postura defensiva y esperó a que su contrincante se le acercara. Rogelio dio la orden y corrió unos pasos hacia atrás, lo que dejó a Daniel con su león en la fosa.

Físicamente, el hombre era más alto y más robusto que Daniel, además tenía más experiencia en lucha. Daniel golpeó primero, sangrándole la boca al energúmeno, pero este le devolvió el golpe en el costado haciéndolo gemir de dolor. Entonces, consciente de su desventaja física, Daniel se abalanzó sobre el hombre con fuerza, lo abrazó por la cintura y lo tiró al suelo. Desconcertado, el hombre intentó zafarse, pero Daniel comenzó a golpearlo con todo el vigor de su ira hasta someterlo y con el pensamiento de lo que pretendía hacerle a Amanda, no se detuvo hasta dejarlo inconsciente. Los hermanos quedaron impresionados por la violencia que Daniel era capaz de ejercer; si Lucía hubiera estado allí, se hubiera asustado.

—¿Es mía ahora? —gritó de pie, miraba a Francisco y con los puños aún cerrados por la rabia. El público quedó tan desconcertado que ninguno se atrevió a aplaudir y mucho menos responderle. Francisco se rio.

—¡Me alegra que estés de vuelta! —Daniel lo miró una vez más y caminó hacia Amanda a quien abrazó.

Los rebeldes se dispersaron, los músicos volvieron a sus instrumentos y empezó a servirse la cerveza.

—Vamos a dormir ahora, muchacha. No te va a gustar lo que pasará una vez que el alcohol les empiece a hacer efecto —aconsejó Esmeralda a Isabel—. Ustedes pueden quedarse en esa cabaña que está allá —les dijo a los enamorados y señaló la primera cabaña a la vista. Julián y Alejandro decidieron quedarse en la fiesta como atentos espectadores.

—¿Estás bien? —preguntó Amanda a Daniel dentro de la polvorienta cabaña.

—Tengo ganas de matarlo —respondió con enojo.

—No digas eso, es tu padre.

—Y eso me hace aborrecerlo aún más, tener su repugnante sangre en mis venas.

—Me alegra que no te hayan lastimado —dijo abrazándolo con fuerza—. Gracias por no dejar que ese hombre..., gracias.

—Eso no lo iba a permitir nunca. Aunque me hubiera costado la vida no iba a permitir que te tocaran, ni a ti ni a Isabel.

—¡Te amo!

—Y yo a ti.

CAPÍTULO VI

La mujer de blanco la despertó de la siesta que tomaba sobre la mesa de la biblioteca y le pidió que la siguiera. El Capitolio estaba lleno, eran horas de la mañana. Vio a la mujer ingresar al baño, luego entró y alcanzó a verla encerrarse en el penúltimo cubículo. Lucía la escuchó llorar desconsoladamente.

—¿Está bien, señora? —preguntó aterrada por lo desgarrador de su llanto.

—¡Va a matarme!, ¡va a matarlos a todos!, ¡él va a matarlos a todos!

—¿Quién va a matarlos?, ¿a quiénes va a matar? ¡Déjeme entrar, señora! —pidió la joven que golpeaba con el puño la puerta hasta que se abrió. No había nadie dentro. Escuchó gritos de dolor en la biblioteca y salió apresurada a ver lo que sucedía. Los estantes de libros ardían en el fuego que ya cubría gran parte del techo del salón, personas en llamas corrían desesperadas al intentar detener su agonía. La mujer de blanco estaba de pie en medio de los estantes, miraba a Lucía fijamente con los ojos llorosos, extendió su mano derecha hacia ella en señal de auxilio y de repente, una llama la consumió de pies a cabeza.

La joven despertó aterrada. Respiraba con dificultad. Se había quedado dormida sobre uno de los libros que le había confiado el rey, aquel que trataba los asuntos de su reinado y por supuesto, relataba con detalles lo acontecido en la masacre del 2000, donde murió la reina calcinada justo en el lugar donde ella leía. Una corriente de aire gélida rozó su nuca se levantó con rapidez. Escuchó gritos desgarradores y luego la voz de mujer:

—¡Corre!

Lucía corrió horrorizada hacia la entrada del Capitolio. Los gritos no cesaban y había fuego por doquier.

—¡Auxilio! ¡Ábranme! —golpeaba con fuerza la puerta. Estaba tan asustada que movía bruscamente la manija y no podía abrir la puerta—. ¡Auxilio! ¡Manuel, abre la puerta! ¡Manuel!

—Te dije que nos mataría a todos. Yo lo sabía. Yo lo sabía —decía la mujer de blanco mientras se acercaba con la piel calcinada.

—¡Ayúdenme! ¡Abran la puerta! —gritaba Lucía. Tenía las manos enrojecidas de tanto golpear, tras manipular de nuevo la manija, la puerta se abrió, esto le permitió correr hasta encontrarse con Nicolás quien venía a caballo. El príncipe se bajó con rapidez y ella lo abrazó. Se sintió a salvo.

—¿Qué sucedió? —le preguntó preocupado mientras la abrazaba. Sintió el latir de su corazón alterado y todo su cuerpo tembloroso. Ella jadeaba—. ¿Qué tienes?

—La biblioteca se quemaba, no podía salir. Había gritos por todas partes. Una mujer de blanco... —explicó e hizo una pausa para llorar del miedo— ella... ella... se quemó. Yo la seguí primero, intenté ayudarla. Luego su rostro desfigurado... venía hacia mí. No podía abrir la puerta. Manuel no me contestó, lo llamé muchas veces.

—¿Hay fuego en la biblioteca? —interrogó preocupado a Manuel, quien permanecía detrás de Lucía desconcertado.

—No, Su alteza. Todo está en orden.

—¿Dónde estabas, Manuel?, ¿por qué no me abrías? —le reclamó Lucía enojada por los nervios.

—Lo siento, Su alteza, pero no escuché que me llamara. He estado junto a la puerta toda la

tarde. La vi salir corriendo y vine a ver qué le ocurría —respondió dejándola confundida.

—Gracias, Manuel. Por favor, ¿podrías llevar a Valiente hasta las caballerizas? Yo me haré cargo a partir de ahora.

—Como ordene, Su alteza. Feliz tarde —se despidió con una inclinación de la cabeza.

—Feliz tarde, Manuel —le respondió Nicolás y Manuel se fue después de mirar con preocupación la expresión del rostro de Lucía.

—Te juro que yo lo vi, todo era real —insistió.

—¿Estabas dormida?

—Sí, me quedé dormida y tuve una pesadilla, pero luego desperté y te juro que estaban ahí. Yo los vi. Las personas se quemaban, me iba a quemar.

—¿Estuviste leyendo acerca de lo sucedido en el 2000? Mi madre también murió en ese incidente... ella usaba un vestido blanco aquel día. Si se trata de una broma, por favor, detente.

—¿Cómo crees que podría bromear con la muerte de la reina? —preguntó con tristeza limpiándose las lágrimas que caían de sus ojos, las manos le temblaban y ante el silencio de Nicolás se dirigió al Capitolio. Él la siguió y se quedó en el atrio mientras esperaba su salida. La vio aparecer minutos después con una canasta y dos libros, caminaba de prisa ni siquiera lo miraba.

—Lo siento, Luciana. No pensé lo que dije —se disculpó mientras la seguía por los jardines rumbo al palacio. Ella no respondió—. Lo siento. En verdad, lo siento —dijo deteniéndola por el brazo.

—Parece que siempre estás dispuesto a esperar algo muy malo de mí. Tú sabes cómo murieron mis padres, ¿cómo iba a mentir en algo así?, ¿qué clase de persona crees que soy?

—Lo lamento —insistió—. Estás muy pálida —añadió tocándole el rostro.

—Estaré bien —dijo y en silencio retomó el camino hacia el palacio.

A la joven se le dificultaba controlar su miedo. Subió de inmediato a la torre y se sentó en el sofá. Las manos aún le temblaban y tenía la aterradora sensación que aquella mujer de blanco iba a aparecer en cualquier momento. Necesitaba a Daniel, quería a Daniel. Dejó los libros sobre la mesa de centro y decidió llevar la canasta a la cocina para escapar del miedo que albergaba.

Durante la cena, la mirada de Nicolás estaba puesta sobre ella. Sebastián, debido a su trabajo, permanecía mucho tiempo fuera de Andalucía, lo que le generaba a Lucía un poco de sosiego.

—¿Cómo vas con tus lecturas, querida? —le preguntó el rey.

—Estoy por terminar.

—El libro de la historia de Oscuro es bastante extenso, me alegra que estés por terminarlo.

—No, ese libro ya lo terminé. Me refiero al de su reinado.

—Hoy se quedó dormida en la biblioteca y tuvo una vívida pesadilla sobre el incendio —comentó Nicolás. El rey la miró.

—Lo siento, hija. Debí prepararte para eso —dijo con tristeza—, no creí que avanzaras tan rápido en tu lectura. Lo que sucedió en el Capitolio fue terrible.

—¿Cómo hacen para vivir aquí, tan cerca de donde todo ocurrió? —Se arrepintió en cuanto preguntó y bajó la mirada. Azucena y Nicolás la miraron.

—Los muertos no pueden dañarnos, querida, solo los vivos pueden hacerlo —respondió el rey—. Lo lamento, no quise perturbar tu sueño.

—Descuide, mis sueños ya estaban perturbados —contestó con tristeza y el incómodo silencio que generó fue roto por la llegada del bebé de Azucena. Era la primera vez que Lucía lo veía tan de cerca: Azucena pocas veces lo sacaba de su torre; era muy parecido a su madre y, por

ende, al rey.

—¡Oh, precioso! Mamá cena ahora —le dijo al tomarlo en brazos.

—Ha estado irritable hoy, Su alteza —comentó Judith, la cuidadora, una mujer joven de voz agradable.

—Está bien, yo me haré cargo —dijo y la mujer se retiró.

El bebé hambriento no paraba de llorar y Azucena comenzaba a desesperarse. Nicolás se levantó y fue en su ayuda.

—Gracias —exclamó Azucena aliviada al entregarle el bebé—. A ver si logras calmarlo en lo que termino de cenar.

—¿Cómo me vas a agradecer que te ayude a cuidar de mi sobrino? —El rey y Azucena sonrieron.

—Leonard te extrañó mucho en tu ausencia —comentó Azucena.

—Y yo aún más a él —respondió Nicolás mientras le hacía caras al niño, haciéndolo reír. Lucía se sentía incómoda, no encajaba y extrañaba su casa y a sus hermanos; aquellos que seguramente estaban padeciendo necesidades por su culpa, mientras que ella disfrutaba de una generosa cena en la mesa del rey.

—Les ruego me disculpen, pero debo retirarme —se levantó de su asiento—. Deseo que tengan una buena noche —añadió y antes que alguien hiciera algún comentario salió del comedor.

En el balcón de la torre, se sentó con descuido sobre la barandilla, la mirada en dirección al norte, hacia las montañas y el cielo. Un abatimiento profundo se apoderó de su ser. Sentía aquella tristeza a la que las lágrimas le resultan insuficientes. La culpa la carcomía como un gusano a una manzana madura. Sentía que se ahogaba, que no podía respirar, como si la vida se le estuviese yendo. Creía que era imposible desterrarla, que tendría que aprender a convivir con ella, resignarse a la tristeza perpetua, a la desesperanza, a esperar lo peor y a tener cuidado si es que algo bueno sucedía.

—¿Qué haces ahí sentada? —preguntó Nicolás interrumpiendo el curso de sus pensamientos. Estaba asustado.

—Soy una salvaje ermitaña.

—¿Sigues enojada conmigo por lo que sucedió hoy en la tarde? —preguntó acercándose cada vez más a ella con cautela.

—El enojo es una emoción que evito alimentar.

—Me alegra, entonces, baja ya de ahí. Me pones nervioso.

—¿Por qué?, ¿temes que me caiga o que algún día te veas obligado a empujarme?

—¿Qué dices? —preguntó sorprendido—. Yo no te haría daño. Baja ahora o te forzaré a hacerlo.

—Se dice de tu hermano que, al ejercer tu actual cargo, asesinó sin piedad a quienes consideró rebeldes. ¿Harás tú lo mismo?

—¡No vuelvas a repetir eso nunca! —le ordenó con severidad—. Esas no son más que viles acusaciones divulgadas para manchar el honor de la Corona. ¿Quién te ha dicho eso?

—Es lo que he escuchado acerca de él.

—Pues es una mentira —reiteró— y supongo que la escuchaste de tu hermano Daniel.

—¿Por qué mencionas a Daniel? —lo cuestionó y se dio la vuelta sobre la barandilla para verlo.

—Él sí fue un rebelde. Solo Dios sabe qué cosas hizo para que tuvieran que huir. Te ha tenido

prisionera todos estos años; todavía no entiendo por qué te dejó vivir.

—¡Él me salvó la vida! —objetó— ¿Cómo puedes decirme esto?

—Quizás fue la culpa lo que lo motivó a protegerte. Él debe conocer los detalles del asesinato de tu padre y no descarto que pudo haber sido uno de los responsables. Ahora te cree a salvo conmigo, por eso te dejó aquí.

—Así que ese es tu concepto de mis hermanos. Agradezco tu sinceridad. Es mejor que seas honesto a que sigamos viviendo una mentira —expresó e intentó bajarse, sin embargo, al colocar la mano sobre la barandilla para saltar, la palma de la mano se deslizó sobre la superficie, lo que provocó que se fuera al vacío. Nicolás se apresuró hacia ella y la abrazó bajándola de la barandilla.

—¿Qué te sucede?, ¿cómo puedes ser tan descuidada? —le gritó tomándola de los brazos. Su rostro había perdido el color. Ella no estaba mejor—. ¿Estás bien? —le preguntó un poco más calmado. Lucía asintió y él la abrazó.

—¡Gracias! No quería que esto pasara, no soy una irresponsable.

—¿Estás herida? —Nicolás se apartó de ella y la revisó con la mirada hasta encontrar la raspadura que tenía en su palma izquierda—. Iré por el botiquín —dijo y salió de la torre con prisa.

Con la intención de atenuar su miedo, Lucía fue al baño y dejó correr el agua sobre la palma de su mano herida. Nicolás volvió, ella estaba sentada en el sofá secándose con una toalla limpia. Él se sentó a su lado, colocó la caja en la mesa y la abrió.

Le aplicó alcohol con un algodón y Lucía quiso retirar la mano, pero solo hizo una pequeña mueca. Le dejó aplicar los productos que quiso mientras lo observaba, estaba muy serio.

—¿Crees que yo soy una rebelde? —se decidió a preguntarle.

—Creo que eres una víctima de ellos —respondió y se quedó en silencio unos segundos, después continuó—. Daniel pudo entregarte a nosotros o a tu familia. ¿Cómo es que no se enteró que te buscaban?

—Él me explicó que me ocultó para protegerme.

—¿De quién?

—De quien mató a mis padres. Me dijo que ese hombre le había ordenado matarme.

—¿Así que conoce al asesino de tu padre? —Lucía lo miró sorprendida, no sabía qué responderle. Él la miró por unos instantes, pero luego volvió su mirada a la herida.

—Lamento haber acusado a tu hermano; no fue mi intención herirte —dijo ella.

—Si te permites conocer un poco más a Sebastián, te darás cuenta que es una persona admirable. Estoy seguro que será un maravilloso rey.

Nicolás terminó de curarla, guardó los frascos que había utilizado en la caja, desechó en el baño los algodones sucios y bajó a devolver el botiquín a su lugar. Esa vez demoró más en regresar, así que encontró a Lucía preparada para dormir en el sofá.

—Te traje un té de valeriana —dijo Nicolás en tanto colocaba una bandeja sobre la mesa—. Te ayudará a sentirte mejor —Lucía se sentó y él le acercó la taza.

—Pensé que la cocina ya había cerrado —comentó antes de tomar un sorbo.

—Lo preparé yo mismo —ella sonrió—. ¿Por qué te ríes?, ¿acaso no me crees capaz de preparar un té? —le preguntó sonriente.

—Pensé que estabas enojado conmigo —Nicolás le acarició el rostro.

—Solo estaba asustado, estoy todavía nervioso. Pudiste haber caído.

—Lo lamento. Suelo tener mejores reflejos.

—Prométeme que no volverás a subirte a la barandilla.

—¡Te lo prometo! —Él la besó en los labios y luego en la frente.

—¡Descansa!

Marta le enseñó a Lucía el taller que el rey había mandado a preparar para ella. Era un salón amplio y luminoso, cuya ventana principal tenía vista al lago. Los muebles eran acogedores y cómodos y la pintura que le había obsequiado Daniel, donde estaban retratados los padres de Lucía, adornaba la pared central. En un extremo del salón había varios caballetes y a su derecha, sobre una mesa, pinceles de todos los tamaños, pinturas de todos los colores, disolventes y un delantal con su nombre y título «Princesa Luciana» y el escudo de la isla; también había un lavamanos en una esquina. Colgó el primer lienzo en blanco que encontró sobre un caballete y supo lo que iba a hacer.

—Debes pensar que he perdido la razón —le dijo a Manuel una tarde mientras paseaba por la arboleda. Él la seguía dos metros detrás.

—No creo eso, Su alteza.

—Lamento haber sido tan grosera antes y no hablarte.

—Descuide.

—¿Por qué estás aquí? Estoy segura que nadie se pelea por tu cargo.

—Porque así lo deseo. Leí sobre usted y sus hermanos en las noticias. Una persona que se expone al peligro para ayudar a otros cuando todos buscan huir, es digna de admiración —La joven sonrió.

—Gracias. Pero todavía considero que, siendo el hijo de una consejera y tío del pequeño Leonard, pudiste aspirar a un cargo de mayor nivel.

—No deseo un cargo de mayor nivel, Su alteza, deseo protegerla a usted. Desde que el príncipe Nicolás era un Guardia Real mostró ser hábil, compasivo y confiable, todo lo que un jefe de la Guardia debería ser. Me gustaría llegar un día a ser como él. Además, siento que no hay mejor manera de servirle que al cuidar a quien más ama —Lucía sonrió, aunque estaba segura de no ser a quien el príncipe más amaba.

—¿Y tu familia está de acuerdo?

—No, en absoluto, pero respetan mi decisión. Mi hermano mayor murió a causa de los rebeldes y aunque en varias ocasiones quisieron enviarnos a mi hermano menor y a mí como visitantes, no acepté. Esta es nuestra tierra y creo que debemos pelear por ella.

—Gracias por cuidar de mí. Procuraré no hacer tu trabajo complicado —Manuel sonrió y continuaron su camino.

Azucena había acordado con su padre que llevaría a Lucía a conocer la Academia Real. Antes de irse a la academia acostumbraba a regar las flores del invernadero que perteneció a su madre. Se trataba de una construcción de vidrio de tamaño considerable en cuyo interior albergaba una gran variedad de flores de diferentes tamaños y colores cuidadosamente organizadas.

—¡Es un lugar hermoso! —exclamó Lucía mientras caminaba por el pasillo principal.

—¡Lo es! Mi madre amaba las flores: si no estaba en la academia, la podías encontrar aquí. Ella misma diseñó y ayudó a construir este lugar; no hay nada semejante en todo Oscuro.

—Lamento su muerte —expresó Lucía mientras observaba a Azucena tomar una regadera.

—Gracias —respondió con una sonrisa amable y empezó a regar las flores—. Aquella noche durante la cena nos preguntaste cómo podíamos vivir aquí después de lo ocurrido y la razón para mí es esta.

—Nicolás nunca habla de ella.

—Para Nicolás hay dos temas vetados: madre y...

—¿Julieta?

—Lo siento.

—No tienes por qué. Sé que ella fue muy importante en su vida —admitió y se quedó en silencio por unos instantes—. Él me confesó la razón por la cual terminaron.

—¿Te lo dijo? —preguntó sorprendida.

—Sí.

—¿Cuándo lo hizo?

—Antes de casarnos —Azucena sonrió.

—Estoy demasiado sorprendida. Nicolás hace contigo cosas que no son propias de su carácter. Él siempre temió decirle la verdad a Julieta y tenía razón. Gracias por no despreciar a mi hermano, le hubieras roto el corazón —Lucía sonrió con timidez y se acercó a ella con una regadera para ayudarla a regar las flores—. Estoy feliz porque seas la otra mujer de la casa y que le hayas devuelto la vida al corazón de mi hermano y a este lugar lleno de sufrimiento.

—En estos momentos no soy la más alegre.

—¿Lo dices por tus hermanos? —preguntó y la joven asintió con la cabeza—. Ten fe, pronto los verás. Además, yo también soy tu hermana —Lucía sonrió abiertamente y Azucena la abrazó.

Las princesas abordaron un auto rumbo a la Academia Real. Las acompañaba Manuel, quien estaba en el auto con ellas y dos guardas más las seguían en otro auto, uno de ellos mujer, quienes eran los encargados de la seguridad de Azucena fuera del Fuerte. Durante el camino, Azucena le refirió parte de la historia de la academia y de cómo las ideas de sus antepasados influyeron en su desarrollo.

El edificio era majestuoso e intimidante y se respiraba un aire de erudición respaldado por su arquitectura vanguardista. Manuel y los dos guardas entraron tras las princesas y las siguieron a la oficina de Azucena.

—Tu hermano dijo que habías estudiado en casa —comentó esta mientras revisaba unos documentos que encontró sobre su escritorio.

—Así es, aunque hubiera preferido venir a la academia.

—Supongo que a estudiar arte.

—No, de hecho, creo que pude haber estado más inclinada por la historia o la política.

—No tendrás nada que envidiarles a los estudiantes de aquí, mi padre es un gran maestro.

—Sin duda lo es —respondió Juan Valencia al entrar a la oficina, la puerta estaba abierta. Se trataba de un hombre de un atractivo físico innegable, cuyos rasgos eran similares a los de su familia: era rubio, de piel blanca y ojos azules; sin embargo, se movilizaba en una silla de ruedas eléctrica. Azucena le sonrió y él le besó el dorso de la mano.

—¿Cómo has estado? —preguntó Azucena.

—Tan bien como se puede —respondió sonriente—. Es un placer verte.

—Para mí también lo es. Quiero aprovechar la oportunidad para presentarte a Luciana, la esposa de Nicolás —dijo Azucena, señalándola— Luciana, te presento a Juan Valencia, hijo de Pedro Valencia, uno de los consejeros.

—Es un placer —expresó Lucía turbada por conocer al hermano de Julieta.

—El placer no es mutuo —el tono hosco con el que contestó turbó aún más a Lucía.

—¡Juan! —exclamó sorprendida Azucena.

—No te fíes mucho de ella. ¡Buen día! —le dijo a Azucena y salió de la oficina.

—Te ruego que disculpes a Juan, él no acostumbra a comportarse de esa manera, en realidad,

es una persona maravillosa y un profesor brillante. Una vez tenga la oportunidad de conocerte mejor, estoy segura, va a cambiar su opinión respecto a ti.

—Él también piensa que, por haber sido una ermitaña, soy una rebelde, ¿no es así?

—Por favor, discúlpalo —insistió apenada—. Ahora, vamos. Te enseñaré cómo funciona el Programa Visitantes —propuso fingiendo entusiasmo para calmarla y salieron de la oficina. Caminaron por un largo y ancho pasillo hasta llegar a la última puerta, que dio acceso a un ascensor.

—El Programa Visitantes es único y exclusivo de la Academia Real: nadie más en la isla está capacitado y autorizado para enviar o traer personas del exterior. Yo personalmente señalo a los posibles visitantes y antes de explicarles sobre el programa, están obligados a firmar un documento donde se acogen a guardar la Ley del silencio so pena del destierro.

—¿Ley del silencio? —preguntó Lucía.

—Es una ley que deben cumplir todos los conocedores del portal: la familia real, los consejeros y sus familiares.

—¿Y cómo hicieron para ocultarle al pueblo el origen de la esposa de Gustavo II Lozano? —Azucena sonrió.

—Se les dijo que atravesó la barrera.

—¿Y no temen que su comportamiento distinto los delate?

—Ellos, además de respetar la ley del silencio, deben acogerse a las normas de la isla y al estilo de vida de Oscuro —aclaró y salieron del ascensor—. Las oficinas, como puedes observar, las mantenemos bajo la academia. Aquí —dijo al abrir la puerta de un pequeño auditorio—, es donde se les explica a los posibles visitantes el proceso y las condiciones para viajar por el portal, además les enseña sobre las experiencias del mundo exterior para que vayan familiarizándose con este. Por esa puerta —señaló una puerta roja—, se accede a las vías del tren subterráneo que lleva al portal; por seguridad, solo la familia real conoce su ubicación exacta.

»El tren tiene varios vagones, la mayoría de ellos destinados para la desinfección del visitante y sus pertenencias y para la valoración y toma de muestras por Agustín Caicedo, el único médico avalado por la academia para esta labor. En algunos casos, si son enviados a lugares donde hay una epidemia, se les mantiene en cuarentena en el mismo tren, pero nadie vuelve a Oscuro si no está sano. También se le realizan exámenes previos a su partida, estos garantizan el envío de oscurenses sanos y con más posibilidades de sobrevivir al mundo exterior —añadió y le enseñó a Lucía un anillo que tenía en su anular izquierdo, junto al de matrimonio; era de plata y tenía como sello el escudo de Oscuro—. Todos los visitantes deben portar uno igual a este.

—Es similar al anillo del rey.

—Así es. La idea fue de mamá. Argumentaba que era una forma de recordar a los visitantes quienes son y a quién representan. Algunos éle colocan una cadena y lo usan como collar, otros lo llevan puesto y otros prefieren guardarlo en un lugar seguro. Cada anillo tiene un grabado en su interior que corrobora la identidad de su portador.

—Nunca se lo vi a Nicolás.

—Él lo utiliza como collar, además, al regresar deben entregarlo.

—¿Qué se les dice a las familias y amigos de los visitantes?

—Solo tenemos dos coartadas. La primera, que es la más usada, es que estudian en el internado de Babel, un instituto ubicado en las montañas, que es de difícil acceso y de un clima bastante frío. Asimismo, la intensidad de horas destinadas para el estudio y la exigencia académica impide que el estudiante interactúe frecuentemente con los demás, lo que hace más

sencillo cubrir su ausencia. Y la segunda coartada es que están en un retiro espiritual, esa fue la que usaron Nicolás y Julieta la última vez que salieron. Nicolás dijo que estaba en el Monasterio de los Franciscanos y Julieta que estaba en el convento de Las Clarisas en el estado de San José. Para su regreso, Rafael debe informarnos de las fechas de su llegada y todo se coordina para que pueda cumplirse el protocolo estipulado.

—Lamento que mis hermanos y yo no cumpliéramos estas reglas, pudimos poner en peligro a la isla.

—Descuida, ya el portal está asegurado —respondió Azucena con amabilidad—. Además, fue de gran ayuda saber que existía otro y me alegro que lo hayan descubierto ustedes y no unas personas sin moral.

—¿Por qué no se le cuenta la verdad al reino de una vez?, ¿temen que la gente no regrese?

—No tememos a los de aquí, sino a los de afuera. Hay muchas personas corrompidas por el deseo de poder. Me temo que, si conocieran un lugar como este, harían cualquier cosa por apropiárselo; sería el fin de nuestro reino tal como lo conocemos. Oscuro es muy diferente a los demás países: el desarrollo tecnológico por ley real no debe deteriorar la naturaleza. Los cultivos de tierra, la tala de árboles, la explotación minera, la pesca y todas estas actividades necesarias para el desarrollo humano tienen como regla general preservar el medio ambiente, lo que evita deteriorarlo y permite su uso nuevamente. Los estudios de nuestros visitantes han arrojado que el mundo exterior está cada vez más contaminado. La acción del hombre ha invadido la naturaleza hasta llegar al punto de dañarla casi que por completo y la aparición de nuevas enfermedades es frecuente.

» ¿Sabes qué harían los hombres si descubrieran la rareza de esta isla? Vendrían con muchos artefactos, estudiarían, modificarían, destruirían la isla —dijo y se quedó en silencio—. Se supone que el anhelo más grande del hombre es ser feliz —continuó al cabo de un rato—, pero para ellos la felicidad es el dinero y el poder. Sus leyes y costumbres son tan egoístas: los gobernantes solo buscan ser servidos en vez de servir. En Oscuro se cosecha para comer no para llenarse de dinero, la economía está al servicio del pueblo, las personas con menos recursos tienen una vida digna; la pobreza aquí no existe.

» Aquí se educan a los niños y jóvenes que serán los futuros ciudadanos. A ninguno le es otorgado un título que no merece. El alumno debe obtener los resultados establecidos por cada programa para poder aprobarlo, de no ser así, debe intentarlo las veces que quiera hasta hacerlo, pero no estará al servicio del pueblo si no alcanza el estándar de calidad esperado. Una vez termina sus estudios superiores es asignado a un lugar donde puede ejercer su profesión; solo los forasteros buscan trabajo en Oscuro y de esos no hemos visto en años. El joven aprendiz es adiestrado por el más experimentado y una vez este está en la edad suficiente para retirarse a gozar de una vejez dichosa, el joven lo sustituye y así se garantiza la perpetuidad de todos los oficios necesarios para la manutención del reino. Y con respecto a los artistas —dijo y abrazó de medio lado a Lucía—, estos son los más felices. El mundo entero se arrodillaría al contemplar la belleza y el misticismo de un lugar tan pequeño y tan invisible —Lucía sonrió. La pasión con la que Azucena le había hablado de Oscuro hizo acrecentar en ella su afecto por la isla.

Aquella noche después de pintar, Lucía se dirigió al gimnasio. La puerta estaba abierta, así que entró. Como todo en el palacio, era un salón inmenso. Estaban colgados en las paredes los retratos de los antiguos jefes de la Guardia Real, entre ellos Gustavo Lozano, Sebastián y Nicolás. En una pared estaban expuestas unas espadas y un escudo plateado donde estaba grabado en alto relieve el escudo de la isla; debajo, había varios soportes para espadas. Aquello

no tenía comparación con el gimnasio improvisado de la cabaña en la que vivía, lo que llevó una vez más a Lucía a pensar en Julián y en las prácticas con sus hermanos. Nicolás se enfrentaba a espada con Samuel de Toledo. Era la primera vez que lo veía luchar. El joven era ágil y enérgico, estaba muy concentrado en la batalla al igual que su contrincante. Ninguno de los dos ganó.

—Creo que tenemos espectadores —comentó Samuel al verla y Nicolás volteó.

—Lamento interrumpirlos. Solo tenía curiosidad sobre su entrenamiento —respondió Lucía.

—Descuide, Su alteza. Algunas mujeres gozan ver a sus maridos en combate, las hace sentir protegidas.

—Me clasifica mal —discrepó sonriendo—. No soy de esas mujeres. Soy de las que prefieren tomar las armas, eso me hace sentir más segura —añadió sorprendiendo a sus oyentes.

—No sabía que te gustara entrenar —intervino Nicolás.

—Realmente no me gusta, pero lo considero necesario dadas las circunstancias.

—¿Qué le parece si nos hace una demostración? —propuso Samuel.

—Por supuesto —accedió ella y le pidió con un gesto la espada a Nicolás. Él se la entregó y caminó hacia la entrada.

Samuel tomó distancia y se colocaron en posición de combate. Él atacó primero. Empezó con movimientos lentos, sin embargo, Lucía tenía buenos reflejos, así que aumentó su energía. La joven peleó con destreza y a la defensiva, hasta que Samuel exhausto por no poder aventajarla, se detuvo.

—Se cohibió demasiado en sus ataques —le reclamó.

—No quería lastimarla, princesa. No tenía vestimenta adecuada ni protección.

—¿Y se supone que las tienen ustedes cuando van a la Jefatura? Nicolás no la tenía en San Francisco. En una batalla real, a la primera oportunidad que tengan, los lastimaran.

—¿Sabe usted mucho de combates?

—De defensa —corrigió—. Ustedes me creen una rebelde por ser ermitaña, por sobrevivir estos años sin necesidad de su seguridad. Empecé a practicar desde los diez años con mis hermanos, todos hombres que me superaban en fuerza y estatura, así que no me intimidan los hombres, mucho menos sus ataques. Le acabo de dar una razón más para que desconfíen de mí —concluyó entregándole la espada.

—Tomaré sus consejos en cuenta, no me contendré cuando se trate de un rebelde.

—Que tenga una buena noche —se despidió y caminó hacia Nicolás.

—Subiré en un momento —dijo y ella asintió con la cabeza antes de abandonar el gimnasio.

Cuando la joven se marchó, Samuel colocó las espadas en su lugar y se quitó los guantes.

—¿No dirás nada? —le preguntó.

—¿Qué quieres que diga? Estoy tan sorprendido como tú.

—Pues no deberías estarlo, es tu mujer. Aún no puedo creer que te hayas casado con ella, ¿estabas tan desesperado por compañía?

—¿Qué tiene de inadecuado Luciana?

—¡Estás cegado por esa mujer! La acabas de ver pelear, es hábil. Sabes que hay una gran probabilidad, es posible que sea una rebelde.

—¡No lo es!

—¡Es suficiente para mí! No tiene caso seguir discutiendo con un enamorado.

—El amor nunca me ha cegado la razón.

—Claro que sí, lo hizo una vez. ¿O es que olvidaste el motivo por el que tu padre decidió enviarte lejos? —Nicolás no pudo refutar esto—. Nos vemos en la Jefatura —añadió Samuel y se

fue.

Nicolás subió a la torre, las palabras de Samuel aun rondaban su cabeza. Tomó un baño y se vistió. Lucía estaba acostada en la cama leyendo Las Sagradas Escrituras. Él la miró un momento y se sentó frente a ella.

—Disculpa a Samuel. Azucena me contó del encuentro poco agradable que tuviste con Juan Valencia.

—Todos ellos están llenos de prejuicios —comentó con tristeza—. El dolor por sus pérdidas los hace desconfiados, como si fueran los únicos que hubieran sufrido a causa de los rebeldes.

—No permitiré que te lastimen.

Ella sonrió.

—No es tan fácil lastimarme.

—Ahora comprendo a qué te referías antes. Siempre supuse que podrías defenderte por ti misma, pero no tan bien. Eres bastante hábil.

—¿Eso te asusta?

—¿Asustarme? No —respondió, negaba con la cabeza—. En realidad, me alivia saber que en una situación de peligro tendrás mayores posibilidades de mantenerte a salvo.

—Quiero entrenar. Quiero ser capaz de defendernos —dijo y estrechó su mano izquierda.

—Eso es muy sensato —estuvo de acuerdo Nicolás y sonriendo la acarició con su mano libre en el rostro. La miró por unos instantes con profunda ternura. Después se acercó y le dio un tierno beso en los labios—. Buenas noches.

—Buenas noches —se despidió ella y él se fue a acostar en el sofá que su esposa le había preparado.

CAPÍTULO VII

Dos semanas después de la boda, Nicolás y Lucía viajaron en un auto hasta el Valle de Santa María. El asiento del piloto era ocupado por Esteban, un guardia real y el de copiloto era ocupado por Manuel; los esposos iban sentados detrás. Durante el camino, Nicolás le contaba a su esposa sobre su amistad con Joaquín y la forma en que se habían conocido en la Guardia Real, así como el motivo de su separación posterior a la mudanza al Valle. La joven prestaba atención a lo que le decía su marido y apreciaba aún más el cariño con el que se refería a este gran amigo y a su familia.

Las provincias en Oscuro estaban divididas en bloques, cada uno tenía su nombre y cada casa su nomenclatura, así como acceso a los servicios públicos: agua, energía eléctrica, gas y alcantarillado. Las casas por lo general tenían dos pisos y un ático, muy pocas tenían sótanos. Estaban construidas de madera o ladrillo y el tener jardín era una ley. No estaba prohibido que vivieran dos familias en una misma casa, pero la Corona procuraba que no fuera así y que cada oscurense disfrutara de un espacio suficiente para crecer y desarrollarse con autonomía.

En las grandes ciudades del reino habían posadas en las que estudiantes y viajeros podían hospedarse, pero estas eran escasas. El turismo en Oscuro se limitaba a los nativos y por lo general, no era un negocio rentable, a excepción de las temporadas de fiestas patronales y otros eventos culturales que se daban la mayor parte del año. Los medios de transporte eran diversos y operaban con tecnologías amigables con el medio ambiente. Había carruajes, automóviles y buses que en el mundo exterior serían considerados de colección por su diseño y trenes que viajaban de un estado a otro con rapidez. Ningún bien en Oscuro estaba por encima del bien natural.

Con respecto al campo, las casas eran aún más grandes y el aire que se respiraba era aún más puro que el de la ciudad. El área rural era habitada por gran parte de la población y la educación y servicios públicos eran de la misma calidad. La única desventaja de los que vivían en el campo era la distancia que los separaba de la ciudad, una pequeñez si se viajaba en tren.

Antes de dar vuelta en una esquina, el auto real pasó por el hogar de la infancia de Lucía. La joven se estremeció.

—¡Llegamos! —dijo Nicolás con entusiasmo cuando el auto se detuvo frente a una casa. Salió del vehículo sin esperar que el conductor le abriera la puerta, le dio la vuelta al auto y abrió la puerta de Lucía. Ella tomó la mano que le ofrecía y bajó con lentitud.

—¡Bienvenidos! —saludó Joaquín, un hombre grande, de piel oscura y contextura gruesa que caminaba sonriente hacia ellos. Nicolás lo abrazó.

—Gracias. Luciana, te presento a Joaquín —dijo el príncipe en cuanto dejó de abrazar a su amigo.

—Es un placer conocerte, Joaquín —sonrió con amabilidad la joven estrechándole la mano—. Nicolás me estuvo hablando todo el camino sobre ti y tu familia. Agradezco su invitación.

—Es un placer para nosotros que la hayan aceptado. Los felicito por su boda, estábamos ansiosos por acompañarlos, pero Emilia enfermó ese día y no pudimos viajar.

—¡Nicolás! —gritó una niña de unos seis años que salía de la casa y corrió a los brazos extendidos del príncipe. Él la alzó y le dio un beso en la mejilla.

—¿Cómo estás, Emilia?

—Estoy mejor. El doctor dice que lo que tengo no es contagioso —Nicolás rio.

—Esa es una muy buena noticia. Te presento a mi esposa, Luciana —dijo volviéndose a ella, quien lo veía con cariño.

—Un placer conocerla, princesa. Mi nombre es Emilia —se presentó e inclinó la cabeza.

—A mí también me complace conocerte, Emilia. Soy Luciana —respondió sonriéndole con dulzura.

—¡Mamá! —llamó la niña volteando hacia su casa—. ¿No vas a saludar a la princesa? —preguntó a una mujer joven de piel canela que miraba a Lucía con los ojos llenos de lágrimas.

—¿No se acuerda de mí, Su alteza? —preguntó la mujer quien apenas podía pronunciar palabra—. Soy María —añadió al dejar caer una lágrima—, la conozco desde su nacimiento, soy hija de Joel y de Matilde, mi hermano se llama Federico, ¿lo recuerda? —preguntó de nuevo mientras se acercaba a la joven quien permanecía inmóvil y con el corazón acelerado.

—¡Claro que lo recuerdo! —contestó con un nudo en la garganta— ¡Cómo olvidaría a la señora Matilde! —exclamó haciendo sollozar a la mujer quien olvidándose que se trataba de la princesa la abrazó. Matilde había fallecido.

—Pensé que no te acordarías de nosotros. ¡Eras tan pequeña!, ¡lo lamento, Luci, lo lamento!, ¡qué felicidad verte otra vez!

Después de tan conmovedor recibimiento entraron a la vivienda y Joaquín subió el equipaje a la habitación que le habían preparado a los esposos, mientras que María se encargó de servirles limonada fría y pastel de zanahorias.

—Pensé que nunca más volvería a verte. Creímos que esos malditos te habían asesinado. La misericordia de Dios es infinita —comentó María con un poco más de serenidad—. ¡Eres igual a tu madre!

—Gracias. Parecerme a ella para mí es un cumplido.

—¿De dónde conoces a Luciana, María? —preguntó Nicolás interesado. Emilia estaba sentada a su lado.

—Luci vivía cerca de aquí, sus padres y los míos eran muy cercanos —respondió la mujer.

—¡Esto es una gran coincidencia! —exclamó sorprendido.

—¿Y cómo está Federico? —preguntó Lucía.

—Federico se mudó a Santo Tomás Moro y tiene ya tres hermosos niños. Él viene muy seguido a visitarnos. Papá casi no sale de casa desde la muerte de mamá; intenta conservar las cosas como cuando ella vivía.

—¿La señora Matilde falleció?

—Sí. Hace tres años falleció. Presentaba problemas cardiacos —respondió y se le hizo un nudo en la garganta— esa fue la razón de mudarnos hasta acá, para estar más cerca de mi papá.

A Lucía se le salieron las lágrimas y se las limpió.

—Lo siento, han sido muchas impresiones seguidas —se disculpó y Nicolás la tomó de la mano.

—Su equipaje ya está en su habitación, si desea descansar... —comentó atentamente Joaquín.

—Gracias, me gustaría descansar un poco —confesó la joven.

Nicolás la acompañó a la habitación. Había solo una cama, como es costumbre en una habitación modesta para huéspedes casados. La decoración era sencilla, pero muy bien escogida y no había más que los muebles necesarios: una cama doble, dos nocheros y un tocador.

La joven se sentó en la cama, miró hacia la ventana y Nicolás se agachó frente a ella y la tomó de las manos.

—No sabía que conocías a María, de haberlo hecho, te habría preguntado primero si querías venir. ¡Lo lamento! Si te sientes incómoda podemos irnos.

—No, sería una grosería. Ellos han sido muy amables.

—Está bien —dijo y la besó en la mejilla—. Iré un momento a la estación con Joaquín, está solo a unas calles, prometo que no tardaré. Descansa un rato si deseas, estaré de vuelta antes que despiertes.

—¡Por favor, ten cuidado! —suplicó la joven mientras tocaba su rostro.

—Lo tendré —prometió el esposo y le dio un corto beso en los labios.

Pasados veinte minutos, Lucía se lavó el rostro y bajó al primer nivel donde encontró a María adobando un pollo.

—Luci, ¿te sientes mejor?

—Sí, me duele un poco la cabeza, pero estoy bien.

—Perdona si me comporto de manera irrespetuosa llamándote por tu nombre.

—De ninguna manera, es más, no tienes permitido decirme Su alteza o señora y mucho menos princesa —María sonrió.

—Parece que veo a la misma niña que conocí.

—¿Y Emilia?

—Salió a jugar a casa de una amiga. Seguro debe estar contándoles que estás aquí.

—En el camino pasamos por mi casa —comentó—, mi tía Mercedes me dijo que nadie la ha habitado estos años y que muchas de nuestras pertenencias continúan ahí.

—Así es. Ella siempre creyó que regresarías.

—¿Podrías acompañarme a verla ahora?

—¿Estás segura de hacerlo?, ¿crees que estarás bien?

—No, por supuesto que no, pero siento que es necesario. Estoy segura, si me voy de aquí sin llegar a mi casa, me sentiré peor.

La antigua vivienda de la princesa era una casa típica. La fachada estaba pintada de rojo, pero el tiempo había palidecido su belleza. Lucía le ordenó a Manuel que forzara la puerta y este, después de hacerlo, permaneció afuera para vigilar. Todo estaba lleno de polvo y telarañas. Al encender las luces, lo primero que vieron fue el lugar del crimen de su padre. Caminó taciturna entre los muebles, recogiendo el polvo con la palma de su mano. Pasó por la cocina y recordó a sus padres y a ella preparando algunas cenas en medio de risas y desorden. Subió al segundo nivel de la casa y revisó las habitaciones, las vestimentas de sus padres estaban guardadas en cajas sobre la cama y al llegar a su habitación vio su pequeña cama y sus juguetes ordenados en el estante. Agarró una muñeca de trapo de ojos azules, con dos trenzas rubias a cada lado, a la que había llamado Alejandra y le sacudió el polvo. Por último, subió al ático, la habitación no estaba amoblada y era oscura. Encontró dos pinturas sin terminar de su madre, las tomó y bajó.

María la esperaba de pie en la sala de la casa, nerviosa. Dudaba de su decisión de haberla acompañado, pero no se atrevía a interrumpirla en su recorrido. Cuando la joven bajó, tomó la fotografía de sus padres que estaba sobre un mueble de la sala de estar y salieron.

Lucía dejó las cosas que había tomado en casa de María y decidió ir a visitar al señor Joel. María la acompañó, aunque la joven podía acordarse del camino.

—¡Papá! —llamó María después de tocar en repetidas ocasiones la puerta.

—Ya te dije que estoy bien. No tienes que venir todos los días —respondió Joel abriendo la puerta. Se había convertido en un hombre viejo y desaliñado, tenía ojeras y su expresión reflejaba desconsuelo.

—Papá, tienes visita.

—Buenas tardes, señor Joel.

—¡Madre mía!, ¡no lo puedo creer! —exclamó el hombre y se conmovió. Les abrió la puerta con torpeza y las hizo entrar. Abrazó a Lucía con profundo cariño, provocando de nuevo lágrimas en los ojos de la joven—. ¡Ay, niña!, ¡niña Luci!, ¡cuánto te busqué!, ¿te hicieron daño? Esto es un milagro. ¡Dios nos la ha regresado! ¡Ven!, toma asiento, hija —añadió y ella se sentó en el sofá—. ¿Quieres algo?, ¿café, té?, ¿qué te ofrezco?

—Su presencia me basta —contestó la joven y el viejo sonrió.

—Los dejaré platicar a solas. Iré a terminar de preparar la cena —dijo María y se fue.

—¿Cómo ha estado? —preguntó Lucía.

—Sobreviviendo —respondió desaminado sentándose en un sillón frente a ella—. Y tú, ¿cómo estás?

—Acabo de venir de mi casa.

—¡Oh! —Joel bajó la mirada.

—¿Es cierto que mi madre se suicidó?

—Encontraron su cuerpo flotando en el río —respondió el anciano.

—Pero eso no significa que se haya quitado la vida, su fe no le hubiera permitido contemplar tal opción.

—Era una situación desesperada. El asesinato de tu padre, tu desaparición... —se detuvo para lamentarse—, un bebé en camino.

—¿Estaba embarazada?

—Sí. Se lo había revelado a Matilde antes de la muerte de tu padre. ¡Cuánto lo siento!

Lucía se quedó sin palabras.

—¿Quién lo hizo?, ¿quién mató a mi madre? —preguntó después de un rato y ante el silencio de Joel continuó—. Sé que usted lo sabe. Amenazaban a todos a cambio de dinero. Debí haberles pagado una gran cantidad para que no los lastimaran.

—¡Y tu padre debió hacer lo mismo! —levantó la voz y se puso de pie. Lucía lo imitó.

—Continúan viniendo, ¿no es así?, ¿es por eso que aparentemente este valle es seguro?

—¿No es el trabajo de tu esposo investigar esas cosas?

—¿No es el trabajo de un padre proteger a sus hijos?

—¿Cómo?, ¿cómo lo hizo tu padre? Quien por su terquedad destruyó su familia.

—¡Mi padre tuvo valor!

—¡Déjate de niñerías! —despreció—. Los rebeldes no están jugando, ellos tienen alianzas con personas poderosas.

—Claro que lo sé. Están preparando un ejército para derrotar a la Corona y a todo lo justo con ella. ¿Cree que dejarán con bien a su familia?, ¿cree que Federico, María y sus nietos estarán a salvo bajo un régimen engendrado con sangre inocente? La violencia, una vez más, tocará a su puerta, solo que esta vez ya estará muy viejo para hacer algo. Sus huesos estarán desgastados y lo único que podrán ver sus ojos cansados de vivir en su oscuro escondite es la miseria en la que caerá la isla.

—Hablas con mucha propiedad de eso. ¿De verdad estuviste viviendo en la selva como ermitaña?

—Sí y estoy viva gracias a que el rebelde al que le encargaron asesinarme, se arrepintió y me crio como su hermana. Tuve una familia, muy diferente a la que tenía, pero la tuve —respondió y nuevamente se le asomaron lágrimas en los ojos. El hombre se conmovió, vivía con

remordimiento después de la muerte de los padres de Lucía. Incluso su esposa nunca se enteró que él sabía que esa noche irían a visitar a la familia Santacruz.

—Solo sé que están repartidos por toda la isla. Su campamento principal está en Babel, en las montañas. No creo que superen los mil hombres. La mayoría de ellos circula entre nosotros, como ciudadanos comunes, pero hay algunos que no conozco, no parecen hijos de estas tierras.

—¿Y los que mataron a mi padre?

—Fueron dos hombres, uno al que le llaman Francisco y otro mucho más joven. Aquel era tan alto como Francisco, trigueño, tenía los ojos cafés, el cabello castaño, no vi más porque usaba un pañuelo en el rostro.

Lucía palideció y se sentó, pensó en Daniel.

—¿Y mi madre?, ¿por qué la asesinaron?

—Porque ella nunca iba a descansar hasta encontrarte. Ella denunció a muchos de los que venían aquí, incluso a aquellos quienes cooperaban con los rebeldes por miedo.

—¿Quién le quitó la vida?

—No lo sé. Las investigaciones apuntan a que salió a medianoche de su casa, caminó hasta el acantilado y saltó.

—Eso ya lo sé.

—Pues no hay nada más. Tu madre se quitó la vida.

—Llegaron antes de lo que pensé —comentó María desde la cocina al ver entrar a Joaquín y a Nicolás.

—No quisimos hacer esperar a la princesa.

—No se preocupen por ella, está bien, incluso, salió. Está en casa de mi padre.

—¿Luciana no está aquí? —preguntó Nicolás preocupado.

—No, ¿hay algo malo en eso? —se preocupó la mujer—. Ella está con su guardia.

—Joaquín, por favor, llévame con ella.

Cuando llegaron a la casa. Manuel estaba de pie junto a la puerta mirando a la calle. La puerta estaba entreabierta. El príncipe miró a Manuel y sintió alivio, aun así, tocó la puerta.

—¡Adelante! —respondió el hombre sentado en su sofá y Nicolás entró. Cuando vio a Lucía su alivio fue completo.

—Buenas tardes, señor —saludó y el hombre se puso de pie para ir a recibirlo.

—Buenas tardes, Su alteza. Supongo que no viene a visitarme a mí —dijo y Lucía sonrió y se puso de pie para acercarse a Nicolás.

—Vas a provocarme un ataque al corazón. ¿Cómo puedes exponerte así?

—Lo siento —respondió junto a él—. Traje a Manuel conmigo.

—Debe acostumbrarse a las preocupaciones con esta jovencita, Su alteza —intervino Joel—, ha sido así desde niña: tenían que buscarla de casa en casa, a veces se iba hasta la plaza caminando y varias veces la encontré río abajo recogiendo piedras o jugando con el agua.

—Ya había escuchado algo similar, pero me niego a creer que sea tan cruel como para preocuparme de esta forma —dijo mirando a la joven y ella le sonrió.

—Leí la noticia de su encuentro. ¡Cómo es que el amor y la sangre van siempre de la mano! —exclamó el anciano—. ¡Dios los bendiga!

—Gracias —contestaron los esposos al tiempo.

—No deje que se le escape —le advirtió Joel a Nicolás.

—La buscaré, aunque tenga que ir hasta el fin del mundo.

—No tengo planes de ir al fin del mundo —dijo la joven haciéndolos sonreír y Nicolás la

besó en la frente.

—Iré a despedirme de ustedes antes de su partida.

—Eso me daría mucho gusto —respondió Lucía en brazos de su esposo.

La cena fue acogedora. Joaquín y María no permitieron que les ayudaran en nada. La dicha en los ojos de María era igual a la de Mercedes la primera vez que vio a Lucía. Emilia volvió y estuvo con ellos todo el tiempo, incluso le pidió a la princesa que la dibujara en su cuaderno para tener algo que presumir en la escuela.

—¿Puedo compartir la cama contigo esta noche?, aquí no tenemos un sofá —preguntó el príncipe en lo que la joven se cepillaba el cabello frente al espejo.

—No creo que tengamos otra opción, no te haría dormir sobre la alfombra —contestó sonriendo y él le devolvió la sonrisa.

El joven levantó la sábana para acostarse en el lado derecho de la cama. La joven terminó de peinarse, hizo una oración, se persignó y se acostó del otro lado. Estaba nerviosa. Nicolás estaba muy cerca de ella.

—Fue un largo día —comentó él.

—Sí, lo fue.

—¿No crees que Emilia es adorable?

—Es una dulzura, como su madre.

—¿Estás bien? —le preguntó y ella se volteó para mirarlo

—Me siento mejor —dijo y se quedó en silencio. Se acostó boca arriba y miró al techo—. ¿Pensaste que me había escapado hoy?

—Tuve miedo de no volver a verte. Ese es mi mayor miedo con respecto a ti. En aquella tierra te despedías siempre de mí y cuando nos separamos creí que nunca volvería a verte y ahora que te tengo, me aterra la idea que un día ya no estés.

La joven lo miró y se sonrojó. Temió continuar con la conversación.

—Buenas noches.

—Descansa —dijo Nicolás y se acercó para besarla en la frente.

El príncipe la observó dormir. Su cuerpo era iluminado por la tenue luz que entraba desde la ventana y el deseo de tocarla lo invadió. Anhelaba tocar su cabello, su piel que le parecía suave al tacto, besar sus labios. ¡Cuánto hubiera dado por disfrutar en ese momento de tal placer!

Amelia Vega salió de su casa a medianoche en medio de una tempestad. Había acordado encontrarse en el río con un joven que le había prometido referirle el paradero de su hija a cambio de una fuerte suma de dinero. Caminó con prisa hasta el acantilado cubriéndose con un paraguas y encomendándose a la protección de la Virgen Santísima. Unos minutos después, apareció el joven. Nunca antes lo había visto.

—¿Sabe usted dónde está mi niña?

—¿Tiene el dinero? —preguntó y Amelia le extendió una bolsa llena de todo el dinero que había sacado de su cuenta bancaria. El joven se lo guardó en su maletín y luego miró a la mujer —. La enviaré con su hija —dijo y antes que la mujer pudiera comprender la situación en la que se encontraba, avanzó hacia ella y la empujó del acantilado. Lucía despertó durante la caída y vio a Nicolás acostado sobre el acantilado agarrándola con fuerza de la muñeca.

Nicolás la vio levantarse de la cama y caminar hacia la puerta. Pensó que estaba despierta, pero cuando la joven no respondió a su llamado, se levantó de inmediato, se calzó, se puso el abrigo y la siguió. Joaquín se despertó al sentir pasos en la casa y salió a ver lo que sucedía.

Manuel y Esteban permanecían dentro del auto por la lluvia. Era el turno de vigilar de

Esteban, así que Manuel dormía. Cuando vio que la princesa salió de la casa en ropa de dormir y con los pies descalzos, se sintió avergonzado y decidió llamarlo. El joven despertó de inmediato.

—¿Qué sucede?

—Es la princesa, parece que camina dormida —respondió y Manuel salió del auto.

—Voy a seguirla, tú encárgate de avisarle al príncipe —ordenó y no había dado ni dos pasos cuando lo vio salir de la casa. Manuel los siguió en silencio.

Lucía se iba acercando cada vez más al borde del acantilado, así que Nicolás se apresuró hacia ella. La joven se dio la vuelta y cuando Nicolás pensó que iba a caminar de regreso, como si hubiera sido empujada, cayó.

—¡Nicolás! —exclamó asustada y miró hacia abajo. Estaba confundida.

—¡Sujétate más fuerte!

—No puedo, me resbalo.

—No, te tengo.

—¡Deme su mano, Su alteza! —intervino Manuel quien estaba acostado al lado del príncipe y extendía su mano lo más que podía para alcanzar a la joven.

—Intenta alcanzar la mano de Manuel.

—¡No puedo! —Lucía cayó al río y la corriente empezó a arrastrarla. El agua la cubría y aunque intentaba nadar, la corriente era más fuerte. Le lanzaron un salvavidas con una cuerda en un extremo y la joven lo sujetó, cuando estuvo agarrada, la halaron hacia la orilla. Era Joel.

—La empujaron —balbuceó—, a mi madre la empujaron —refirió tosiendo, había tragado mucha agua.

—¡Estás delirando!

—Usted sabe que no. Tuvo que haberlo visto.

—Has perdido la razón —insistió con menos fuerza.

—¡Admítalo! —levantó la voz—. Lo vi todo —le confesó en medio de su ahogo—, ese hombre la lanzó al río. No tuvo oportunidad de defenderse —jadeaba y miró al hombre a quien los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Yo la cuidé. No pensé que la fueran a lastimar. Queríamos recuperarte, pero no llegué a tiempo, yo había pactado un trato para ella, pero me traicionaron —se defendió.

—Por eso vive encerrado, por la culpa —reflexionó—. Pudo haber limpiado su nombre, por el contrario, dejó que se difundiera el rumor de su suicidio.

—¿Qué caso tenía? ¡Ya estaba muerta! —respondió y a la joven se le salieron las lágrimas—. Ya no hay nada que puedas hacer para remediarlo —añadió el hombre y se alejó para dar espacio al esposo quien venía corriendo hacia ella.

Cuando Lucía cayó, Nicolás corrió hacia el puente. Pretendió lanzarse desde el punto más cercano a donde ella estaba, pero la visibilidad durante la tormenta era poca. Cruzó con rapidez el puente y llegó a la otra orilla justo a tiempo para verla tosiendo en el suelo al lado de Joel. Nicolás se quitó el abrigo y la cubrió.

—¡Por Dios!, ¿estás bien? —le preguntó preocupado, tomándola en sus brazos para levantarla. Ella lo abrazó y lloró. Él besó su rostro—. Ibas a matarme de un susto. Gracias. Le debo la vida —dijo dirigiéndose a Joel, quien asintió con la cabeza y se fue.

La princesa fue llevada a casa de Joaquín, donde María la esperaba preocupada. Ella se encargó de llevarla al baño de inmediato y de asistirla en cualquier necesidad que pudiera tener.

Cuando Nicolás se cambió las ropas mojadas por unas secas, ella estaba acostada. Bebía un té de valeriana y tenía las manos trémulas. Caía una fuerte lluvia y los estrepitosos truenos no

cesaban. Él se acostó a su lado. Se sentía culpable.

—Apenas lleguemos al Fuerte, te revisará un médico.

—No es necesario. Me siento bien.

—No lo estás. Este episodio pudo haberte costado la vida. ¿Por qué nunca me contaste sobre esto?

—Porque nunca los he tenido. No que yo recuerde. De niña solía ir en busca de Daniel después de una pesadilla, pero nunca me dijo nada sobre episodios así —dijo y terminó de tomarse el té. Colocó la taza en el nochero y se recostó sobre la cama. Tronó muy fuerte y se sentó de nuevo, espantada. Respiraba con dificultad. Nicolás encendió la luz que acababa de apagar—. No es necesario, estoy bien —comentó—, pronto me quedará dormida. Te molestas en vano.

—¡Estás temblando! —exclamó tocándole las manos—. Tu rostro ha perdido color.

—Estaré bien, se me pasará en un momento —dijo y él la observó tratar de reprimir el susto que sintió al ver brillar a través de la ventana un relámpago.

—No lo estás —insistió. Entonces ella se acostó junto a él y lo abrazó, colocando la cabeza sobre su pecho. El joven se sorprendió, pero la rodeó con sus brazos—. Hubiera preferido que estos acercamientos se dieran de forma natural y no obligados por un temor repentino.

—¿Te sientes incómodo?

—En absoluto, y reconozco que mi sentir es egoísta..., quisiera que no dejara de llover en toda la noche —respondió y la joven sonrió.

—Lamento haberte asustado hoy.

—Lo importante es que estás a salvo.

—Admiro tu coraje, aún en estas situaciones. No he olvidado el discurso que diste aquel día en La Arboleda, a ratos, fragmentos se repiten en mi mente, «He venido aquí con una certeza, la paz de nuestra tierra es posible si trabajamos juntos, si tenemos todos el valor de luchar por la verdad y aunque nos incomode, pasar por el desierto, subir al monte Calvario o incluso morir para vivir y para que otros vivan».

—No puedo creer que recordaras todo eso —sonrió Nicolás.

—Se ha repetido muchas veces en la radio y está escrito en los periódicos de aquel día. «Morir para vivir y para que otros vivan», ¿aquella vez te referías a la cicatriz que tienes en tu espalda?, ¿muestras valentía porque crees que vas a morir? —Levantó la cabeza para mirarlo a los ojos. Él la miró unos segundos antes de responderle.

—No le temo a la muerte. Quizás muera en esa fecha o antes o quizás después, pero ser consciente de la muerte me hace apreciar más la vida. Muchos temen hacer cosas por miedo a morir, pero la vida con miedo no es vida. Y como alguna vez me dijo una hermosa joven que conocí en tierras lejanas —le acarició el rostro y ella sonrió—, estar a salvo no es suficiente, no solo quieres mantenerte con vida, sino también vivir y siento que no hay mejor forma de hacerlo que cumpliendo con mi deber —añadió. La joven sonrió complacida con su respuesta y le dio un beso en los labios. Recostó nuevamente la cabeza en su pecho y lo abrazó. Él sonrió. Extendió el brazo para apagar la lámpara sobre el nochero y la besó en la coronilla. Ella se aferró más a él.

CAPÍTULO VIII

El primer reinado en Oscuro empezó en 1630 y terminó en 1693, con la muerte del rey Agustín Veracruz, quien heredó la corona a su primogénito, Agustín Veracruz, quien debido a su avanzada edad dejó el poder en 1717; posteriormente, la corona quedó en manos de Alfonso Veracruz, segundo hijo del rey, quien subió al trono a una edad similar a la de su padre y a su muerte lo legó a su esposa Mercedes Durán la cual continuó en el poder hasta 1749.

En ese entonces, ninguno de los hijos del matrimonio estaba en edad para subir al trono, ya habían perdido el vigor y se decidió someter a votación la elección del próximo rey entre los familiares de los consejeros. Fue entonces cuando subió al poder Fernando Navarro y su esposa, el cual reinó hasta su muerte en 1812. El quinto reinado, pasó a un nieto llamado Francisco Navarro quien a su muerte legó el reinado a su esposa Susana Ramos, la cual se retiró del poder en 1867.

Para el sexto reinado, se debió recurrir nuevamente a las votaciones populares y fue elegido Luis Ángel Arango, quien reinó hasta 1912. El rey Luis legó la corona a su nieta Francisca Arango, pero esta murió a los sesenta y cinco años y su esposo continuó en el poder hasta 1970.

Para el octavo reinado se consultó nuevamente al pueblo. Además de la familia de los consejeros, quienes por justicia eran privilegiados para asumir este cargo, participó en la votación una nueva familia recién llegada del Reino Unido, cuyo acento aún era notorio, esta fue la votación donde fue elegido como rey de Oscuro, el abuelo de Nicolás, Leonard Maxwell, quien falleció inmediatamente después de la muerte de su esposa, en 1986. Duró dieciséis años en el poder y tuvo un único hijo, el rey Leonard, quien ha reinado solo desde el 2000, cuando falleció su esposa, la reina Ana Olivera.

La jerarquía de poderes en Oscuro era la siguiente: en primer lugar, estaba el rey, a quien usualmente se le nombraba como «Su majestad, Su real majestad, señor, Su majestad el rey» y se le debía una reverencia que consistía en una inclinación del cuerpo a los 45 grados. En segundo lugar, estaban: el Consejo, a cuyos miembros se les tenían por «Honorables»; el jefe de la Guardia Real, a quien se refería de «señor o señora»; y los príncipes a quienes se les llamaba por su cargo o «Su alteza, señor o señora» y a quienes se les hacía reverencia bajando la cabeza. En tercer lugar, estaban los familiares en primer grado de los consejeros, a quienes se les distinguía de «señor, señora, señorito o señorita» y a cuyas damas era deber besar las manos. En cuarto lugar, estaban los guardias reales sin importar el rango, a quienes se les refería de «señor o señora». En quinto lugar, estaban los gobernadores, a quienes se les llamaba igualmente de «señor o señora». En sexto lugar, estaban los ciudadanos comunes, a quienes se les llamaba «don, doña, joven, niño, niña, señor o señora». Los sacerdotes, religiosos y religiosas eran respetados en el reino y su ministerio era muy importante para los oscurenses.

Es necesario aclarar que esta jerarquía social y normas de comportamiento no era una ley, mucho menos una norma de etiqueta, hacía parte del conocimiento colectivo que se había afianzado de generación en generación, por lo que nadie era obligado inclinarse ante la realeza o mostrar excesivo respeto a los sacerdotes.

Dos lunes después del matrimonio de los jóvenes, Lucía acompañó al rey al Capitolio. Su labor ese día, como le había informado, era de oyente: quería que aprendiera cómo funcionaba el Consejo. El salón era demasiado amplio para las pocas personas que estaban reunidas. Tenía

forma circular y techos altos. En las paredes estaban las fotografías de las antiguas familias reales y, por supuesto, de la familia actual, de la que Lucía hacía parte. Estaban los seis consejeros sentados alrededor de una mesa cuadrada, esperando la llegada del monarca. Todos usaban una toga de color rojo y negro en cuya parte delantera estaba bordada con hilo negro el escudo de Oscuro; el rey, usaba una toga roja que develaba su jerarquía. Raquel había vestido a la princesa con un traje elegante y formal color beige, recogió el cabello de la joven y la adornó con accesorios sobrios y elegantes. El rey había mandado ubicar un asiento a su derecha para ella.

—Buenos días tengan todos —saludó el monarca y todos se levantaron de sus asientos a recibirlo—. Hoy tengo el placer de anunciarles que mi hija Luciana me acompañará a partir de este día en todas las reuniones —añadió y no hubo murmullos en la sala, pero tampoco palabras de bienvenida. Pedro Valencia la miró con enojo y podría decir que con repudio; Samuel Bravo le sonrió con la mirada; y Gustavo Lozano apenas la miró. Por otro lado, en lo que respecta a las señoras, María Ester Ramos quiso inútilmente hacer parecer una mueca, una sonrisa; Ofelia Núñez la miró más con expectativa que con enojo; y María Ignacia García la miró con alegría.

No había ninguna jerarquía entre los consejeros, así que se podían sentar en cualquier lugar de la mesa. Sin embargo, los consejeros estaban acostumbrados a ubicarse siempre en los mismos lugares. Pedro Valencia en el extremo opuesto del rey junto a María Ignacia García y María Ester Ramos; Ofelia Núñez y Samuel Bravo se sentaban siempre cerca del rey; y Gustavo Lozano se sentaba donde quisiera, ya fuera entre Ofelia y María Ignacia o entre Samuel y María Ester.

—Es un placer verlos de nuevo —expresó la joven con timidez—. Espero aprender mucho de ustedes y que mi labor pueda ser de utilidad para el rey y para Oscuro.

—Es una lástima que el placer no sea mutuo —comentó Pedro Valencia con hosquedad—. No se turbe —añadió—, entre nosotros acostumbramos a ser francos; no debe tampoco sentirse ofendida, aunque bien podría estarlo en ocasiones. Debo confesarle que hay algo en usted que me inspira desconfianza, pero aún no descubro lo que es —finalizó y la sala permaneció en silencio.

—Lamento despertar en usted ese sentimiento —fingió tranquilidad—, y ya que conocernos es una de las razones de mi presencia el día de hoy, resulta indispensable confesarles que yo, por el contrario, acostumbro a ser franca sin ser ofensiva y a dejar de lado las subjetividades y los sentimientos para dejarme guiar por las certezas.

—Y es así como debe ser. Un reino basado en subjetividades y sentimientos personales está destinado a sucumbir —señaló Ofelia.

—¡Tomemos asiento! —ordenó el rey escondiendo una sonrisa de satisfacción. La joven se sentó en la silla dispuesta para ella, junto a Samuel Bravo—. En esta última década, Luciana —continúo— el Consejo además de administrar la justicia se ha reunido para estudiar tres temas trascendentales: la apertura de Oscuro al mundo exterior, la pena de muerte y el auge de los rebeldes; algunos consideran que las dos primeras ayudan a conseguir el fin de los últimos. Hoy iniciamos un proceso de escrutinio que consiste en discutir un tema para engendrar una ley que no puede ser abolida en menos de un siglo; el tema a discutir es la pena de muerte para los rebeldes. Te voy a dar la posibilidad de presentar tu propuesta al finalizar las discusiones, antes de tomar la decisión que deberá ejecutar el jefe de la Guardia Real. En un mes cada consejero hará su propuesta exponiendo y argumentando su opinión al respecto. El lunes 02 de diciembre presentarás la tuya públicamente y ese mismo día tomaré la decisión final; y dado que es el único

tema que trataremos hoy, no tengo más que desearles que el buen Dios los bendiga con sabiduría. Ansío tener unas espléndidas discusiones. Feliz día —añadió y los consejeros se levantaron de sus asientos y salieron del salón, dejando a Lucía sola con el rey.

—Perdóneme si lo avergoncé con mi comentario —dijo Lucía y el rey sonrió.

—Tu franqueza es una de las razones por las que te escogí como aprendiz.

—¿Cuál es la razón de mi propuesta? —preguntó—. Los votos de los consejeros y por supuesto, el de usted, son los que tienen valor.

—Tu propuesta podría persuadirlos de votar en contra de la pena de muerte.

—¿Cómo sabe que yo...? —intentó preguntar, pero el rey sonrió.

—Seguramente te angustia pensar que Nicolás deba dar la orden de asesinar a alguien.

—Y usted, ¿desea venganza como la mayoría del Consejo?

—Deseo lo mejor para el pueblo, pero no siempre es sencillo discernir qué es lo mejor.

—¿Desea empezar ya, señor? —interrumpió un servidor del Capitolio.

—¿Hay muchas personas agendadas para hoy? —preguntó.

—Solo tres, Su majestad.

—Bien. Haz pasar al primero —ordenó—. Volvamos a sentarnos.

Apenas Nicolás regresó de la Jefatura fue en búsqueda de su esposa. Durante toda la jornada no había dejado de pensar en ella y en lo que había sucedido en el Valle de Santa María. Marta le informó que se encontraba en la arboleda y se apresuró emocionado a su encuentro. Manuel lo vio acercarse y procuró alejarse un poco para darle privacidad a la pareja. Ella estaba sentada en una banca a un lado del camino con un libro en la mano.

—Buenas tardes —saludó sentándose junto a ella y le dio un beso en la mejilla.

—Buenas tardes —respondió ella al cerrar el libro—. ¿Cómo te fue?

—Es difícil responder a esa pregunta: la seguridad es algo inestable y no me gustaría preocuparte con estos asuntos. No quiero perturbar tus sueños aún más —añadió apartando el cabello que caía sobre su rostro para verla mejor.

—Parece que puedo perturbarme con facilidad —dijo apenada.

—¿No quieres considerar la idea de ver un doctor?

—No. Dudo que un médico pueda hacer algo para aliviar mi mal.

—¿Y si me cuentas tu mal? Quizás yo pueda ayudarte.

—Tú eres mi mal —le confesó—, pero también has sido mi cura.

—¿Cómo me haces esto? Haces que mi interior se altere de una forma que siento que el que está por perder la cordura soy yo —respondió y Lucía sonrió—. ¿Qué haces aquí?, ¿ese libro es nuevo?

—El príncipe y sus preguntas.

—No me llames príncipe, no tú —suplicó.

—Es mi cuaderno de dibujos. Aquí hago bocetos de lo que podría pintar después, aunque la mayoría de las veces solo se quedan acá, pues lo que dibujo no siempre es tan agradable como para valer tanto esfuerzo.

—¿Lo puedo ver?

—Nunca se lo he mostrado a nadie, ni siquiera a Julián.

—¿Lo puedo ver yo? —insistió y la joven miró la portada del libro pensativa y finalmente lo colocó sobre el regazo del príncipe.

Nicolás abrió el libro y comenzó a hojearlo. Había dibujos de animales, flores, un poco más adelante había retratos de niños, una puerta, una casa, Daniel consolando a una niña que llora,

Felipe en una cocina, un hombre con una flor en la mano.

—Julían —dijo con su mirada iluminada. Luego pasó la página y había unos jóvenes muy parecidos—, Isabel y Alejandro —comentó, y, por último, una mujer en una habitación con trozos de tela por doquier y una niña a la que le tomaba las medidas—, Amanda —añadió con un nudo en la garganta.

—Tú eres esa niña, ¿cierto? —preguntó y ella asintió con la cabeza. Nicolás siguió pasando las páginas y los dibujos recreaban otra escena: un hombre tumbado en el piso, desangrado, y la misma niña clavándole en la pierna un cuchillo a uno de los que parecían ser los verdugos, mientras una mujer arrodillada gritaba de dolor—. Esto fue... —intentó decir, aunque la joven se había puesto de pie y miraba hacia otro lado. El príncipe vio un bosquejo de una mujer envuelta en llamas, rodeada de muchos otros. Era el retrato exacto de la reina y otras personas que eran conocidas para él. Estaba confundido, Lucía no podía saber quiénes eran. En la última página estaba una mujer al borde de un acantilado, frente a ella un hombre que colocaba sus manos sobre ella para empujarla. Sintió escalofríos. Colocó el libro en la banca y se dirigió hacia ella.

—¿Lo viste todo? —le preguntó la joven nerviosa. Él asintió. Se acercó aún más a ella y la abrazó.

—Gracias por abrirme tu corazón.

—Esas imágenes están todo el tiempo en mi cabeza, pensé que si las dibujaba se irían... Las últimas semanas se han repetido las escenas en mis sueños una y otra vez. Ya no sé qué hacer para que se vayan.

—Llenaremos las páginas de buenos recuerdos. Vivirás momentos tan felices que soñarás con ellos y te haré tan feliz que soñarás conmigo —dijo y la joven sonrió— es más, mañana daremos un paseo a caballo —añadió y ella se separó de su abrazo.

—No creo que sea buena idea. La verdad es que les temo un poco —confesó.

—¿Temor? Me da la impresión de hablar con una persona distinta a la que atravesó un portal a un mundo desconocido —ella sonrió de nuevo—. Te van a gustar, te lo aseguro —añadió emocionado.

Aquella noche, María Ester Ramos y Samuel de Toledo los acompañaron a la cena. Fue más pacífica de lo que Lucía había esperado, se habló de temas triviales, Leonard olvidó por un momento que era rey y María Ester que era consejera y disfrutaban de una reunión amistosa junto con su familia.

Después de la cena Leonard y María Ester fueron a dar un paseo al lago mientras que Samuel, Nicolás, Azucena y Lucía fueron al salón de arte de esta última a seguir platicando. Permanecían recostadas en un rincón las pinturas que había traído de casa de sus padres y había colocado sobre un estante la fotografía de ellos.

—¿Cómo te fue con tus abuelos? —le preguntó Samuel a Nicolás. Él miró a Lucía antes de responder.

—Tan bien como es posible con ellos.

—La semana anterior le llevé frutas al abuelo y pasé un momento desagradable. Me es insoportable que hablen tan mal de papá —comentó Azucena. Para ese entonces, Lucía se había levantado de la silla, se había puesto el delantal y había empezado a pintar. Se sentía ajena a la conversación. Miró a la ventana y tuvo la impresión de que el rey y María Ester discutían, ella parecía reclamarle algo, quiso seguir mirando, pero se sintió incómoda y volvió la mirada a su pintura.

—¿Dibuja el lago? —le preguntó Samuel con interés.

—Eso intento.

—¿Para qué es más hábil para las armas o para la pintura?

—Júzguelo usted. Mi juicio es subjetivo y está sesgado por mi estado de ánimo actual, así que mi respuesta puede no ser acertada —respondió y Nicolás sonrió levemente.

—¿Firma con sus iniciales?

—Sí, como es natural.

—Dígame algo, ¿ha vendido usted sus cuadros con anterioridad?

—Sí, en varias ocasiones. Nuestra pequeña granja no daba siempre lo suficiente —dijo mientras pintaba. Samuel se rio.

—No vas a creer que tengo un cuadro de tu esposa en mi casa desde hace tres años —le dijo a Nicolás—. ¿Recuerdas el cuadro del joven enamorado, aquel que siempre quisiste que te vendiera para obsequiárselo a Julieta?

—Lo recuerdo —respondió con vergüenza.

—Eso fue de su autoría, ¿cierto? —le preguntó y miró a Lucía—. Estoy seguro que lo debe recordar.

—Así es, es una obra que aprecio mucho. Me costó mucho acceder a venderla.

—¿Por qué? —preguntó interesada Azucena.

—Porque mi interés al hacerla fue obsequiársela a mi hermano Julián, quien siempre estuvo enamorado de una joven de San Francisco, pero esa pintura provocó más interés en los compradores que la de un atardecer.

—¿Y por qué adquiriste esa pintura Samuel?, ¿a quién se la ibas a obsequiar? —preguntó Azucena de nuevo.

—Cuando llegue el momento, se lo obsequiaré a la mujer que será mi esposa —respondió, lo que hizo reír a Nicolás y Azucena. Lucía miró al lago y el rey y María Ester ya no estaban.

Al día siguiente por la tarde, tras la llegada de Nicolás de la Jefatura, los esposos fueron a las caballerizas. El lugar estaba repleto de hermosos animales, el joven se detuvo frente a un enorme espécimen de pelaje alazán.

—Este es mi caballo —dijo—, se llama Valiente. Lo tengo desde que era un potrillo.

—Es hermoso.

—Y muy fuerte y leal —añadió—. ¡Ernesto! —llamó y se acercó uno de los empleados—, por favor, ensíllalo. Daremos un paseo.

Cuando el caballo estuvo preparado, se lo llevaron al príncipe fuera de la caballeriza.

—Sube tú primero —indicó Nicolás—. Te enseñaré a cabalgar.

—No creo que sea conveniente —contestó Lucía a unos metros del caballo.

—Yo subiré contigo —insistió. La joven se acercó con lentitud y él la ayudó a subir al caballo. El inmenso animal estaba igual de quieto que ella. Cuando Nicolás subió, pasó sus brazos alrededor de su cintura, tomó las riendas y el caballo empezó a avanzar despacio. Lucía se sujetó de sus antebrazos con fuerza—. Es una hermosa escena para dibujar —comentó después de haber cabalgado varios metros.

—¿Quieres estar dibujado en mi libro?

—Muchas personas importantes para ti están retratadas ahí, así que por supuesto, quisiera estar también en él —respondió y Lucía sonrió, pero él no lo advirtió. Avanzaron en silencio hacia la arboleda y luego rumbo al templo.

—¿A dónde vamos? —preguntó la joven.

—¿Estás incómoda?

—Nerviosa.

—¿Por mi cercanía o por el caballo? —preguntó y ella rio con energía. Nicolás sonrió igual, no recordaba la última vez que la había escuchado reír así.

—Por ambos —contestó y él detuvo el caballo. Tomó las riendas con la mano izquierda y puso la derecha sobre el pecho de Lucía, sobre su corazón. Ella intentó apartar su mano, pero él la abrazó—. ¿Qué haces? —preguntó respirando con dificultad.

—Pruebo algo.

—¿Con tu mano en mi pecho?

—Ya he desviado tu atención del caballo y la he puesto sobre mí, ahora veremos cuál de los dos te hace sentir más nerviosa —dijo y los latidos del corazón de la joven se dispararon.

—¿Nunca dejas de investigar? —preguntó un poco enojada al ponerse en evidencia y Nicolás quitó la mano de su pecho para tomar las riendas y seguir con el paseo.

—Es algo que me apasiona. Prefiero las certezas a la incertidumbre, por lo menos ahora estoy seguro que no te soy indiferente.

—Ya eso lo sabías —dijo y él sonrió, le dio un beso en la mejilla y apresuró la marcha del caballo, esto hizo que Lucía se aferrara más a sus brazos.

Nicolás se detuvo a unos metros del Capitolio y se bajó y luego la ayudó a bajar a ella.

—Julián era mejor maestro que tú. Era más compasivo —comentó nerviosa y un poco pálida.

—¿Julián, el enamorado, ya te había enseñado a cabalgar?

—No —respondió sonriente—. Una vez nos escapamos y llegamos a una provincia de San Francisco cercana a La Arboleda, allí un hombre alquilaba caballos y a él se le ocurrió la idea de enseñarme. Es un gran jinete y un excelente maestro: daba instrucciones sencillas e inspiraba confianza. Tenía la completa seguridad, si me caía, él iba a atraparme.

—¿Julián es el que en tus dibujos te obsequiaba una flor?

—Sí, él siempre me ha obsequiado cosas. Es muy generoso y atento. Le tengo tanta confianza que fue al único que le dije que te había conocido.

—Tuvo que haber sido decepcionante para él que vieras a otro hombre.

—¿A qué te refieres?

—Es evidente que él está enamorado de ti.

—¿Por qué dices eso? —preguntó confundida—. ¡Eso es imposible! Julián es mi hermano. Él siempre... ¿cómo puedes pensar eso? Él estaba enamorado de una joven de San Francisco, le escribía cartas todo el tiempo.

—¿Y qué pasó después que se escaparon?

—Eventualmente Daniel lo supo y cuando llegamos se molestó bastante. Le gritó muy fuerte a Julián, yo apenas tenía diecisiete. Amanda me hizo muchas preguntas. Fue exagerado porque se trataba de mi hermano.

—Que era un hombre.

—¡Ya no digas eso! Si lo que dices fuera cierto, me rompería el corazón, porque se lo rompí a él.

—¿Tanto lo amas?

—Lo quiero demasiado —dijo y Nicolás se la quedó mirando.

—Así que soy un pésimo instructor y no confías en que si caes, te atraparé —acariciaba la crin del caballo. Ella sonrió, se le acercó y le tocó el cabello.

—Te pintaré a color en un lienzo —anunció—. Tu rostro está impreso en mi mente de tal forma que siento que sería capaz de pintarte con los ojos vendados. La manera en que el sol hace

brillar tus cabellos, el azul de tus ojos, la coloración de tus mejillas, la forma de tus labios — pasaba sus dedos por cada parte que mencionaba, hasta que, al detenerse en sus labios, el joven soltó las riendas del caballo y la besó.

Cuando terminó de besarla, Nicolás la vio mirar detrás de él, del Capitolio salían Julieta Valencia y Samuel de Toledo quienes se acercaban a ellos.

—Buenas tardes —saludó Samuel.

—Buenas tardes —respondieron los esposos. Por un momento todos quedaron en silencio. Había mucha tensión en el ambiente. Lucía ya se imaginaba que aquella mujer podía ser Julieta.

—Desconozco si ya tuvo la oportunidad de ser presentada con Julieta —le dijo Samuel a Lucía—, de no ser así, me complace en presentarlas, es la hija de Pedro Valencia, uno de los consejeros reales.

—Es un placer conocerla, princesa —se adelantó a saludarla Julieta inclinando la cabeza—. He escuchado mucho sobre usted.

—Usted es más diplomática que su hermano —dijo la joven tratando de fingir serenidad.

—Tengo conocimiento de su encuentro en la academia. Me disculpo por su comportamiento.

—No puedes culparte por los errores de tu hermano —intervino Nicolás y Lucía lo miró.

—Pero no deja de ser mi hermano.

—¿Y qué hacen aquí?, ¿cabalgan o pasean a Valiente? —preguntó Samuel.

—Le enseño a Luciana a cabalgar —respondió Nicolás.

—¡Oh, qué maravilla! El Fuerte tiene excelentes especímenes —comentó Samuel—. Recuerdo que aquí veníamos todos de jóvenes a cabalgar. Nicolás solía cabalgar siempre con Julieta. A menudo nos encontrábamos Arturo, Juan, Azucena, Margarita y yo solos y ellos se nos escondían en esta gran propiedad —añadió y Nicolás se sonrojó.

—No es prudente hablar de esas cosas en presencia de la princesa —expresó Julieta con fingida vergüenza.

—¿Le molestó mi comentario, princesa?

—No, en realidad, me agrada conocer más sobre los amigos de Nicolás.

—Bien, le diré: uno de ellos, Arturo, fue asesinado hace dos años por los rebeldes y Juan quedó parálítico en el mismo ataque. Supongo que es la causa por la que no se recuerden con alegría esos viejos momentos.

—No es el único que recuerda el pasado con tristeza.

—Usted no parece de las que sufren.

—Sus apreciaciones están basadas en el prejuicio.

—Creo que ya es hora de irnos —intervino Julieta—. Que tengan una buena tarde —Se despidió e inclinó la cabeza. Samuel quiso discutir, pero se contuvo y se marchó.

—Lo lamento —se disculpó Nicolás viendo a Lucía.

—No puedes culparte por los errores de tus amigos —respondió y se fue al palacio.

El sábado siguiente, el rey salió con Azucena a arreglar unos asuntos en la Academia Real, el príncipe se había ido a la Jefatura temprano y Lucía aprovechó para ir a la capilla a orar. El templo permanecía abierto todo el tiempo, así que entró con confianza. Manuel hizo una reverencia mientras se signaba, sin embargo, no avanzó más de la entrada.

—Me sorprende la visita de la realeza a estas horas —le dijo el sacerdote.

—Mi Señor iba a un lugar solitario a orar cuando todavía era oscuro, yo he llegado tarde, ya es de día.

—Aún no es de día, hija —dijo el sacerdote—, pero ya faltan unas cuantas horas.

—¿Qué hace usted despierto, padre?

—¡Ay, Anita!, ¿acaso no recuerdas que yo soy como un búho? —respondió y Lucía se asustó. Miró a su alrededor y ciertamente era de madrugada.

—Yo no soy Anita, padre. Me llamo Luciana —corrigió con energía.

—Claro que no, te llamas Ana. Tú me contaste lo que ese mal hombre te hizo, pero Dios, nuestro Señor, te dará la paz que necesita tu alma. El ocaso de ese hombre está por llegar —respondió y la joven se puso de pie y retrocedió varios pasos. De pronto vio a una mujer a su lado, era la mujer de blanco, la misma que estaba en llamas en la biblioteca del Capitolio, la reina Ana.

—Pero, ¿cuándo, Padre? —gritó con desesperación—. La angustia no me deja vivir. Ese infeliz ha ultrajado mi cuerpo, me siento sucia, ¿cómo se lo digo a mi marido! ¡Qué avergonzada me siento!, ¡debí haberlo matado! Él quiere todo lo que Leonard tiene y no pude impedir que manchara su lecho —lloraba con tanto dolor que el miedo de Lucía se convirtió en compasión.

—Escucha, mujer, Leonard te ama. Él entenderá esta situación y va a hacer justicia. Debes confesarle la verdad.

—¡No! —gritó la mujer y Lucía se estremeció—. Lo matará. Sé que lo matará —añadió continuando sus sollozos.

—Francisco debe pagar por lo que ha hecho, ¿y si sucede algo más grave?

—¡Lo sé, padre!, pero no tengo el valor. Me siento tan miserable.

La joven se acercó a ella con timidez.

—Permítame ayudarla, señora —murmuró y la mujer la miró.

—No puedes ayudarme —respondió—, tú estás en la misma circunstancia que yo. Él te quiere, él te mira con morbo, cuando no lo ves, te espía, le atrae tu olor, tu belleza, tu espíritu, el deseo de hacerte suya no lo ha dejado en paz desde que te conoció —dijo y la joven retrocedió estremecida.

—¿Quién?, ¿quién es?, ¿Francisco?

—Francisco ya no es el único —respondió y un llanto amargo se apoderó de ella. Lucía se volvió a acercar a la mujer.

—¿Quién es? Debe decírmelo —intentó convencerla—. Necesito protegerlos a todos. ¡Dígame! —gritó.

—Tú lo sabes —respondió—, tú lo has visto. El enemigo se esconde en tu casa, vigila tu lecho, te respira en la nuca. Nunca podrás atraparlo, deja que venga a ti, porque vendrá. Vendrá a buscarte porque lo has desquiciado, el mal ha corrompido su corazón —respondió dejando a la joven pasmada.

—¡Debes irte ahora, niña! —intervino nervioso el sacerdote—. No puedes estar aquí mucho tiempo, las paredes tienen oídos, los árboles susurran los secretos —agregó y la reina desapareció y con ella todo el lugar. Lucía apareció en un sótano oscuro y el sacerdote que antes le hablaba, colgaba de una cuerda atada a una columna.

Cuando Nicolás llegó a medio día al Fuerte, todo estaba en una aparente calma. No fue sino hasta entrar en el palacio que vio correr de un lado a otro a algunos servidores y a Manuel de pie en medio del salón hablando con el rey.

—¿Qué sucede, padre? —preguntó olvidándose de los modales, ya presentía que algo malo pudiera haberle ocurrido a Lucía, a quien no veía. El hombre se volvió a él y lo miró, su rostro reflejaba preocupación.

—La doctora la está revisando en la torre, Azucena está con ella —dijo en un tono

tranquilizador.

—¿Le pasó algo a Luciana?

—Se desmayó en la capilla. Manuel la trajo hasta el palacio, pero ya recuperó la conciencia.

Nicolás se apresuró escaleras arriba a ver a su esposa. Cuando llegó, abrió la puerta sin tocar. Encontró Lucía recostada y a Azucena de pie frente a la cama mirando a la médica que le revisaba los latidos cardiacos a la joven.

—¡Nicolás! Gracias a Dios estás aquí —exclamó Azucena—. Padre iba a ordenar que te buscaran.

—¿Cómo está ella? —preguntó.

—Está bien, Su alteza —respondió la mujer de unos cincuenta años, quien era una de las pocas médicas de la familia—, su desmayo se debió a una posible descompensación. La princesa me ha referido que no se ha estado alimentando bien las últimas semanas, sin embargo, me gustaría realizar una prueba de embarazo.

—No es necesario —dijo la joven.

—En los inicios del embarazo síntomas como estos son muy comunes.

—Ella no está embarazada —reiteró Nicolás con vergüenza.

—Bien, entonces haremos estudios de rutina para descartar otras posibles causas, por lo pronto, es importante que se alimente bien y que descanse lo suficiente.

—Por supuesto, así será. Muchas gracias —dijo Nicolás y Azucena se ofreció a acompañar a la mujer a la salida.

—¿Cómo te sientes? —preguntó el príncipe sentándose en la cama cerca a Lucía.

—Estoy bien. Todos están exagerando.

—Aún estás muy pálida, no te recordaba así en Cartagena —dijo y la acarició en el rostro—. Estás enfermando. ¿No te gusta estar aquí?, ¿tu salud mejoraría si nos fuéramos a otro lugar?

—¿A dónde iríamos?, ¿a la mansión que le construiste a Julieta o a mi casa donde murió mi padre?

—Podemos construir una donde quieras —respondió y ella sonrió.

—Me gustaría una casa cerca del mar, en San Pedro.

—Bien, lo arreglaré todo para que en unos meses podamos mudarnos allá.

—¿Estás hablando en serio?

—¿Piensas que estoy bromeando?

Ella sonrió, se acercó a él y le dio un tierno beso en los labios.

—No podría estar en paz si te expongo a tal peligro. Cuando los rebeldes estén diezmados, nos mudaremos.

—Me asustaste demasiado, ¿cómo puedes ser tan cruel conmigo! —preguntó y empezó a besarla en varias zonas del rostro.

—¡Ya basta!, ¡basta! —decía entre sonrisas porque sus besos le generaban cosquillas y el esposo le dio un último beso en los labios. Ella se recostó en la cama, todavía se sentía mareada. El joven la miraba fijamente sin dejar de acariciar su rostro y su cabello.

—Perdona a Samuel y a Juan. Sé que estás pasando por momentos complicados y ellos no te lo facilitan. Cuando te imaginaba conmigo aquí, te imaginaba diferente, alegre, en calma, como alguna vez estuviste en aquella tierra. Nunca hubiera querido esto para ti.

—No sé si dices eso porque eres un buen hombre o porque en realidad tienes sentimientos por mí.

—Lo digo porque te amo —respondió causando sorpresa en Lucía.

—Me siento tan cansada que debo estar soñando —dijo y Nicolás acercó su rostro al de ella.

—No estás soñando. Te dije que te amo y cuando despiertes te lo diré de nuevo y te lo repetiré por el resto de mi vida —ella sonrió y le acarició el cabello, ocasión que aprovechó el esposo para besarla una vez más—. Descansa, amor mío.

Cuando el príncipe dejó la torre fue al estudio de su padre. Leía El Herald.

—¿Cómo está Luciana? —le preguntó.

—Está descansando.

—Espero que Dios le permita conciliar el sueño —comentó preocupado—. Ya puse en marcha los debates para definir de una vez por todas la pena de muerte para los rebeldes y Luciana será una de las expositoras —añadió y apartó su mirada del periódico para ver la expresión en el rostro del joven.

—Ella no es del Consejo —observó sorprendido—. Además, padre, sabe usted que ellos suelen ser muy crueles y algunos la creen una rebelde.

—Tú también tienes dudas sobre ella.

—Pero ellos no son yo, la van a lastimar —replicó y el rey sonrió.

—Aún hay una cuestión que me inquieta —añadió serio.

—¿Qué es eso, padre?

—Que no me has dicho tu posición respecto a la pena de muerte. ¿Ha cambiado ya tu pensamiento?

—Sabe usted que no importa mi opinión, sino lo que ustedes decidan.

—Luciana me dijo exactamente lo mismo —señaló—. ¿No vas a recurrir a la objeción de conciencia? —preguntó interesado.

—Haré lo que deba hacer para el bien del reino.

—Eres consciente, tu opinión puede inclinar la balanza.

—Lo soy, padre.

—Entonces es necesario que sepas que tu esposa va a hacer todo lo posible porque esa ley no se apruebe.

El corazón de Nicolás se agitó.

CAPÍTULO IX

El siguiente lunes Nicolás no se fue a la Jefatura hasta que Lucía no hubo partido al Capitolio con su padre. Estaba todavía preocupado por su salud: procuraba asegurar por las noches el acceso al balcón, le había dado la orden a Marta que estuviera al pendiente de su alimentación y a Manuel le permitió entrenar con ella en el gimnasio. Durante la cena el rey le propuso a Nicolás que llevara a Lucía a conocer la Jefatura al día siguiente, esto, al tener en cuenta su futura intervención pública, propuesta a la que accedió sin ninguna vacilación.

La llegada de la princesa al lugar causó conmoción en los trabajadores, en el primer y segundo piso, los empleados dejaron sus escritorios y se acercaron a saludarla. En el tercer nivel, había pocas oficinas, Margarita Lozano, salió a recibirla. Samuel de Toledo no se encontraba presente y solo entonces Nicolás fue consciente, de que se encontrarían con Julieta.

—Tienes un hermosa vista aquí —Lucía miraba por la ventana de la oficina de Nicolás.

—Así es —admitió el príncipe a su lado.

—Así que desde esta oficina diriges la seguridad en Oscuro. Es una gran responsabilidad.

—Lo es. Preservar la seguridad de cada uno de los integrantes de la isla, sería más sencillo si se tratara de un ataque externo, pero son ellos entre sí los que se desangran y nos desangran. Los rebeldes visten como nosotros, caminan como nosotros y están entre nosotros —dijo y la joven no pudo evitar agitarse un poco.

—Debes confiar muy poco en las personas.

—Tengo que hacerlo, pues de eso depende mi seguridad, la de mi familia y la del reino.

—¿Y ya confías en mí? —le preguntó volviéndose hacia él. Él sonrió y se acercó más a ella.

—¡Nicolás! —llamó Julieta entrando a la oficina sin tocar, los jóvenes se giraron para verla —. Me disculpo —dijo— ignoraba que tenías visita —agregó dirigiéndose a Lucía.

—Buenos días —saludó la joven lo más amable que su sentimiento de sorpresa le permitió.

—Su alteza —respondió Julieta con una pequeña reverencia—. Nicolás, hay unos documentos que debes revisar antes de enviarlos por correo.

—En un momento iré a tu escritorio —dijo el joven y Julieta se retiró.

—Desconocía que ella trabajaba aquí —comentó.

—Creí que lo sabías.

—No lo sabía.

—Voy a revisar los documentos, volveré en un momento —dijo y ante la nula respuesta de su esposa, salió de la oficina.

Lucía se sentía desconcertada e incómoda. Se sentía burlada por Julieta y Nicolás. Se sentó en la silla de su esposo y hojeó algunos papeles para distraer sus pensamientos. Vio el barco que le había regalado sobre el escritorio y una fotografía de ella en el mismo. Nunca había visto su letra, así que se distrajo leyendo algunas notas de su apretada agenda. Después siguió mirando entre los libros que yacían en su escritorio y encontró unos dibujos, eran los retratos que ella había hecho de sus hermanos y al final de la hoja se ofrecía una recompensa de mil soles a quien diera información de ellos. Miró hacia la pared de cristal al frente suyo y vio a Nicolás que hablaba con Julieta. Él sonreía de vez en cuando y ella le sonreía de vuelta, Lucía ignoraba de lo que hablaban, pero sentía que en esos momentos el príncipe había olvidado su presencia en la oficina.

Cuando Nicolás regresó y vio a Lucía con los retratos de sus hermanos en sus manos, la sonrisa desapareció de su rostro.

—Estos dibujos los hice yo.

—Puedo explicarte.

—Los tomaste de mi cuaderno en mi ausencia.

—Quería encontrar a tus hermanos. Tú los necesitas.

—No me mientas, por favor.

Él se acercó al escritorio y se sentó frente a ella.

—Necesito encontrar a tus hermanos. Me cuesta creer que te hayan dejado solo porque sean unos ermitaños.

—¿Entonces no crees en mis palabras?

—Te creo a ti, a ellos no.

—Si te pido que los dejes de buscar, ¿lo harías?

—No y no es porque no te ame, es porque haré todo a mi alcance para proteger la seguridad de la isla.

—¿Esa fue la razón de nuestro viaje al Valle de Santa María?, ¿investigar más sobre mi pasado?

—No.

—¿Tú sabías que mi antigua casa estaba cerca de la de Joaquín?

—Sí —confesó.

—¿No te importó lo que pudiera sentir?

—Por supuesto que me importa, por eso fui contigo. Hay muchas cosas que aún desconozco de ti, quisiera que me hablaras sobre lo que pasó en la cabaña todos estos años mientras vivías con tus hermanos.

—Y trato de contarte más sobre mí. Yo te mostré mi cuaderno de dibujos, pero tú lo usaste para hacer más efectiva tu búsqueda —Lucía se levantó del asiento y miró hacia la ventana. Sabía que debía guardar la calma porque estaban en un lugar público. Nicolás se levantó y fue hasta ella, pero ella no volvió a mirarlo.

—Entiéndeme, por favor, sabía que si te pedía las imágenes te ibas a enojar, no quiero dificultar nuestra relación. No busco a tus hermanos como criminales y de encontrarlos, a quien le diré primero es a ti.

—¿A qué relación te refieres? Nuestro matrimonio fue arreglado.

—Luciana —suplicó e intentó tocarla en los hombros, pero ella se volvió hacia él y lo miró con los ojos llorosos.

—Quiero irme ya.

Nicolás fue con Lucía hasta el Fuerte y se regresó de inmediato a la Jefatura. Ninguno de los dos se refirió más al tema, pero Lucía apenas le hablaba a Nicolás y él no quería entorpecer más las cosas.

Al día siguiente por la tarde Lucía leía frente al lago, Julieta, sin saludar, se sentó a su lado en la banca.

—Ya me temía que en algún momento esto pasaría, pero me sorprende que sea tan pronto. La escucho —dijo Lucía apartando su mirada del libro que tenía en las manos.

—Deje a Nicolás —expresó tomándola por sorpresa—. Él no está ni estará nunca a salvo en esta tierra. Usted más que nadie sabe que uno puede perder a quien ama aquí. Si de verdad lo ama, déjelo ir. Sé que él tiene sentimientos por usted, pero también estoy convencida que no son

tan profundos como los que siente por mí.

—¿Ha perdido la sensatez? —reclamó Lucía mirándola enfurecida y se puso de pie. Julieta también se levantó.

—Fue testigo de lo que ocurrió en San Francisco de Asís, ¿qué más espera?, ¿qué llegue muerto a usted? Lo expone constantemente al peligro, salen del Fuerte con frecuencia como si no buscaran asesinarlo, como si no tuviera una fecha de muerte marcada en su piel.

—No es quien para juzgar nuestras decisiones. Entiendo la importancia que tiene en su vida y por eso he procurado mantener una relación cordial con usted y los suyos a pesar de su trato, pero si persiste con sus intenciones, terminaré por cortar toda relación.

—Yo amo a Nicolás y puedo jurarle con mi vida que él me ama a mí.

—Voy a hacer como si esta conversación nunca hubiera ocurrido —dijo y caminó para alejarse de ella.

—¡No sea necia, lo van a asesinar! —gritó llorando y Lucía volvió su mirada hacia ella—. Este lugar parece lleno de vida, pero está colmado de muerte y muertes violentas. Libere a Nicolás de su destino.

—¿Por qué no le dijo esto usted antes?, ¿por qué no se lo llevó entonces de aquí? —le reclamó—, así no lo hubiera conocido y no sería su esposa. Por el contrario, usted lo abandonó, dio por terminada su relación, ¿con qué derecho viene a pedirme que le haga lo mismo?

—¡No comprende cómo fueron las cosas! —se defendió—. Mi familia me presionaba: mi hermano quedó paralítico, Arturo murió, muchas personas murieron, cuando supe que Nicolás podría morir no lo soporté y mis padres me obligaron a dejarlo. Yo lo busqué en Cartagena dispuesta a todo por él, pero cuando regresé se había casado el día anterior —añadió y retomó sus sollozos. Lucía no pudo evitar conmoverse.

—Yo no la conozco, Julieta y sé que nunca seremos amigas, pero en verdad lamento su situación, no quise causarle dolor. Yo también amo a Nicolás y si desea irse con usted no me opondré, esa será su decisión; pero él ama su oficio, ama esta tierra y por más que tema su muerte no seré yo quien le impida seguir sus convicciones. Espero que esta sea la última vez que hablemos, por favor, no se acerque más a mí —dijo y se fue dejando a Julieta inconsolable.

Nicolás llegó a tiempo para ver de lejos que Lucía se marchaba y Julieta se quedaba llorando sentada en la banca frente al lago. Quiso ir a consolarla, pero en cambio fue detrás de Lucía. La siguió con prisa hasta la entrada del palacio, donde la alcanzó.

—¿Qué pasó?, ¿qué le dijiste a Julieta? —La tomó por el brazo para detener su marcha—. Se quedó llorando, ¿qué le dijiste? —agregó molesto.

Lucía tenía un nudo en la garganta, apenas podía hablar. Lo miró con los ojos llorosos, era increíble lo que le estaba preguntando.

—Si quieres saberlo pregúntale a ella, de todas formas, la verás mañana en la Jefatura —dijo y siguió su camino hacia la torre y se encerró. Se apoyó contra la puerta como si estuviera dispuesta a impedir que entrara a toda costa. Nicolás, consciente de su reacción inapropiada, decidió no seguirla.

Lucía pasó el resto de la tarde en la torre. No dejó de llorar, sentía que merecía todo ese dolor por haber traicionado a sus hermanos. Cuando Nicolás volvió a la torre ya estaba dormida en el sofá, ni siquiera había bajado a cenar. Se sentía completamente miserable.

El viernes de aquella tensa semana Nicolás regresó más temprano de la Jefatura. Le pidió al conductor que lo llevara a la plaza y al pasar por una florería, pensó en Lucía. Cuando llegó al Fuerte la encontró en la arboleda, como de costumbre. Estaba sentada en una banca con los pies

sobre el asiento, la espalda recostada al brazo de la banca y su libro de dibujos sobre las rodillas. El joven se acercó sin ser percibido por la princesa, ocasión que aprovechó para acercarse mucho más a ella y besarla en la mejilla. Cuando ella lo miró, él le dio un tierno beso en los labios.

—Son para ti —le extendió un ramo de rosas rojas. Lucía estaba sorprendida, no quería recibir las rosas, pero las tomó.

—No me gustan las rosas rojas —respondió bajando los pies de la banca y Nicolás se sentó a su lado.

—Eso no puede ser. En tu cuaderno Julián te regala una rosa —replicó.

—No era roja —dijo y se puso de pie dejando las rosas sobre la banca y empezó a caminar.

—¿No me dirás de qué color era?

—No.

—Intento enmendar lo que hice.

—¿Qué sentido tiene? No dejarás de buscar a mis hermanos y Julieta seguirá trabajando contigo. Además, me acusas a mí porque la viste llorar a ella. ¿Acaso no fue ella quien vino al Fuerte? ¿Qué podría decirle yo para lastimarla? ¿Siquiera pensaste que la hermosa Julieta podía lastimarme también? —soltó con enojo—. No me interesan tus rosas —agregó.

—Lo lamento.

—Déjame sola —pidió y siguió caminando.

—No puedo, eres mi esposa—. Lucía aceleró el paso para dejarlo atrás, pero él hizo lo mismo, entonces ella empezó a correr y él corrió detrás de ella.

—¡Deja de seguirme! —le gritó.

—¡Deja de correr! —respondió y la atrapó abrazándola por la cintura y ambos cayeron. Nicolás se subió sobre ella lo que impidió que se levantara.

—¡Suéltame! No te atrevas a volver a besarme sin mi consentimiento —amenazó jadeando.

—Soy el único hombre en este mundo que tiene el derecho de robarte besos. Deja de pelear conmigo.

—Suéltame.

—No hasta que me digas cuál es tu rosa favorita.

—Aunque me dieras mil de esas rosas seguiría enojada contigo. Suéltame, no quiero lastimarte.

—Dime cuál es el color de tu rosa favorita —insistió.

—¿Por qué haces esto?

—Intento romper la tensión que hay entre los dos —dijo apartando el cabello de su rostro—. Lamento haber tomado los dibujos de tus hermanos sin consultarte y lamento por cómo actué con respecto a Julieta. La semana pasada presenté la solicitud para que ella sea reasignada a otra estación o a otra área, pero debes saber que esto no es un proceso sencillo, se espera que sea la familia real o los herederos del consejo quienes ocupen cargos importantes y Julieta ha estado en ese cargo hace tiempo y no hay ninguna razón a nivel laboral que sustente su despido. Además, te aseguro que no existe una relación más allá de lo laboral, estamos siempre a la vista de todos y mis conversaciones con ella son estrictamente relacionadas con mi trabajo. Tú eres mi esposa, te amo y no voy a renunciar a ti.

—Espero que estés convencido de lo que dices, porque ella no ha perdido la esperanza de volver a estar juntos de nuevo. Se quedó en el cargo por ti, no le importa hacer esta situación incómoda para ella, su familia y todos los testigos de su relación. Reconozco lo importante que fue y es Julieta para ti... yo jamás podría ganar si compitiera contra ella —se le quebró la voz al

decir la última frase y Nicolás se conmovió y la acarició con ternura.

—No tienes que hacerlo, tal competencia es absurda y si ella pretende hacerlo, está condenada al fracaso, porque te tomé a ti como esposa, ese es un hecho y cumpliré los votos que te hice en el altar.

Lucía no supo qué responder.

—Rosadas. Prefiero ese color de rosas —dijo después de unos segundos y Nicolás sonrió.

—¿Puedo besarte?

—No, aún no —respondió Lucía y Nicolás la besó en la mejilla muy cerca de la comisura de sus labios.

El sábado 05 de octubre, la familia real fue invitada a la celebración del aniversario de matrimonio de Gustavo Lozano y su esposa, Margarita Guerrero. La celebración se llevaría a cabo en su humilde morada, como hacían llamar a una colosal mansión adornada con más lujos que el palacio real.

—Vamos a bailar, hija —le pidió el rey a Lucía, quien leía por tercera vez en su vida Los miserables de Víctor Hugo sentada en el salón. El monarca había puesto a reproducir en un tocadiscos The Second Waltz de André Rieu y le extendió la mano a la joven, quien no pudo negarse a complacerlo.

—No soy muy buena bailarina de este género musical, padre —confesó cuando empezó a bailar—, solo sé lo que me enseñaron mis hermanos y lo que bailé en la boda.

—Yo te enseñaré aún más —se ofreció y ciertamente le enseñó: pasaron toda la tarde practicando diversos tipos de baile, vals, contradanza, pasodoble, entre otros. Azucena se les había unido y le enseñaba a Lucía con mucha caridad, ella bailaba con delicadeza y Marta colocaba la música.

La noche del baile, Lucía usó el vestido rojo que le había recomendado Azucena. Raquel ayudó a peinarla y prepararla de acuerdo a las recomendaciones de la misma.

—¡Te ves hermosa, hija! —La halagó el rey cuando la vio. Nicolás enmudeció al verla y la joven se sonrojó.

El rey subió al automóvil con Azucena y Nicolás subió a otro vehículo con su esposa. Cuando llegaron al baile fueron anunciados con prontitud, Gustavo Lozano fue a recibirlos en persona junto a su esposa y su nieto a quien cargaba en brazos presumiéndolo como un trofeo. Sebastián ya estaba ahí, bebía sin cuidado de una copa, junto a Gustavo II Lozano y su esposa, una hermosa mujer rubia de ojos verdes, quien lucía un llamativo vestido color verde esmeralda y cuyas joyas no eran para nada modestas.

Apenas Sebastián vio a Lucía le llamó la atención, como aquel día en la boda cuando deseó haberla desposado él y no su hermano. Casi todos los consejeros y sus familias estaban presentes, pero era la primera vez que Lucía asistía a una celebración de ese tipo: majestuosa, opulenta e intimidante. Ella por supuesto estaba adornada con joyas preciosas y vestida con telas de gran valor, pero en el fondo no olvidaba quién era para ellos.

Seguido de la familia real, llegó Pedro Valencia con su esposa y sus hijos. Nicolás se turbó un poco al ver a Julieta, ella se había esforzado por verse aún más hermosa de lo que era y obtuvo el efecto deseado en el príncipe.

—Buenas noches —saludó Azucena para atenuar la incómoda situación.

—Buenas noches —saludó la familia de Pedro Valencia y Julieta inclinó la cabeza.

—Ya te he dicho que no deberías inclinarte ante ella —respondió Juan con hosquedad mientras observaba a Lucía.

—No pasaré por alto ningún insulto contra mi hija —intervino el rey con severidad.

—No tomes en serio las palabras de mi hijo, Leonard.

—¿Te atreves a menospreciar el juicio de tu rey? —Se enojó el monarca.

—Por supuesto que no —se disculpó sinceramente. Lucía se sentía demasiado avergonzada, no se atrevía ni a levantar la mirada, quería abandonar aquel lugar de inmediato.

—Creo que es menester recordarles, señores, que esto es un baile y venimos a divertirnos. Les invito a olvidar este incómodo incidente y a disfrutar de una hermosa y cálida velada.

—¡Que así sea! —Lo apoyó el rey.

Lucía entró al salón del brazo de Nicolás, con las miradas de los invitados sobre ellos. Todos los testigos del evento estaban muy incómodos. Nicolás miraba a Julieta de vez en cuando. Intentaba apartar su mirada y enfocarla en su esposa, pero se le dificultaba. Le molestaba que todavía tuviera poder sobre él.

El baile empezó con un vals que tocaba una talentosa orquesta. Lucía y Nicolás bailaron, pero sus corazones estaban dispersos. Una vez acabada la pieza, el rey pidió bailar con su hija y Nicolás tomó por pareja de baile a su hermana. La mayoría de los invitados disfrutaban del baile, más ninguna pareja era digna siquiera de compararse con el rey y Lucía. No era de admirar tanto lo bien que bailaban, sino lo felices que estaban al hacerlo.

Sebastián tomó a Lucía como pareja de baile y Nicolás, aunque bailaba con Azucena, no dejó de vigilarlos. Después, Samuel pidió bailar con ella y Julieta con Nicolás. Situación a la que ambos accedieron con recelo.

—En los bailes, Nicolás y Julieta eran los mejores. No se separaban el uno del otro. Eran el noviazgo más documentado —comentó Samuel mientras bailaba con Lucía.

—¿Y es el trabajo de usted destacar las particularidades de su baile? —preguntó con desdén y él se rio.

—Solo intento hacerle saber que está en el lugar equivocado —dijo y ella dejó de bailar. Vio a Julieta y Nicolás danzando y se marchó del salón.

Salió al jardín. Sentía que no podía respirar, que le faltaba el aire. El jardín era un laberinto de forma cuadrada con una fuente en medio. Se sentó en la fuente y trató de inhalar y exhalar de manera repetitiva. Sentía que iba a desmayarse. Miró al cielo y rogó clemencia. Se sintió desesperada y sola, pensaba en escapar, ya tenía planeado qué hacer, a dónde ir, sin embargo, pensó en sus hermanos, en el plan que habían preparado, no podía irse. Ese pensamiento la animó.

—Ha despertado —escuchó susurrar a la mujer de blanco—. Tú lo has despertado —continuó. La joven empezó a caminar hacia la salida, pero por mucho que se apresuraba no la encontraba. Se detuvo un momento y la voz cesó. De repente vio a la mujer del acantilado, mojada, ir hacia ella. La joven levantó un poco su vestido y corrió sin parar hasta encontrar la salida. Allí la esperaba Samuel de Toledo. Ella volvió a mirar hacia atrás a ver si la mujer la perseguía y al no verla, se calmó.

—La he visto entrar en el laberinto y como supuse que estaría perdida, me había decidido ir por usted, ya que su esposo aún se encuentra bailando con su antigua prometida y me dejó usted a mitad de un baile.

—Por fortuna, puedo cuidarme yo misma —respondió la joven agitada y siguió su camino de vuelta a la fiesta.

—Ya lo creo, lo ha hecho todo este tiempo en la selva —comentó Samuel mientras apresuraba su marcha para alcanzarla.

—¿Qué es lo que desea? Ya le he permitido molestarme lo suficiente.

—¿De usted? Nada —despreció y arrojó la copa de vino que tenía en la mano.

—Entonces no me haga perder el tiempo y déjeme en paz.

—No es usted más que una falsa, no somos tan estúpidos como el pueblo, que cree que su matrimonio se basa en un romance repentino.

—Es usted libre de creer lo que quiera —respondió e intentó marcharse, pero él la tomó por el brazo para detenerla.

—¿Dónde están sus hermanos?

—¡Suélteme ya mismo! —ordenó la joven.

—No lo haré sino me dice la verdad. Es evidente que Nicolás no la ama, él jamás amaría a alguien como usted, ¡mire a Julieta por Dios! Cuando ellos terminaron su relación, Nicolás enloqueció, tuvieron que enviarlo lejos de Oscuro para que se pudiera reponer. Él ama este reino más que a nada y no me extrañaría que solo fingiera amarla.

—¡Es suficiente! —gritó enojada y se zafó de su brazo con fuerza, lo que produjo que cayera sobre los vidrios afilados de la copa rota que estaban sobre el empedrado. La sangre empezó a emanar de su brazo y Samuel quedó atónito—. La realidad es mucho más simple que la mentira que usted complejiza: soy una ermitaña que se enamoró de un príncipe que aún ama a alguien más —confesó con los ojos inundados de lágrimas.

Manuel había seguido de cerca la situación y estaba dispuesto a intervenir de ser necesario, pero debió ser prudente, pues se trataba del hijo de una consejera. Cuando la vio caerse corrió hacia ella. Sacó un pañuelo de su camisa y la vendó.

—¡De verdad lo siento!

—Debe recibir atención médica de inmediato. Tengo que comunicarle a su esposo —dijo Manuel ayudándola a ponerse de pie.

—No se atreva a acercarse a mí de nuevo o me olvidaré de mis modales —lo amenazó con enojo.

La orquesta había empezado a tocar su vals favorito, El Danubio Azul, y Julieta invitó a Nicolás a bailar la siguiente pieza, él no quiso desairarla. Por un momento, sintió que todo era como en los tiempos pasados: estaba fascinado por ella, por su belleza, por su ser, por su dulzura. Ni siquiera notó la ausencia de su esposa, ni las miradas curiosas de muchos de los presentes, en especial, las de desaprobación de su padre y su hermana.

La música acabó.

—Vamos a otro salón, necesito hablarte —pidió Julieta.

—No es correcto —reflexionó Nicolás y se alejó de ella. Buscó con la mirada a Lucía en el salón, pero no la encontró. Un guardia le informó que había salido al jardín. Julieta lo siguió, alcanzándolo a la salida de la mansión.

—Espera Nicolás, debes escuchar lo que tengo para decirte. ¿Ella no te contó sobre nuestra conversación?

—No, no me dijo nada al respecto.

—Se ha comportado mejor de lo que esperaba. He intentado odiarla, pero, al contrario, me descubro admirándola porque a pesar de su corta edad, su poca experiencia y el ataque constante de los que la creen rebelde se ha mantenido en pie. Puedo comprender la razón por la que la elegiste como esposa, pero también estoy segura que un amor como el que tú y yo nos teníamos no puede haber terminado tan pronto, tiene raíces demasiado profundas en ambos.

—¿Olvidas que fuiste tú quien decidió terminar nuestro compromiso?

—¡Me vi obligada a hacerlo!

—No eras una niña, Julieta.

—¡Vámonos de aquí ahora! Tú y yo.

—¿Qué dices?

—Escapemos al mundo exterior, vivamos nuestro amor sin obstáculos.

—¿Has olvidado tus principios? Soy un hombre casado.

—Muy bien dices que eres un hombre casado, ¿por qué no dices que amas a tu esposa?

—¿Qué intentas con todo esto?

—Ella sabe que te amo y está de acuerdo en que te haga esta propuesta, dice que no se va a oponer, que es tu decisión.

—¿Le dijiste esto a Luciana?

—Ella está dispuesta a dejarte ir si me amas. Yo te estuve buscando en Cartagena, ¿Rafael no te contó? Cuando llegué, te habías casado —explicó y empezó a llorar—, pero olvidaré mis principios si aceptas venir conmigo.

—¿Qué es lo que dices? —preguntó sorprendido—. ¿Por eso decidiste continuar trabajando en la Jefatura?

—Te amo, Nicolás —confesó—. Y estoy segura que sientes lo mismo por mí —le dijo acariciándole el rostro.

—Te amé más que a mi vida y tu rechazo casi me mata. Todo lo que soñaba en la vida era a tu lado y luego, no tenía nada. No se puede lastimar así a quien se dice amar —la acusó y ella dejó caer una lágrima.

—Lo lamento, estaba asustada —se excusó intentando contener sus sollozos.

—¡Yo también lo estaba, Julieta! Soy yo el condenado a morir, por supuesto que estaba asustado —dijo e hizo una pausa—. Acepta mi solicitud para que te reubiquen en otra estación o quizás prefieras tomar la dirección de una escuela como era tu deseo.

—No, no me iré porque te amo —dijo y lo besó. Nicolás la apartó de sí con el corazón agitado.

—Es mejor que no vuelvas a la Jefatura —dijo con enojo y se alejó de ella con prisa. Julieta se quedó llorando.

El joven se apresuró aún más en buscar a Lucía, estaba tan agitado por lo que había pasado con Julieta como por la ausencia de su esposa. Vio a Lucía, Manuel la levantaba del piso y la escuchó pedir a Samuel que se alejara de ella.

—¿Qué le hiciste? —preguntó Nicolás a Samuel.

—Fue un accidente, no quería lastimarla. Lo siento —Nicolás miró a Lucía, la sangre que salía de su brazo era llamativa y se enojó más.

—¿Cómo te atreviste a tocarla? —Nicolás tomó a Samuel por la camisa, quería golpearlo, pero lo dejó ir y sacó su pañuelo para envolverlo alrededor del brazo de Lucía, junto con el pañuelo que Manuel le había puesto. Entonces apareció Sebastián.

—¿Qué sucede? —preguntó, pero nadie respondió—. ¿Qué sucede Manuel?

—La princesa tuvo una discusión con Samuel de Toledo, él la tomó del brazo a la fuerza y ella al forcejear, cayó sobre los vidrios de la copa que él había arrojado antes.

Sebastián miró a Nicolás y la miró a ella.

—Será mejor que la llesves al palacio —dijo dirigiéndose a Nicolás—. Manuel avisa a un guardia para que lleven un médico. Yo me quedaré a avisarle a mi padre. Trataremos esto con discreción, pero Samuel deberá pagar las consecuencias de lo que hizo.

Manuel se fue con los esposos al Fuerte. Durante el camino permanecieron en silencio. La misma médica que la asistió durante su desmayo, fue a curarla. Si bien las heridas no comprometían mucha piel, eran profundas. En algunas de ellas, incluso, se encontraron diminutos fragmentos de vidrio.

Cuando el resto de la familia real llegó al palacio la médica todavía estaba con ellos. Azucena y el rey fueron a ver Lucía de inmediato y Sebastián fue a tomar otra copa.

—¿Ya la curaron? —le preguntó Sebastián a Nicolás quien entraba al salón.

—La médica aún está con ella. Azucena y papá la acompañan.

—Cada vez me sorprendes más —comentó Sebastián después de dar un sorbo a su trago—. Viajas al mundo exterior para olvidar a Julieta, allá te encuentras con Luciana quien resulta ser de aquí, sospechas que es una rebelde, pero aun así decides casarte con ella y buscas a sus hermanos como fugitivos. Sin embargo, no te alejas de Julieta, sigues trabajando con ella y en una fiesta, dejas sola a tu esposa para bailar con tu antigua prometida.

—Hermano, malinterpretas las cosas.

—Tú eres quien parece no entender lo que siente —reclamó levantado la voz—. Hoy lastimaron a tu esposa, la están curando ahora mismo.

—Yo amo a Luciana.

—Estás enamorado nada más. Un amor emocional, pasional, pero débil. Ni siquiera la has ido a presentar a nuestro abuelo, a Julieta la llevabas cada vez que ibas.

Nicolás no supo qué responder. En eso llegó el rey, Sebastián le extendió un trago y se lo tomó de un sorbo.

—La doctora ya se fue —dijo, lo que rompió la tensión en el ambiente.

—¿Dónde está Luciana? —le preguntó Nicolás.

—Azucena la llevó a su torre.

—Iré a verla —dijo y quiso decir algo más.

—Hablaemos mañana —indicó el rey.

Cuando Nicolás llegó a la habitación, Lucía se servía agua de una jarra. Tomó una pastilla de un pequeño plato y la puso en su boca.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó.

—La herida sanará —respondió después de tomar un poco de agua y se sentó en el sofá. Nicolás se sentó a su lado.

—Lamento lo que pasó hoy, no debí haberte dejado sola en ningún momento. Samuel pagará por lo que te hizo.

—No quiero eso.

—¿Qué dices?

—Él es tu amigo, no quiero que su amistad se termine por mi culpa.

—Pero él te lastimó.

—Intentó acorralarme para que confesara que era una rebelde. Nuestra relación lo hace dudar y el que bailaras con Julieta, como lo hiciste hoy, les reafirma la idea que nuestro matrimonio no es más que una estrategia que usaste para descubrirme.

—Eso no puede estar más alejado de la realidad. Ella me contó de lo que hablaron aquel día.

—Entonces hablaste con ella en privado.

—Ella me siguió... me habló de sus sentimientos y me besó. Por supuesto, no le correspondí.

—¿Aún la amas? —le preguntó con el corazón agitado.

—No lo sé —respondió—. No —corrigió de inmediato—. Sé que te amo a ti. Eres mi

presente y con quien veo un futuro —añadió y a Lucía se le salió una lágrima, se la limpió con la mano libre, colocó el vaso de agua en la mesa y se levantó del sofá avanzando unos pasos hacia el balcón.

—Si ella se acercó tanto a ti para besarte fue porque tú se lo permitiste —le reclamó cuando pudo reponerse—. Te pedí tantas veces que reconsideraras la idea de casarnos por esta situación... —se detuvo porque el llanto le impedía hablar—. Todo fue una mentira.

—¡No! ¡No puedes decir eso! —exclamó afligido y fue hacia ella—. Yo te amo. No me arrepiento de haberme casado contigo ni de lo que hemos vivido juntos —explicó e intentó tocarla, pero ella retrocedió—. ¡Luciana, por favor, escúchame! —suplicó.

—Si te casaste conmigo para descubrir a una rebelde, cometiste un gravísimo error porque no lo soy —dijo entre lágrimas—. Nunca te he engañado y nuestro matrimonio es tan válido como el de cualquier pareja en Oscuro.

—¡Amor mío! —suplicó Nicolás con los ojos llorosos.

—Necesito descansar —Se fue hacia el vestidor.

Nicolás cerró la puerta del balcón que estaba abierta y salió de la torre. Era muy tarde para pasear por el Fuerte, así que fue al taller de su esposa. Vio sobre un caballete un retrato sin terminar suyo, aquel que Lucía había prometido hacerle, y se sintió miserable. Deseó que la reacción de ella hubiera sido de enojo y no de tristeza, así se hubiera sentido menos culpable. Cuando Lucía escuchó a Nicolás salir de la habitación, lloró.

El príncipe se quedó dormido en el sofá del taller. Cuando despertó, subió a su habitación y encontró a su esposa dormida con las luces encendidas y una camándula en sus manos. Su rostro estaba hinchado de tanto llorar. Nicolás se cambió de ropa y apagó las luces.

Al siguiente día, Lucía despertó antes del amanecer. Se arregló en silencio atenta a no despertar al príncipe y bajó a dar un paseo solitario a la arboleda. Solo estaban despiertos Marta, los guardias de turno y ella. La noche anterior había sido difícil. Dudaba más que nunca del amor de Nicolás. Pensaba en la discusión con Samuel y en la herida de su brazo, consecuencia de la sospecha de ser una rebelde. Ella sentía que de alguna manera lo era, debido a la condición de sus hermanos y al trato que tenía con Francisco.

Nicolás asumió que Lucía no quería verlo, así que se marchó del Fuerte sin despedirse de ella. En una conversación con el rey, Lucía le comunicó su deseo de irse a casa de su tía por dos semanas. Mercedes, alegre por la llamada de su sobrina y su petición, accedió de inmediato recibirla en su casa por el tiempo que quisiera.

Cuando Nicolás llegó a la entrada del palacio, Marta le entregó una maleta a uno de los sirvientes, quien la guardó en el baúl de un auto real.

—Buenas tardes —saludó Nicolás una vez salió del auto en el que llegaba—. ¿A qué se deben esas maletas?, ¿quién se irá de viaje? —preguntó con interés.

—La princesa Luciana, Su alteza —respondió la mujer.

—¿Luciana? —preguntó confundido—. ¿Dónde está ella?

—Está buscando algo en el taller.

Nicolás fue de inmediato en su búsqueda. La encontró tomando una pintura que estaba sobre la mesa.

—¿A dónde irás, Luciana? —preguntó exaltado. La joven se sorprendió al verlo.

—Esperaba haberme ido antes que llegaras. Me quedaré dos semanas con mi tía Mercedes.

—¡Por supuesto que no! —objetó—. No puedes irte, no puedes abandonar el Fuerte —añadió con firmeza.

—Si lo que te preocupa es mi seguridad, el rey accedió a brindármela.

—Bajo ningún pretexto vas a salir del Fuerte —sentenció.

—No te estoy pidiendo permiso —respondió Lucía intentando mantener la calma—. Ya le comuniqué al rey mi decisión y ordenó a unos guardias que me cuidaran.

—No irás. Podemos ir a visitarla cuando desees, pero no puedo dejarte ir por tanto tiempo y mucho menos sola.

—No quiero ir contigo.

—Pues no vas a salir de aquí y es una orden —reiteró Nicolás y dio unos pasos hacia la puerta; miraba al piso y respiraba agitado. Estaba asustado, pero parecía enojado.

—¿Crees que me voy a escapar? Pues estaré más vigilada allá que aquí en el palacio. Además, no tengo adónde ir, mis padres están muertos y aunque no lo creas no sé dónde están mis hermanos, porque de haberlo sabido ya me hubiera ido hace tiempo; y en cuanto a Felipe, no voy a molestarlo. Sé que lees mi correspondencia, que todo lo que recibo o envío debe pasar por tus manos. Me tienes como una prisionera. No creo en tus besos ni en tus caricias y mucho menos cuando dices amarme. Estoy cansada de jugar este juego y fingir que soy feliz y que creo cada palabra que me dices, así como fingir ante todos que nos amamos, cuando ni siquiera compartimos la cama. No me importa tener que enfrentarme a tus amigos y a tu círculo social y a varios del consejo que me ven como una rebelde, ¿sabes qué es lo que más me cansa? Tener que cuidar cada palabra que digo ante ti, cada gesto. Sentirme interrogada en cada conversación. Tú eres mi prisión, príncipe Nicolás, era mucho más libre en la selva que lo que soy aquí contigo y no tienes idea lo mucho que deseo no haberte conocido.

Las palabras de Lucía desarmaron a Nicolás. Se asomaron lágrimas en sus ojos y quedó inmóvil. Ella se dirigió hacia la salida, pero él la detuvo.

—No te vayas —suplicó—. Yo me iré por un tiempo. Te daré el espacio que necesitas.

—Me están esperando —dijo y salió del taller con prisa para que él no la viera llorar.

Nicolás permaneció en el taller durante horas ni siquiera salió para cenar. Antes de ir a descansar, el rey fue a verlo. Lo encontró sentado en uno de los muebles con los ojos fijos en un punto de la alfombra.

—No conocía esa mirada —comentó el rey, sentándose a su lado.

—¿Cómo pudiste aprobar que Luciana saliera del Fuerte? —le reclamó más con tristeza que con enojo.

—Ella no me pedía permiso.

—No puedes desautorizarme, mi matrimonio no es asunto del reino —expresó enojado—. Luciana es mi esposa.

—Y mi nuera, y si ella decide pedirme guardias para asegurar su protección y la de su familia en otro lugar no se la voy a negar.

—Ni siquiera me preguntaste si estaba de acuerdo.

—Tu matrimonio no es asunto del reino, ¿por qué habría de consultarte?

—¡Se ha ido!

—Volverá.

—¡Moriré si no lo hace!

CAPÍTULO X

La casa de Mercedes era colorida y espaciosa, tenía dos pisos y un ático. La entrada era amplia y tenía una huerta pequeña en el patio trasero. Estaba ubicada en una provincia cerca de la frontera entre Santo Tomás Moro y San José llamada Los Laureles. El clima no era tan frío como en Andalucía, así que resultaba bastante agradable. Cuando llegó el auto, Juan y Mateo salieron a saludarla. Lucía se sintió tan alegre de verlos y a la vez tan apenada por no haberles llevado obsequios, pero lo último que pensó fue en presentes.

Lucía no quiso que Manuel fuera con ella para tener mayor privacidad y el rey ordenó al cabo de la provincia que permaneciera al pendiente de la seguridad de la princesa, petición a la cual el hombre accedió con entusiasmo, ya que el custodiar a una princesa era un privilegio que pocos poseían.

—Estoy muy feliz de que estés aquí —expresó Mercedes después de abrazar a Lucía.

—Y yo aún más, tía. Quise venir mucho antes, pero no había encontrado la oportunidad.

—Lo importante es que ya estás aquí —Mercedes la volvió a abrazar.

—¡Bienvenida! —la saludó Fernando sonriente y ella lo abrazó.

Mercedes se había encargado de preparar una habitación para su sobrina. La habitación era cálida y acogedora; Lucía se sintió en casa. Aquella noche, se quitó el anillo de matrimonio y se permitió pensar que era soltera de nuevo. Pensó en cuan diferente habría sido su vida de haberse quedado al cuidado de su tía: seguramente no hubiera tenido tantos problemas, se habría casado con un hombre modesto y viviría en el campo, permitiéndose disfrutar de los placeres de la naturaleza.

La mañana siguiente, Mercedes tocó a la puerta, pero la joven aún dormía, hacía tiempo que no descansaba tan a gusto. La mujer la miró y sonrió satisfecha con los ojos llorosos, el último recuerdo de su hermana dormía bajo su techo. Cerró la puerta con cuidado y fue a preparar el desayuno.

Lucía despertó a media mañana. Bajó avergonzada las escaleras hacia el primer nivel y encontró a su tía sentada en la sala de estar, leía el periódico y tenía la radio encendida. Juan y Mateo estaban en la escuela y Fernando en la fábrica. Mercedes había pedido vacaciones en el hospital para estar con su sobrina y cuando supieron que se trataba de la princesa Luciana, no pusieron objeción.

La joven se disculpó por haber despertado tarde, aunque la mujer no le dio importancia y se levantó a saludarla; estaba demasiado feliz. Después de desayunar, Mercedes le limpió la herida del brazo y la volvió a vendar. El resto de la mañana le habló a Lucía de su ocupación como enfermera, de su historia de amor con Fernando y del nacimiento de sus hijos; era una mujer feliz y su felicidad contagiaba a Lucía. Por la tarde se ocuparon en la preparación de varias recetas de cocina. Lucía la ayudaba en lo poco que podía debido a su herida.

Lucía conversaba con su tío por horas de temas tan variados como interesantes y a sus primos les encantaba escucharla hablar de su experiencia en la cabaña y de sus hermanos, a los cuales creían personajes de novelas de aventuras. Además, amigos cercanos de la familia fueron a visitarla y le llevaron presentes; estaban entusiasmados por conocer a la sobrina de la que Mercedes tanto hablaba.

El domingo de aquella semana, Mercedes invitó a Lucía a asistir a la misa dominical con

ellos. La catedral estaba a unos tres kilómetros de la casa, así que la familia abordó un carruaje; los niños hablaban con su padre mientras que Mercedes le enseñaba a Lucía un poco más sobre la provincia. Dos guardias seguían el carruaje cabalgando a cierta distancia, pues, aunque el cabo de la provincia había prometido dar espacio a la familia, también era muy celoso de los movimientos de la princesa, así como de las personas que la visitaban.

—Desde que te volví a ver he venido todos los días a darle gracias a la Virgen por este milagro —confesó Mercedes en el umbral de la Catedral de la Inmaculada Concepción—. Por años le rogué para que pudiera encontrarte, si moría sin haberlo hecho no hubiera sido capaz de ver a mi hermana —exclamó con lágrimas en los ojos y Lucía la abrazó. La estremeció el dolor de su tía.

—Ya estoy aquí.

Nicolás sentía la torre solitaria y fría sin Lucía. Había pasado ya una semana desde su partida y la extrañaba. Todavía faltaba tiempo para su regreso, así que decidió escribirle una carta que envió por el correo y esperó paciente su respuesta.

Amor mío:

Espero te encuentres mejor de salud cuando leas estas líneas. Tu ausencia me lastima incesantemente. He querido llamarte para escuchar de nuevo tu voz y saber que no fuiste un sueño, pero temo que me rechaces. Por ahora, me conformaré con saber de ti por los relatos de mi padre y de mi hermana.

La mañana después de despedirnos en aquella ciudad fui a buscarte a tu hotel. Quería que reconsideraras la idea de venir conmigo, estaba dispuesto a convencer a tu hermano, pero cuando llegué me dijeron que ya te habías ido. Es difícil explicar cómo me sentí en ese entonces, aún ahora no logro comprender cómo es que siento esta terrible angustia cuando te alejas. No fui capaz de venirme sin encargarle a Rafael que te buscara, pues no sabía cómo vivir después de haberte conocido.

Yo te amo Luciana y antes de tener alguna duda sobre ti estaba dispuesto a casarme contigo. Quiero ir a buscarte ya mismo, pero intento respetar tu decisión. Escribo esta carta en tu taller, donde dejaste tu fragancia y tu espíritu. Recuerdo con vergüenza nuestra última conversación, la manera en que me comporté, la forma en la que te hablé, no son propias de mí y puedo asegurarte que no eran más que las reacciones de un hombre desesperado. Lamento haberte lastimado y haber sido tan débil, pero ese momento de debilidad me ayudó a darme cuenta de lo que realmente es importante para mí. Julieta es mi pasado, pero tú eres mi presente y deseo que seas mi futuro. Ruego a Dios para que puedas perdonarme pronto y espero con ansias tu llegada.

Con amor,

Nicolás Maxwell Olivera

El otro papel en el sobre era una carta que Rafael envió a Nicolás fechada el día sábado 03 de agosto que, entre otros aspectos referentes a la seguridad del reino, le refería que no había encontrado a Lucía y que tenía a otros investigadores buscándola en países de habla hispana.

Cada vez que Lucía estaba a sola, intentaba poner en orden sus pensamientos y su corazón. Tenía en su mesa de noche la carta de Nicolás. La había leído muchas veces, de vez en cuando la abrazaba, reflexionaba reiteradamente sobre las frases de las mismas y contemplaba la letra de Nicolás sobre el papel. Lo amaba. Ella estaba segura que lo amaba, pero al mismo tiempo se sentía culpable por amarlo, si se tenía en cuenta la situación de sus hermanos y el horrible trato que se hizo con Francisco. Esa era otra verdad inquebrantable, ella prefería morir antes que lastimar a Nicolás, aunque de tener que escoger entre la vida de Nicolás y de todos sus

hermanos, no tenía tan claro lo que haría, aquel hecho le erizó la piel. Entonces acudió a la razón y reconoció que la vida de Nicolás sería más provechosa en favor de acabar la guerra y con Francisco, que la suya o la de sus hermanos. Ese razonamiento no la hizo sentir mejor, pero recordó el plan que tenían y rogaba día y noche a Dios porque funcionara. Solo había un enemigo, Francisco y ella deseaba con toda el alma que pagara por la muerte de sus padres. Estaba segura, Daniel estaría de acuerdo con ella y vino a su memoria la conversación con el señor Joel, la descripción del acompañante de Francisco aquella noche era similar a la de su querido hermano.

La cabeza empezó a dolerle por tanto pensar y su corazón estaba demasiado agitado. Entonces imaginó que el plan funcionaba, ella esperaba que Nicolás pudiera perdonarla por mentirle y entonces podrían vivir su amor en libertad. Deseaba contarle pronto lo que le ocultaba, incluso aquel secreto que solo Daniel y Amanda sabían y muchos sospechaban, deseaba entregarse completamente a él, igual o más que él a ella y odió a Francisco aún más por tener que mentirle a su esposo y verse obligada a medirse en su propio matrimonio.

El lunes siguiente por la tarde, Mateo le avisó a su madre de la llegada de un auto con el sello real. Lucía estaba en la cocina, pelaba unas papas cuando el niño llegó. Ella temía que algo le hubiera ocurrido a Nicolás, se lavó las manos, se quitó el delantal y fue a ver de quién se trataba. Al salir de la casa, lo vio bajándose del auto y su temor desapareció, mientras que su corazón enloqueció. El príncipe vestía informal, tenía un hermoso ramo de rosas rosadas en su mano y se acercaba a ella.

—¿No vas a saludar a tu esposo? —preguntó sonriente ante la poca iniciativa de la joven de ir hacia él. Lucía se apresuró a abrazarlo sonriente y el príncipe se alegró como un niño cuando se la ha obsequiado lo que deseó. Ella lo había extrañado más de lo que creía. Nicolás se separó de su abrazo para ver el rostro de su esposa —. Te extrañé tanto que no pude esperar para verte —expresó y besó tiernamente la mejilla de su amada. Ella se sonrojó y sonrió—. Son para ti —añadió extendiéndole el ramo de flores—. Espero que estas sí te gusten.

—Gracias —respondió la joven con alegría al recibir el ramo.

Nicolás saludó a Mercedes y a su familia con amabilidad. Incluso, había llevado obsequios: al matrimonio les obsequió un precioso florero y a los niños les llevó juguetes. No pudieron estar más dichosos.

—Voy a ir a casa de mis abuelos y quisiera que me acompañaras —le dijo Nicolás a Lucía cuando tuvieron la oportunidad de estar solos. Ella lo miró y dudó antes de aceptar.

Durante el camino los esposos se mantuvieron en silencio: Lucía no tenía nada para decir y Nicolás no quiso presionarla para conversar. Después de media hora de viaje, el vehículo se detuvo en la entrada a una hacienda, un hombre se acercó al auto y después de verificar que se trataba del príncipe, les permitió el ingreso. El auto avanzó varios kilómetros más hasta que se estacionó frente a una casa. Nicolás se bajó del auto y Lucía se bajó antes que este le abriera la puerta.

Una mujer salió de la casa al notar la llegada de un auto real. Al ver a Nicolás, caminó con prisa para abrazarlo. Se trataba de Claudia, la hermana menor de la difunta reina Ana.

—¡Has traído visita! —exclamó al ver a Lucía—. ¡Oh, niña! Es un placer conocerte —añadió la mujer y abrazó también a la joven—. Iré a avisarle a mamá y papá que están aquí, se alegraran mucho de verlos.

—Gracias, tía —respondió Nicolás y la mujer alegre lo abrazó de nuevo y le dio un beso en la mejilla.

—Si quieren pueden entrar a la casa mientras esperan, ¿o prefieren dar un paseo? —les preguntó Claudia antes de irse.

—Daremos un paseo —contestó Nicolás.

El terreno donde vivía la familia materna de Nicolás era considerable, se veían a primera vista más de siete casas y más allá, se podían observar amplios cultivos, ganado e incluso caballos.

—Te ves mucho mejor que en el Fuerte, te ha sentado bien ir a casa de tu tía —observó Nicolás mientras caminaba lejos de la casa sin rumbo fijo.

—Me ha hecho muy feliz visitarla —admitió—. Juan y Mateo son maravillosos y Fernando es una persona agradable y mi tía... ¡Qué podría decir de ella que le hiciera justicia! No puede ser más atenta ni más encantadora —añadió con entusiasmo.

—Me alegra mucho —expresó Nicolás complacido de escucharla hablar así.

—¿Por qué viniste? Llamo todos los días al Fuerte. El cabo de esta provincia me ha brindado seguridad, hace un buen trabajo.

—Quería verte.

—Si pretendes llevarme contigo...

—No —la interrumpió—, no lo haré. No volveré a intentar forzarte a hacer algo que no quieres.

La joven sonrió.

—Bien. Tampoco es que pudieras hacerlo.

Él sonrió.

—¿Leíste mi carta?

—Sí. Repetidas veces.

—Esperé una respuesta de tu parte. Aún la espero.

—Es que no sé qué decir al respecto —respondió y se quedó en silencio—. ¿Por qué esperaste hasta ahora para decirme que me buscabas?

—Porque en un principio creí que eras una rebelde y no confiaba tanto en ti como para demostrarte cuánto me importabas.

—¿Entonces admites que sí creías que era una rebelde? —lo cuestionó, y detuvo su marcha para mirarlo a los ojos—. ¿Por eso no alejaste a Julieta ni te opusiste a este matrimonio?

—No, no era mi única razón, ya te lo he dicho —respondió y ella continuó con su caminata.

—Eres un buen hombre Nicolás y sé que por tu naturaleza buscarás enmendar las cosas y hacerte responsable de este matrimonio —dijo lo más fluido que el nudo que tenía en la garganta le permitió, hizo una breve pausa y luego continuó—. Te diré lo mismo que le dije a Julieta, si quieres irte, puedes hacerlo, por lo menos así, estaría más tranquila porque sé que estarías a salvo —Nicolás dejó de caminar y la detuvo tomándola de los brazos con suavidad, pero ella no fue capaz de mirarlo a los ojos: no quería llorar.

—Malinterpretas mi actuar, estoy aquí porque te amo. Te extrañé como no puedes imaginar. Te llevaste la luz que iluminaba mi oscuridad.

—Tú prefieres otro faro —lo acusó con lágrimas en los ojos.

—No —insistió y con delicadeza le levantó la barbilla obligándola a mirarlo. El movimiento hizo que las lágrimas resbalaran por su rostro. Nicolás estaba conmovido, sintió que se le desgarraba el alma—. No hay otro faro ni otra luz más que la tuya—. De repente escucharon acercarse un carruaje y los esposos se volvieron hacia el sonido. Lucía se limpió con prisa las lágrimas con las manos.

—¡Por fin se dignó a aparecer el gran jefe de la Guardia Real! —exclamó un anciano bajándose del carruaje y caminó hacia ellos.

—Buenas tardes, abuelo —saludó Nicolás.

—¡Por fin nos traes a tu esposa! ¿Acaso Leonard te obligó? —preguntó mirando a Nicolás y luego la miró a ella—. Supongo que te tienen encerrada en su castillo de piedras. ¡Estúpidos ingleses! —comentó, lo cual sorprendió a la joven—. ¡Tú sí pareces isleña! En verdad eres igual a tu madre, es una pena la suerte que tuvieron tus padres. O debes estar muy enamorada o ser muy tonta para casarte con mi nieto.

—¡Abuelo! —exclamó avergonzado Nicolás.

—¿Qué?, ¿acaso miento?, ¿no te hicieron un atentado en San Francisco? Tienes el carácter blando de los de la raza de tu padre. Sebastián tiene un poco más de coraje y Azucena... se cree una erudita.

—Ya es suficiente, José, ¡déjalos en paz! —intervino una mujer de su misma edad que venía detrás. Era Dominga, la abuela de Nicolás.

—Eres más hermosa que en fotografías. ¡Qué hermosos cabellos tienes! —exclamó Dominga tocándole el cabello a Lucía.

—Muchas gracias, señora —respondió Lucía con timidez.

—Llárame abuela. ¿Acaso llamas de señor a tus abuelos?

—Mis abuelos fallecieron.

—Los Santacruz fueron de las primeras familias que llegaron a la isla —comentó José—. Eran de valores férreos, intachables, pero una vez siguieron llegaron esos malditos fueron desapareciendo. Yo conocí a tu abuelo, Diego Santacruz, estuvo en la Guardia Real. Ese hombre tenía un coraje... A él lo asesinaron los primeros rebeldes. Y la familia de tu madre, los Vega, tienen ascendencia de brujos, por eso están extintos.

—¡Abuelo, por favor! —suplicó Nicolás.

—¿Por qué quieres que me calle si digo la verdad? Tú eres el jefe de la Guardia Real, eso deberías saberlo tú y no yo.

—¡Vayamos a dentro! Deben estar cansados por el viaje —propuso Dominga cortando la tensión, tomó del brazo a Lucía y caminó a su lado.

La casa de los abuelos del príncipe no estaba llena de lujos, pero era espaciosa y cómoda. Pronto se unieron más familiares a saludar a los recién llegados. La reina era la tercera entre cuatro hermanos: José Antonio quien tuvo tres hijos y dos nietos; Isaías quien tuvo dos hijos y tres nietos; y Claudia quien tuvo dos hijos y un nieto; los sobrinos segundos del príncipe eran niños y adolescentes. Los miembros de la familia, en su mayoría, sin distinción de sexo, eran campesinos, agricultores y ganaderos; sabían de muchos oficios y pocas veces necesitaban la asistencia externa. Todos los saludaron con cariño y llevaron comida de sus casas para cenar juntos. Claudia fue a llevarle comida al guardia que estaba en el auto real.

—Dicen que eres una rebelde —le dijo José a Lucía cuando estaban sentados cerca de la chimenea.

—Me tratan como tal, pero no lo soy —respondió la joven ya menos sorprendida de sus comentarios.

—La nieta de Diego Santacruz vivió escondida en la selva trece años —observó—. Debíó haberse revolcado en su tumba. ¿Por qué no saliste antes?

—Quizás por las mismas razones por las que usted decidió aislarse junto con su familia. Sin embargo, este estilo de vida se vuelve agotador con el pasar de los años y genera desesperanza

—contestó y el anciano esbozó una sonrisa.

—No me has respondido, ¿por qué te casaste con mi nieto?, ¿por tonta o por enamorada?

—¿Hay alguna diferencia?—. El anciano sonrió con más ganas.

—¡Leonard debe adorarte! Se ha encerrado en ese palacio a esperar la muerte. Ha querido dejar el trono desde la muerte de mi hija, pero el conservarlo aún es el castigo a su blandeza. Las personas son propensas a la maldad; las leyes de Oscuro parecen hechas para ángeles, pero vivimos entre demonios. El hombre necesita educarse, dominarse, controlar sus impulsos, así como los animales, necesitan adiestrarse con constancia y firmeza. Una flexión de las normas acarrea pecado y el pecado conduce a la muerte.

—¿Por qué acusa con tanto enojo al rey?

—Las salidas de la isla, el Programa de Visitantes, el portal. Mi hija quiso continuar esa labor, se flexibilizaron las normas, abrieron la isla y este es el resultado.

—José, ¿ya nos podrías prestar a la princesa? —le preguntó Dominga acercándose a ellos.

—¡Es toda suya!

Dominga estaba con la mayoría de las mujeres y los niños en el otro extremo del salón. Las mujeres le preguntaron todo cuanto quisieron sobre su familia y sobre sus pinturas. Nicolás hablaba con sus primos y sus tíos, pero cada vez que podía, su mirada volvía a Lucía. Estaba sentada en el sofá al lado de su tía. En ocasiones la encontraba hablando o cargando algún bebé.

—Este es Damián —dijo Dominga para presentarle a Lucía un niño pequeño de contextura débil a quien llevaba de la mano.

—Es un placer conocerte, Damián —respondió la joven acariciándole el rostro, el niño sonrió y se fue a jugar con sus primos que estaban sentados sobre la alfombra.

—Es un niño muy tierno —comentó Dominga sentándose en el sillón contiguo. Claudia tenía los ojos llorosos, Damián estaba enfermo.

La noche se puso más oscura y las familias se fueron a sus viviendas hasta dejar la casa vacía.

—Deben pasar aquí la noche —dijo José.

—Por supuesto que sí, tenemos una habitación extra —refirió Dominga.

—No queremos incomodar. Estoy quedándome donde mi tía y se preocupará si no vuelvo —respondió Lucía.

—Si te vio salir con tu marido, ¿de qué va a preocuparse?; o si no, puede llamar a la Guardia Real —respondió el abuelo con sarcasmo y se rio. Lucía sonrió con vergüenza, lo cierto es que no quería pasar la noche en la misma habitación que Nicolás.

—¡Ay, José!

Dominga les preparó la habitación y les prestó ropa para dormir. Nicolás permaneció un tiempo más en el primer nivel hablando con su abuelo y dándole instrucciones al guardia que había ido con ellos. Cuando Lucía se cepillaba el cabello frente al espejo, tocaron la puerta.

—¡Adelante!

—¿Puedo pasar, querida? —preguntó Dominga asomándose por la puerta entreabierta.

—¡Por supuesto! —respondió sonriente.

—Gracias. La bata de dormir te ajustó mejor de lo que esperaba. ¿Te importa si te ayudo a peinar?

—Para nada —accedió la joven y le dio el cepillo a la mujer.

—Tus parientes siempre han sido muy saludables. Todos gozaban de muy buen físico, jamás escuché de un Vega enfermo —comentó Dominga cepillándole la cabellera con delicadeza.

—Realmente recuerdo muy poco de la familia de mi madre. La única persona que me queda

de ella es mi tía Mercedes.

—¡Es una pena! —exclamó con tristeza—. Esta era la habitación de Anita —continuó—, justo en este tocador la solía peinar de niña e incluso de adolescente. Era una muchacha inteligente y noble, en su alma no había malicia. Siempre sonreía. La única preocupación que vi en su rostro fue cuando se enamoró de Leonard: José no aprobaba a los de su raza y tuvo que enfrentarse a él para casarse; aun así, nunca la vi arrepentirse. Estoy segura, si pudiera elegir otra vez su vida, lo elegiría a él, aunque tuviera el mismo final. Me hace muy feliz que estés casada con mi nieto, los cargos que ellos ejercen son muy exigentes y desgastantes y a menudo inducen a la soledad. Me alegra que te tenga a ti.

—¡Mamá, lo encontré! —exclamó Claudia entrando a la habitación sin tocar.

—Justo a tiempo —respondió la mujer y recibió de manos de su hija un broche para el cabello con forma de flor.

—Que tengas buenas noches, querida —se despidió Claudia.

—Buenas noches —respondió Lucía y la mujer salió de la habitación.

—Le había insistido tanto a Nicolás que te trajera —comentó Dominga y Lucía presintió lo que iba a pedirle—. Este broche perteneció a mi hija Ana, quiero que tú lo conserves a partir de ahora —añadió extendiéndole el adorno.

—Yo no tengo la misma habilidad que mi abuela.

—Eres nuestra última oportunidad: hemos intentado buscar místicos por toda la isla y no los hemos encontrado. Acepta mi obsequio y salva a Damián. ¡Te lo suplico! No soportaría perder a otro miembro de mi familia —explicó con los ojos llorosos y Lucía recibió de sus manos el broche.

—Debe arreglarme un encuentro con el niño a solas. Ni siquiera Nicolás lo sabe y prefiero que se mantenga así por ahora.

—No hace falta que me lo señales, sé cómo es vivir con tu don. Jamás diré una palabra.

Nicolás subió faltando un cuarto para la media noche. Cuando entró a la habitación Lucía estaba asomada en la ventana y el viento le levantaba levemente el cabello.

—Pensé que te encontraría dormida —dijo y ella lo miró.

—Me cuesta conciliar el sueño —respondió. Él se acercó a la ventana.

—La última vez que pasé la noche en esta habitación fue dos semanas antes de la muerte de mamá —comentó Nicolás mirando a su alrededor—. Tenía la costumbre de venir aquí a pasar el fin de semana, amaba, amo —corrigió— estas tierras: los árboles, los animales. Disculpa a mi abuelo, puede ser muy ofensivo a veces, pero es un buen hombre. Quise traerte antes, pero Samuel y los Valencia... creí que ya era suficiente con ellos: no quería que te lastimaran más.

—Él sabe más sobre mí que yo —bromeó la joven y él la miró.

—Mi abuelo es bastante desconfiado, ha leído e investigado todo sobre ti. Interroga a todos, pero tengo la seguridad que le agradaste.

—Heredaste ese rasgo de él —dijo mirándolo a los ojos y él sonrió—. ¿Por qué casi nunca hablas de tu madre?

—Es un tema muy doloroso para mí —respondió y se quedó en silencio. La joven pensó que no continuaría la conversación y volvió su vista a la ventana, pero él continuó—. Me enteré de la muerte de mi madre cuando escuché gritar a una mujer «¡Quemaron a la reina!». Fue la misma noche de mi secuestro; me informaba de lo sucedido por los gritos que provenían de la calle. El último día que la vi, fue esa mañana. Iba para la escuela y ella solía acompañarme hasta la entrada del palacio para despedirse de mí, pero ese día me besó y abrazó con más cariño que

nunca antes, como si presintiera lo que le pasaría.

—¡Lo lamento! —dijo la joven conmovida y quiso abrazarlo, pero se contuvo.

—Aquel día en el taller cuando me dijiste lo que sentías respecto a mí, quedé desconcertado. Nunca he querido que te sientas encerrada, ni prisionera, al contrario, siempre he querido que seas libre conmigo. Acepto que leía tu correspondencia y quería tener el mayor control sobre ti, pero mis razones estaban fundamentadas en el deseo de protegerte. Te escapaste con facilidad con Daniel aquella vez y regresaste lastimada. Hay cosas que aún desconozco de ti que quisiera poder tener el mayor control posible. Tengo miedo de perderte, mi padre, mis hermanos, ellos perdieron a sus parejas, yo te volví a ver en una masacre, a veces me imagino que hubiera pasado si te hubiera encontrado herida o peor aún, muerta —se le quebró la voz al decir esto—. Tengo un terrible miedo de perderte y no me di cuenta que te sofoqué en mis intentos de protegerte y lo lamento. Te suplico que me perdones y te prometo que no volverá a ocurrir.

—Hay cosas sobre las que no tenemos control y la muerte es una de ellas —comentó Lucía.

—Lo sé, pero estoy más tranquilo procurando todo para que estés a salvo. Por eso me siento tan culpable por lo que pasó con Samuel. Te descuidé y lo siento.

—Que descanses —se despidió Lucía después de un rato y se dirigió a la cama.

—Buenas noches —respondió con tristeza y cerró la ventana.

Nicolás se cambió la ropa por la que había traído Dominga y se acostó al lado de Lucía. Ella dormía de espaldas a él, de cara al tocador; pensaba en lo que le acababa de decir Nicolás, pero tenía miedo de abrirse de nuevo a él, no quería que la volviera a lastimar.

Como no podía conciliar el sueño, Lucía salió a caminar. La noche estaba muy oscura, pero ella no sentía miedo. Caminó hasta el corral y se apoyó en la cerca, mirando hacia el horizonte. El campo estaba solo. De repente vio que se acercó su madre y se apoyó en la cerca, a su lado; tenía casi su estatura y llevaba el pelo suelto igual que ella.

—¿Por qué no nos salvaste?, ¿por qué solo te quedaste viendo? —la cuestionó Lucía más con tristeza que con enojo.

—Porque era peligroso: si nos descubrían, nos iban a asesinar. Si ellos saben de tu don, se asustarán, te odiarán, no confiarán más en ti.

—¿Con quién hablas, Luciana? —preguntó Nicolás a unos metros de ella. Cuando la joven miró a su lado, su madre había desaparecido.

—Con nadie.

—¡Ven! Vayamos a dormir —dijo el joven—. ¡Qué es eso! —exclamó asustado al ver que Lucía tenía fuego en las manos, pero no se quemaba. Ella se miró y se asustó tanto que empezó a sacudirlas, por accidente le lanzó una llama a Nicolás quien se quemó por completo en medio de gritos desgarradores.

Lucía se sentó abruptamente en la cama. Respiraba con prisa. Miró a Nicolás quien despertaba asustado.

—¿Estás bien? —le preguntó. La joven se miraba las manos, temía que en cualquier momento saliera fuego de ellas.

—Solo fue una pesadilla —respondió e intentó calmarse respirando más despacio.

—¿Quieres que vaya por agua?

—No —contestó de inmediato—. No me dejes sola, por favor.

—Está bien —dijo y después de mirarla unos segundos más, se volvió a acostar. Ella hizo lo mismo y continuó respirando de manera más pausada—. ¿Quieres hablar de lo que soñaste? —preguntó girándose hacia ella.

—Soñé que algo horrible te sucedía —respondió después de un rato. Nicolás sonrió.

—Lo peor que podría ocurrirme es perderte a ti.

—Hablo en serio —replicó Lucía.

—¿Y por qué crees que yo no? —Ella se acostó de medio lado y lo miró a los ojos—. ¡Perdóname! —suplicó Nicolás.

—Lamento haberte despertado. ¡Que descanses! —Lucía cerró los ojos. Él la miró un rato más e intentó dormir de nuevo.

A la mañana siguiente, tocaron en la puerta de la habitación. Nicolás se levantó a abrir, Lucía seguía dormida. Era Claudia, les llevaba ropa a los esposos.

—Deberían cambiarse porque papá no tiene intenciones de dejarlos ir por ahora, también les traje toallas por si desean ducharse.

—Te lo agradezco, tía.

—Nos vemos más tarde —se despidió y se fue sonriente después de ver a su amado sobrino.

Cuando Lucía despertó, Nicolás se terminaba de peinar frente al espejo. Ella lo observó por un rato hasta que él advirtió que lo miraba.

—Buenos días —la saludó alegre.

—Buenos días —respondió ella—. ¿Qué hora es?, ¿dormí de más? —preguntó preocupada.

—No, todavía es temprano. No quise despertarte.

—¿Por qué estás vestido así? —preguntó con una sonrisa burlona.

—¿Te gusta? —preguntó guardándose las manos en los bolsillos del pantalón—, incluso tengo botas —agregó levantando el pie derecho para mostrárselas y la joven sonrió con más energía.

—Te ves muy atractivo —bromeó.

—¿No te gusto vestido como granjero? —le preguntó entre sonrisas y la joven se sentó en la cama para verlo mejor.

—No, en absoluto —respondió entre risas—; nada más te falta el sombrero.

—Tú no tendrás mejor suerte que yo, mi tía nos trajo ropa a ambos.

Nicolás escoltó a Lucía al baño y esta salió ya vestida, como acostumbraba a hacerlo en la cabaña. Claudia venía caminando por el pasillo.

—¡Buenos días, preciosa!, ¿cómo dormiste? —preguntó con alegría.

—Buenos días. Muy bien, gracias, ¿y usted?

—¡Maravillosamente! —respondió sonriente—. La ropa te ajusta mejor de lo que esperaba —. Lucía usaba una blusa campesina roja con mangas largas que dejaba al descubierto sus hombros, unos jeans y unas botas.

—Les agradezco sus atenciones.

—No hace falta, eres parte de la familia.

Lucía se terminó de arreglar, hizo la cama, ordenó lo que había desordenado y bajó al primer nivel. Nicolás estaba hablando con José en la mesa del comedor, Dominga servía el café y de vez en cuando intervenía en la conversación. Al verla, Lucía se puso nerviosa.

—Buenos días —saludó.

—¡Buenos días, querida! —respondió José.

—¡Buenos días! —exclamó Dominga—. ¿Tuviste buena noche?

—Sí, muchas gracias —respondió y se sentó junto a Nicolás. José se levantó a ayudar a su mujer a servir a los invitados.

—No puedo burlarme de ti —susurró Nicolás—, te ves hermosa —añadió provocando que la

joven se sonrojara y él no resistió darle un beso en la mejilla, aunque quiso besarla en los labios.

—¡Bésala bien! —reclamó José al verlos. Nicolás sonrió.

—Es que ella es tímida —explicó. Lucía se sonrojó aún más.

—Pues tú no pareces de las que se intimidan con facilidad —replicó José. La joven solo sonrió.

—Hacen una hermosa pareja. Dios permita que pronto puedan ver los frutos de su amor —dijo Dominga con cariño.

—Gracias, abuela —respondió Nicolás.

Después de desayunar, los esposos y José salieron a darle la vuelta a la hacienda en caballo. Nicolás compartía el caballo con Lucía, aquellos animales estaban muy lejos de ser los dóciles caballos del Fuerte. José se complacía en explicarles todo lo que se hacía en sus tierras: los cultivos, el ganado, la forma en que generaban energía, sin embargo, no dejaba de criticar a Leonard y sus costumbres inglesas, aunque en ocasiones, las exaltaba.

Después de almorzar los esposos decidieron marcharse. Todos los familiares fueron a despedirlos, a excepción del único nieto de Claudia, Damián, quien estaba enfermo en cama. Lucía comprendió que eso era parte del plan de Dominga y se ofreció a ir a despedirse de él en lo que Nicolás terminaba de guardar en el auto las cosas que le habían obsequiado.

—¿Cómo está? —le preguntó Lucía a Mirian, la madre de Damián, cuando entró en el dormitorio del pequeño.

—No le baja la temperatura, pero ya el doctor viene para acá —respondió la mujer visiblemente afligida y le cambió el paño que tenía sobre la frente.

—¡Mirian, Claudia!, ¿podrían venir un momento por favor? —dijo Dominga y las mujeres salieron de la habitación dejando a Lucía a solas con el niño.

—Vengo a despedirme, querido Damián —refirió la joven sentándose en la cama del menor.

—¿Cuándo volverá? —preguntó el niño con dificultad.

—No lo sé, pero antes de irme quisiera darte un regalo, sin embargo, debes prometerme que no se lo dirás a nadie —respondió y el niño sonrió de la emoción.

—Lo prometo—. Lucía colocó una mano sobre la cabeza del niño y otra en su pecho.

—Cuando era niña, mi mamá me enseñó que podía ayudar a las personas enfermas. Solo debía colocar mis manos sobre ellas y sanaban. Tú también sanarás hoy, Damián, ya nunca más volverás a enfermarte —dijo y quitó las manos de él—. Este es un secreto, así que por hoy vas a fingir que sigues enfermo y mañana podrás salir a jugar, ¿está bien? —. El niño asintió—. ¡Adiós! —se despidió, le dio un beso en la mejilla y se dirigió hacia la salida. No había avanzado la joven más de tres pasos cuando el niño corrió hacia ella y la abrazó por la cintura. Dominga los vio y se alegró tanto que abrazó a Lucía.

—¡Te has ganado el cielo, querida! —exclamó la mujer con lágrimas en los ojos.

—Usted me ha hecho una promesa.

—Y la cumpliré —repuso la mujer con firmeza y ordenó al niño acostarse de nuevo en la cama y mantener el secreto.

Los esposos llegaron a la casa de Mercedes en horas de la tarde. Dominga le había enviado obsequios a la familia de Lucía, así que se los entregó. Las dos parejas compartían en el salón mientras que los niños jugaban afuera.

—¡Señor! Está todo listo —le dijo un guardia a Nicolás.

—Gracias. Iré en unos minutos —respondió este.

—¡Cómo!, ¿no nos va a acompañar a cenar? —preguntó Mercedes.

—No, lo lamento. Surgió algo importante —respondió Nicolás y se levantó para irse, los demás también se levantaron—. Agradezco su influencia en la mejoría del ánimo de mi esposa.

—No tiene por qué. Es mi sobrina —respondió Mercedes.

—Esta es su casa y siempre será bienvenida —intervino Fernando.

—Gracias —reiteró Nicolás y después de despedirse se dirigió a la salida. Lucía fue a acompañarlo.

—¿Es peligroso? —preguntó preocupada.

—Todo está bajo control. Me avisas cuando vayas a regresar para enviar más guardias por ti —dijo y le besó la frente—. Te amo —añadió e iba a dirigirse al auto, pero ella lo agarró del brazo. Él la miró y Lucía lo abrazó.

—Te veré pronto. ¡Ten cuidado! —dijo aferrándose lo más fuerte posible a él antes de dejarlo ir.

Los días pasaban y Lucía se entretenía con bocetos de sus próximas pinturas en su cuaderno de dibujos, de vez en cuando, leía alguna novela, pero siempre estaba acompañada por algún miembro de su familia. El Herald publicó la noticia del asesinato de unos guardias y sus familias en San Juan Bautista. Se decía que eran personas conocidas del príncipe Nicolás y que este se encontraba abatido tras su fallecimiento. El crítico reflexionaba sobre la eficacia de la labor que adelantaba Nicolás como jefe de la Guardia Real y sobre su corta experiencia para asumir un cargo tan importante.

—Tía, ¿qué pasó con mis abuelos? —preguntó Lucía para saber qué tanto sabía su tía sobre su don. Mercedes se puso nerviosa.

—Ellos fallecieron.

—¿Cómo?

—No es bueno pensar en eso.

—José Olivera dice que conoció a mi abuelo Diego Santacruz y que la familia Vega tiene ascendencia...

—¿De brujos?

—Ajá.

—Eso no es cierto. Mis padres murieron en un accidente, su carruaje se fue por un acantilado en Santo Tomás Moro. Mi madre se llamaba Teresa, como tú.

—Mamá nunca me dio detalles al respecto.

—Tu madre y yo teníamos más o menos tu edad cuando ellos fallecieron, así que no fue tan difícil sobreponernos a su pérdida. Tiempo después ella se enamoró y se casó con tu padre.

—Mis papás se amaban mucho, ¿cierto?

—Demasiado. A tu madre la destrozó el dolor de su pérdida.

—Creo que me enamoré del hombre equivocado —confesó—, tengo tanto miedo de perderlo y es al que todos los rebeldes quieren asesinar. En ocasiones, no puedo conciliar el sueño por pensar en la posibilidad que algún día no esté más conmigo. No creo que pueda ser más fuerte que mamá.

—Aún me parece increíble que mi sobrina perdida sea esposa del príncipe —expresó la mujer—. Debemos elegir el amor en vez del miedo: el amor siempre es más fuerte, el amor de Dios nos salvó. El día de tu matrimonio, juraste ante el altar amar a tu esposo hasta la muerte y esa es la única promesa que debes cumplir. Sin importar las dificultades por las que atraviesen, recuerda siempre tus votos y que lo has elegido a él. Sé que no viniste aquí solo para visitarme.

—Lo lamento, tía.

—No, no sabes cuánto me alegra haber sido tu excusa para salir del Fuerte. Yo estaré siempre para ti, no estás sola. Eres mi familia y te apoyaré en todo los que necesites —dijo con cariño la mujer y Lucía la abrazó.

El sábado 17 de octubre Lucía regresó al Fuerte. El cabo de la provincia la escoltó en persona y no se marchó hasta que la princesa entrara al palacio y fuera recibida por otro miembro de la realeza. Azucena fue quien la recibió. Se alegró tanto de verla que la abrazó de inmediato y empezó a invadirla de preguntas acerca de su estado de salud y en especial, sobre su estado anímico.

—Compré obsequios —dijo Lucía tras sacar de su bolso una pequeña caja dorada.

—¡No debiste molestarte!

—No es molestia, ustedes son mi familia y disfruto darle obsequios a mi familia —respondió sonriente. Azucena abrió la caja y encontró un collar cuyo dije era una azucena rosada.

—¡Es hermoso, gracias! —respondió con satisfacción y volvió a abrazarla.

—Al pequeño Leonard le traje una pulsera.

—Gracias.

Azucena le comunicó que el rey estaba en su estudio y después de colocarle la pulsera al pequeño Leonard, fue a encontrarse con él.

—¡Adelante! —respondió el monarca cuando escuchó tocar la puerta y la joven entró—. ¡Hija! —exclamó colocándose de pie para ir a recibirla con un abrazo—. Me alegra que estés de regreso, ¿cómo estuvo tu viaje?

—Muy agradable. Fue acertada mi decisión de pasar más tiempo con mi tía.

—Ya lo creo.

—¡Quiero obsequiarle algo! —expresó dándole una pequeña caja roja.

—No debiste —respondió el rey al recibir la caja, luego la abrió.

—Es un reloj de pulsera. Vi el diseño en el mundo exterior y lo dibujé, mi tío Fernando conocía a un talentoso artesano en Santo Tomás y lo fabricó para mí.

—¡Es maravilloso! —exclamó en tanto observaba el reloj con asombro—. Te lo agradezco, querida. Seré el hombre más moderno de todo Oscuro —añadió contento.

Nicolás no los acompañó en la cena. Regresó de la Jefatura al anochecer y se había ido de inmediato a las caballerizas, así que no advirtió que la joven se encontraba ya en el Fuerte. Ensilló él mismo a Valiente y fue a cabalgar por alrededor de una hora.

—¿Cuándo podré ver a mi esposo? —preguntó Lucía al verlo guardar a Valiente. Nicolás sonrió y fue a abrazarla.

—¿Por qué volviste sin avisarme?, ¿cómo es que nunca haces lo que te pido?

—Vi las noticias, lo que sucedió en San Juan y quise venir a ver cómo estabas —respondió acariciándole el rostro.

—Ahora estoy bien —dijo, pero su rostro reflejaba tristeza.

Los esposos caminaron tomados de la mano hacia el lago y se sentaron debajo de un gran árbol. Lucía se sentó delante de Nicolás, entre sus piernas y se recostó en su pecho, mientras miraba hacia el agua. La noche era fresca y tranquila.

—Llevas una carga muy pesada —comentó ella.

—No es el peso de la carga lo que me aflige, es el egoísmo de las personas —respondió y pareció que iba a detenerse, pero luego continuó—. En el mundo exterior hay países que todavía viven en guerra, nada más en Colombia hay una guerra interna que ha durado más de medio siglo. Yo no consentiré que eso pase en Oscuro: no permitiré que convivamos con un grupo

insurgente que no hace más que lastimar. Mientras un solo rebelde esté libre, nunca viviremos en paz —. Lucía agarró la mano izquierda de Nicolás para llevarla cerca de su corazón.

—¡Los detendrás! Sé que lo harás —lo animó.

—Y a veces no consigo comprender siquiera su objetivo, ¿por qué no se han ido? Está comprobado que ellos saben del portal y del mundo exterior.

—Quieren quitarle el trono a tu padre.

—¿Y por qué nunca antes se habían levantado contra un rey?

—Supongo que es algo que se había gestado hace tiempo y lastimosamente estalló durante este reinado. Oscuro no podía ser por siempre esa tierra de ensueño, el hombre en algún momento habría de dañarla. Además, si han salido de la isla y regresado, deben estar contaminados por el mundo exterior, como refiere tu abuelo —respondió Lucía.

—Le agradaste mucho a mi abuelo. Cuando conversé a solas con él me felicitó por tener a una mujer como tú a mi lado —comentó y la joven sonrió.

—Es un alivio que no sepa dónde nos conocimos —dijo ella y ambos sonrieron. Nicolás la besó en la mejilla y la estrechó aún más en un abrazo.

—¿Me has perdonado ya? —se atrevió a preguntarle.

—No me fui porque estuviera enojada contigo ni mucho menos para lastimarte —respondió —. Dios es testigo, yo siempre he procurado tu bienestar, tu tristeza es mi tristeza y no podría yo ser la causa de tu dolor. Me fui porque tenía dudas sobre tu amor y eso era lo que más me lastimaba. Tú actuaste con rectitud y siempre lo has hecho y sé que no eres un hombre que rompería sus compromisos. Me dolía creer que eso era lo que significaba yo para ti. Julieta me contó que había estado buscándote en la otra tierra y que cuando regresó ya te habías casado conmigo; yo me interpuse entre los dos. Te vi sufrir por ella en Cartagena y deseé que encontraras el amor y me entristece que mis deseos no se hayan cumplido y que estés obligado en un matrimonio mientras que amas a otra mujer.

—¿Hay una parte de ti que aún duda de mi amor?

—Quizás es la misma parte de ti que aún duda de si soy una rebelde.

—¿Qué haremos?

—El tiempo te descubrirá mi inocencia.

—Y yo no voy a dejar nunca de descubrirte mi amor —declaró Nicolás, ella se giró entre sus brazos y lo besó.

—No quiero que volvamos a discutir como lo hicimos en el taller —dijo mirándolo a los ojos —. Admito que fue precipitada la decisión de irme a donde mi tía y que debí haberte comunicado primero, no dejo de pensar que pude haber manejado la situación de otra manera.

—Fui yo quien se comportó como un estúpido al intentar retenerte a la fuerza —dijo acariciándole el rostro—. Te prometo que no volverá a suceder.

—Estamos aprendiendo a ser esposos. Prometo que intentaré cada día ser una mejor esposa para ti. Quiero ser la mujer que te ame como quieres y como te mereces ser amado, como reclamaste aquella vez en la iglesia que el amor debería ser: paciente, servicial... —quiso continuar, pero el joven, incapaz de soportarlo, la besó por largo tiempo.

CAPÍTULO XI

En el Capitolio aguardaba una mañana llena de tensiones. Cuando Lucía llegó, el rey estaba sentado en su lugar y estaban ausentes tres de sus consejeros, entre esos, María Ester Ramos.

A las ocho en punto se dio inició a las discusiones. Estas serían llevadas a cabo en privado. La prensa no estaría presente hasta la votación final. La primera en exponer su propuesta fue Ofelia Núñez. Su discurso no fue el esperado por la joven y mucho menos por el rey, en síntesis, señaló que, si bien asesinar era un pecado mortal y un crimen, era un mal menor comparado con una inminente guerra. Además, propuso que la pena de muerte fuera el último recurso por utilizar para condenar a una persona y que fuera ejecutado solo en aquellos rebeldes que hayan cometido crímenes graves como el asesinato, el aborto, la violencia sexual y el rapto de menores para la guerra. Los demás consejeros se ocuparon en interrogar la propuesta de la mujer, más por curiosidad que por oposición. Nadie parecía disentir.

Los delitos contra la vida en Oscuro eran considerados execrables y castigados con la pena máxima: el destierro, por tal razón, la pena de muerte resultaba en contra de sus principios, el destierro, era una pena leve en comparación con esta, aunque para muchos era similar a arrojar la basura a la calle, en vez de deshacerse de ella. Solo se permitía el aborto como mal menor cuando estaba en riesgo la vida de la madre y la decisión era únicamente de los esposos.

—¿Qué piensas tú, querida? —preguntó el rey a Lucía, tomándola por sorpresa, lo que atrajo sobre ella la atención de los miembros del Consejo.

—Pienso que, de aprobarse la pena de muerte para los rebeldes, pese a que hayan cometido crímenes graves, estaríamos asesinando también a aquellos niños que fueron víctimas de rapto y eso me parece injusto; la Corona que debió protegerlos en el pasado, los asesinará ahora.

—¿Eso lo dices por ti? —la interrogó Pedro Valencia.

—Sí, así es. Todos saben que de niña me raptaron y mi destino hubiera sido el de una rebelde de no ser por mi hermano —respondió—. ¿Debo yo reclamarle al rey por no haber cuidado de mí aquel día?, ¿debo reclamarle por el asesinato de mi padre y la muerte de mi madre? Claro que sí, es lo justo, pero el señor Leonard perdió a su esposa, Oscuro perdió a su reina y sé que muchos de ustedes perdieron a seres queridos también; y dado que matar a los culpables no deshará lo que ya fue, pienso que la pena de muerte sería un gran error.

Su discurso generó turbación en los presentes, en especial en el rey.

—Eso fue todo por hoy —anunció, los consejeros se levantaron. También se levantó el rey y sin referirle palabra a la joven fue a donde el secretario y ordenó reprogramar todos los pendientes. Se dirigió al palacio en silencio, subió a su habitación y una vez aseguró la puerta, empezó a llorar amargamente. Había mucho dolor en el corazón del rey de Oscuro.

Nicolás llegó al palacio después de mediodía y un servidor le informó que Lucía estaba en el taller, así que se dirigió hacia allá. Le agradaba verla pintar: tenía el cabello recogido en una cola de caballo a la altura de las orejas, lo que dejaba al descubierto su cuello y los pequeños cabellos que por ahí crecían. El joven se acercó a ella y la besó en la base del cuello. La joven, al sentir el cálido beso, dejó de pintar. Los labios del apasionado esposo besaron luego dos centímetros arriba y así hizo algunas veces más antes de llegar a sus labios. La esposa se giró y se cuidó de no manchar su uniforme con la pintura en el pincel en lo que se abrazaban y besaban.

—Si te vuelves a recoger el cabello, pasará lo mismo —la amenazó Nicolás.

—Podría preferir recogerlo con más frecuencia —el joven sonrió.

—¿Cómo te sientes?

—Estoy bien —respondió con fingida sonrisa.

—Me mientes, algo te pasa.

—Creo que ofendí a tu padre con mi opinión esta mañana y me siento terriblemente mal por eso.

—Eso es algo que le debes preguntar a él, ¿no lo crees?

—Debiste verlo —objetó conmovida—, estaba triste, canceló todos sus pendientes. No me atrevo a mirarlo a los ojos.

—Te aseguro, amor mío, que mi padre está bien —dijo besándole la mano—. Sin importar lo que hayas dicho, no creo que haya sido para tanto como para lastimarlo, seguramente no se sentía bien de salud. Ya no te preocupes por eso, hablaré con él —añadió mientras le acariciaba el rostro—, pero te aseguro que te preocupas en vano —añadió y la besó en la frente—. ¿Almorzaste ya?

—No tengo apetito.

—Lucía...

—¿Por qué me llamas Lucía? —lo cuestionó sonriente.

—Así te presentaste en Cartagena.

—Después de saber mi verdadero nombre nunca me volviste a llamar de esa manera.

—Es porque me agrada más Luciana. ¿Cómo prefieres que te llame?

—Tú puedes llamarme como quieras.

—Lucía, Luciana... mi Luciana —Ella lo besó.

El rey no salió de su habitación hasta el día siguiente, lo que afligió todavía más a la princesa. Durante el desayuno, la saludó con la misma emoción que de costumbre, pero se ocupó al conversar la mayor parte del tiempo con Azucena acerca de varios pormenores.

—Lamento en demasía mi reacción de ayer —refirió el monarca cuando estuvo a solas con Lucía en el salón del Capitolio—, tus palabras me conmovieron tanto que tuve que detenerme.

—De verdad lo lamento, señor. Yo nunca haría o diría nada con la intención de lastimarlo.

—No tienes por qué disculparte, soy yo quien te pide perdón por la pérdida de tus padres, por no haberte protegido, por no haber estado ahí —dijo esto último y vino a su pensamiento su fallecida esposa.

El viernes de esa semana, Nicolás le pidió a su esposa que usara ropa adecuada para ir a cabalgar. A Lucía no le agradó demasiado la idea, pero aceptó para complacerlo. Habían quedado en verse en la arboleda. La joven lo esperó sentada en la banca en la que solía descansar de sus caminatas. Minutos después apareció el príncipe con dos caballos, uno a cada lado. Uno era Valiente y el otro era un hermoso ejemplar de color blanco. Lucía se puso de pie de inmediato y se acercó a acariciarlo.

—Es hermoso.

—Es una yegua, ¿te gusta?

—Me encanta —respondió sonriente.

—Es tuya —dijo y la joven lo miró sorprendida.

—No puedo aceptarla. Es demasiado, debe valer muchos soles.

—Claro que sí puedes, ¿cómo no vas a aceptar el regalo de tu esposo?

—No debiste, Nicolás.

—¿Por qué? No te he obsequiado nada hasta el momento y aún conservo tu manilla —dijo

descubriéndose la muñeca—. Incluso tengo el barco que me obsequiaste en la oficina de la Jefatura.

—Pero no conservaste la fotografía.

—La entregué después de haberte encontrado. Ya no la necesitaba, te tenía aquí —respondió mirándola hasta que ella se sonrojó y volvió su mirada hacia la yegua.

—No sé cómo cuidarla y ni siquiera sé cabalgar.

—No tienes que preocuparte por eso, en las caballerizas la cuidarán y yo soy tu mentor.

—Ya lo tenías todo planeado —señaló resignada, Nicolás sonrió.

—¿Y cómo la vas a nombrar?

La joven meditó durante unos segundos, observaba al animal antes de responder.

—Lucero. ¿Te gusta?

—Me parece apropiado. Lucero... Lucía.

Los jóvenes pasearon a los caballos por el lado norte rumbo al lago, Nicolás convenció a Lucía para que subiera a la yegua, aunque ella decidió montarla hasta el Capitolio y desde ahí seguir su camino a pie.

Sobre el lago había un muelle de madera y un par de barcas a su alrededor. La joven llegó al final del muelle, se arrodilló y acarició con su mano la superficie del agua cristalina.

—La temperatura es agradable —comentó y comenzó a quitarse las botas.

—¿Qué haces?

—Voy a nadar.

—No creo que sea buena idea.

—¿Está prohibido nadar en el lago?

—No, pero todavía me preocupa lo que pasó en el Valle.

—No es lo mismo —respondió. Se quitó la pulsera, el collar y los aretes, pero se dejó puesto el anillo de matrimonio. Después saltó al agua, sumergiéndose con facilidad.

—¡Me encanta! —exclamó al salir a la superficie y miró al joven que estaba sobre el muelle y la miraba incrédulo—. ¡Ven conmigo! —dijo extendiéndole la mano. Él sonrió. Se descalzó, se quitó el abrigo y saltó, nadó de inmediato hacia ella.

—Déjame adivinar, Julián también te enseñó a nadar.

—No —respondió Lucía sonriente—, mi padre lo hizo. ¿Por qué?, ¿estás celoso de Julián?

—No lo conozco, pero siento que no me agrada.

—Estás equivocado. Julián es el hombre más bueno que conozco.

—Ya no quiero seguir hablando de él —dijo con molestia—, si te alcanzo, te voy a besar tanto que lo vas a olvidar —añadió, la joven se sonrojó.

—Eso lo dudo —lo retó con una sonrisa burlona y se sumergió con rapidez. Él la persiguió varios metros, complacido al ver su cuerpo abrirse paso bajo el agua hasta que la alcanzó haciéndola salir a la superficie. Lucía nadó hasta la orilla y una vez allí se recostó a descansar, estaba exhausta. Nicolás la siguió y se acostó junto a ella.

—¡Te atrapé! —exclamó jadeante del cansancio.

—Tuviste suerte, no había nadado en un largo tiempo.

—Eso no te eximirá de cumplir con el trato —dijo. Para entonces el príncipe estaba más cerca de ella, casi sobre ella y le quitaba parte del cabello mojado que estaba pegado sobre su rostro. La besó en los labios, después besó su barbilla y después sus labios inquietos descendieron hasta el cuello de la joven y llegaron a su pecho. A ella se le aceleró el pulso y empezó a experimentar desconocidas sensaciones, pero con su mano detuvo el beso que el joven

iba a darle cerca del corazón. Él la miró a los ojos y le acarició el rostro con ternura.

—¿Acaso no es natural que un esposo sienta deseos de hacerle el amor a su esposa? —le preguntó ante la expresión de confusión de la joven—. Te deseo y mucho —confesó. Ella se levantó de la hierba con el corazón acelerado y se sentó. Él la imitó.

—No somos unos esposos convencionales —comentó mirándolo—. Nuestro matrimonio fue precipitado. Nuestra relación está manchada por la duda y hasta que esa duda no se disipe por completo no tendremos la oportunidad de amarnos con libertad.

—Luciana... —intentó detenerla.

—Además —dijo mirándolo a los ojos—, hacer el amor abriría la puerta a engendrar vida y no quiero dar a luz a un niño en un lugar tan inseguro —concluyó, esto lo conmovió. Estuvo de acuerdo con ella, por tanto, no pudo objetarle nada. Tomó su mano y la besó. Ella le sonrió aliviada.

Cuando llegaron a la entrada del palacio, un auto se detenía. Era Sebastián, quien acababa de llegar de su reciente viaje.

—¡Hermano!— Nicolás lo saludó con alegría, este lo abrazó y miró a Lucía. La joven se sintió incómoda.

—Supongo que tuvieron un paseo no planeado al lago. Es mejor que vaya a secarse o se va a resfriar —le dijo a la joven.

—¡Buenas tardes! —respondió Lucía y se marchó.

Aquella noche, Sebastián los acompañó a cenar. Para alivio de todos, la cena transcurrió en silencio, apenas se hacían algunos comentarios sobre cuestiones relacionadas con el reino. Después de la cena, Lucía se dirigió a su taller, como de costumbre. Nicolás entrenaba en el gimnasio, Azucena pasaba tiempo con su bebé y el rey permanecía en su estudio.

—Pedro me platicó de su patética intervención del lunes —comentó Sebastián dirigiéndose a Lucía. Ella no lo había escuchado entrar—, ¿así que nos considera culpables de no haberla protegido?, ¿acaso no es ese el argumento típico de un sedicioso?

—Descontextualiza mis palabras —se defendió la joven con tenacidad, en tanto pintaba.

—Estoy seguro que no. ¿Dónde están sus hermanos?

—No lo sé.

—Apostaría mi vida a que están en Babel junto con los rebeldes. Ellos son unos rebeldes al igual que usted —insistió Sebastián.

—No lo son —respondió la joven y se puso de pie para retirarse, pero Sebastián la tomó del brazo y la detuvo. Ella se asustó.

—Si confiesa seré clemente con usted, ni siquiera le diré a Nicolás, puedo ponerla a salvo.

—¡Suéltala! —intervino el rey, quien acababa de entrar al taller. Prefería leer mientras ella pintaba, la brisa del lago le era gratificante y la joven le transmitía paz, además, podía observar primero que todos los avances de su trabajo. Sebastián obedeció—. ¡Te quiero en mi estudio ya mismo! —ordenó con severidad y esperó a que su hijo saliera—. Lo lamento, hija —añadió el rey con vergüenza antes de irse. Lucía se fue de inmediato a la torre.

Sebastián permaneció en el palacio unos días más. Nicolás entrenaba todos los días en el gimnasio con él y en varias ocasiones conversaban durante horas acerca de Oscuro y de sus experiencias en el mundo exterior. Algunas veces se les unía Azucena, en otras ocasiones Lucía se vio forzada a unírseles a causa de Nicolás, quien deseaba que ellos fraternizaran, sin embargo, ella nunca fue capaz de referirle lo ocurrido en su taller y a su parecer, el rey tampoco lo hizo.

El 29 de octubre fue el aniversario del fallecimiento del príncipe Arturo. Pedro Valencia

había dejado clara su postura el día anterior a favor de la pena de muerte a los rebeldes. En la capilla se realizó una eucaristía en honor al príncipe fallecido, a la cual asistieron todos los consejeros y sus hijos, incluida Julieta. Fue un momento incómodo para Lucía: las miradas y murmullos de algunos de los presentes estaban puestas sobre ella. En muchas oportunidades quiso irse, aunque era inocente, pues era tanta la presión que se sentía intranquila.

Manuel estaba sentado en la primera banca con su familia, no en el papel de guardia sino en el de hermano y María Ignacia cargaba al pequeño Leonard. Después de la ceremonia, fueron a visitar la tumba de Arturo que estaba en el cementerio privado detrás de la capilla, y se rezó un rosario por su alma. Por respeto al dolor de Azucena, nadie hizo ningún comentario en voz alta sobre los orígenes de Lucía, pero no faltaron los deseos.

—¡Mi padre te adora! —comentó Azucena ese mismo día por la tarde mientras caminaba en compañía de Lucía por la arboleda—, independiente del comportamiento distante de mi hermano, todos estamos muy felices porque estás aquí, en especial, Nicolás —añadió tras pasar su brazo sobre ella.

—Gracias. Estoy muy apenada por haberles causado tantos inconvenientes con sus amigos y familiares.

—No te preocupes por ellos y en lo que refiere a Sebastián, él ha estado muy afectado desde la muerte de Silvia. Fue algo muy duro para él.

—¿Cómo era la princesa?

—Silvia era muy silenciosa y algo asustadiza —respondió—. Era la única hija de una viuda oriunda de Babel. Aquella lúgubre noche, discutió con Sebastián, lo cual era poco común, porque estaban muy enamorados. Al parecer Silvia quiso marcharse: corrió desesperada a las caballerizas, se subió a un caballo que ella misma ensilló y cabalgó hacia el portón sur. Sebastián la siguió para persuadirla, pero estaba tan nerviosa que no advirtió que se acercaba a la muralla y el animal asustado la arrojó contra el muro. Ella murió al instante.

—Lo lamento —expresó la joven conmovida—. Debió haber sido una discusión muy delicada para que tomara esa decisión tan precipitada.

—Seguramente lo fue, no obstante, era bien sabido que Silvia era una mujer de temperamento impulsivo y todo se orquestó aquella noche para el terrible final.

—Debió haber sido un oscuro momento para la familia real.

—Y para la Corona —añadió Azucena, ellos iban a ser los próximos reyes, mi padre ha querido dejar el poder desde hace mucho.

—Lo lamento. Nunca escuché de esa noticia hasta que salí de la selva, lo mismo sucedió con el fallecimiento de tu... —dijo y se calló—, perdón —agregó a sabiendas de haber cometido una imprudencia.

—Dilo, de mi esposo. De mi Arturo.

—¡Lo siento! —expresó Lucía.

—Amé a Arturo desde que lo conocí, en aquel entonces era tan solo una niña. Fui la primera en casarme, estaba completamente segura que él era el hombre con el que quería compartir mi vida —dijo con efusiva sonrisa, pero luego la expresión de su rostro se tornó triste—. Tenía un mes de embarazo cuando murió. Él era el director de la fábrica de armas y Juan Valencia estaba con él, ni siquiera trabajaba ahí, solo había pasado a saludarlo. Un rebelde se hizo pasar por empleado de la fábrica e hizo explotar el edificio, muchas personas fallecieron. Arturo llegó con vida al hospital, pero cuando llegó ya había muerto. Juan quedó paralítico a causa de ese incidente.

—¿Cómo puedes lidiar con tanto dolor? —preguntó Lucía con lágrimas en los ojos—. ¿Cómo puedes ser tan fuerte? Yo sería incapaz de serlo en una situación similar —agregó y detuvo su marcha.

—Mi padre ha sido una bendición para mí, el bebé crecía en mi vientre. La partida de Nicolás fue muy difícil para mí, tras su regreso me animé mucho más.

—¿Has pensado en casarte de nuevo? —se atrevió a preguntarle.

—Hay más probabilidades de un casamiento por parte de mi padre a que yo lo haga —bromeó Azucena y continuó con la caminata.

El viernes de esa semana Felipe fue a visitar a Lucía al Fuerte como le había mencionado previamente en una carta. Fue acompañado de su madre y de sus hermanos: una adolescente de trece años y un niño de diez. La familia se parecía mucho físicamente. Nicolás estaba en la Jefatura, así que Azucena, Lucía y el rey los recibieron.

—¡Hermano! —exclamó Lucía al verlo y se apresuró a abrazarlo. No pudo evitar llorar de la emoción. La madre de Felipe, Juana, los miró alegre y conmovida. Después de un cordial saludo los invitaron a sentarse en un salón.

—Felipe nos ha hablado mucho sobre usted y su infancia en aquella cabaña —comentó Juana. Los niños estaban sentados a su lado, en respetuoso y tímido silencio.

—Fue una bendición crecer junto a su hijo como si fuera mi hermano. No encontrará un joven más leal, cómplice y alegre. Nunca tuve hermanos, pero Dios me bendijo con el mejor hermano que puede existir —expresó Lucía con alegría.

—No le hagas caso, mamá: nos decía lo mismo a todos. Era su forma de manipularnos para lograr lo que quería —bromeó Felipe sonriente.

—¡Eso no es cierto! —se defendió. Estaba feliz y conmovida. Azucena sonrió.

—Gracias por cuidar de mi hijo, por cuidarse entre sí —dijo Juana al estrechar la mano de la princesa.

—Eso es lo que hacemos, nos cuidamos unos a otros —respondió Lucía.

Después de merendar, el rey debió ausentarse y Azucena los invitó a dar un paseo por el Fuerte, cosa que emocionó a los invitados, pues querían contemplar la belleza del lugar y del inmenso lago. Lucía y Felipe se quedaron atrás y aprovecharon para conversar.

—Eres muy feliz con ellos —señaló Lucía.

—Lo soy.

—¿A veces no sientes que lo que vivimos en la cabaña fue como un sueño y que nuestros hermanos no son reales?

—Sí, me pasa en ocasiones. Pero cuando los recuerdo el dolor es insoportable y me siento culpable por no poder hacer nada.

—No tienes que arriesgarte si no quieres. No te pediría que lo hicieras, no podría.

—Son mis hermanos también. Tú lo dijiste, nos protegemos unos a otros.

—Si te pasa algo, moriré. Esto es más grande que nosotros. Daniel nos ocultó tantas cosas...

—¿Desconfías de Daniel?

—Daniel ha hecho cosas que ignoro, pero estoy segura que jamás nos pondría en peligro.

—No, a ti nunca.

—¿Por qué lo dices así?

—No me prestes atención. ¿Cómo te ha ido con el príncipe?, ¿el permitirme venir a visitarte es un acto de amor por ti o solo quería vigilarme? —la joven se afligió, no sabía qué responder.

—No soy prisionera, puedes venir cuando desees —respondió.

—Están en un campamento en Babel cerca de la provincia de Santa Cruz. Todavía busco la forma de ingresar sin ser reconocido. Hice contacto con uno de los rebeldes y me ofrecí a servir en la causa a cambio de dinero. Me tienen como mensajero, llevo paquetes y recados de un lado a otro, una vez me gane su confianza podré ir al campamento. No podré darte más detalles a través de cartas, así que cuando te envíe una, sabrás que estoy bien.

—¿Sabes si están planeando algún ataque pronto?

—Se están equipando con armas de fuego y espadas. Algunos rebeldes construyen bombas; no sé dónde ni cuándo, pero es seguro que algo muy malo va a pasar a inicios del año entrante —dijo, Lucía se asustó.

—Quisiera decirle ya a Nicolás.

—¿Crees que lo entendería? Ya estoy muy cerca de encontrarlos. Vendremos al Fuerte cuando escapemos y entonces le diremos la verdad y ellos podrán protegernos. Yo temo también por mi familia, no quiero que salgan lastimados y solo el jefe de la Guardia Real tiene el poder para protegernos.

—No puedo evitar sentirme culpable e incluso egoísta por esto.

—Después de encontrar a mi familia, no quiero volver a la selva a vivir escondido o escapar a otro lugar. Voy a hacer lo posible por ayudar a mis hermanos a huir del campamento, pero me quedaré en la isla, con mi familia. Tú estás casada y eso es algo que no se puede deshacer. Lo que diré también es egoísta, pero no me arrepiento por haberte acompañado aquel día a San Francisco de Asís —Lucía lo abrazó.

El resto de la tarde hablaron de temas triviales, Lucía no se alejó de él y reían sin parar. Nicolás llegó al crepúsculo y se les unió en el paseo, se sentía complacido de ver a su esposa tan feliz.

CAPÍTULO XII

En medio del difícil y tenso clima político que se respiraba, María Ester Ramos dejó clara su opinión respecto al tema de estudio: estaba convencida que la pena de muerte era lo mejor que le podía pasar al reino. El consejero Samuel Bravo, por el contrario, se negó, pese a que había perdido dos hijos en la masacre del 2000, afirmó que no quería un lugar en guerra para sus nietos.

Los esposos estaban más cercanos que nunca. Nicolás seguía enseñándole a su esposa a cabalgar, ella era una excelente aprendiz, testaruda y fuerte. Su alimentación había mejorado, al igual que su salud. En sus otros espacios libres de las obligaciones del Capitolio, la princesa leía, pintaba, iba al invernadero a cuidar de las flores de la reina o salía a dar un paseo con el rey por los alrededores del palacio, donde discutían asuntos relacionados con política, economía, cultura o seguridad. Todos los días guardaba un espacio para entrenar con Manuel en el gimnasio.

El sábado siguiente, por la tarde, Lucía se dirigió a la capilla. Al entrar vio al padre Jorge.

—Buenas tardes, padre. ¿Cómo está?, es una sorpresa verlo aquí —dijo la joven. El sacerdote interrumpió su lectura y levantó la mirada hacia la dulce voz de Lucía.

—Buenas tardes, Su alteza. Perdona por tenerla tan olvidada, ¿desea usted confesarse? —le preguntó al caminar hacia ella.

—No. No es eso lo que deseo ahora. Solo quería conversar con usted un rato, si es posible.

—Todo el tiempo que quiera —respondió alegre el sacerdote—. Demos un paseo.

Salieron de la capilla y doblaron a la derecha hacia la puerta norte. Manuel los seguía a unos metros.

—Hacía tiempo que no hablaba con un sacerdote —expresó la joven para romper el momentáneo silencio—, ya le había referido que, por misericordia divina, antes de mi rapto, tuve la oportunidad de recibir todos los sacramentos. Mi hermano Daniel siguió educándose en la fe, aunque él sabía menos que yo —añadió y quiso continuar, pero no pudo, tenía de nuevo aquel nudo en la garganta.

—¿Dónde están sus hermanos?, ¿es cierto lo que algunos murmuran? —preguntó con seriedad el sacerdote.

—No, padre, claro que no. Mi conciencia ante Dios está limpia —dijo y dejó de caminar—. Mis hermanos están secuestrados. Se los llevaron los rebeldes y me amenazaron para que asesinara al príncipe a cambio de sus vidas —confesó, pero el sacerdote no se turbó.

—¿Y qué piensa hacer?

—No le haré daño, por supuesto, yo amo a mi esposo y aunque no fuera así no soy una asesina, jamás le he quitado la vida a alguien. Daría mi vida antes de permitir que lastimen a algún miembro de la familia real.

—¿Por qué me confiesa todo eso a mí? No estamos en el marco de una confesión, y si me preguntaran por esta situación, debería decir la verdad

—Porque necesitaba decírselo a alguien. No sé qué pensará usted de lo que voy a decirle, pero soy como mi madre y mi abuela. Tenemos ciertos dones y en ocasiones vemos cosas. He tenido unas visiones repetitivas sobre la muerte de la reina y la de mi madre. Tuve una visión aquí en la capilla, la reina le confesaba al padre Antonio que un hombre había abusado de ella y después vi cómo lo asesinaron a él.

—El padre Antonio se quitó la vida —señaló el sacerdote.

—No fue así, padre. Los rebeldes lo colgaron —dijo. El sacerdote le creyó. Pocos sabían la forma en que había muerto el anterior sacerdote.

—Cuéntame más —pidió el sacerdote.

Lucía y el padre Jorge hablaron por más de una hora. Esto ayudó para que Lucía pusiera en orden sus pensamientos. Fue un alivio para ella que alguien más la escuchara sin juzgar su conducta.

—Los dones de cualquier naturaleza son regalos de Dios —explicó el sacerdote—. Muchos no los comprenden, otros hacen mal uso de ellos, pero no podemos esconderlos, deben ser usados para hacer el bien. Considero que deberías hablar con el príncipe Nicolás, lo conozco desde pequeño y te aseguro que es un joven sensato y noble. Va a comprender lo que tengas para decirle. No tienes por qué atravesar esta situación sola, estás casada y los esposos se ayudan el uno al otro.

Al final de la conversación el hombre la bendijo.

Cuando Lucía llegó al palacio, Azucena estaba sentada en el salón principal con el rey.

—¡Lucía, por fin llegas! —exclamó Azucena y caminó hacia ella.

—¿Está todo bien? —preguntó preocupada.

—Hubo una pelea entre unos rebeldes y la Guardia Real en la plaza de los Robles, una provincia en el Valle de Santa María, Nicolás estaba ahí y resultó herido. Estaba en el hospital, pero ya viene de regreso a la mansión —el corazón de Lucía se aceleró.

Nicolás investigaba desde semanas anteriores a unos rebeldes que habían estado involucrados en el terrorismo provocado en San Francisco de Asís. Tenía a los hombres identificados. Se vistió como un guardia ordinario y se colocó un sombrero para pasar desapercibido.

Los hombres estaban sentados en un restaurante de la plaza. Los trabajadores del local les servían nerviosos y apenas advirtieron la llegada de guardias reales; ellos entraron. Nicolás se acercó en compañía de dos guardias y les pidió sus documentos de identificación, el cual debían portar siempre como cumplimiento a la nueva regla impuesta en todas las provincias del reino, pues la mayoría de los rebeldes no contaban con este documento. Además, después del escape de Lucía del Fuerte con Daniel, había prohibido el uso de pañuelos en el rostro, así como velos dentro de las ciudades principales.

Ante el pedido de Nicolás, los hombres se pusieron de pie y uno de ellos hizo como si fuera a sacar un documento del bolsillo trasero de su pantalón, pero en vez de eso sacó un puñal y lanzó a cortar a Nicolás, el cual esquivó el ataque y golpeó al bandido en la cara. Los rebeldes se levantaron de la mesa y empezaron a pelear, más guardias reales fueron en su defensa y arrestaron a los rebeldes, pero el príncipe fue a perseguir a uno que logró huir antes de ser esposado.

El jefe de la Guardia Real había estudiado con antelación las calles de Los Robles, así que predijo la ruta que tomaría el rebelde, cortó camino y lo interceptó en el lago. El rebelde sacó un arma de fuego y la apuntó hacia el príncipe. Este alcanzó a empujar la mano del bandido antes que este apretara el gatillo, lo que produjo que recibiera la bala en el brazo izquierdo y no en su corazón. Nicolás desenfundó su arma y la apuntó hacia la cabeza del rebelde. No quería asesinarlo, lo necesitaba con vida.

—Está solo, Su alteza —sonrió el rebelde y otro hombre golpeó al príncipe de lado con una silla de madera. El príncipe cayó al piso y soltó el arma. La Guardia Real estaba muy cerca, así que los rebeldes empezaron a correr. Nicolás tomó de nuevo el arma y le disparó a uno en la

pierna lo que impidió su escape. El otro hombre entró en un callejón y Nicolás se levantó a perseguirlo.

El rebelde estaba asustado y solo tenía un cuchillo. Nicolás disparó cerca de él y se detuvo.

—Si te mueves, dispararé —amenazó, pero el rebelde avanzó hacia él: estaba dispuesto a morir antes que ser atrapado. El príncipe le disparó en el hombro, pero el hombre lo empujó contra la pared, esto hizo que perdiera de nuevo su arma. Entonces Nicolás le dio un golpe con el puño en la mandíbula y el rebelde desenfundó su puñal. En varias ocasiones intentó apuñalarlo, pero Nicolás esquivaba los ataques. Finalmente, el príncipe desenvainó su espada y atravesó el vientre de su contrincante. El hombre cayó al suelo agonizante ante la vista de Nicolás. La edad de aquel rebelde no estaba muy lejos de la suya. Se sintió miserable por tener que quitarle la vida.

Cuando Nicolás llegó al palacio Lucía estaba de pie en el salón, miraba por la ventana. No había podido mantener la calma desde que se enteró de la noticia, tenía los ojos llorosos y estaba desesperada por no poder ir con él. Se alivió al verlo.

—¡Nicolás! Me alegra que ya estés aquí —dijo Azucena y fue a abrazarlo. El rey se había ido a su estudio. Lucía lo miró y se acercó a él. No sabía qué decirle.

—No fue para tanto, estoy bien —respondió mirándolas. Tenía la manga izquierda de la camisa rota, moretones en el rostro y sangre en la comisura de los labios.

—Me imagino que querrás descansar —dijo Azucena—. Me alegra que estés aquí, te veré después —añadió Azucena y los dejó.

—¿Me acompañas a la torre? —le preguntó a Lucía. Ella se limpió una lágrima y fue con él.

Una vez en su torre, Lucía ayudó a Nicolás a cambiarse la camisa, fue inevitable que viera de nuevo la cicatriz sobre su espalda.

—Si estás herido ven a mí —dijo—. Prométeme que lo harás —añadió mirándolo a los ojos.

—No necesito prometerte nada, porque siempre vendré a ti.

—No me refiero a eso —aclaró—. Yo puedo sanarte.

—Lo sé —la joven se sorprendió.

—¿Qué sabes?

—Que eres diferente —dijo acercándose a ella.

—¿Hace cuánto lo sabes?

—Sería un mal esposo si no reconociera que mi esposa es especial. Además, la insistencia de mi abuela para que te llevara y la repentina curación de un niño enfermo confirmaron mis dudas.

—¿Y qué harás ahora? —preguntó nerviosa.

—Ahora mismo solo quiero recostarme y descansar en tu compañía. No te pregunto nada y no tenemos que hablarlo si no quieres. Solo te quiero a ti.

—Te amo —confesó Lucía y lo besó—. Prométeme que vendrás a mí si resultas gravemente herido.

—¡Te lo prometo!

Las semanas siguientes fueron más tensas para todo el reino. Nicolás se vio obligado a ausentarse de la Jefatura hasta recuperarse y la pena de muerte parecía cada vez más un hecho. María Ignacia García, dio su opinión en contra, pues consideraba que la fe era el fundamento de la isla e ignorarla sería contraproducente. Gustavo Lozano también estuvo en contra de instaurar la ley y sus argumentos no distaban de los de sus colegas. La decisión del Consejo iba a ser de poca ayuda para el rey con la mitad de los consejeros a favor y los otros en contra.

Nicolás informó a Lucía de todo cuanto pensó necesario en relación con la ley y a las penas

de Oscuro. Era un joven bastante inteligente y su forma de hablar denotaba además de una buena instrucción, un alma pura. Ella disfrutó mucho escucharlo hablar, quedaba tan embelesada con su discurso que en ocasiones no advertía lo que le decía.

El lunes 02 de diciembre llegó. Era la primera vez que la princesa Luciana tendría la oportunidad de incidir en el porvenir de Oscuro. Primero debía convencer a los consejeros de apoyar una causa y luego esperar a que el rey tomara una decisión sensata. La reunión se realizó en el salón principal del Capitolio. Amoblaron el espacio de tal forma que el rey estuviera sentado entre los seis consejeros, tres a cada lado; detrás, como parte del auditorio también se encontraba la familia real; después, la familia de los consejeros; detrás, la prensa; y finalmente, gobernadores y personas importantes del reino. En frente colocaron un estrado con un atril de madera donde estaba tallado el escudo de Oscuro.

El evento empezó con la oración presidida por el obispo. Se entonó el himno de la isla, después el rey dio su discurso inaugural, y, por último, el jefe de la Guardia Real juró nuevamente obediencia a la voluntad del rey.

Era el turno de hablar de la princesa. Se preguntaba por qué el rey la había puesto en esa posición. Si bien la decisión final la tomaba él, era indispensable que el consejo, al menos en su mayoría la apoyara. Era sabido que algunos del consejo pensaban que la familia real había caído en desgracia y que el trono debía pasar a otra persona; esto debido a que después de la masacre del 2000 y de los continuos ataques de los rebeldes algunos dudaban de la eficacia de su labor, además de considerar que Nicolás estaba muy joven para ocupar el cargo que ejercía. El consejo tenía tanta autoridad y poder como el mismo rey, por lo cual un desacuerdo entre el rey y el consejo era inadmisibile.

A esto se le sumaba, lo que algunos del consejo pensaban sobre Lucía. La joven había terminado su propuesta escrita y la había enviado previamente a cada uno de los consejeros, al rey y a Nicolás. Debía convencer a un consejero más para evitar de nuevo un empate. Lo único que debía hacer era sustentar su propuesta delante de todos.

Que la pena de muerte fuera aprobada era impensable para ella. Pensó en sus hermanos quienes quizá eran obligados a hacer cosas que en un futuro serían castigadas con esta pena y en Nicolás quien debía ejecutarlas. Todo esto le dio el valor para levantarse, hizo que decidiera dejar de lado su detallada propuesta y se atrevió a hablarle con el corazón al pueblo del que estuvo escondida durante trece años.

—En el principio Dios creó el cielo y la tierra —empezó con timidez—, convencido de la belleza y bondad de su creación, extendió su obra creadora hasta llegar al hombre, su obra maestra; pero el hombre falló y su pecado lo alejó de su concordia y de la coexistencia con el resto de lo creado. Fue entonces cuando el hombre, con su naturaleza manchada por el pecado cometido, vagó por el mundo árido e impredecible, y cometió crímenes desagradables ante Dios. Y seguramente ahora mismo se preguntan la razón por la cual empiezo mi discurso con una catequesis —sonrió la joven y algunos más acompañaron esa sonrisa—, pero veo la necesidad de remontarnos a épocas para recordar quiénes somos y a dónde vamos —añadió—. Tiempo después, la humanidad perdida y redimida por Dios, continuaba en su mal, las guerras no cesaban, los crímenes eran más frecuentes y crueles, nuestros ancestros deseaban huir de los horrores de la guerra, de la perfidia que salía del corazón humano hasta que un hombre sabio los guio a este extraordinario lugar. Instruyó a nuestros primeros reyes para conducir esta tierra y hacer de nosotros un reino mejor que los del mundo exterior. Pero temo que aquel hombre o ángel olvidó algo fundamental, no es solo el lugar, no es el vivir aislados lo que nos librará del

mal, pues este está arraigado en el corazón del hombre. Teológicamente, luchamos contra tres males: el demonio, el mundo y la carne. El hombre nos ayudó a librarnos del mundo, pero ¿cómo combatimos los otros males del alma? Estoy convencida, matar a nuestros semejantes, pese a las barbaridades que hayan cometido, es incorrecto, como víctima de esta guerra, siento que esto no reparará el daño que me hicieron y como esposa no deseo que mi esposo manche sus manos de sangre en un acto inútil. La violencia genera más violencia, la sangre hace el llamado a más sangre, un decreto como este provocará el incremento de la rebelión, el enojo de los familiares de los fallecidos. La Corona debe garantizar la seguridad de su pueblo, no desangrarlo. Propongo como penas alternativas a la pena de muerte, la condenación perpetua. Que los rebeldes responsables de crímenes atroces sean castigados con trabajos forzados que beneficien al reino, que edifiquen con su trabajo en prisión aquello que destruyeron y que, por misericordia, no le quitemos la oportunidad a nuestro prójimo de salvar su alma.

Una vez la joven terminó su discurso, el aplauso fue sobrecogedor. La mayoría del público se puso en pie con efusiva emoción, también algunos de los familiares de los consejeros, entre esos los hijos de María Ignacia, los dos últimos hijos de Ofelia y Martín Bravo. La joven bajó del estrado y se dirigió a Nicolás, quien la recibió con un abrazo. El joven había decidido que, de aprobarse la pena de muerte, él renunciaría a su cargo, pero ella no lo sabía.

—Me siento muy orgulloso de ti —le dijo.

Se dio inicio a la siguiente fase del evento, donde los jurados debían comunicar al reino su decisión. Una sensación de nerviosismo embargaba el ambiente. Lucía apretó con fuerza la mano de Nicolás. Gustavo Lozano votó no; María Ignacia García votó no; Samuel Bravo votó no; María Ester Ramos votó sí; Pedro Valencia votó sí; y, por último, Ofelia Núñez, quien tenía el poder de generar o no un empate, votó no. Los aplausos no cesaron hasta que el rey se levantó a dar su veredicto y el auditorio quedó en completo silencio.

—Sin duda este será un momento transcendental en la historia de Oscuro. Me siento embelesado con mi nueva hija y me genera profunda tristeza que joyas como ella hayan permanecido tanto tiempo ocultas a causa de un ominoso incidente. Pensé que tomar esta decisión me sería mucho más difícil, pero se han esforzado para hacérmelo muy sencillo —dijo e hizo una pausa—, en Oscuro no habrá pena de muerte ni ahora ni nunca —sentenció con voz solemne y bajó del estrado. Gritos de júbilo se escucharon en todo el salón. Nicolás abrazó y besó a su mujer y esta después abrazó a Azucena. El rey se acercó a Lucía.

—No me equivoqué contigo.

—Estoy para servirle, padre —dijo la joven y el rey la abrazó. Los rumores no se hicieron esperar respecto a quienes serían los próximos reyes de Oscuro.

—¿Qué lugares de Oscuro has visitado? —le preguntó Nicolás a Lucía el viernes por la tarde después de cabalgar juntos.

—¿Por qué me preguntas?, ¿viajaremos a algún lado? —preguntó emocionada.

—Quizás, es posible —respondió Nicolás sonriente.

—Conozco muy pocos lugares en realidad: el Valle de Santa María, naturalmente; San Francisco de Asís, aunque Daniel casi nunca me llevaba por ser un viaje tan largo y Santo Tomás Moro por mi tía Mercedes.

—Es una pena que conozcas tan poco de tu tierra. En otras circunstancias, viajaríamos por toda la isla, pero por ahora, los viajes deben limitarse a zonas seguras y ya conocidas.

—¿Y a dónde quieres llevarme?

—Por lo pronto, iremos al teatro.

El teatro era un lugar considerablemente grande ubicado en el centro de Andalucía. Su majestuoso tamaño, también se debía al hecho de funcionar como un museo y una galería de arte. Nicolás había ordenado comprar boletos para la nueva obra en los mejores lugares del auditorio. La representación teatral era una adaptación de la novela El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde de Robert Louis Stevenson. Por una hora, los esposos estuvieron absortos en la representación. Nicolás la volteaba a ver de vez en vez para examinar sus expresiones, y la atención que le prestaba a la obra lo hacía sentirse complacido de haber tomado esta decisión.

En la salida del auditorio se encontraron con Samuel, Julieta, Margarita y Juan. Nicolás los vio y quiso pasar de largo, pero Juan se acercó a ellos.

—Me complace que los célebres esposos hayan venido a ver mi obra.

—Buenas noches —saludó Nicolás. Tenía a Lucía tomada de la mano. Samuel no se atrevió a levantar la mirada para verlos, en especial, a Lucía, quien estaba incómoda por la presencia de Julieta. Después del incidente en el baile de Gustavo Lozano, la relación de Samuel con Nicolás había cambiado. No pudo reubicarlo en otra estación, porque ya con Julieta el Consejo consideró que eran muchos cambios, pero su amistad había terminado. Las mujeres respondieron a su saludo—. Y ya que vinieron a ver mi obra, ¿qué les pareció?, ¿alguna vez habías visto obras de teatro? —interrogó a Lucía.

—El guion es muy fiel al libro original así que no sé qué podría destacar sobre usted, ¿el buen trabajo de los actores y la escenificación?

—¿Así que conoce el libro original?

—Fue uno de los primeros que leí.

—Y supongo que es creyente de esa dicotomía del bien y el mal. En su conmovedor discurso, utilizó a Dios como estratagema. ¿De verdad cree en Dios?

—¿Usted no?

—Dios es un simbolismo. Una idea que nos hace sentir que no estamos solos en este absurdo mundo. El hombre acusa al diablo por sus malas acciones y a sí mismo por las buenas y siempre parece tener una justificación para librarse de sus responsabilidades.

—El hombre tiene una marcada tendencia al mal.

—Entonces, ¿no cree en hombres buenos?

—Creo que los buenos pueden actuar tan mal como Hyde. Conozco a personas muy buenas empeñarse en destruir a quien desconocen por miedo. Ellos no dejan de ser hermosos y bondadosos como el doctor Jekyll, pero al final terminan por patear a la niña como el señor Hyde. Que tengan una buena noche —se despidió y caminó hacia el auto que los esperaba fuera del teatro.

—Ya es suficiente —Nicolás se enojó y la siguió.

Durante el camino la joven permaneció en silencio, estaba agitada por lo ocurrido y el ver a Julieta no le hacía bien.

—¿No vamos para el Fuerte? —preguntó Lucía al advertir que habían entrado a la estación del tren.

—Hoy no —respondió Nicolás con una sonrisa que la animó.

El tren estaba vacío. Lucía siguió a su esposo hacia un vagón muy cómodo que había mandado preparar para ella y el tren se puso en marcha. Recorrieron todo Oscuro, desde las montañas de Babel hasta San Pedro. Las amplias ventanas del tren les permitían apreciar toda la belleza natural de la isla que resaltaba aún bajo la luz de la luna.

—¿Cómo lograste esto? —le preguntó impresionada.

—Pude convencer a los administradores de darnos un tour privado, así tendría usted la oportunidad de conocer más lugares de su isla —respondió, e imitó la forma en que había hablado con ella en Cartagena.

—¡Fue una magnífica idea! —expresó con alegría.

Cuando se bajaron del tren, abordaron otro auto hasta una mansión con vista al mar. El conductor bajó el equipaje y lo llevó hasta la casa.

—¿No vamos a entrar?

—No, la noche es joven y ya que no tienes que irte con tu hermano, quisiera llevarte a otro lugar.

—¿A dónde vamos?, ¿estoy muy elegante para ir allí?

—Excelente pregunta —dijo, y la miró pensativo—. Creo que deberías soltarte el cabello, quitarte los guantes y quizás el abrigo, no los vas a necesitar. Entre más cómoda te sientas, mejor.

—¿Y tú?

—Creo que me quitaré el abrigo —dijo y además se abrió un par de botones de la camisa.

—Falta algo.

—¿Qué? —preguntó Nicolás y ella pasó la mano por su cabello y lo despeinó un poco—. Así te ves más apuesto —añadió, lo que lo hizo sonreír.

San Pedro al igual que Cartagena estaba llena de vida en la noche. Era viernes, así que había fiesta y baile, la cultura caribeña con sus sonidos típicos se sentía en todas partes. Los jóvenes fueron a comer a una terraza frente al mar y después fueron a bailar al ritmo de la gaita y el tambor. Varias personas los reconocieron, pero nadie los molestó, hasta el jefe de la Guardia Real tiene derecho de ir a bailar con su mujer.

De regreso a la casa, decidieron caminar por las murallas cerca al mar. Los guardias, por órdenes de Manuel, los seguían con mucha discreción, tanto así, que los esposos se olvidaban de ellos con frecuencia.

—Construyeron esta muralla porque pensaron que el mal los seguiría, pero el mal germinó aquí —comentó la joven con tristeza.

—Llegas a ser muy persuasiva cuando te lo propones —señaló refiriéndose a su discurso público.

—No hubiera podido hacerlo sin tu ayuda.

—Eres sorprendente. Eres inteligente, sensible, valiente. Todavía no puedo creer que seas mi esposa —dijo abrazándola por la cintura—, desde el momento en que te vi en aquella tierra no pude sacarte de mis pensamientos. ¿Sabes cómo te descubrí en San Francisco?

—¿Cómo?

—Tu cabello —respondió y tomó entre sus dedos parte del cabello que la joven llevaba suelto.

—Así que mi cabello fue el traidor.

—Bendito sea tu cabello que me permitió encontrarte —dijo besándolo, ella lo miró—, y esa mirada tan tierna que tienes. No tienes idea de lo que produces en mí cuando me miras —aseguró y la joven sonrió.

—¿Y pensé que era yo quien había perdido la cordura?

—Hace rato perdí la cordura ante ti —confesó y la besó con pasión.

Nicolás la abrazó mientras contemplaban el mar y así pasaron un cuarto de hora hasta que el frío de la noche los obligó a buscar refugio. La casa todavía estaba en construcción, solo la

habitación principal estaba terminada y había sido preparada para su estadía.

—¿A quién pertenece este lugar? —preguntó Lucía en tanto admiraba la decoración.

—Es nuestro —respondió y ella se volteó a mirarlo sorprendida.

—Pensé que habías desistido de esa idea.

—Dijiste que querías vivir en San Pedro y aquí está nuestro hogar —dijo y Lucía sonrió y se acercó a la ventana principal que tenía vista al mar. La brisa hacía que su cabello se elevara y desnudara su piel. El príncipe se acercó a ella y la besó en la base del cuello y luego un par de centímetros más arriba, como aquella vez en el taller del palacio, hasta llegar a sus suaves labios. Las manos del joven le quitaron el collar que traía, así como cualquier accesorio que le impedía besar con libertad la piel de su amada—. ¡Estoy ardiendo! —exclamó y la ropa le estorbó. Con su torso desnudo le quitó el vestido a su esposa y la guio hacia la cama donde sus inquietos labios le besaron la piel tanto como quisieron.

El roce de sus pieles, sus cuerpos totalmente desnudos, el deseo de unirse cada vez más. Como si en ese momento nada pudiera separarlos, como si la única presión a ejercer fuera la de su pelvis contra la de su esposa, lo único a forzar fuera la entrada al cuerpo de su mujer, el único secreto a revelar fueran sus cuerpos desnudos, la única tensión fuera la de sus músculos y sin pensamiento, ausencia de ellos y preocupaciones. La seguridad que le brindaban los brazos de su amado que la rodeaban y el cuerpo de su esposo que la cubría, como si la protegiera, como si nadie pudiera dañarla en ese instante, permitiéndose sentirse tan frágil, pero a la vez tan protegida. La confianza para desnudarse completamente frente al otro. El placer nunca antes sentido. Un regalo de Dios.

CAPÍTULO XIII

Eran vísperas de navidad, así que el ambiente del Fuerte se llenó de júbilo. El rey adoraba esa época del año: ordenaba decorar cada árbol y construía un gran pesebre en la arboleda, luego elegía a un grupo de niños de todo el reino y rezaba junto con ellos la novena de navidad.

—¡Me encantan estas épocas! —exclamó Marta sonriente mientras ayudaba a Lucía a terminar de envolver los últimos regalos.

—Pero es mucho más trabajo para usted.

—A mí me encanta trabajar.

—Le agradezco por cuidar de mí con tanta diligencia y amabilidad —expresó Lucía y Marta sonrió.

—Es para mí un placer servir a la Corona, no me imagino en otro lugar, ni hacer nada distinto. El rey me ha propuesto largos descansos, pero nunca los acepto.

—¿Por qué?

—Por gratitud. Mi familia fue una de las últimas en llegar a esta tierra —explicó—. Fuimos lo que en otros tiempos llamarían parte de la última jerarquía social, pero a diferencia del mundo exterior, podría decirse que este era el cielo o al menos eso decían mis padres. Nunca sentimos hambre ni sed en esta tierra y nuestro único deseo fue servir. Estaba tan arraigado este deseo en mi padre que fundó la primera y única compañía enfocada en entrenar a personas para el servicio de limpieza. A la muerte de mis padres, mis hermanos y yo nos hicimos cargo del negocio. Yo soy la encargada de coordinar a las demás clientas de la Corona: con frecuencia les doy charlas sobre el servicio, les enseño a ser atentas, responsables, les recuerdo las normas de conducta que deben seguir...

—¡Eso es admirable! —expresó Lucía.

—¿Y sabe qué es lo mejor? Siempre van a necesitar de nuestros servicios —dijo y sonrió—. Yo nunca me he sentido menos en este trabajo. Los reyes siempre han sido muy celosos y quieren que se nos trate como a cualquier trabajador del reino. No cambiaría esta vida ni a esta isla por nada. ¿No cree que es una bendición del cielo?

—Por supuesto que sí —admitió la princesa—, y lo es el conocer a personas como usted —Marta sonrió un poco avergonzada.

En el corazón del rey no cabía más dicha. Fueron muchos los asistentes a la novena y la presencia de Lucía aumentaba su gozo. En noche buena se le sumaron algunos consejeros: María Ignacia García, Ofelia Núñez, Samuel Bravo y María Ester Ramos quien lo había acompañado todos los días de la novena. Gustavo Lozano tenía su propia celebración, algo exclusivo y suntuoso; y Pedro Valencia tenía varios motivos para no asistir.

Después de un espléndido banquete empezó la entrega de regalos a los niños. Nicolás y Lucía repartían en una fila, Azucena y Samuel de Toledo en otra y el rey y María Ester en la fila central. Samuel intentaba mejorar su relación con Nicolás, lo quería como a un hermano y estaba realmente arrepentido de lo ocurrido con Lucía. Mientras tanto, en cada rincón de Oscuro se estaba gestando una guerra de la que parecía haber una silenciosa tregua en nombre de la Navidad.

Una tarde de febrero, Lucía cabalgaba en la arboleda con más destreza que nunca, su práctica constante con Lucero y los frecuentes paseos con su esposo la habían hecho una respetable

jinete. Distraía sus pensamientos con la serenidad de los árboles hasta que escuchó el galope de un caballo acercándose a ella, cuando volteó hacia el sonido, vio a su derecha a Sebastián. Empezó a cabalgar más despacio para no ser grosera; él la imitó.

—¡Buenas tardes! —saludó.

—¡Buenas tardes! —respondió sorprendida y algo nerviosa.

—¿Cómo ha estado su salud?

—Bien, gracias por preocuparse.

—Me enteré por mi hermana que en una ocasión sufrió un desmayo y confieso que me sentí culpable por eso. Mi trato hacia usted ha sido muy distante e incluso abusivo —confesó y esperó en vano una respuesta por parte de Lucía, así que continuó—. El destino de mi familia parece estar atado a la desgracia; todos condenados a una vida solitaria y triste. ¿Sabe algo? No siempre fui como me ve ahora, de hecho, si me hubiera conocido antes, sería mi esposa y no la de Nicolás —añadió sonriente, sin embargo, Lucía se incomodó.

—¿Es mi presencia la razón por la que no frecuenta el Fuerte?

—No, en absoluto. La verdad es que prefiero pasar tiempo a solas. Además, estas tierras me traen a la memoria recuerdos que quisiera olvidar.

—Usted maneja el duelo distinto a sus hermanos.

—Así es. Me parece enfermizo el vivir donde todo ocurrió, donde fue quemada mamá y tantos otros... y donde falleció Silvia.

—Cuando usted sea el rey deberá vivir aquí —señaló.

—Quizás le haga algunas modificaciones —respondió con mejor semblante y ella sonrió. Después la conversación se tornó más trivial: Sebastián comenzó a hablarle de la fecha en que fueron sembrados los árboles, de la iglesia, de su trabajo y en ocasiones halagó el de ella como pintora y aunque refirió no ser vanidoso, no descartaba la posibilidad de pedirle en alguna ocasión que le realizara un retrato.

El Festival de La Llegada, como solían llamarlo la mayoría de los pobladores, era el evento durante el cual celebraban los oscurenses su llegada a la isla. La historia refiere que los primeros pobladores llegaron a finales del mes de enero o a principios de febrero, al no conocer la fecha exacta, se había decidido que se celebraría el 12 de febrero. El festival era celebrado en todas las ciudades del reino. De las provincias llegaban agricultores, artesanos, artistas, cocineros, inventores y muchos otros con el fin de mostrar sus novedades. Asimismo, se realizaban torneos deportivos, como la popular competencia de canotaje en el lago de Andalucía, muestras culturales y demás actividades dispuestas para el entretenimiento.

Aquel día, Nicolás se había encargado de reforzar la seguridad de la isla y el séquito de la familia real. Él se paseaba con Lucía por los alrededores de la plaza, pero estaba atento a cualquier imprevisto. Le hacía feliz lo entusiasmada y atenta que estaba su esposa a todo cuanto ocurría a su alrededor.

—Tengo algo para ti —dijo y acto seguido sacó una bolsita de seda del bolsillo de su abrigo.

—¿Qué es? —preguntó emocionada.

—¡Ábrela! —la animó y ella así lo hizo. El obsequio era un relicario dorado con pequeñas perlas preciosas como ornamento. En su interior estaba reducida la fotografía del mundo exterior que Nicolás le había obligado a entregar.

—¿Cómo?

—¿Te gusta?

—Mucho —respondió conmovida.

—Es para que nunca olvides cómo nos conocimos y que nuestro encuentro fue obra divina.

—Nunca podría olvidarlo —expresó y se puso de puntillas para besarlo en los labios.

—¿Quieres usarlo ahora?

—¿No es riesgoso tenerlo expuesto?

—No todos saben cómo abrirlo —respondió el príncipe con su sonrisa traviesa—, además, no se acostumbra a enseñar el contenido de los relicarios: es privado —añadió y tomó el collar entre sus manos para asegurarlo en el cuello de su esposa.

—¡Luciana, es hora!, ya papá se está cambiando de ropa—interrumpió Azucena.

—¿Tarde para qué? —preguntó confundida.

—¿Acaso...? —dijo Azucena y escrutó la mirada de la joven—. ¡Ay, no! Todo fue idea de papá, por eso me envió a mí.

—¿Qué hizo padre? —preguntó preocupado Nicolás.

El campeonato de esgrima estaba por comenzar. El rey, persuadido por Gustavo, inscribió a Lucía en la categoría de parejas. Margarita era una contrincante experta y agresiva, por algo era la segunda al mando en la Jefatura, era hábil tanto con la espada como con el sable. Había ganado junto a su padre varios torneos con anterioridad y eran de carácter competitivo. No veía el momento de vencer a la nueva princesa.

Se adecuó un espacio en medio de la plaza de Andalucía para la lucha. La princesa fue llevada a un vestidor en lo que Nicolás y Azucena permanecían expectantes, agarrados del brazo.

—¿Padre por qué hizo eso? La van a lastimar.

—Confía un poco más en las habilidades de tu esposa, ella ha entrenado.

—Tú conoces a los Lozano.

—Y por eso deseo que los venzan de una vez por todas.

La contienda comenzó. Habían elegido como arma la espada. La participación del rey y la princesa era más una muestra pública de la fortaleza de la Corona que un deporte, así que las reglas en ocasiones eran pasadas por alto. Margarita era agresiva, pero Lucía era obstinada y de movimientos ágiles; era una competencia bastante pareja. Por otro lado, el rey, quien no era tan talentoso para la lucha como para las letras, demostraba los avances de la práctica frecuente con su hija y tanto él como Lucía doblegaron a sus contrincantes.

—Es la primera vez que ganas un juego de estos, Leonard —señaló Gustavo con cierto disgusto.

—Tuve motivación suficiente —respondió el rey y fue a abrazar a Lucía. Gustavo escondió su enojo y miró a Margarita, quien ni siquiera pudo fingir.

—¡Estuviste asombrosa! Quizás seas tú quien deba cuidar de Manuel —expresó Nicolás y le dio un beso en la mejilla. De repente, se escucharon gritos, un grupo de hombres cabalgaba de prisa; eran rebeldes.

—¡Manuel! —llamó Nicolás y el joven acudió enseguida.

—¡Señor!

—Lleva a Luciana al Fuerte.

—¡Espera!, ¿a dónde vas? —preguntó la joven sujetándolo del brazo.

—Debo hacer mi trabajo —respondió y después de besarla en la frente, se fue.

El rey y Azucena abordaron un auto y Lucía y Manuel otro. Lucía no había tenido tiempo de cambiarse de ropa, pero llevaba puesto el relicario que le había regalado Nicolás, lo tocó y rogó por su seguridad. El ruido de bombas y disparos pronto reemplazó al de los juegos artificiales. Eran alrededor de las cinco de la tarde.

—Te desviaste del camino, Esteban —reclamó Manuel al advertir que se dirigían a las afueras de la ciudad. El hombre se detuvo en un descampado, quitó la llave y corrió alejándose del vehículo.

—¿Qué pasa? —preguntó la princesa nerviosa.

—Nos tendieron una trampa. Los rebeldes deben estar cerca —explicó mientras observaba a su alrededor.

—¡Tenemos que salir del auto!

—No, estamos muy lejos del Fuerte. La ciudad ha de estar sitiada.

—Estoy desarmada.

—¡Ahí vienen!, ¡baje la cabeza! —ordenó Manuel y la princesa lo obedeció. Eran diez jinetes los que se acercaban al auto real.

—Solo dos tienen armas de fuego, los demás tienen espadas —señaló—. La dejaré cerca de la escuela, cuando le indique, saldrá del auto y correrá hasta ahí. Buscará un teléfono y llamará a alguno de estos números —continuó, le dio una tarjeta que sacó del bolsillo de su camisa—. No confíe en nadie y no intente regresar al Fuerte sola.

—¿No vendrás conmigo? —preguntó preocupada.

—Prometo que la alcanzaré en cuanto pueda—. Manuel sacó una copia que tenía de la llave del auto, se sentó frente al volante y condujo de vuelta a la ciudad. Los jinetes los siguieron, pero el joven conducía a gran velocidad, así que, por un momento, los perdieron de vista—. ¡Salga ahora! —Lucía abrió la puerta del auto y corrió. Manuel condujo hacia la plaza, hasta que otros rebeldes lo interceptaron: lanzaron en su camino una granada que al estallar provocó que el auto chocara con un muro. Cuando los rebeldes se acercaron para buscar a la princesa, solo encontraron a su guardia, estaba atrapado y mal herido; los sediciosos, al darse cuenta de haber sido burlados, le dispararon en la cabeza.

Lucía corrió sin descanso hasta que encontró la escuela. El edificio estaba escondido detrás de una pequeña arboleda. Se acercó a la puerta y tocó con desesperación, hasta que una mujer le abrió.

—¡Por favor, le suplico que me ayude! Andalucía está bajo ataque.

—Entre —respondió sin perturbarse. Se trataba de una mujer en sus treinta, de mediana estatura y piel trigueña.

—Soy la princesa Luciana —se presentó.

—Sé quién es usted, Su alteza.

—Gracias a Dios encontré la escuela, temí perderme.

—Sígame, la llevaré con los niños.

—¿Los niños no se han ido a sus casas todavía? —preguntó sorprendida. Nicolás, al temer un posible ataque insurgente, había aprobado que se realizaran la celebración del festival de La Llegada en las escuelas, pero debían estar en sus casas a media tarde.

—Algunos padres no han venido a recogerlos —respondió.

—¿Tiene algún teléfono? Necesito uno con urgencia.

—El teléfono está en la oficina del director. Volveré en un momento —dijo y se marchó con prisa.

La mujer no le había dicho a Lucía donde quedaba la oficina del director, así que se aventuró a caminar por un largo pasillo hasta que la encontró; le fue sencillo reconocerla pues en la puerta estaba escrito en letras blancas «Dirección». Entró sin tocar. Estaba vacía, un abrigo de hombre colgaba del espaldar de la silla del escritorio y sobre este había una placa que señalaba «Martín

Bravo. Director». Descolgó el teléfono y llamó a uno de números que estaban en la tarjeta que le había dado Manuel. Le contestaron directamente de la Jefatura, donde atendió su llamada Samuel de Toledo. La joven le refirió la situación con los detalles que vinieron a su mente en el momento y él prometió ir a buscarla de inmediato.

Al salir de la oficina, a la joven le pareció extraña lo silenciosa que estaba la escuela. Hasta el momento no había visto a ningún niño ni a ningún profesor o directivo.

—¿Y qué le dijeron? —preguntó la mujer asustándola; Lucía no la vio acercarse.

—Vendrán por mí en una hora —mintió. Tenía un mal presentimiento.

—Eso nos da tiempo —dijo y esbozó una sonrisa malévola.

—¿Dónde están los alumnos?

—En el patio.

—¿Y el director y los profesores?

—Ya se fueron, solo estoy yo con los niños que no han venido a buscar —respondió y se escuchó el galopar de unos caballos. La mujer se apresuró hacia la puerta.

—¡Espera!—. Intentó detenerla Lucía, pero era tarde: la mujer abrió y entraron cinco hombres armados con espadas; los demás permanecieron afuera. Resultaba inútil preguntar quiénes eran y qué querían.

—Princesa, es mejor que nos acompañe —dijo uno de ellos. Lucía corrió y se encerró en la oficina del director. Los hombres golpearon la puerta con fuerza y estuvieron a punto de romperla, antes que la joven tuviera tiempo de esconderse bajo el escritorio y abrir la ventana para dar la impresión de haber huido. Estos, al creer que había escapado, salieron de la escuela y enviaron a unos hombres a buscarla por donde creyeron que se había ido.

—¿Dónde están los que nos vamos a llevar? —le preguntó uno de ellos a la mujer.

—Voy por ellos —respondió y se dirigió un salón. Sacó las llaves del bolsillo de su vestido y abrió la puerta. Había siete niños y tres adultos, uno era el director y los otros, docentes. Todos estaban atados de manos y tenían una mordaza en la boca.

—Espero nos den bastante por ellos —dijo el rebelde que había ido con la mujer y entre varios los sacaron del edificio mientras que otros esparcían gasolina en el primer nivel. Una vez fuera, le prendieron fuego y aseguraron con llave la entrada principal.

El edificio empezó a arder y un olor a quemado inundó el ambiente. Se escucharon gritos de auxilio en varios salones y Lucía salió bajo el escritorio. Cuando dejó la oficina vio cómo el fuego se esparcía con rapidez, aunque solo se limitaba a las paredes exteriores. Se apresuró hacia el origen del ruido: un salón encerrado con llave. La joven empujó la puerta con su cuerpo varias veces hasta que logró romper la cerradura. Los niños estaban reunidos en un rincón, completamente asustados.

—¡Salgan! —gritó. Los niños obedecieron de inmediato y salieron del salón.

—Hay más niños encerrados en otros salones —informó una.

—¿Dónde están las llaves? —preguntó Lucía.

—En la oficina del director. Yo se las buscaré —dijo un niño de unos diez años y se fue sin esperar el consentimiento de la princesa.

—Tú, lleva a los demás al patio, salgan por la puerta de atrás, sino está abierta, vienen a informarme de inmediato, pero si logran salir, espérennos allá. Que nadie se vaya, la ayuda vendrá pronto —le ordenó a la niña, ella asintió antes de irse.

A los pocos segundos, el niño regresó con las llaves y la acompañó a abrir los salones.

—¡Vayan al patio! —indicaban mientras los niños corrían.

—¿Hay alguien más aquí? —preguntó Lucía.

—Algunos profesores no se habían ido en el momento en que esos hombres llegaron.

—¿Dónde están?

—No sé. De pronto están en la sala de profesores.

—Yo iré por ellos. Ve con los demás.

—Como ordene, Su alteza —respondió, inclinó un poco la cabeza y corrió.

Lucía se dirigió a la sala de profesores que estaba en el segundo nivel. Estaban inconscientes, la mayoría de ellos tenía la cabeza sobre la mesa, pero otros estaban tirados en el piso. Ella se acercó a verificar su estado y no estaban muertos, aún respiraban. El fuego se extendía cada vez más y tuvo que decidir a quién salvar. Escogió a una joven de su misma contextura y para su alivio, apenas la movió, la joven comenzó a despertar.

—Vamos a salir de aquí —dijo Lucía al acercarse. Apoyó el brazo de la joven sobre sus hombros para levantarla y se dirigió a las escaleras. Durante el camino se le cayó en un par de ocasiones, por lo que decidió dejarla en el piso y arrastrarla por los brazos hasta salir al patio.

—¡Así que aquí estabas, maldita! —gritó uno de los hombres que cabalgaba de regreso. Lucía no intentó huir, era consciente que en poco tiempo irían los guardias por ella, a no ser que éstos la hubieran traicionado también. Los hombres se bajaron del caballo y el mismo que le gritó, le dio un puño en la mejilla que la hizo caer; cuando la joven intentó levantarse para defenderse, la comenzó a patear en el abdomen. Durante los golpes ella se protegió con los brazos, pero no siempre pudo hacerlo—. ¿Te crees muy astuta?, ¿ah?, pues tu guardia real tiene una bala en la cabeza —dijo inclinándose a observar los gemidos de dolor de la joven, pero esta le dio un fuerte golpe con el puño en la garganta.

El hombre quedó de rodillas, intentaba respirar, Lucía le quitó la espada a tiempo para hacerle frente al ataque de otros rebeldes. La cortaron en varias ocasiones, pero ella alcanzó a degollar a dos de ellos antes de recibir disparos en la pierna.

Además del viento, solo se escucharon los sollozos de los niños mientras que la joven intentaba detener el sangrado de su muslo izquierdo. Martín la reconoció e intentó intervenir: temía presenciar el asesinato de una princesa, pero uno de los rebeldes lo golpeó en el abdomen con la empuñadura de su espada.

—¿Cómo pasó esto? ¿Acaso son imbéciles? ¿Por qué rayos la golpearon así, quieren hacer que nos maten? —reclamó uno que acababa de llegar en un ómnibus.

—No importa, de todas maneras, la quieren muerta —respondió Rogelio.

—¿Muerta? A mí me dieron órdenes de llevarla con vida —replicó.

—Pues quien te haya dado aquella orden no es de más rango que Francisco y él me dio instrucciones específicas, así que limpien este desastre que yo me encargaré de ella.

—¿Cómo dice, señor? —preguntó otro.

—¡Estúpido!, que maten a los niños, ¿acaso esa no era la orden? Metan en el bus a los que vinimos a buscar y maten al resto. ¡Háganlo rápido! El fuego ya empieza a llamar la atención.

—¡No! —exclamó Lucía con gemidos de dolor—. Por favor, no. ¡Déjenlos fuera de esto!, ¡déjenlos ir, se los suplico!

—¡Empieza por cualquiera! —ordenó Rogelio y uno de los hombres agarró a un niño de unos siete años y pasó la hoja de la espada sobre su garganta. Lucía comenzó a llorar. Los niños empezaron a forcejear con los rebeldes y algunos empezaron a correr, pero los alcanzaban. Eran alrededor de treinta niños. Aquellos hombres se divertían como si estuvieran en un juego. Era la matanza de los inocentes.

—Esa bala es de parte de Francisco. Ojo por ojo, diente por diente, pierna por pierna —dijo inclinándose frente a Lucía quien veía horrorizada la escena.

—¡Eres un miserable! —gritó con todo el ardor de su ira, Rogelio le dio un puñetazo en la boca. No satisfecho con eso, se levantó y la pateó en el vientre haciéndola retroceder unos centímetros.

Lucía gemía de dolor en lo que sus labios sangraban. No podía levantarse. Veía con impotencia a los niños morir mientras que percibía el olor a quemado que emanaba de la escuela, donde aún se encontraban algunos profesores. Entonces, movida por la rabia, tocó con sus manos la tierra bajo ella y unas ramas ascendieron; inmediatamente les atravesaron el cuerpo a los rebeldes, causándoles una atroz agonía antes de matarlos. Rogelio alcanzó a tomar su arma y estuvo a punto de dispararle a Lucía, sin embargo, Martín Bravo le dio un tiro en la cabeza antes de eso.

La princesa miró la escuela y al cerrar el puño de su mano derecha en el aire, el fuego se consumió.

—¡Luciana! —la llamó Martín en cuanto corría hacia ella. Se quitó la corbata con rapidez e hizo un torniquete para detener el sangrado. Ella lo vio y pensó que se trataba de un sueño, volteó la cabeza y vio a los niños decapitados: fueron siete niños los que terminaron tirados en un charco de sangre. Samuel de Toledo llegó minutos después y se apresuró a auxiliar a la princesa. Había llevado con él una considerable escolta que no pudo ocultar su horror al contemplar la macabra escena. Más personas se empezaban a reunir atraídos por el fuego. Lucía sintió un fuerte dolor en la parte baja del abdomen y se desmayó.

Cuando el rey y Azucena llegaron al palacio notaron que el auto de Lucía no estaba cerca. El monarca se apresuró a llamar a la Jefatura para reportar su desaparición, en lo que Azucena ordenaba a los guardias que regresaran por ella.

Nicolás siguió a la horda de rebeldes. Estos se habían organizado frente a la Catedral de Andalucía, un hermoso templo cuyo origen se remontaba a la llegada de los primeros fundadores de Oscuro. Eran más de cincuenta hombres quienes pretendían lanzar una metralla sobre el templo, algunos abrieron fuego contra los civiles, otros lanzaban granadas al azar. Los guardias reales se desplegaron y los rodearon. Capturaron a quienes iban a lanzar la bomba sobre la catedral y los demás se dispersaron atemorizados ante la ofensiva de la Guardia Real.

Algunos rebeldes habían sido enviados con la misión de tomar rehenes, entre esos, capturaron a Julieta. Pedro Valencia fue apuñalado cuando pretendía defender a su hija, pero no logró evitar que se la llevaran. Cuando Nicolás fue informado de su rapto, reunió a diez de sus hombres y fueron a su rescate.

Los rebeldes la llevaban en un carruaje y ya estaban a las afueras de Andalucía hacia la llegada de Babel. El príncipe y sus guardias los perseguían a caballo. Cuando tuvo oportunidad, Nicolás le disparó al cochero y los animales siguieron sin rumbo hasta detenerse. El rebelde que se había quedado con Julieta dentro del carruaje salió a dispararle, pero el príncipe le disparó en el pecho, matándolo en el acto. Julieta salió del carruaje. Estaba amordazada y tenía las manos atadas, corrió asustada hacia Nicolás y después de desatarla, ella lo abrazó.

Eran casi las diez de la noche cuando Nicolás llegó a la Jefatura. Debió asegurar primero la seguridad de los Valencia y de tantos otros. Estaba agotado, pero no tenía intenciones de descansar.

—¿Qué reportes llegan de los otros estados?, ¿dónde están Samuel y Margarita? —le preguntó a Andrés, aprendiz que sería el reemplazo de Julieta.

—La señorita Margarita no está y el señor Samuel atendió la llamada de la princesa Luciana y fue a buscarla a la escuela; está con ella en el hospital.

—¿Luciana nunca llegó al Fuerte?

—No, Su alteza—. Nicolás palideció.

Lucía despertó a los pocos minutos de llegar al hospital, el dolor era insoportable. La llevaban al quirófano.

—¡Estará bien, Su alteza! —le dijo una médica y ella volvió a perder la conciencia.

Un equipo fue enviado especialmente para la curación de la princesa. El hospital estaba colmado de heridos y el personal médico estaba nervioso y exhausto. Le realizaron todos los exámenes necesarios para descartar lesiones internas, traumas cerebrales y fracturas.

—Me alegra que haya despertado, Su alteza —le dijo la médica cuando Lucía despertó horas después. Para ese entonces, ya le había sido asignada una habitación y se recuperaba.

—¿Estará bien? —preguntó Samuel con preocupación.

—Además de la herida en el muslo, sufrió unas contusiones y algunos cortes que ya fueron tratados, pero debo referirle algo importante —dijo e hizo una pausa, intentaba utilizar las palabras más consoladoras que pudieran conocer. Se trataba de una mujer joven que no llegaba a los cuarenta, una de las mejores en su área—. Lo lamento, Su alteza, pero su bebé no sobrevivió: los múltiples golpes que recibió terminaron con su vida. No fue posible hacer nada para salvarlo, cuando llegó ya...

—¿Bebé? —la interrumpió sorprendida.

—Tenía alrededor de cinco semanas de embarazo. En verdad, lo lamento —refirió—. ¿No lo sabía? —preguntó al observar la expresión de desconcierto en el rostro de la joven.

—No —balbuceó Lucía con lágrimas en los ojos. Aquello aumentó los nervios de la médica y su pesar, pues se trataba de un heredero a la Corona, el primogénito del jefe de la Guardia Real y del matrimonio más querido de todo el reino.

—En verdad, lo siento. Estará bien de salud, el rey está al tanto de todo y aseguraron el hospital. Lo lamento —reiteró la mujer y se marchó, no quería que el nudo que tenía en la garganta la hiciera llorar.

—Lo siento —intervino Samuel.

Lucía estaba en negación, le tomó tiempo asimilar la magnitud de la noticia que le fue dada, pero una vez lo hizo, el dolor llegó.

—¡Tú lo mataste!, ¡tú mataste a mi hijo! —la acusó María Ignacia García al entrar de repente a la habitación. Acababa de ver en la morgue el cadáver de Manuel. Estaba tan exaltada que se acercó a Lucía con intención de golpearla, pero su esposo y su último hijo la detuvieron.

—¡No, se lo juro que no! —se defendió la joven entre lágrimas.

—¿Por qué apareciste? Yo le dije que no te protegiera. ¡Ay, mi hijo!, buscó su muerte. Otro hijo se me va por esta maldita guerra, ¡qué voy a hacer! —profería a gritos la mujer, lo que aturdí a la joven y la hizo empezar a llorar. Alonso, quien era un hombre sensato, se compadeció de la condición lamentable de la joven: si ella hubiera sido la culpable, aquel castigo hubiera sido suficiente. Detrás de ellos estaba Jerónimo, su único hijo, quien lamentaba lo injusto de la situación, pues era partícipe del gran cariño y respeto que le tenía Manuel a la princesa. Tuvo que intervenir un equipo médico y sedarla para sacar a la consejera de la habitación.

—¡Por favor, trate de mantener la calma! —suplicó Samuel cuando se quedaron solos. Lucía se sentía a punto de colapsar, pero no quería estar sedada. Intentó calmarse, aunque no podía parar de llorar.

—¿Qué hora es?

—Falta un cuarto de hora para las diez —respondió al mirar su reloj de bolsillo.

—¿Qué sabe usted de lo que pasó?, ¿qué tan grave es?

—Los rebeldes atacaron varias partes del reino. Fue una masacre, pero pudo ser peor de no haber sido previsto por Nicolás.

—¿Dónde está él?, ¿cómo está? —preguntó, él pensó antes de responderle.

—Estuvo en defensa de Andalucía. Hubo varios raptos, Julieta estuvo entre ellos. Ambos están bien, él logró rescatarla.

—Ya veo —expresó Lucía, él no pudo evitar sentir una gran pena.

Los medicamentos facilitaron que la princesa conciliara el sueño. Samuel permanecía con ella dentro de la habitación y de vez en cuando salía a informarse de lo que ocurría, gracias a los guardias que custodiaban la entrada.

Lo que único que impidió que Nicolás llegara más rápido al hospital, era la distancia que había desde la Jefatura. Antes de entrar, Samuel le informó todo cuando había escuchado de la doctora, incluida la pérdida del bebé.

—Lo siento, Nicolás. En verdad, lo siento —se lamentó dejándolo atónito, pero él solo quería ver a su esposa. Entró en la habitación y Samuel se quedó fuera para darles privacidad.

Nicolás se impresionó tanto al ver señales de golpes en el rostro de su amada que se le salieron las lágrimas. Ella tenía un moretón en el pómulo izquierdo y otro alrededor de la comisura de los labios. Además, algunas zonas de los brazos y antebrazos estaban vendadas.

—¡Amor mío! —llamó acariciándole el rostro, ella despertó.

—¡Nicolás!, ¿estás bien? —preguntó preocupada y él se acercó a abrazarla—. Estaba preocupada por ti.

—Estoy bien —Lucía quiso sentarse en la cama, pero el dolor se lo impidió—. No te fuerces, ¡tranquila! —dijo deteniéndola y obligándola a acostarse.

—Me alegra que estés bien.

—Pensé que estabas a salvo en el Fuerte. ¡Cuánto lo siento! —expresó en medio de sollozos que no pudo reprimir—. Samuel me dijo del bebé...

—Lo siento, perdí a nuestro hijo —dijo envuelta en llanto—. No sabía que estaba embarazada. No pude impedir que los rebeldes lo lastimaran, ¡perdóname! No pude proteger a nuestro bebé.

—Por favor, no te culpes. Estás a salvo. ¡Estaremos bien!

—Mataron también a Manuel y a varios niños.

—Está bien, estoy aquí contigo —la consoló limpiándole las lágrimas—. No te fuerces más, por favor. Necesitas descansar, nos iremos pronto a casa —dijo el príncipe con fingida fortaleza, pero se le desgarraba el corazón con cada lágrima de su esposa. La besó delicadamente en el rostro sobre cada uno de los moretones que tenía.

—¿Te quedarás conmigo?

—Los encontraré a cada uno de ellos, los haré pagar por lo que te hicieron y por la muerte de nuestro hijo —respondió con enojo.

—¡Por favor, ten cuidado! —Nicolás tomó con delicadeza su mano derecha y la besó.

—Debo irme. Intenta dormir un poco más, prometo que regresaré tan pronto como pueda. Estarás a salvo aquí —dijo y la besó en la frente. La joven acarició el rostro de su esposo con ternura y este le dio un tierno beso en los labios.

—¡Vuelve pronto!

CAPÍTULO XIV

Francisco era oriundo de una provincia de San Pedro, llamada Villa Nueva, pero su familia emigró a Babel a causa del empleo de su padre. Desde niño mostró su inclinación a la violencia, aunado a la mala crianza de sus padres, creció como un inicuo. Su padre era un hombre autoritario, dispuesto siempre a usar la violencia fuera o no necesario, incluso la usaba contra su madre y contra él. Francisco, padre, tenía la idea que había rondado en el inconsciente de muchos isleños desde que el padre del rey Leonard había llegado al poder: que los extranjeros no debían gobernar sus tierras.

Los más ancianos, en especial, aquellos que guardaban el rencor de la historia, renegaban que se hubiese escogido como rey a un extranjero, en vez de a un nativo. Francisco, repetía este discurso con frecuencia y criticaba todas las acciones del rey. Le enojaba no ganar más dinero, por hacer menos, y le dolía no haber podido cumplir con las aptitudes requeridas para pertenecer a la Guardia Real.

Para cuando Leonard llegó al poder, el padre de Francisco había fallecido y su madre, temerosa de su comportamiento, se había ido a vivir a Villa Nueva con una hermana. Francisco, por su habilidad para el combate y su férreo carácter fue aceptado en la Guardia Real, fue allí donde vio por primera vez a la reina Ana. Quedó prendado de su belleza, de sus modales y de su sonrisa. Su imagen estaba siempre en su mente, incluso soñaba con ella, por esa razón se ofreció a ser su escolta personal.

Una tarde, mientras la escoltaba en la capilla, respaldado por la soledad en que se encontraba, le dio a beber el agua que la reina siempre pedía llevar con ella. En medio de su oración habitual, la mujer empezó a sentirse mareada. Francisco, quien no la había perdido de vista, fue por ella y cargándola en brazos la llevó al sótano, aquel hombre hizo con ella lo que quiso. Después de lo ocurrido y a sabiendas que no podría repetirlo, volvió a Babel, donde conoció a la que sería la madre de Daniel, una mujer inocente que murió al dar a luz.

Empezó a reclutar rebeldes meses antes de la masacre del 2000, en ese entonces, Gustavo Lozano era jefe de la Guardia Real. En un principio no encontró muchos adeptos en la isla, así que salió a buscarlos; se valió de la poca vigilancia que en aquel entonces había en el portal, para traer del mundo exterior medio centenar de combatientes. Todos eran hombres entrenados en armas que tenían un interés en común: dinero; Rogelio era uno de ellos. A estos hombres les otorgó los más altos rangos entre los insurgentes, pues no tenían pudor ni respeto, estos eran los planeadores y perpetradores de las más grandes barbaries y lo que más le agradaba a Francisco, eran obedientes.

Los oscurenses que se les unieron a los rebeldes fueron engañados con promesas de riquezas desmedidas o con la idea que el rey Leonard, un extranjero, no debía estar en el poder. Como esto no fue suficiente para agrandar su ejército, Francisco empezó a raptar niños y adolescentes, incluso, compró a algunos, aquellos que resultaran útiles para sus objetivos. También reclutaban mujeres, pero estaban destinadas por lo general a funciones de limpieza; sin embargo, algunas de ellas, las más audaces, eran entrenadas y enviadas como espías a las provincias para vigilar a quienes se atrevían a denunciarlos. Aquel que era sorprendido en esto, jamás se le volvía a ver: pues era llevado a «La carnicería».

El 12 de febrero, durante el festival de La Llegada, había planeado el ataque. Su intención

además de generar terror, era expandir su poderío en todo el reino. Un grupo de rebeldes se organizó frente a la Catedral de Andalucía, pretendían lanzar una bomba sobre el templo, pero el jefe de la Guardia Real y sus hombres atacaron a tiempo: los capturaron y recuperaron a los rehenes que habían tomado.

El Valle de Santa María había sido sitiado desde antes del 2000 por rebeldes cuyo campamento estaba en la provincia de Los Robles en la frontera con Babel. La mayoría de los pueblos, especialmente, los del norte, El nazareno y La cordialidad, estaban acostumbrados a pagar la seguridad de su familia a los rebeldes. Además, tenían una desventaja geográfica, pues estos colindaban con el campamento. Con lista en mano llegaron en grupos de cincuenta hombres armados a los pueblos. Estallaron primero los cuarteles y una vez sometida la ley, llevaron a las plazas a los sindicatos de traidores y los degollaron en público.

Llegaron también a la capital para tomarla, con el apoyo de rebeldes que ya se encontraban en ella, camuflados entre la población. Los espías delataron a los guardias y a los colaboradores de la Corona. María, por ser mujer de uno de ellos, ante la llegada de los insurgentes, fue a refugiarse en casa de su padre junto con su hija. El hombre quien creía que, por pagar sus cuotas a tiempo, sería librado él y su familia de los males de la guerra, intentó conciliar con los rebeldes, pero estos empezaron a manosear a la mujer. Cuando Joel se interpuso para que su hija y su nieta huyeran, lo golpearon hasta matarlo.

Julián había sido enviado para la toma de la ciudad. Llegó en horas de la noche entre un grupo de veinte hombres. Al observar y oír todo el horror que habían provocado los rebeldes, se llenó de coraje: con su astucia y la complicidad de la lluvia que perturbaba la visión de los rebeldes, fue de uno en uno hasta matar a diecisiete. Después se dirigió a la estación, donde se habían resguardado María, Emilia y aquellos de la ciudad que no tuvieron tiempo de huir.

Un guardia le abrió la puerta trasera y lo dejó pasar antes de preguntar quién era. Julián les dijo su nombre, les refirió que era un desertor y los alertó de los planes de los rebeldes de lanzar una metralla sobre la estación antes de salir el sol. Muchos se asustaron al escucharlo y quisieron huir de inmediato, pero él los tranquilizó y les aconsejó cómo debían actuar. Ninguno se atrevió a dudar de su noble intención de ayudarlos, nadie se atrevió siquiera a pensar que aquel hombre que había venido con los rebeldes, que estaba vestido como rebelde, era uno de ellos: su sensibilidad, su cercanía, sus modales y su forma de hablar inspiraban confianza.

La lluvia cesó y el sol empezó a revelar los cadáveres que había dejado Julián. Cuando los rebeldes lo advirtieron, guardias reales y civiles ya los rodeaban, tal como habían planeado. Todos tras un único objetivo: que no lanzaran la bomba.

Julián llegó al frente de batalla y se enfrentó a espada con cinco hombres, pero uno de ellos sacó un arma de fuego y le disparó. Todas las balas que tenía el arma reposaron en el cuerpo de Julián. Cuando el joven cayó, más personas se unieron a la batalla: aquellos que estaban resguardados en sus casas salieron de sus escondites y utilizaron todo aquello que sirviera como arma para atacar a los rebeldes. Julián miró al cielo, estaba confundido, sin embargo, no se resistió a la muerte que lo llamaba.

En medio del desorden posterior a la guerra, ocurrió una terrible equivocación: los guardias, al ver la vestimenta que usaba Julián, lo catalogaron como rebelde y se le ubicó al lado de aquellos que él mismo había asesinado. Uno de los guardias reconoció su rostro y llamó a Miguel, un investigador de la Jefatura, el cual le ordenó discreción.

En San José, el objetivo era aún más ambicioso. Los rebeldes estallaron por segunda vez la fábrica de armas que estaba en la capital. Fernando estaba de turno y resultó gravemente herido.

El campamento de Vista hermosa ese día se extendió dos provincias: La Milagrosa, donde estaba el convento de clausura y La Providencia.

El encuentro fue dramático. El mismo *modus operandi*: con lista en la mano, sacaron y mataron a los traidores y guardias. Cien hombres mataron y violaron a muchas mujeres. Su intención era manchar la pureza de las clarisas, pero la edificación era fuerte, y, por el contrario, las religiosas abrieron sus puertas para acoger a casi un tercio de la provincia. Los rebeldes lanzaron varias metrallas al convento, pero todas se desviaban o se devolvían. La gente en medio del asombro, se sentía segura, no obstante, aunque si bien todo era obra divina, se hacía por la intervención de una centinela: la madre Bernarda.

Los guardias reales no pudieron avanzar, Francisco ganó ese territorio y muchos permanecieron encerrados en sus casas. Unos lloraban a sus hijos muertos, otros llenos de indignación lloraban por no haber defendido a sus mujeres, otros habían tomado las armas por obligación; por tanto, mientras la lluvia caía, muchos lloraban.

En San Francisco de Asís, los rebeldes no tuvieron éxito. En la provincia de La Arboleda, durante la realización de una boda, llegaron y dentro del templo empezaron a disparar contra los asistentes. Degollaron al sacerdote en medio del altar, mataron a seminaristas, guardias y religiosos, sin embargo, Nicolás había ocultado entre seminaristas y estudiantes, a hombres entrenados en armas y estos les hicieron frente a los rebeldes que se venían en un grupo de veinte hombres a tomar la provincia. La imagen de Jesús cayó mutilada en medio de los escombros; el Cristo crucificado, sin brazos, ni piernas y sin cruz. Aquella noche llovió mucho.

Miguel, un hombre soltero, de unos cuarenta años, de mediana estatura, piel clara y carácter flemático, condujo a Nicolás a la morgue del hospital de Andalucía. Efectivamente, el cadáver coincidía con el dibujo de Lucía, era Julián. El príncipe, abrumado por tan diciente suceso se marchó al Fuerte y aprovechó la ausencia de su esposa para revisar sus pertenencias. Encontró en su maleta un comunicador de radio como los que usaban los rebeldes y se sintió devastado.

Cuando llegó al hospital, Sebastián estaba ahí, Nicolás lo siguió con prisa y lo vio entrar a la habitación de Lucía. La joven se asustó al verlo, estaba furioso.

—¡Hable o juro que la mato! —la amenazó al empujar sus hombros con fuerza sobre la cama.

—¿Qué sucede?, ¿qué quiere que diga? —preguntó Lucía confundida. Nicolás entró a la habitación y tras empujarlo lo hizo retroceder.

—Encontraron a uno de sus hermanos muertos. Era un rebelde.

—¿Qué dice? —preguntó sorprendida—. ¿A quién se refiere?

—A uno llamado Julián —respondió y Lucía no escuchó el resto. Julián estaba muerto. Nicolás y Sebastián discutieron hasta que el primero terminó por convencerlo de irse de la habitación.

—¿Dónde está? —quiso saber—. ¿Dónde está? —preguntó con más energía.

—Está en la morgue —respondió Nicolás.

—¡Llévame con él! Por favor, ¡te lo suplico! —. Nicolás la ayudó a sentarse en una silla de ruedas y la llevó a la morgue. Durante el recorrido Lucía estuvo en silencio, mantenía la esperanza que Sebastián estuviera equivocado; rogaba a Dios porque así fuera.

Sus esperanzas se esfumaron cuando Nicolás reveló el rostro de un cadáver.

—No, no —murmuró y se intentó poner de pie, pero cayó de rodillas y empezó a llorar amargamente. La herida de la pierna le empezó a sangrar, pero ella parecía no advertir el dolor. El príncipe quiso ir hacia ella y consolarla, pero se contuvo, no quería parecer débil ante ella de nuevo.

—Sabías lo que hacían. Me mentiste —la acusó.

—No —respondió en medio del llanto—. Ellos estaban secuestrados.

—¡No mientas más! —respondió con ira contenida, para evitar levantar la voz y no llamar la atención—. Ya murió uno de tus hermanos, di por primera vez la verdad.

—Esto es mi culpa, no debí salir de la cabaña. ¡Esto es mi culpa!, ¡murió por mi culpa!—. Lloraba.

—Es hora de irnos —anuncio Nicolás y la intentó levantar para sentarla en la silla.

—No, no. No puedo dejar a Julián solo. ¡No!, ¡suéltame! —lo rechazó y con dolor se levantó y se acercó al cadáver.

—¡Basta! Te estás lastimando —señaló con un poco más de clemencia.

—¡Despierta, hermano! —llamó mientras sacudía el cadáver de Julián—. No me hagas esto, perdóname. ¡Por favor, abre los ojos! Sé que estás molesto conmigo, pero por favor, despierta. ¡Despierta, Julián! —añadió entre gritos y lágrimas y recostó su cabeza sobre el pecho del joven.

—Me encargaré del funeral y de entregar el cuerpo a sus familiares.

—¡No puedes enterrar a Julián! ¡Aléjate! No lo vas a lastimar —empezó a gritar, protegía el cadáver de su hermano—, nadie lo va a lastimar, no lo pueden lastimar.

—¡Es suficiente! Nos iremos al Fuerte de inmediato.

—¡No! No lo dejaré solo, no me vas a apartar de él —gritó Lucía y empezó a forcejar con Nicolás quien la intentaba separar del cadáver, hasta que se desmayó por el dolor.

Cuando Lucía despertó estaba en su torre. Poco a poco los recuerdos volvieron a su mente y con ellos el dolor y las lágrimas.

—¡Su alteza! —exclamó Marta quien estaba sentada en una silla junto a la cama y salió en busca de Nicolás.

Cuando el joven entró, la mujer abandonó la habitación.

—Quiero que te calmes y me digas todo lo que sabes —exigió. Lucía se sentó sobre la cama con dificultad.

—Debes creerme, Julián no era un rebelde. Francisco se los llevó, los tenía secuestrados.

—¡Suficiente! ¡No mientas más! He sido un estúpido por creerte, todos tenían razón. Tú debiste saber quién era yo en aquella tierra, todo fue un plan para engañarme. Trabajaban para ellos todo este tiempo.

—No, debes escucharme —se defendió con lágrimas en los ojos—. Así no son las cosas. Por favor, por nuestro amor, déjame explicarte.

—¿Por nuestro amor? Por este estúpido sentimiento es que no te he tratado como te mereces y te he enviado a la cárcel, donde deberías estar. Eres la peor persona que he conocido en mi vida, ¿cómo pudiste jugar conmigo así? Utilizaste lo frágil que estaba emocionalmente para hacer que te amara —dijo en tanto lloraba de enojo y dolor.

—No es así, Nicolás —intentó explicar al verlo sufrir de esa manera.

—¡Te prohíbo que me vuelvas a llamar por mi nombre! —gritó.

—¡Estás equivocado! El dolor te ciega.

—Perdimos a un bebé —Nicolás lloraba—. ¡Habla de una vez! ¿Quién te envió y cuál era tu objetivo?

—Solo hablaré en presencia del rey y Azucena —manifestó después de concluir que Nicolás no estaba en condiciones de escucharla. Él se enfureció más.

—Bien, les pediré que vengan —accedió y abandonó la habitación tras cerrar la puerta con violencia. Lucía lloró.

El rey acababa de regresar al palacio. Había tenido una reunión en el Capitolio con el Consejo sobre el incidente del día anterior. Azucena, por su parte, en el estudio del rey se ponía al tanto de los daños que habían sufrido sus estudiantes y redactaba las cartas que debían enviarse a los visitantes. Ninguno de los dos se había enterado, pero Lucía estaba en el palacio. Cuando Nicolás los buscó, dejaron sus pendientes y subieron a la torre de inmediato. Marta le ayudó a Lucía a limpiarse un poco.

—¡Hija! —exclamó el rey. Se acercó a ella sentándose en la silla que había dejado vacía Marta y la tomó de las manos— ¡Cuánto lo siento! —añadió conmovido.

—Gracias Marta, puede retirarse —dijo Nicolás y la mujer cerró la puerta tras ella—. Julián, uno de sus hermanos, fue encontrado muerto hoy. Hacía parte de los rebeldes.

—¿Qué dices? —preguntó sorprendido el rey y la joven dejó caer una lágrima.

—Puedo explicarlo todo, señor. Confíe en mí, se lo suplico.

—Te escucho, hija.

—La noche en que mataron a mi padre, yo apuñalé al hombre que lo hizo; su nombre es Francisco. Aquel hombre me llevó a un campamento rebelde donde le ordenó a Daniel asesinarme, pero en cambio, él se escapó conmigo y con Amanda. Encontramos a Felipe, Alejandro e Isabel en San Pedro, un hombre se los confió a Daniel y en San Francisco vimos por primera vez a Julián —dijo y se le salió una lágrima—, estaba escondido en la selva, cerca del río. Daniel nos llevó a todos a la cabaña donde hemos vivido todos estos años, escondiéndonos tanto de los rebeldes como de la Corona y aprendimos a defendernos por nuestra cuenta. Fue en la cabaña donde encontramos por primera vez objetos del mundo exterior.

—Entonces sí sabían que había un mundo exterior antes de encontrar el portal —concluyó Azucena—. ¿Por qué mintieron?

—No sé por qué Daniel lo hizo, pero no era correcto desmentirlo. Nosotros salimos de la isla dos veces y solo Daniel y yo: la primera vez, duramos unas pocas horas y la segunda, duramos seis días que fue cuando conocí al príncipe; a Daniel no le gustó el lugar y decidimos quedarnos aquí.

»Tras la divulgación de la noticia de mi aparición, Francisco nos descubrió. Asumió que nos habíamos quedado en la cabaña, secuestró a mis hermanos y mandó a Daniel por mí con la condición de llevarme a Babel o los mataría. Cuando llegué allá lo vi por segunda vez en mi vida, es un ser despreciable y vil. Me pidió que matara al príncipe Nicolás con quien estaba ya comprometida en matrimonio a cambio de la vida de mis hermanos. Yo jamás iba a hacer lo que me pidió y estoy segura que él tampoco creyó que lo haría, porque ordenó a los rebeldes matarme y se vengó por su pierna —dijo tocándose el muslo—, de no haber sido por Martín Bravo, hubiera muerto.

—Encontré entre tus pertenencias un radio. Los rebeldes los usan para activar explosivos.

—Los encontramos en la cabaña —respondió—, los usábamos cuando debíamos separarnos. Amanda lo envió con mis cosas. Nosotros teníamos un plan: Felipe iba a ir por ellos y los traería hasta el Fuerte; pensamos que el rey podía protegernos de Francisco a cambio de la información que pudieran conseguir. Felipe me dijo que los había encontrado en Babel en un campamento cerca de la provincia de Santa Cruz y que había hecho contacto con un rebelde para infiltrarse. Se supone que ya deberían estar acá, y si Julián está muerto... —dijo y se le cortó la voz— no sé qué pasó con los demás.

—Entonces nos mentiste todo este tiempo —concluyó Nicolás decepcionado—. Yo tenía razón desde el principio, incluso me hiciste sentir culpable cuando me descubriste en la búsqueda

de tus hermanos. Los dejé de buscar por ti, dejé de investigar como muestra de amor por ti. ¡Jugaste conmigo! —la acusó.

—Ni mis hermanos ni yo somos rebeldes —reiteró—. Desconozco lo que sucedió, pero Julián no hubiera lastimado a nadie.

—¿Cómo es que todavía lo defiendes? ¿De verdad era tu hermano o era tu amante?

—¡Nicolás! —exclamó Azucena para callarlo. Lucía lloró.

—Acordé con Daniel que, si no estaban aquí antes de marzo, yo le confesaría todo al rey, aunque eso significase su muerte —explicó.

—Entonces, de no haber encontrado a tu hermano muerto, habríamos tenido que esperar hasta el mes entrante para conocer la verdad—. Nicolás le dio la espalda e intentó calmarse, estaba demasiado enojado. Luego se volvió a mirarla—. Los rebeldes en la escuela fueron asesinados con una aparente magia: fueron empalados y el incendio de la escuela se consumió de repente sin explicación aparente. Los investigadores y periodistas especulan que tuvo haber sido un místico, ¿fuiste tú?

—Sí —confesó mirándolo a los ojos—. Fui yo quien los asesiné —dijo con desprecio hacia sí misma y dejó caer una lágrima. Los presentes estaban sorprendidos—. Ni siquiera sabía que era capaz de hacer eso. Heredé el don de mi madre, después del misterioso accidente de mi abuela, ella procuró esconderme, me educó de forma estricta para que nunca nadie lo supiera—. Azucena, quien estaba de pie, caminaba de un lado a otro.

—¿Quién más sabe de tu don? —preguntó.

—Creo que Francisco sospechó de mí y por eso me raptó, porque Daniel y Amanda también sabían. Además, la señora Dominga, su abuela, también lo sabe. Ella conoció a mi abuela, me pidió que sanara a Damián y me prometió mantener el secreto —respondió y la sorpresa de los presentes fue aún mayor. Nicolás ya sabía esto.

—¿Por qué no te sanaste a ti misma? —preguntó.

—¿Crees que de haber podido hacerlo hubiera permitido que lastimaran a mi bebé? —lo cuestionó con lágrimas en los ojos—. No podemos sanarnos a nosotros mismos.

Nicolás se estremeció, quiso dejar de atacarla, pero de nuevo el enojo se apoderó de él y continuó:

—Ese que llamas hermano, es un miserable, es evidente que te usó. Vivías en una cabaña, cuyo dueño nunca apareció porque quizás fue asesinado por él mismo, y casualmente estaba cerca de un portal. Creciste bajo la guía de un rebelde que además te enseñó a pelear, ¿cómo sobrevivieron estos años?, ¿de dónde sacaban el dinero?, ¿hacías crecer naranjos en el jardín? —preguntó con sarcasmo.

—No sé de dónde sacaba el dinero Daniel y tampoco sé quién era el dueño de la casa —se defendió Lucía—. Él solo me dijo que conoció al que vivió allí y que la había abandonado. Las cosas no son como las planteas. Fui yo quien encontré el portal, veo cosas que los hombres comunes no ven, nunca hubo un mapa, yo fui quien marcó el lugar del portal después de encontrarlo para fingir ante mis otros hermanos.

—Cada cosa que dices es peor que la anterior. ¿Qué más puedes hacer?, ¿embruja a las personas?—. Lucía no pudo evitar llorar por la forma en que la trataba su esposo.

—No entiendes la magnitud de esto, Nicolás —intervino Azucena de nuevo—. Si se enteran que ella es una mística la van a asesinar y no solo Francisco. Todo tiene sentido, ese maldito quiso usarla y al no poder hacerlo, le temió y la mandó a asesinar.

—Son solo especulaciones basadas en el testimonio de una mentirosa— respondió con

desprecio.

—Nunca he lastimado a nadie en mi vida —levantó la voz con enojo— no soy una asesina. Lo único que aprendí es a sanar personas y son las únicas veces que he utilizado este don. No lo controlo y no hay nadie que me enseñe. Júzguenme de acuerdo con la ley, ya sea como princesa, rebelde o mística, me van a asesinar de todas formas —continuó resignada—, solo le pido, señor —dijo al mirar al rey—, que reciba a mis hermanos en el Fuerte si llegan a venir. Se los debo.

—¿Cómo te atreves a pedirnos que recibamos más rebeldes? —preguntó Nicolás con evidente enfado.

—Las únicas pruebas contra ella son el cuerpo de su hermano vestido como rebelde y la radio que encontraste entre sus cosas —dijo Azucena—. Todos sospechábamos que ella pudiera ser una mística y tú seguro ya lo sabías —escrutó a Nicolás—. Las investigaciones no han terminado. Si sus hermanos llegan, necesitaremos interrogarlos. Además, no hay duda, los rebeldes quieren asesinarla.

—Tienes razón —intervino el rey—. Por ahora manejaremos esta información con discreción. Sin embargo, lo correcto será que permanezcas en el palacio hasta que Nicolás termine de hacer las investigaciones pertinentes.

—Sus órdenes eran asesinarme. No permaneceré cerca de ella —alegó Nicolás.

—Yo no te lastimaré jamás —se defendió Lucía.

—¿Cómo podría estar seguro? Todavía no es 30 de mayo. ¿Debería esperar a ver si decides asesinarme? —Lucía bajó la mirada y lloró. Nicolás pensaba que mentía y estaba tan enojado que no soportaba verla.

—Es suficiente, Nicolás —interrumpió el rey y se puso de pie—. Hablaremos en mi estudio. Azucena fue hasta Lucía y le estrechó la mano.

—Por tu seguridad y la de la familia real es mejor que ninguno esté cerca de ella —señaló Nicolás, Azucena lo miró—. Es una orden —reiteró.

—Padre... —quiso replicar Azucena, pero el rey asintió. Ella se alejó de Lucía y mirándola con pesar salió de la habitación. La joven no se atrevió a levantar la mirada, lloraba. El rey volvió a verla y aunque quiso consolarla, dejó la torre. Nicolás ni siquiera volteó a mirarla antes de irse.

Después de aquella conversación, Lucía no abandonó la torre. Apenas entraba Marta a asistirla en sus necesidades y una enfermera a curarla. Marta no pudo evitar verla con pesar, observaba a la joven que se quedaba con la mirada hacia el balcón por largo tiempo y aunque en varias ocasiones pasó por la mente de Lucía la idea de lanzarse de ahí, jamás lo intentó, pues sentía que no era suficiente castigo para ella; sin embargo, la mujer procuró no dejarla sola ni un minuto, acción que el rey respaldó al comentarle sus preocupaciones.

Azucena y el rey no fueron a verla, sin embargo, estaban pendientes de su estado. Por su parte, Nicolás, no había regresado al Fuerte desde el día del doloroso interrogatorio. Pidió que le fuera llevada parte de su ropa a la Jefatura y se registró en un hotel, situación que conocía y aumentaba más el dolor de Lucía. Samuel de Toledo al igual que Martín Bravo se informaron por Nicolás de su estado de salud y planeaban visitarla cuando fuese prudente.

El sábado por la mañana, Lucía quiso bajar al taller. Marta la ayudó a sentarse en una silla de ruedas, la llevó hasta el ascensor y luego hasta el salón, donde permaneció horas frente a la pintura de su familia que estaba expuesta en la pared central.

Nicolás le había prohibido las visitas, sin embargo, Julieta y Margarita fueron a verla. Había muchas personas ese día en el Fuerte, pues el rey estaba en el Capitolio, reunido con los

consejeros y Azucena. Marta, quien creyó que en el taller estaría a salvo, se fue y dejó a la joven a solas con las mujeres.

—Buenas tardes, Su majestad —saludó Margarita. Julieta la miró compadecida de su estado físico.

—Buenas tardes, ¿a qué debo su visita? —preguntó tajante. Margarita se dirigió a la puerta y la aseguró.

—Eso lo dice todo —expresó resignada—. ¿Quién desea preguntar primero?

—¡Cómo puedes tener esa actitud después de lo que pasó! —exclamó Julieta—. Uno de tus hermanos estaba con los rebeldes, ¿cómo explicas eso? Ya es claro el motivo por el que Nicolás se casó contigo. ¿Qué planeas?

—¿No es el trabajo de Nicolás investigar eso? Si su visita no tiene otra motivación más que esta, me retiro —respondió y se acercó a la puerta donde la esperaba Margarita.

—Lo siento, Su alteza, todavía no obtengo lo que vine a buscar —dijo tras sacar un puñal de su bolsa—. Francisco quiere tu cadáver —añadió. Julieta se asustó.

—¿Qué haces Margarita? —la cuestionó nerviosa en lo que Lucía retrocedía y Margarita la seguía, alejándose de la puerta.

—¡Corre! —le gritó Lucía a Julieta. Margarita la miró y pensó en detenerla, pero Lucía le lanzó a la cabeza un caballo ornamental que reposaba sobre un estante, la mujer, enojada fue hasta ella y la empujó con fuerza de la silla. Margarita se acercaba y la joven intentaba retroceder arrastrándose; pero era inútil, estaba atrapada. Cuando estuvo cerca de Lucía, Margarita se inclinó y le lanzó una puñalada al pecho, pero ella la detuvo con sus brazos—. ¡Detente! —le suplicó. Margarita rio. Intentó clavar con fuerza el puñal, pero Lucía se giró y se enterró en la alfombra. Lucía intentó alejarse, pero en cuestión de segundos Margarita tomó el puñal y la apuñaló dos veces en el abdomen, cuando quiso herirla en el pecho, Lucía levantó sus manos con las palmas abiertas hacia ella y la empujó hacia la chimenea sin siquiera tocarla. Margarita se golpeó la cabeza y perdió el conocimiento igual que Lucía.

Esa misma mañana Miguel le presentó a Nicolás un informe. Trataba de Julián y de lo sucedido con Lucía en la escuela.

—De acuerdo a las declaraciones de los testigos, el joven fue un héroe. Él llegó en el tercer grupo enviado por los rebeldes, al ver la situación, dejó las filas y empezó a atacarlos. Alentó a defenderse a quienes estaban resguardados en la estación, unos lo describen como un héroe, otros como un ángel, incluso María y Emilia, la familia de Joaquín, están entre los testigos. Además, dejó una carta a una de las mujeres, es para la princesa —relató Miguel y Nicolás quedó pasmado. Extendió la mano para tomar el papel que Miguel le ofrecía y la abrió con prisa.

Querida Lucía,

Si lees estas líneas es porque ya no estoy contigo, ni lo estaré más, por lo menos en esta vida. Lamento que las cosas hayan sucedido así y que no hayamos podido compartir más tiempo, sin embargo, creo que el tiempo que viví contigo no pudo ser más feliz. Eras la alegría de la casa, mi mejor alumna, mi compañera de aventuras y mi amada. Nunca hubo una joven en La Arboleda, esa mujer a la que le entregué las cartas que tu leíste, eras tú, aunque eso nunca lo sospechaste, ni yo me atreví a confesártelo.

Cuando te encuentres con Daniel dile que lo perdono, él tuvo la oportunidad de hacer que estuviéramos juntos y te entregó al príncipe. Él era el único que conocía mis sentimientos por ti y nunca te lo confesó, incluso aunque te pedían por esposa. Ni siquiera me dio la oportunidad de conocer tu respuesta.

Sé que debes estar asustada y sentirte culpable por lo que sucedió, pero si tú no hubieras insistido en ir a aquella tierra y el príncipe no te hubiera conocido, no estaría yo aquí, mucha gente estaría muerta y yo no habría cumplido con mi destino. Ahora tienes que cumplir el tuyo. Tardé en aceptarlo, pero tu vida está unida a la del príncipe, he seguido de cerca lo que dicen las noticias de ti, no es casualidad ni mucho menos un castigo el que seas una princesa, naciste para serlo. Siempre supe que habías nacido con el poder de cambiar vidas y de tocar los corazones más duros.

Solo Alejandro y yo fuimos asignados a estas misiones. Él fue enviado a San Francisco de Asís. Daniel se quedó con Amanda e Isabel en el campamento a unos kilómetros de la provincia de Santa Cruz en Babel. Espero que Felipe haya logrado infiltrarse. Si todo sale bien, en unos días llegaran al Fuerte. Es hora de decirle la verdad a tu esposo.

Con amor, mi última carta.

Julián.

El príncipe mudó de color después aquella lectura.

—La princesa salvó a esos niños de ser quemados por los rebeldes —continuó Miguel—, sacó a una de las profesoras de la escuela casi a rastras. Actuó de manera admirable, todos los relatos sobre el incidente coinciden.

—¡Es inocente! Decía la verdad —exclamó aliviado y arrepentido—. ¿Sabes algo de sus hermanos?

—No, todavía sigo sus pistas.

—Confío en que tratarás este tema con mucha discreción.

—Por supuesto que sí.

—Debo ir de inmediato al Fuerte. ¡Dios mío!, ¿qué he hecho?

Cuando el auto real entró hasta el Fuerte, una ambulancia salió. Nicolás se preocupó y le ordenó al conductor que avanzara con rapidez hacia el palacio. La puerta principal estaba abierta. El príncipe entró con prisa y observó a varias personas frente al taller de Lucía: el rey con tristeza le murmuraba algo a María Ester Ramos; Ofelia Núñez y Samuel Bravo lucían preocupados y Pedro Valencia estaba junto a Julieta quien sollozaba nerviosa.

—¿Qué sucedió? —preguntó el joven sin saludar. Julieta lo miró.

—¡Lo siento, Nicolás! No sabía lo que ella quería hacer.

—¿De qué hablas? —preguntó y sin esperar una respuesta entró al taller. Encontró un cuerpo cubierto con una sábana blanca. Empezó a llorar. Sus movimientos se hicieron lentos, se arrodilló en el piso y al descubrirlo, vio que se trataba de Margarita. Quedó aún más confundido. En el otro extremo de la habitación, estaba la silla de ruedas de Lucía vacía y a su lado, la alfombra manchada de sangre, pero no había ningún cuerpo. El joven salió en peor estado que en el que entró, gruesas lágrimas caían por su mejilla. Miró a su padre—. ¿Está muerta?

—Salió de aquí con signos vitales —respondió el rey.

—Hay demasiada sangre en la alfombra, por favor, dime la verdad.

—Salió con vida de aquí —reiteró el monarca sumamente preocupado, Nicolás se apresuró a salir del palacio. Su padre quiso detenerlo, pero sabía que eso no tenía sentido.

Subió al auto real que aún estaba estacionado afuera del palacio y se fue al hospital. Estaba consternado, no pensaba con claridad. Lloraba. Recordaba todos los ataques que profirió contra Lucía y se sentía miserable. No sabía qué haría si la joven moría, la sola idea de perderla le agujoneaba el corazón. Pensaba en su última conversación, en lo cruel que fue con ella, el hecho de no querer verla y en la posibilidad que sus deseos hayan sido escuchados.

El conductor no respetó los límites de velocidad de la ciudad para llevar al esposo a su destino. Al llegar, le informaron que la joven todavía estaba en cirugía. Se sentó en la sala de espera impaciente. Una hora después, un médico salió a informarle que la cirugía había terminado y que Lucía estaba en cuidados intensivos.

—Perdió demasiada sangre, señor. Tuvimos que hacerle varias transfusiones. Las heridas fueron profundas... tuvo un paro cardíaco durante la cirugía... está muy débil. Estará en observación permanente —dijo el hombre ante el rostro angustiado del esposo que solo era capaz de entender fragmentos de lo que se le decía.

—¡Necesito verla! —suplicó.

El príncipe fue dirigido hacia la habitación donde estaba Lucía. Tenía una máscara de oxígeno y muchos aparatos a su alrededor.

—¡Lucía! —la llamó acariciándole el rostro—. Amor mío, ¡por favor, despierta! —suplicaba en medio de sollozos—. ¡Perdóname!, ¡por favor, perdóname! Me equivoqué—. Lloraba.

La noche llegó y la joven no mostraba mejoría. El rey había perdido el apetito y esperaba en su estudio la noticia del fallecimiento de su nuera. Intentaba ser optimista, pero parecía que la desgracia estaba apegada a su familia. Miró el reloj que le había regalado y en el reverso había una inscripción «Para mi padre», se sintió culpable por haber dudado de ella. Incapaz de soportar tanto dolor, fue a la Capilla a orar. Azucena lo acompañó.

CAPÍTULO XV

El miércoles 19 de abril del 2000, pasadas las once de la noche tocaron a la puerta de la casa de la familia Santacruz Vega. Llovía tan fuerte, que había poca visibilidad. Joel se asomó por la ventana de su habitación y vio dos hombres entrar a la fuerza en casa de su vecino, él ya sabía quiénes eran y qué querían, pero no avisó a nadie; nadie nunca lo hacía. Diego Santacruz, sorprendido ante la llegada inoportuna de los hombres, fue hasta la cocina y se armó con un cuchillo, pese a no tener conocimiento de defensa.

—¡Váyanse de mi casa! No pagaré lo que me piden. No les debo nada —gritó el hombre despertando a su hija, quien corrió rápidamente y bajó las escaleras.

—Haz lo que te pedimos y vivirás en paz. Te va muy bien con el trabajo que hasta piensas comprar una finca, ¿no? ¿Por qué no eres más generoso? —preguntó Francisco. El otro hombre, era igual de alto, pero más joven. El sombrero y el pañuelo blanco que usaba solo dejaba ver que tenía el cabello castaño y los ojos cafés.

—¡Papá! —gritó la niña e intentó acercarse, pero su madre la agarró fuerte del brazo mientras suplicaba a Dios por la vida de su marido.

—Tienes una linda hija —dijo el hombre mayor.

—Ni te atrevas a mirarla, engendro del demonio —respondió Diego—. ¡Largo ya de mi casa o llamaré a los guardias!

—Hay que dar ejemplo, enseñarles cómo respetar —dijo Francisco a su acompañante y desenvainó su espada, atravesó el cuerpo del hombre en varias ocasiones ante los ojos de su hija y su mujer.

—¡Nooooo! ¡Papá! —gritó la niña desesperada y con fuerza se zafó de los brazos de su madre, quien lloraba, la niña corrió hacia el cuerpo moribundo de su padre. Tocó sus heridas y cerró los ojos con fuerza, pero cuando los abrió, su papá había dejado de respirar.

—No funcionará, ya está muerto. No funciona con los muertos —comentó Francisco. Lucía, con las manos aún manchadas de sangre, cogió el cuchillo que el padre tenía todavía en su mano y se lo clavó con toda la fuerza de una niña de siete años en la pierna a aquel asesino.

Francisco gimió de dolor, no esperaba esa reacción por parte de una niña. Se sacó el cuchillo de la pierna y la abofeteó con tanta fuerza que la hizo perder el conocimiento. Sacó un pañuelo de su bolsillo y lo amarró con fuerza alrededor de la herida que sangraba para así detener la hemorragia.

—¡Toma a la niña! —ordenó Francisco y el joven la cargó en brazos. Amelia estaba tan turbada que no era dueña de sí.

—¡No, mi niña no! ¡Por favor, no! —suplicó e intentó detener la marcha del joven, pero Francisco la empujó contra la pared y tras el golpe cayó inconsciente.

Al día siguiente, temprano por la mañana, llegó Matilde para ver qué había ocurrido la noche anterior. Ella era una mujer generosa y atenta, estaba siempre pendiente de la joven pareja y de Lucía. Al encontrar la puerta entreabierta entró sin permiso y gritó al ver la escena: el cuerpo del hombre yacía en la sala, muerto, y la mujer, desmayada.

Los vecinos auxiliaron a la familia. Amelia fue llevada al hospital y el cuerpo de Diego a la morgue; empezó entonces la búsqueda de Lucía. El vecindario entero se enlutó, la tristeza embargó a los habitantes del lugar, esa sensación amarga y vacía que produce la muerte de un

inocente.

El 20 de abril del 2000, Lucía llegó al campamento rebelde en la provincia de Los Robles. La herida que le había causado a Francisco fue tan grave que tuvo que mandar a buscar a una mística para que le salvara la vida.

—Ella te va a matar —predijo la mujer complacida después de curarlo—. Cuando el pueblo se levante contra ti, será ella quien te quite la vida.

—La mataré primero, pero si no es así, tú estarás conmigo para curarme —replicó Francisco.

—No se puede cambiar el futuro —lo asustó.

El nombre de la mujer era Dina y además de ser la sanadora de Francisco, tenía que soportar las veces en que este se le metía en la cama. Después de la masacre, la encontraron colgada de una cuerda en su cabaña. Muchos creyeron que Francisco la había asesinado, pero en realidad, ella se quitó la vida para no darle a este oportunidad de sobrevivir.

Francisco le ordenó a Daniel que matara a Lucía. En ese entonces, él era su persona de confianza, pues había heredado su astucia y fuerza; y siempre estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario. Era más un estratega que un ejecutor: le disgustaba asesinar. Sabía que Francisco buscaba otra mística y que sospechaba de la familia Santacruz; él sabía que los vigilaban y que había decidido matar al padre y raptar a la niña.

Daniel apenas sabía leer y escribir y sacar una que otra cuenta. Su madre había muerto al parir y tenía muchos hermanos a quienes no conocía, ni le importaba conocer. Estaba enamorado de Amanda, una adolescente dos años menor que él que vivía en la provincia, cuya madre era amante de Francisco por gusto más que por imposición. Le molestaba la forma en que la miraba su padre y los hombres que trabajaban para él y no hallaba el modo de librarla del destino que le esperaba.

Daniel abrió el costal en el que estaba Lucía y la encontró despierta. La niña traía puesta ropa de dormir y tenía los pies desnudos. Sus ojos estaban hinchados de tanto llorar, estaba pálida y asustada; lo miró como lo habría de mirar a partir de entonces, con esa mirada a la que a Daniel le sería difícil negar algo de lo que le pidiese. Sintió un remordimiento indescriptible y la mente se le iluminó: había escuchado a Francisco hablar de una cabaña en medio de la selva a cuyo dueño había matado por no querer darle la ubicación de otro portal; robó el mapa de sus cosas y le avisó a Amanda.

La revuelta del 2000 hizo que muchos provincianos se desplazaran hacia las ciudades. El miedo y el terror abundó en Oscuro: los rebeldes entraban en las casas y violaban a las mujeres, a algunas de ellas incluso frente a sus maridos e hijos. Pero no con todas procedían igual, pues Francisco estaba convencido que un hecho así podría provocar jóvenes vengativos, así que solo violaban en sus casas a las mujeres de las familias que había decidido exterminar, es decir, las familias de los guardias reales. Estallaban explosivos en lugares comunes, tomaban rehenes y la hazaña más grande de todas, quemaron el Capitolio con la reina dentro del mismo.

Como el campamento se quedó con poca vigilancia, Daniel tomó a Amanda y a la niña y escaparon. Amanda había robado unos vestidos de unos parientes, un par de zapatos y un abrigo. Limpió a la niña, la vistió y le recogió el cabello en un moño para que nadie la reconociera. Abordaron una embarcación pequeña hasta San Pedro y después siguieron su camino a pie. Por más que intentó ocultarse, un rebelde los reconoció, aun así, él mintió al decir que se trataba de un encargo especial de Francisco.

—Hazte cargo entonces —le dijo el hombre y le entregó a tres niños: Alejandro, Isabel y Felipe. Daniel no quería aceptarlos, pero lo hizo, planeaba dejarlos ir después.

El grupo, ya de seis, siguió su camino hasta San Francisco de Asís. Daniel conocía muy bien las calles y sabía por dónde ir para cortar camino. Amanda llevaba a Lucía de la mano y en ocasiones Daniel la cargaba sobre los hombros. La niña estaba tranquila, Daniel la convenció de llevarla muy pronto con su madre, pero que antes debían esconderse de los hombres malos. Aquellas palabras fueron suficientes para la niña, pues las atenciones que tenía Daniel con ella las confirmaban: procuraba que no se cansara y que no tuviera hambre ni sed.

Cerca del río que dividía la espesa vegetación de oeste a este, encontraron a Julián. Estaba escondido y vivía como un huraño. Daniel habló con él a solas y lo invitó a ir con ellos a la cabaña. Julián, quien era un joven astuto, percibió que Daniel era un rebelde desertor y se lo comunicó, sin embargo, al escuchar su plan y ver a la niña que cuidaban con diligencia, aceptó acompañarlos.

La cabaña en aquel entonces era pequeña y estaba rodeada de mucha vegetación. En su interior había solo muebles desvencijados y estantes vacíos. Daniel encontró la huaca donde Francisco había guardado parte de su dinero y le pareció justo usarlo para sobrevivir. Los jóvenes exploraron el lugar y aunque en un principio lo miraron con desagrado, poco a poco se hacían a la idea que este sería su hogar por un largo tiempo.

Después de unas semanas, tal como lo había prometido, Daniel fue en busca de la madre de la niña, pero al llegar al Valle de Santa María la noticia circulaba de voz en voz: una familia entera había caído en desgracia. La niña estaba desaparecida, el padre había sido asesinado y la madre embarazada se había ahogado en el río. La angustia y la culpa que sintió Daniel fue tan grande que prometió al cielo y a los padres de la niña, dar su vida por ella.

La convivencia en la cabaña en un principio no fue la más amena. Isabel y Alejandro dormían solos en una habitación. Amanda dormía con Lucía en otra, Daniel dormía con Felipe y Julián dormía solo en otra habitación. Los primeros meses, los hermanos se mantuvieron aislados en su habitación, poco opinaban, y en cuanto lo hacían, por lo general, sus comentarios eran negativos. Daniel les explicó que no tenían que quedarse con ellos si no lo deseaban y se ofreció a llevarlos a su casa en varias ocasiones, sin embargo, ellos siempre se negaron hasta confesarle la verdad: eran huérfanos, estaban a cargo de su tío paterno, quien los maltrataba con frecuencia y los había vendido a los rebeldes a cambio de una fuerte suma de dinero y con la intención de apropiarse de los bienes que les pertenecían.

Daniel le hizo a Felipe y a Julián la misma propuesta que a los hermanos. Ambos se negaron. El primero, sabía que si volvía los rebeldes lo iban a raptar y quizás lastimarían a su familia; y el segundo, no tenía a donde ir, sus padres habían sido asesinados y solo él había logrado escapar.

A medida que el tiempo pasaba y la confianza entre ellos crecía, establecieron rutinas. Amanda compró muchas telas y solía tejer compulsivamente para distraer los pensamientos, así que llenó toda su habitación de telas y Lucía fue a dormir con Isabel en otra habitación. Julián compartió habitación con Alejandro y Felipe permaneció con Daniel.

Lucía tenía pesadillas todas las noches. En ocasiones se levantaba en medio de gritos, por lo que no dejaba dormir a Isabel; esta, algunas veces la dejaba dormir en su cama con la condición que no se orinara. Durante el día jugaba con ella: jugaban a las muñecas, a peinarse entre sí o a fingir que cocinaban. Alejandro, por su parte, le tenía un poco de fastidio a Lucía, porque era la consentida de la mayoría y la más necesitada de atención.

Una vez llovió tan fuerte que los jóvenes no pudieron estar al aire libre. Julián, Daniel, Felipe y Alejandro jugaban parques en la mesa del comedor y Lucía e Isabel jugaban al escondite. Tenían una base que era la pared que dividía la cocina con la sala. El primer turno le tocó a

Lucía, así que estuvo con las manos sobre los ojos para contar hasta diez, tiempo en el cual, Isabel ya debía haberse escondido. Cuando Lucía encontrara a Isabel, debía salir corriendo hacia la pared y tocarla para hacer efectivo que la había encontrado; pero si Isabel tocaba la pared primero, la niña perdía.

Después de contar, Lucía salió a buscar a Isabel. Primero, revisó debajo de la mesa, luego, en la misma cocina, miró en las dos habitaciones, buscó en el patio, pero no la encontró. Sin éxito, decidió a subir a las habitaciones, iba hacia las escaleras e Isabel salió de una de las habitaciones y corrió hasta la pared. Lucía corrió también, Isabel se resbaló y cayó golpeándose muy fuerte con los escalones que dividían la cocina de la sala.

—¡Isabel! —llamó Alejandro y fue de inmediato a levantarla. Amanda bajó al escuchar el estropicio. Isabel tenía una pequeña abertura en la ceja izquierda de la cual le brotaba sangre.

—¿Qué pasó? —preguntó Amanda.

—Jugábamos al escondite y ella se cayó —respondió Lucía muy asustada.

—De seguro la empujaste —la acusó Alejandro.

—No, yo no la empujé —se defendió Lucía.

—Voy por algo para curarla —dijo Amanda y subió para llevar el botiquín que habían armado.

—Yo la puedo curar —dijo Lucía, Amanda miró a Daniel con preocupación.

—¡No te le acerques! —exclamó Alejandro enojado.

—¡Déjalo, Lucía! —intervino Daniel y la sentó en la mesa junto él. Ese mismo día, Daniel le explicaría a Lucía que no podía ofrecerse a curar a las personas o la descubrirían, le señaló que, si la herida no era tan grave como para poner en riesgo la vida de la persona, dejara que los médicos se encargaran.

—La herida no es tan profunda —comentó Amanda y miró a Lucía, quien se tranquilizó, pero todavía lloraba. Felipe se sentó junto a la niña.

—Ya no llores —dijo limpiándole una lágrima y la abrazó de medio lado mientras veían cómo curaban a Isabel.

—Te prohíbo volver a jugar con mi hermana —le dijo Alejandro a Lucía.

—Solo son unas niñas Alejandro, fue un accidente —intervino Amanda en tono conciliador.

—No fue así, Lucía la empujó, estoy seguro —insistió este.

—Yo lo vi todo y no fue así: Isabel se resbaló —intervino Julián—. Aclara esto, Isabel, ¿Lucía te empujó?

La niña miró a Alejandro y por miedo a contradecirlo asintió.

—¡Eso no es cierto, Isabel! ¿Por qué mientes? —reclamó Lucía ahogada en llanto.

—Lucía no jugará más con mi hermana —concluyó.

Amanda se encargaba de cuidar de Lucía en aquellas cosas que Daniel no se permitía: se aseguraba de facilitarle su baño, la vestía y peinaba, incluso la tomaba como modelo para sus vestidos. Después del incidente con Isabel, Lucía pasaba la mayor parte del tiempo en su habitación. Algunas veces la imitaba haciéndoles vestidos a sus muñecas, otras veces estudiaba. Daniel había robado el plan de estudios de una escuela en San Francisco de Asís y le llevaba todo lo necesario para continuar con el aprendizaje. Él comenzó a estudiar para poder enseñarle. Trataba de aprender todo lo que pudiera y lo que no, pretendía conocerlo; situación que le fue facilitada dado que Lucía era una excelente alumna. Otras veces, la niña se sentaba en la terraza a dibujar en su cuaderno en compañía de alguno de sus hermanos, pero no se acercaba a Alejandro ni a Isabel, a la que nunca volvió pedirle que compartiera la cama con ella.

Julián y Daniel ocupaban sus tardes en practicar esgrima con palos de madera como si fueran espadas. Lucía empezó a ansiar que fuera de tarde para verlos practicar y pronto quiso aprender también. Le pidió permiso a Daniel y Julián comenzó a enseñarle.

Los primeros años pasaron y el aburrimiento de Lucía se hacía más intenso por lo que siempre buscaba cosas por hacer o descubrir. Una tarde, Daniel la había visto entrar en una de las habitaciones de la planta baja, al notar que llevaba varias horas ahí, decidió entrar. La descubrió con un mapa extendido sobre una mesita de la habitación.

—¿De dónde sacaste eso? —preguntó nervioso.

—Estaba escondido detrás de los estantes, casi no lo veo. Este es el mapa del reino, ¿cierto, hermano? Pero parece una isla, ¿qué hay más allá del mar? —preguntó curiosa.

—Nada, solo agua —respondió Daniel y le quitó el mapa de las manos. Lo guardó en un estante y cerró la puerta de la habitación con llave después de ordenarle que no le dijera a nadie y que no intentara buscar más.

En las tardes, Julián entrenaba con Daniel, Felipe y Lucía. Julián se colocaba adelante y los cuatro detrás seguían sus movimientos. Lucía generalmente usaba unos pantalones holgados que le había confeccionado Amanda con mucho empeño. El entrenamiento se basó en la defensa personal, más que en el ataque. Julián inició con la adquisición de resistencia, así que los puso a recorrer el terreno. Luego, comenzaron a practicar con los puños y las patadas en unos improvisados gimnasios que crearon en el patio de la casa, y terminaban la jornada con un palo de madera cada uno.

Los combates casi siempre fueron en parejas. Daniel, consciente de los sentimientos de Alejandro hacia Lucía, la escogía a ella como pareja y a este, no le quedó más opción que hacer pareja con Felipe. De esta forma practicaron varios años, hasta convertirse en ágiles y fuertes guerreros. Después, la práctica se hacía menos frecuente, pero no había una semana en que no entrenaran o crearan algún tipo de desafío para distraerse.

Isabel pasaba el tiempo en la sala sentada, miraba a lejos o estaba en su habitación peinándose, de vez en cuando hojeaba algún libro. Por su parte, Amanda cuando no confeccionaba nada, se sentaba en la terraza de la cabaña a mirar la selva, mientras el viento le acariciaba su hermoso rostro.

Lucía, en cambio, quería aprender de todo. Le pidió a Felipe que la enseñara a cocinar, ayudaba a Daniel a reparar cosas y convenció a Julián para que le enseñara aún más de defensa personal. Alejandro construyó un arco y se pasaba la tarde con el objetivo de lanzar flechas hacia un tablero, Lucía lo veía, y una vez, cuando no estaba, lo imitó. Luego devolvió las cosas a su lugar y se fue a la cabaña para no meterse en problemas.

Daniel procuraba no separarse de Lucía, a menos que estuviera en compañía de Amanda, Felipe o Julián. Sin embargo, aunque confiaba ciegamente en Julián, tenía sus reservas porque este estaba enamorado de ella.

Pasaron los días, los meses y se convirtieron en diez años. Lucía había cumplido diecisiete años y se convertía cada día en una mujer y los demás eran hombres y mujeres ya formados. Fue en uno de esos días cuando Lucía, que permanecía sentada y pintaba sobre un lienzo en la solitaria habitación, miró pensativa a otro lado notó una abertura entre los estantes, como si se tratase de una puerta. Intentó abrir, pero no pudo, así que tomó una herramienta de las cosas de Daniel e hizo una palanca hasta conseguirlo. Para su decepción, solo encontró estantes vacíos, unas pequeñas estructuras de madera para soporte de armas y en el último estante, una bala sobre una nota.

—Lucía, ¿has visto el martillo que Daniel había colocado en... —dijo Julián, pero no terminó la frase—. ¿Cómo abriste esto?

—Encontré esta nota, es para un tal Francisco. Dice que las armas y las demás cosas las escondió en un sótano que está arriba —refirió Lucía y salió de la habitación hacia el segundo nivel. Julián la siguió.

Cerca de la habitación de Amanda vio con atención un pequeño cuadrado en el techo que Daniel le había dicho que era parte de la estructura. Lucía se subió una pequeña mesa que encontró en la habitación de Amanda y empujó con fuerza; la puertecilla se abrió. Asomó la cabeza y a un lado pudo ver una escalera de madera, la bajó con cuidado con la ayuda de Julián y subió ella primero.

—¡Madre Santísima! —exclamó Julián al abrir una ventana.

—Física, química, matemática, literatura, filosofía, biología, anatomía, botánica, geología, astronomía, zoología, informática, geografía, historia... —dijo Lucía al leer los nombres de los libros que encontraba.

—Y esto, ¿qué será? —preguntó Julián refiriéndose a una esfera con unos gráficos que encontró sobre una mesa, un mapamundi.

—¿Julián, ya encontraste el martillo? —preguntó Daniel al subir las escaleras hacia el segundo piso—. ¿Qué es esto? —preguntó al ver la escalera de madera junto a la habitación de Amanda.

—Ven a ver esto Daniel —llamó Julián y en unos minutos todos los habitantes de la casa se encontraban en el ático, absortos en los libros.

Encontraron también unos radios y en lo que los demás exploraban su funcionamiento, Daniel, quien no estaba nada sorprendido, continuó con la exploración y en una esquina, cubiertas por una enorme sábana blanca, encontró algunas armas de fuego y espadas; sigilosamente, las volvió a cubrir.

—¿Quién es Francisco? —preguntó Lucía—. ¿A quién pertenece esta cabaña, Daniel?, ¿es seguro que estemos aquí?

—Lo es. Nadie ha llegado en ocho años, no lo harán ahora; además, el camino hasta aquí está cubierto.

—Estas cosas no pertenecen aquí. Dan la impresión de ser del mundo más allá de las aguas —señaló Lucía.

—Nos enseñaron desde niños que no hay nada más afuera. Es una afrenta hablar del mundo exterior, donde hay solo dolor y muerte —reflexionó Julián.

—¿Y por qué alguien traería y escondería esto? —intervino Felipe.

—Nadie vendrá por nosotros, ni la Corona, ni los rebeldes, estamos a salvo aquí. Las cosas seguirán como estaban —sentenció Daniel y salió de la habitación aturdido.

Alejandro, con el pasar de los años se había convertido en un joven solitario, pero obediente. No se interesó en molestar a Lucía y colaboraba en todo lo que le pedían. Era respetuoso con las mujeres y con su privacidad, así como lo eran con su hermana. Frecuentemente se iba a San Francisco de Asís por unos días por lo que empezó a tener conflictos con Daniel. Julián por encargo de este, lo siguió un día. Descubrió que tenía amores con una joven de La Arboleda que estaba a punto de casarse y se lo comunicó.

Aquella noche, Lucía tuvo la primera visión de su vida. Vio a Alejandro entrar en una iglesia con su arco, le disparó una flecha al novio y luego a la novia. Luego corrió del lugar desesperado y después de atarse de pies y manos se lanzó al río. Lucía le refirió esto a Amanda y esta a su

vez, se lo dijo a Daniel.

Cuando Daniel lo vio salir de la cabaña con su arco, lo detuvo. Empezó a llover. Lucía los veía desde la ventana de su habitación.

—No dejes que Alejandro se vaya —le dijo a Isabel, ella bajó a buscarlo.

Daniel intentaba hacerlo entrar en razón. Felipe, Julián y Amanda los escuchaban desde la cabaña. Lucía, nerviosa, decidió bajar.

—Lo que vas a hacer es una locura. No vale la pena —insistió Daniel.

—¡Yo la amo!

—Dame el arco y quédate aquí.

— Por no tener qué ofrecerle es que se casa con ese infeliz.

—Esta situación es temporal, puedo prometerte que buscaré la forma para que tengamos una mejor vida. Tu hermana te necesita, todos te necesitamos.

Desde entonces aumentó el interés de Lucía por el mundo exterior. Si había una tierra diferente, sin guerra, ella la quería encontrar; aun así, pasaron tres años más. De nuevo tuvo una visión: un hombre caminaba hasta un árbol, entraba en él y cuando salía, traía las cosas que estaban en el ático.

Una mañana, se escapó sin que alguno de sus hermanos lo advirtiera. Caminó hasta el árbol donde había visto el portal y atravesó su mano. Regresó rápidamente a la cabaña y sobre el mapa de la isla marcó el lugar.

Todos los hermanos fueron a ver el portal. Una vez llegaron, vieron en un árbol una especie de líquido transparente que se movía levemente, una rara percepción óptica: si se le miraba de reojo no se veía, pero si se estaba de frente podría notarse con claridad que algo estaba fuera de lo normal.

—Creo que debemos cruzar —dijo Lucía.

—No sabemos qué hay detrás —replicó Felipe preocupado.

—Yo iré —dijo Daniel.

—Voy contigo, hermano —insistió la joven y Daniel a sabiendas de no poder convencerla de quedarse, permitió que lo acompañara.

Cada uno llevó un bolso donde guardaron agua, frutas, navajas, radios, dinero, ropa y aquello que creyeron necesitar. Cuando atravesaron el portal, salieron en un lugar oscuro, un túnel. Estaban en el Castillo de San Fernando de Bocachica, en Cartagena, Colombia. Los jóvenes salieron del túnel y al ver el castillo, dedujeron que el lugar era poco avanzado, hasta que caminaron más y vieron a un grupo de turistas con celulares inteligentes y cámaras fotográficas. Ellos se camuflaron con facilidad en el grupo, pues parecían turistas: su español no tenía acento, no obstante, usaban extranjerismos en su lengua. Los aventajó que hablaran su idioma, por lo que decidieron salir del castillo a explorar por los alrededores.

Eran eso de las diez de la mañana y el calor era intenso. Los hermanos, no encontraron más que tierra, pobreza y mucha agua. Nadie hablaba de guerra ni de reinos. Evitaban ver a las personas por la forma tan impúdica en que les parecían estaban vestidos. Lucía estaba agarrada del brazo de su hermano y lo miraba todo con asombro. Daniel tomó rápidamente un mapa que se le cayó a una mujer y acto seguido, volvieron al portal.

—Creo que debemos explorar más el lugar —señaló Lucía, lo cual interrumpió el silencio del desayuno.

—¡Te has vuelto loca! —exclamó Amanda—. Casi muero del susto cuando entraron a esa cosa.

—El mundo exterior nunca fue destruido, la guerra no lo acabó. Ellos están más avanzados en tecnología y tenemos la ventaja de hablar el mismo idioma. Creo que es momento de plantearnos la posibilidad de tener un plan alternativo a vivir escondidos para siempre —dijo, lo que llamó la atención de Alejandro.

—No creo que sea conveniente —juzgó Daniel.

—¿Por qué no lo sería, hermano?, ¿qué esperamos aquí?, ¿por cuánto tiempo más estaremos escondidos? —preguntó la joven, Daniel se quedó en silencio.

—Estoy de acuerdo con Lucía —comentó Felipe con timidez.

—Igual yo —dijo Julián.

—Y yo —apoyó Amanda.

—Hay que ver si podemos dejar este lugar, ¿no? —intervino Alejandro.

—¿Y qué piensas hacer allá? —le preguntó Daniel a Lucía.

—Comprobar si lo que dicen los libros es cierto.

—Yo puedo ir con ella —se ofreció Julián.

—De ninguna manera, tú te quedarás aquí. Yo iré —sentenció. Se levantó del comedor sin terminar su desayuno y salió de la cabaña.

—Ya salió el sol, Daniel —dijo Amanda despertándolo. Él se sentó.

—¿A dónde vas? —preguntó. Amanda ya estaba vestida y lista para salir.

—Tengo que ir a ver a Isabel, no debió haber cerrado los ojos en toda la noche —respondió. Daniel se levantó y la abrazó.

—Cuídate, por favor. Trataré de estar cerca —dijo, y la besó en los labios. Ella asintió y salió.

Estaban todavía dormidos en el piso muchos borrachos al lado de las fogatas apagadas. Julián y Alejandro estaban en una cabaña junto con otros que se habían acostado temprano.

—¡Buenos días! —saludó Amanda en voz baja al entrar a la cabaña de Esmeralda. Isabel dormía en el suelo y se despertó al oír su voz.

—¡Buenos días! —respondió adormecida.

—¿Dormiste bien?

—Sí, nadie entró aquí.

—¿Y la señora Esmeralda ya despertó?

—Sí, aún era oscuro cuando la oí salir.

Los domingos, como ninguno estaba despierto para el desayuno, solo se servía un gran almuerzo. Se le adicionaba a este una sopa de un raro color preparada por Esmeralda, cuya función era revitalizar a los hombres y mujeres que se habían embriagado la noche anterior.

Los días pasaban y la inviolable rutina continuaba en el campamento. Amanda e Isabel poco a poco se ganaban el cariño de Esmeralda, más la primera que la segunda. La mujer les había advertido que no intentaran fraternizar con los secuestrados, aunque se trataran de jóvenes y niños, pues en algún momento se los iban a llevar, algunos a sus casas, pero a la mayoría nunca se les volvía a ver.

—¿Cómo reaccionó Lucía cuando se enteró que yo la amaba? —le preguntó Julián a Daniel un día después del entrenamiento.

—Eso ya no importa —respondió Daniel nervioso.

—A mí sí, ¿qué dijo ella, hermano? —insistió y no fue capaz de mentirle.

—Ella no lo sabe.

—¿De qué hablas?

—Ni siquiera mencioné tu nombre porque temí que no se casara con el príncipe —confesó—. Era lo mejor para ella, Francisco venía por nosotros, sabes que la quiere muerta. Ella está a salvo con ellos.

—¡Eres un traidor! —levantó la voz—. Yo confié en ti y ni siquiera me diste la oportunidad de saber si me correspondía.

—Ya estaba enamorada de él.

—No. Fue muy poco tiempo para que lo amara. ¡Tú la obligaste! Ambos confiamos en ti.

—Hice lo mejor para ella.

—No. Hiciste lo mejor para ti, para aliviar tu conciencia. Tú has hecho cosas abominables y crees que al cuidar de Lucía puedes expiar tu culpa. ¡Eres igual a tu padre!

—Julián, entiende. Fue lo mejor.

—¡Arruinaste mi vida! Yo confié en ti, esperé tus tiempos como un idiota y llegado el momento, la confías a un desconocido.

—¡Perdóname!

—No hay nada que puedas hacer o decir que borre la culpa por lo que has hecho —dijo con los ojos llorosos y se fue. Desde entonces la relación entre los hermanos se fracturó, Julián no le dirigía la palabra a no ser que se tratara del plan de escape. Se convencía a sí mismo que quizás el matrimonio de Lucía hubiera sido inválido y aguardaba la esperanza de estar a su lado, eso lo motivaba.

Felipe ya conocía la rutina del campamento y había planeado cómo infiltrarse. Una vez amaneció, esperó a que las mujeres lavaran la ropa de quienes les tocaba baño aquel día y una vez estuvo abierta en el tendedero, la robó y se la llevó. Después de almuerzo, la ropa se había secado. Felipe se vistió, escondió sus cosas en el bosque y entró de nuevo al campamento.

—¡Oye, muchacho!, ¿dónde estabas? —le preguntó uno de los caudillos de Francisco.

—Disculpe, señor, ya me pongo al corriente —respondió con naturalidad.

—Más te vale —dijo el hombre y no le prestó más atención. Eran alrededor de trescientos hombres los que habitaban en el campamento de Santa Cruz, así que le era difícil recordar cada rostro, además Francisco reclutaba con frecuencia nuevos rebeldes.

Como el campamento era muy grande, a la hora de la cena tuvo que caminar casi un kilómetro para encontrar a Daniel.

—¡Aquí estás, gracias a Dios! —exclamó y se sentó a su lado. Daniel se sorprendió, pero se cuidó de no llamar la atención.

—¿Cómo está Lucía?

—Ella está bien. ¿Dónde están Julián y Alejandro?

—Los obligaron a irse a una misión.

—¡Maldita sea! ¿Y cómo nos vamos a ir sin ellos?

—No creo que tengamos otra oportunidad. Ellos se irán por su cuenta, ya saben a dónde tienen que ir.

—¿Estás bien, Amanda? —preguntó Isabel al verla vomitar detrás de la cabaña de Esmeralda.

—No, creo que enfermé. Debió haber sido la comida. Mañana se me pasará, ¡vamos a dormir! —respondió.

Al entrar a la choza, vieron a Esmeralda y a Mirian sentadas en la sala murmurando. La mujer la vio por un momento y volvió su mirada a lo que tejía.

—Si se enteran que estás embarazada, te obligarán a abortar —le dijo mientras que Amanda

se preparada para dormir. Isabel se quedó sentada sobre el edredón perpleja.

—Yo no estoy embarazada —replicó Amanda.

—Dime, ¿has estado con un hombre?, ¿te ha llegado tu periodo? —preguntó la mujer y Amanda se quedó pensativa; luego se desmayó.

—¡Amanda!, ¡Amanda! —llamaba asustada Isabel.

—¡Calla, niña! Se darán cuenta y va a ser peor.

—Abuela, ¿qué hacemos? —preguntó la nieta.

—Tráeme el frasco que está sobre la mesa —Mirian se levantó y fue por la botella, en lo que Esmeralda, de rodillas junto a Amanda, la abanicaba con las manos.

Esmeralda venía de una provincia cercana al campamento de Los Robles. Había enviudado a los pocos años de casada, quedó sola con sus dos hijos, Simón y José, que se convirtieron en dos hombres fuertes y buenos, el mayor tuvo amores como una provinciana a quien dejó embarazada y al parir le entregó a su hija. Esmeralda maldice el día en que se enfrentó por primera vez a los rebeldes. La noche era fría y llegaron los hombres a cobrar su cuota por las cosas que se habían vendido. Al no darles lo que querían, entraron a la vivienda, empujaron a su nieta en la cama y le arrebataron su inocencia. Su padre y su tío lo intentaron impedir, pero solo consiguieron ser apuñalados a muerte. Mientras Esmeralda lloraba y su nieta gritaba, los malvados hombres se reían. Los abusos no terminaron, los rebeldes se las llevaron al campamento de Santa Cruz a cocinar, lavar y complacer. Y ahí siguen desde esa noche, esperando con paciencia que algún día termine su tormento.

Cuando Amanda recuperó la conciencia, rompió en llanto.

—¿Qué voy a hacer ahora? No quiero perder a mi bebé.

—Ya veremos qué podemos hacer —la esperanzó Esmeralda dándole un poco de sosiego.

Al día siguiente mientras preparaban el almuerzo, Felipe se le acercó a Isabel y ella lo abrazó de la emoción.

—No podemos llamar la atención —la reprendió apartándose de su abrazo.

—¡Gracias a Dios estás aquí! —dijo ella y le entregó un almuerzo—. Si ves a Daniel antes que yo, dile que Amanda necesita hablarle con urgencia. Que la busque hoy después de la cena.

Al caer la noche, la cena fue servida y cuando todos cenaban, Daniel y Amanda fueron a la cabaña de Esmeralda.

—¿Qué sucede? —preguntó preocupado.

—Estoy embarazada —confesó ella llorando—. La señora Esmeralda me dijo que, si los rebeldes se enteran, me harán abortar.

—¿Qué dices? —preguntó tratando de procesar la nueva información—. ¡Un hijo! —exclamó preocupado—. Nuestro bebé va a estar bien, Felipe ya está aquí. Tenemos que irnos ahora.

Amanda habló con Esmeralda, pero esta se negó a irse. Sin embargo, prometió ayudarlos a escapar. Su explicación a tan inexplicable comportamiento fue:

—Ya estoy muy vieja. Ustedes que aún son jóvenes, luchen por su libertad —su nieta no quiso dejarla sola.

—Cuando todo esto acabe, serán libres —les prometió Daniel.

—¡Dios te escuche, hijo! Que la Virgen del Carmen los acompañe y los proteja y lleguen con bien a su destino.

Los hermanos sabían que los centinelas cambiaban de turno cada noche después de cenar. Ese sábado Esmeralda y Mirian eran quienes debían llevarles de comer. Los que tenían ese turno, hicieron sus necesidades y se alistaron para una larga jornada.

Isabel estaba tan nerviosa que fue a la cocina por agua. Cuando iba de salida dos hombres aparecieron. Uno de ellos le puso un paño en la boca para evitar que gritara, mientras que el otro la agarró por las piernas. La recostaron en el piso pese a que la joven intentara zafarse con todas sus fuerzas.

—¿Por qué salió Isabel a esta hora? —preguntó Felipe—. Le dijimos que se quedara en la cabaña a esperar nuestra señal.

—Quizás fue por algo de comer para el camino —respondió Amanda.

—Ya tardó mucho, voy a ver qué hace —dijo Daniel y salió de la cabaña. Fue directamente a la cocina. Cuando abrió la puerta, vio que uno de los hombres estaba sobre ella tratando de quitarle el vestido, mientras que el otro la tenía agarrada de las manos. Daniel se abalanzó sobre él y golpeó con ira hasta dejarlo inconsciente; lo mismo hizo con el otro cuando intentó detenerlo. El ruido de la música que había afuera impidió que lo advirtieran.

—¿Estás bien? —le preguntó mientras ayudaba a Isabel a levantarse y ante sus sollozos, la abrazó. Le quitó la mordaza y la sacó de la cocina.

El plan se había adelantado. El escape comenzó.

CAPÍTULO XVI

Lucía despertó pasada la medianoche. Nicolás estaba sentado junto a ella. Se había quedado dormido con la cabeza recostada en la camilla y abrazaba su mano. La joven empezó a moverse y él despertó.

—¡Luciana! —exclamó Nicolás y se sentó erguido para verla mejor. Empezó a llorar—. ¿Cómo te sientes?

—¿Por qué lloras? ¿Le pasó algo al rey o a Azucena? —preguntó preocupada.

—No, ellos están bien. Es un milagro que estés despierta. Sufriste un infarto —expresó en tanto sollozaba.

—Margarita está con los rebeldes —advirtió—. Quiso matarme y a Julieta, debes cuidarte de ella, lo más seguro es que su familia también está implicada.

—Lo sé, lo sé —respondió—. Ya no debes preocuparte por ella.

—¿Dónde está?, ¿la atraparon?

—No, está muerta —respondió y la joven lo miró horrorizada.

—¿Maté a Margarita?

—Cuando la encontraron tenía un fuerte golpe en la cabeza.

—¡Entonces sí la maté! —Lloró—. Te juro que no fue mi intención, solo quería detenerla.

—Está bien, te creo.

—¡Soy una asesina! Me voy a ir al infierno. ¿Por qué desperté?, ¿por qué simplemente no me dejaron morir? —exclamó en medio de lágrimas, pero tuvo que detenerse para tomar aire, sentía demasiado dolor—. Parece que tampoco merezco la muerte —concluyó con resignación unos segundos después.

—¡No digas eso! —expresó Nicolás afligido y la acarició en el rostro—. ¡Perdóname! He sido un miserable por no creerte. ¡Perdón! —Gruesas lágrimas brotaron de los ojos de Lucía.

—Te fuiste del palacio para alejarte de mí, ¿y ahora me acaricias? —advirtió.

—Perdóname por no haberte creído. Me equivoqué. ¡Lo siento! —Lloró Nicolás. Lucía también lloraba, alejó la mano que Nicolás estrechaba y cerró el puño. Él la miró, pero ella apartó su mirada a otro lado de la habitación.

Nicolás estuvo de acuerdo en terminar la conversación. Salió un momento de la habitación, dejó a un guardia al pendiente de ella y llamó al Fuerte para reportar el estado de salud de Lucía. El mismo rey, quien no había podido conciliar el sueño, fue quien atendió la llamada. Aquella noche el príncipe soñó que estaba con Lucía en el lago, acostados bajo la sombra de los árboles. Él la besaba apasionado y la acariciaba con libertad. Dejó de besarla por un instante y le confesó que la amaba y esta, sonriente, le confesó lo mismo. Cuando volvieron a juntar sus labios, dispuestos a hacer el amor, escucharon el sonido de un disparo y se detuvieron. Al levantarse, vieron a un hombre que identificaron como Francisco. Aquel hombre le dijo a Lucía que asesinara al príncipe o de lo contrario mataría a sus hermanos cautivos, entonces aparecieron sus hermanos atados y amordazados. Cuando Nicolás volvió su mirada, Lucía tenía una espada en su mano, estaba embarazada y lloraba. No quería lastimarla, pero el príncipe, entonces uniformado, sacó su pistola y le apuntó. Ella soltó la espada, entonces Francisco y sus hermanos desaparecieron, pero Nicolás aún apuntaba, ella lloraba y le pedía que confiara, sin embargo, él no la escuchó y le disparó en el pecho.

Nicolás despertó sobresaltado. Se había quedado dormido en el sofá. Lucía dormía. La miró por un momento, como para asegurarse que respiraba y volvió a recostarse. Estaba agitado.

Azucena llegó la mañana siguiente en compañía de Samuel y permaneció todo el día en el hospital con Lucía. Cuando estaba sedada, Azucena se ponía a leer un libro o a orar y cuando despertaba procuraba alentarla por su mejoría y la reconfortaba leyéndole algunos pasajes del evangelio. Nicolás partió hacia el Fuerte a cambiarse de ropa, dejó el hospital asegurado con un significativo número de guardias. Por tanto, solo Azucena y algunos médicos de confianza podían entrar a la habitación.

Después del ataque a Lucía en el palacio, Nicolás aumentó la vigilancia y asignó guardias a cada miembro de la familia real incluso dentro del Fuerte, en especial, al rey. Además, todas las visitas al palacio debían ser autorizadas previamente por él y la entrada al Fuerte quedó prohibida al público en general, a excepción, de casos específicos.

Samuel se convirtió en el segundo al mando en la Jefatura. Dirigió él mismo la investigación en contra de Gustavo Lozano y su familia. Hubo una consternación general al conocerse de la traición de uno de los miembros del consejo, quien había desaparecido junto con su esposa y la familia de su hijo y ahora era buscado con diligencia. La fidelidad de los consejeros restantes fue cuestionada y todos fueron sometidos a indagación, sin embargo, no se encontró falsedad en ellos.

—¿Qué pasó aquel día? —interrogó Nicolás a Julieta en el Capitolio, donde se adelantaban las investigaciones para mayor privacidad.

—Margarita me engañó —lloraba nerviosa—, me refirió que Miguel había descubierto el cadáver de uno de sus hermanos que estaba con los rebeldes y me convenció de ir con ella a enfrentarla. Jamás imaginé que quisiera asesinarla. Cuando sacó el puñal me asusté, estoy segura que quiso matarme a mí también, pero Lucía la atrajo hacia ella y me dijo que corriera y yo me fui. La dejé sola con Margarita —dijo y lloró con más fuerza—, a pesar de todo, ella intentó salvarme —añadió y le costaba respirar—, yo corrí a buscar ayuda, pero cuando llegaron ya era muy tarde. Lo lamento, Nicolás, de verdad, lo lamento.

Nicolás no tenía duda alguna de la inocencia de Lucía. Todo le era coherente y comprensible: recordó cada una de sus conversaciones, sus opiniones sobre aquella tierra, su temor al alejarse de la ciudad, su relato sobre su vida y sus miedos; ella le había mostrado sus miedos desde el comienzo. Recordó cuando salió a buscarlo después de la explosión en La Arboleda, seguramente pretendía sanarlo y estaba convencido que había sanado a muchos aquel día; recordó su reacción cuando le descubrió su cicatriz, o la vergüenza que sintió después de hacer el amor por primera vez o cuando la encontró en la estación de Babel y lloraba por sus hermanos a los cuales acababan de secuestrar. Pensó que Francisco tuvo que haberla golpeado aquel día en cuanto se resistió a acceder lo que le proponía. A medida que avanzaba en sus reflexiones, su remordimiento aumentaba.

Días después, Lucía volvió al Fuerte acompañada por una numerosa escolta, continuaría su proceso de hospitalización en casa. Fue instalada en una habitación en el primer nivel, que se amobló como si se tratara de un cuarto de hospital. Tenía implementos médicos y estaba adornada con hermosos arreglos florales, obsequio de su esposo. Fuera de la habitación había guardia constante: dos hombres de la confianza de Nicolás y previamente investigados por él, quienes evitaban que ingresara alguien diferente de los admitidos por el esposo.

Lucía necesitaba asistencia para muchas cosas básicas. Marta y una enfermera permanente, eran las encargadas de asistirle en lo que necesitase. El rey y Azucena procuraban visitarla con

frecuencia, lo mismo que el padre Jorge, no obstante, a Lucía poco le importaban las cosas que sucedían a su alrededor.

—¿Ya fue enterrado Julián? —le preguntó un día a Azucena, quien leía a su lado.

—Sí. Nicolás se encargó de todo. Fue sepultado en su lugar de origen, como el héroe que fue.

—¿Héroe?

—Todo el pueblo lo tiene por héroe. Se aclaró que estaba secuestrado por rebeldes y los sobrevivientes del Valle de Santa María relataron que fue él quien los salvó de lo que pensaban hacer aquellos sediciosos; incluso salvó a María y Emilia, la esposa e hija de Joaquín.

—¡Tenía razón! —expresó con alegría—. Mi hermano nunca hubiera podido lastimar a nadie. Ahora entiendo el cambio de actitud del príncipe —reflexionó—. ¿Y cómo está la familia de Joaquín?, ¿cómo está mi tía?

Azucena le refirió todo lo que sabía: que la familia de Joaquín estaba a salvo y que él se libró de morir porque Nicolás le había encargado otra labor ese día, además, le informó sobre la muerte de Joel, lo que entristeció más a la joven. También le dijo que su tía la llamaba todo el tiempo y que no había podido ir porque Fernando estaba en el hospital, pues había resultado herido, pero que se recuperaba de manera satisfactoria y en cuanto pudiera, la iba a visitar.

—Dile, si tienes la oportunidad de hablar con ella, que es mejor que no venga aquí. No quiero que la vean más conmigo. No soportaría si Francisco los lastimara por mi culpa—. Azucena se conmovió.

El pueblo entero era conocedor de la tragedia de los esposos. Muchos oscurenses le enviaron cartas de pésame y ánimo a la princesa, pero esta no las leyó. Pasaba el día con la vista fija hacia la ventaba, comía poco y dormía por la acción de medicamentos. Azucena le leía algunas de estas cartas, Marta también lo hacía a veces, aunque con mayor lentitud, porque cada cierto tiempo debía parar para limpiarse las lágrimas.

Nicolás no había visitado a la joven porque no quería alterarla con su presencia, pero todas las noches, cuando ella dormía, entraba en la habitación y se quedaba a dormir en el sofá junto a ella.

En esos días fue a visitar a María Ignacia García para darle el pésame por la muerte de Manuel. Samuel le refirió lo que había ocurrido con Lucía en el hospital y fueron juntos a verla. La encontraron acostada en su habitación, totalmente descuidada de sí misma, lloraba todo el día; la medicaban para mantenerla tranquila.

—Lo lamento —expresó Nicolás con lágrimas en los ojos.

—Sé que lo lamentas —respondió la mujer—. Ahora también sabes lo que es perder un hijo —al joven se le escapó una lágrima—. ¿No es verdad que duele?

A excepción de María Ignacia García y el fugitivo Gustavo Lozano, todos los consejeros fueron a visitar a Lucía. La joven los recibió con el mejor ánimo posible y aceptó sus lamentaciones. Pedro Valencia se mostró más amable de lo que nunca había estado con ella y se le notó muy avergonzado. El rey o Azucena siempre la acompañaban durante estas visitas.

—Luciana, no puedes estar así por siempre —dijo Azucena preocupada por el ánimo de la joven. Le había terminado de leer una conmovedora carta enviada por una mujer que había perdido uno de sus hijos en la masacre del 2000 y ella parecía que ni siquiera la hubiera escuchado—. ¡Por favor, háblame!

—Arruiné las vidas de todos a mi alrededor —refirió Lucía con los ojos llorosos.

—¡Eso no es cierto!

—Mis padres fueron asesinados, los que me criaron como su familia fueron secuestrados por

mi culpa y Julián murió como consecuencia de eso. Fui yo la que encontré el portal, fui yo quien se escapó con Nicolás en aquella tierra, yo convencí a Felipe para que me acompañara a La Arboleda a pesar de la negación por parte de todos. ¡Cómo puedo vivir así! Si mis hermanos no han vuelto es porque Francisco los mató. Y Felipe, él encontró a su familia, estaba feliz en su casa. Los dejó para ir a buscar a nuestros hermanos al campamento; es posible que esté muerto, se lo arrebaté a su familia. ¡Es mi culpa! —Azucena estaba tan conmovida que no pudo contener sus lágrimas—. Y mi bebé. He sido castigada con mi bebé, ¿por qué no morí yo?, ¿qué sentido tiene mi vida? He estado tan cerca de la muerte, pero Dios me arrebató de sus manos. Es mi castigo vivir para sufrir las consecuencias de mis pecados—. Azucena la abrazó mientras Lucía lloraba. Lloró con ella.

—Estarás bien. El dolor no es permanente. Te lo puedo asegurar.

Azucena se sintió obligada a referirle a su padre y a Nicolás la conversación que había tenido con Lucía. Estaba preocupada por su salud e incluso consideró la posibilidad de enviarla como visitante al mundo exterior para alejarla del conflicto. El rey se negó de inmediato y Nicolás no se negó tan enérgicamente como cuando Sebastián lo propuso.

Un par de días después, luego que Azucena le refiriera lo de Lucía, Nicolás decidió ir a verla. El esposo creyó que la carta de Julián la confortaría y que estaba en mejor estado para soportar el dolor que le pudiera causar. Entró en la habitación y después de saludar a la enfermera, le pidió con amabilidad que lo dejara a solas con la joven. La encontró sentada, miraba un libro, pero no tenía ánimos para leer. Ella lo vio llegar y aunque en un principio se alegró de volverlo a ver, temía que su visita fuera motivada por malas noticias.

—Buenas tardes —saludó Nicolás.

—Buenas tardes.

—¿Cómo te sientes?

—Mi cuerpo se sana —respondió con profunda tristeza, el joven se conmovió.

—Perdóname por no haber venido antes, no quería molestarte con mi presencia —dijo; la joven no pudo evitar que se le escaparan varias lágrimas.

—¿Por qué estás aquí?

—Necesito hablarte sobre Julián. Estaba equivocado sobre él, las condiciones de su muerte no eran las que se creían.

—Ya Azucena me dijo que se ha limpiado su nombre.

—Perdóname por no haberte creído.

—Me alegra que se haya descubierto la verdad.

—Aquel día él te dejó una carta con una mujer —dijo Nicolás y le extendió el sobre. Lucía lo tomó en sus manos y lo abrió; era su letra. Cuando terminó de leerla no pudo contener el llanto. Sus sollozos hicieron sufrir tanto al príncipe que se acercó de inmediato a consolarla.

—¡Aléjate de mí! No quiero que me toques nunca más.

—Luciana, perdóname por haber desconfiado de ti.

—¿Hace cuánto tienes esta carta?

—Desde el día en que Margarita te atacó.

—¿Y por qué me la das hasta ahora?, ¿por qué?

—No quería que te alteraras.

—¿Alterarme?, ¿acaso crees que puedo estar mejor? —Lucía lloraba mientras Nicolás la miraba, después volvió a leer la carta—. En la provincia de Santa Cruz, en Babel. Julián confirmó lo que dijo Felipe sobre la ubicación del campamento, así que tuvo que haberlos

encontrado —reflexionó—. Los buscabas, ¿los encontraste?

—No.

—Por favor, si sabes algo de mis hermanos, dímelo —suplicó con profunda tristeza y se cubrió el rostro con las manos.

—Ordené a alguien que fuera a buscarlos, pero no hay rastro de ellos.

—¿Y si nunca lo hay?, ¿y si no salieron?, ¿y si los mataron? Cuando Francisco me citó fue en una casa a la que le decían «La carnicería». Daniel me explicó que era ahí donde llevaban a las personas para desaparecerlas, los desmembraban y los arrojaban en un pozo para luego quemar los pedazos.

—¡No pienses en eso!

—¿Y si les pasó lo mismo y nunca más los veo? Cada día que pasa mi angustia es más grande. Ya deberían estar aquí. ¿Sabes? A veces puedo ver a las personas, saber dónde están, pero no lo domino: intento concentrarme, pero no veo nada. ¡Soy una inútil! —Lloraba con la cabeza baja.

—¡Ya basta, por favor! —insistió e hizo un gesto de tocarla, pero se arrepintió—. Te avisaré si tengo noticias —añadió y se fue. Ella lo miró irse y continuó con sus sollozos.

Transcurrieron tres semanas desde el ataque de Margarita, ya la joven se recuperaba. La pierna había sanado y ya dormía en su torre, Nicolás se había mudado a una habitación de huéspedes, pero realmente dormía con ella en el sofá, como en el pasado, antes de tener intimidad. En el rostro de Lucía apenas había vestigios de los golpes, pero su ánimo no mejoraba, pues sus hermanos no aparecían.

—¡Su alteza! —llamó Marta refiriéndose a Lucía quien intentaba leer en un salón junto a Azucena—, el señor José Olivera, la señora Dominga de La Torre, la señora Claudia y el niño Damián desean verla.

—¿Mis abuelos están aquí? —preguntó Azucena sorprendida.

—Así es, señora —respondió—. ¿Los hago pasar? —preguntó a Lucía, ella miró a Azucena por un momento y luego volvió a verla.

—Claro que sí —respondió, aunque su respuesta estuvo carente de emoción.

Las princesas se pusieron de pie para recibir a los recién llegados. Dominga, Claudia y el niño las saludaron con regocijo a ambas, pero José se mantuvo unos pasos atrás, indeciso. Cuando el niño Damián abrazaba a Lucía, se acercó y la abrazó.

—Lamento todo por lo que has pasado —dijo y a la joven se le salió una lágrima, luego fue a abrazar a su nieta, cosa que no había hecho en años.

—Me alegra verte, abuelo —dijo Azucena.

—¿Cómo te encuentras? ¿Estás bien? ¿Cómo está Nicolás?

—Yo estoy bien. Nicolás te necesita mucho.

—Lo sé, lo sé.

Los recién llegados se sentaron y el niño Damián se sentó al lado de la princesa. No dejaba de verla.

—Le traje algo a usted —dijo el niño y esperó que su abuela lo sacara del bolso y le entregó una hoja de papel con un dibujo.

—¿Esa soy yo?

—Sí, hace crecer las plantas y acaba con los malos —respondió y la joven intentó forzar una sonrisa, pero solo consiguió que se le saliera otra lágrima.

—Tienes una gran imaginación —dijo acariciándole la cabeza, el niño sonrió y la abrazó con

delicadeza.

La familia se reunió, a excepción de Sebastián quien no estaba en el Fuerte y del rey quien estaba en el Capitolio. Almorzaron en un tímido silencio, salvo de las intervenciones de Azucena quien procuraba preguntar por los pormenores del viaje y por la salud de los miembros de la familia. Después del almuerzo, José fue a hablar con Nicolás y Dominga fue a hablar con Lucía.

—Me sorprende mucho su visita, abuelo, pero me alegra que esté aquí.

—Creí que me necesitarías. Tu relación con tu esposa no está bien, ¿cierto?

—Han sido muchas situaciones y confusiones —respondió—. Acaba de perder a nuestro bebé y a su hermano. No sé cómo acercarme a ella, no me deja.

—No la dejes sola, aunque se quiera alejar. Ella te necesita y tú a ella. Su cercanía los ayudará a sanar a ambos.

—Eso intento, pero no es tan sencillo, Luciana se ha cerrado completamente a mí. Siento que esto es demasiado para ella, vio y experimentó cosas terribles —dijo y se le quebró la voz—. Debí dejar que mi hermano ocupara el cargo, tenías razón, todos tienen razón, ni siquiera fui capaz de proteger a mi esposa.

—¡Es suficiente! No te hagas esto. La isla aún no ha sido tomada por los rebeldes gracias a ti. El pueblo confía en ti y por primera vez en mucho tiempo, esta gente cobarde se levanta, y lo han hecho porque te han visto pelear a ti y porque han visto el coraje de ella.

Azucena fue con Claudia a pasear a Damián y al pequeño Leonard por los alrededores del palacio. La princesa estuvo dichosa de poder hablar con su tía con libertad y le preguntó todo sobre su familia y sobre sus abuelos.

Lucía y Dominga volvieron al salón en el que ella había estado con Azucena en la mañana.

—Aprecio mucho que hayan venido, sé que no es propio del señor José salir de su hogar.

—Lo hicimos por ti, por ustedes —dijo refiriéndose a Nicolás y a ella—. Han vivido una situación bastante difícil y dolorosa, ¡lo lamento! —añadió la mujer y lágrimas volvieron a correr por los ojos de la joven.

—No sabía que estaba embarazada —confesó—. Ni siquiera lo sospeché. Nunca antes había pensado en un bebé, no quería tener hijos hasta que Oscuro fuera seguro; ni siquiera el bebé de Azucena me había inspirado este sentimiento maternal. En el momento en que supe que había estado embarazada, no se imagina el dolor que sentí: el haberlo ignorado, el no haberle hablado, el no haber tenido la oportunidad de tenerlo. ¡Quiero a mi bebé de vuelta! —exclamó rompiendo en llanto y la mujer la abrazó—quiere que vuelva a estar en mi vientre, quiero que crezca, quiero verlo nacer —continuó en medio de lágrimas—, él ni siquiera pudo ver la luz, me lo sacaron a patadas. ¿Por qué?, ¿por qué me hicieron esto? —Lloraba. Nicolás había ido a verla, pero después de escucharla, se marchó a su habitación a llorar.

Un servidor le informó a José que el rey se encontraba en su estudio y fue a buscarlo. Tocó antes de entrar.

—¿Te quedaste sin almorzar para evitarme? —preguntó el anciano y el rey se levantó de su asiento—. Es la primera vez que te veo en trece años, desde el entierro de mi hija.

—¿A qué se debe su visita?

—Aunque no lo creas, también vine a verte a ti.

Después de una larga y emotiva plática con el rey, José fue al salón donde se encontraba su esposa.

—¡Es hora de irnos, Dominga! Si no nos vamos ahora, nos cogerá la noche fuera de Los Laureles.

—Está bien. Descansa, querida. Hablaremos en otra oportunidad —dijo la mujer y abrazó a Lucía. José se acercó a ella y le acarició el rostro hinchado de tanto llorar.

—No olvides tu linaje. Los Santacruz nunca dejaron de pelear y los Vega tenían dones maravillosos. Y como abuelo te pido que no le cierres el corazón a Nicolás, él sufre tanto o más que tú. Ambos se necesitan —la joven dejó caer otra lágrima y asintió con la cabeza. José la abrazó.

Azucena acompañó a la visita a la salida del palacio y se despidió de sus abuelos y de su tía con mucha alegría. Había hecho las paces con ellos y auguraba que en el futuro sus encuentros serían más frecuentes.

Aquella noche Nicolás no bajó a cenar, se mantuvo encerrado en la habitación. Lucía se cambió de ropa y se fue a la cama. Al poco tiempo sintió que alguien abrió la puerta y después la cerró, era Nicolás. La miró, pero no se atrevió a acercarse para tocarla, mucho menos besarla, caminó hacia el sofá y ahí se acostó. La joven se sintió aliviada: no dormiría sola.

El rey procuraba el bienestar físico y mental de Lucía. Acostumbraba a pasear en la arboleda con ella o la acompañaba a leer en silencio.

—¿Cómo te sientes, hija? —le preguntó una tarde en el taller de pintura donde la joven revisaba algunos de sus bocetos.

—Terriblemente angustiada —respondió la joven volviendo su mirada hacia él.

—Lamento todo lo que te ha pasado.

—¡Déjeme ir! —solicitó sorprendiendo al rey—. La única razón por la que permanezco aquí es por consideración a usted, pero ya ha pasado mucho tiempo y debo ir a buscar a mis hermanos.

—¿Qué harás tú sola afuera? Es descabellado, los rebeldes intentan asesinarte.

—Es solo una persona en realidad y se llama Francisco. Si no encuentro a mis hermanos, lo buscaré y lo mataré yo misma, no va a lastimar a nadie más. He aprendido que no es tan difícil matar después de todo.

—No caigas en su juego —le advirtió el rey—. No permitas que contamine tu alma, porque esa sería su victoria —a Lucía se le salieron las lágrimas.

—Necesito encontrar a mis hermanos, se los debo. No tiene ningún sentido que esté aquí, no soy de utilidad. Ya he pagado mi culpa, en mi carne he expiado mis pecados y mi hijo ha muerto a causa de ellos. ¡Déjeme ir!, ¡libéreme!

—No eres una prisionera, pero eres la esposa de mi hijo y le romperás el corazón con tu partida.

—Nicolás estará mejor sin mí.

—Pensé que conocías mejor a mi hijo como para saber que él no soportaría tu partida. Nicolás pasa momentos difíciles también, recién perdieron un bebé, casi te pierde y aun así debe estar a cargo de la Jefatura. Si marcharte es lo que crees que te hará sentir mejor, eres libre de hacerlo, pero no te lo aconsejo y te pido que te quedes; no solo por Nicolás, sino por nosotros, tu familia; por la familia de mi difunta esposa que salió de su escondite nada más para venir a verte y por el pueblo que te tiene como heroína —la joven lo abrazó, pero se encontró con la mirada triste de Nicolás quien estaba detrás de su padre y su corazón se agitó.

—¿Qué es lo que escuché? —preguntó.

—Los dejaré a solas —dijo el rey y salió del taller.

—¿Quieres abandonar el Fuerte? —preguntó mirándola a los ojos, estaba conmovido.

—Creo que es lo mejor para todos —respondió y el príncipe se marchó antes de llorar delante

de ella.

Lucía se afligió al verlo irse. Esa noche tampoco los acompañó a la cena. Decidió esperar su regreso despierta, pero se hizo medianoche y él no llegó. Fue a buscarlo hasta la habitación de huéspedes donde se quedaba y tampoco lo encontró.

Nicolás había ido a la capilla a orar, estaba abatido. Luego de dejar todo en manos de Dios, se marchó a las caballerizas a cepillar a Valiente y después caminó hasta el lago donde se sentó en una banca a mirar el agua.

Lucía decidió salir a buscarlo. Tuvo el impulso de empezar a buscar en el lago, así que se lo encontró en su camino de regreso.

—¡Luciana! —exclamó sorprendido—. ¿A dónde vas a esta hora? —preguntó en un impulso y ella lo miró—. Lo lamento, no tienes que responder sino lo deseas.

—Me dirigía al lago.

—Bien. Te dejaré entonces.

—Iba a buscarte —aclaró antes que se marchara y él la miró—. ¿Quieres acompañarme?

El joven fue incapaz de negarse a su petición. Caminaron hasta el lago en silencio y se sentaron en una banca. Él se sentó a su lado.

—Deberías descansar —comentó tímidamente.

—Igual que tú —respondió ella con amabilidad—. Sabes que no me gusta dormir sola, te esperaba y como no llegabas, vine a buscarte —la miró sorprendido y ella sonrió—. Sé que fuiste tú el responsable de adornar con flores la habitación cada día que estuve hospitalizada: advertí las rosas rosadas; y también sé que me acompañabas todas las noches. Deseaba sanar pronto para que dejaras de dormir en el incómodo sofá.

—No era mi intención que te enteraras.

—Me es difícil mantener el sueño por las pesadillas, así que te descubrí pronto. ¿Por qué fuiste al taller esta tarde?

—Porque quería entregarte esto —dijo, y se sacó del bolsillo de su camisa el relicario que le había obsequiado—. Martín Bravo lo tenía, lo perdiste durante el ataque de los rebeldes en la escuela.

—¿Crees que vio su contenido?

—No. Es un hombre discreto y sabe lo que significan estos regalos —Lucía lo tomó y lo abrió, al ver la fotografía recordó las palabras de Nicolás al regalárselo.

—Lamento haberte mentado. Sé que te lastimé. Hice lo que creí era correcto para salvar a mis hermanos. Nunca haría nada para lastimarte a ti o a tu familia.

—Lo sé, estoy completamente seguro de ello —respondió—. Lamento todo lo que te dije aquel día en la torre, mis palabras estaban motivadas por el dolor y el resentimiento. Lamento la muerte de Julián y lo que dije respecto a su relación.

—Eso es lo más injusto que ha sucedido —dijo y dejó caer una lágrima—, hubiera preferido mil veces morir yo en su lugar. Nunca sospeché que me amara, tú tenías razón. Fue a la única persona que le confesé que te había visto en aquella tierra con tantos detalles; me duele pensar el dolor que tuve que haberle causado. Lo quería tanto que, si me hubieran puesto a elegir entre tú y él, lo hubiera elegido a él en ese momento.

—¿En ese momento? —preguntó y la joven volvió a mirar al lago—. ¡No te vayas!, ¡te lo suplico!

—Nuestra relación no tiene futuro, esta manchada por la desconfianza y la culpa. Además, estarías más seguro sin mí. Francisco va a matarme en algún momento y podría usarme para

llegar a ti y eso no lo voy a permitir.

—¿Esas son tus únicas objeciones a nuestro amor?, ¿tienes temor, podrían dañarme? —preguntó y ella no se atrevió a responder, así que continuó—. Tenías razón, el tiempo demostró tu inocencia y yo espero que todavía me des tiempo para demostrarte mi amor.

—¡Vete con Julieta a la otra tierra! Son más fuertes de lo que imaginé. Soy incapaz de protegerte o a alguien más. Ni siquiera pude proteger a nuestro bebé. Ella tiene razón, no estás a salvo aquí.

—No iré a ningún lado y si lo llegara a considerar, me iría contigo —dijo, y tomó su mano entre las suyas. La joven lo miró y lágrimas cayeron de sus ojos. Él las limpió con cariño.

—No puedo irme sin mis hermanos. Debo buscarlos, corregir mi error.

—¿Cuál error?

—Tú. Tú eres mi error y mi pecado. Nunca debí amarte. Tú no debes amarme. No es correcto.

—¿Qué hay de incorrecto en que te ame?, ¿acaso no es un sentimiento puro?

—Tu amor no me ha traído más que infortunios. He pagado un alto precio por haber seguido a mi corazón. No es justo que yo esté aquí contigo, mientras mis hermanos están desaparecidos y Julián muerto. La muerte de nuestro bebé es una prueba de ello.

—¿Qué es lo que dices?, ¿crees que has sido castigada por amarme?, ¿crees que la muerte de nuestro bebé es un castigo? Pues, aunque fuera un castigo yuviéramos el mismo resultado, te elegiría de nuevo. Yo no me arrepiento de haberte encontrado ni de amarte. No me arrepiento de haber concebido a nuestro hijo, aunque ahora ya no esté. No me arrepiento de nada. Fueron los rebeldes los culpables de todo, ellos fueron los que lo asesinaron. No asumas sus culpas. Lo que dices es injusto, es como si no hubieras sido feliz ni un solo instante a mi lado. ¿Ha sido así? —le preguntó, pero ella no fue capaz de mirarlo—. ¿Ha sido así? —insistió forzándola a mirarlo a los ojos.

—No —respondió la joven y él la besó en la mejilla, pero ella intentó apartarlo.

—Perdóname por haberte tratado de una forma tan miserable, por haberte hecho llorar. Solo quería lastimarte, que sintieras un poco del dolor que yo sentía, te creía una persona malvada, te amaba tanto y te amo tanto que sentía que iba a enloquecer. Me sentí engañado, utilizado... Tenía tanta presión sobre mí, la Jefatura, las críticas, las lamentaciones por nuestro hijo... Yo te amo más que a mi vida, el dolor que sentía era insoportable, sentía que mi mundo se caía a pedazos. Intenté corroborar todo lo que me dijiste de inmediato con la esperanza de recibir tu sinceridad, por eso me fui, además, sabía que si me quedaba solo te iba a lastimar más. Nunca podré perdonarme a mí mismo por la forma en que te traté, pero tu corazón es mejor que el mío y espero que un día logres perdonarme.

—Dios sabe que nunca te he guardado resentimiento, pero estoy convencida, lo mejor para ambos es que nos separemos. Este matrimonio no debió ser.

—¡Por favor, te lo suplico! —exclamó con lágrimas en los ojos—. Te amo. No te vayas de mi vida. ¡Te necesito!, ¡tú me necesitas! ¡Déjame consolarte! ¡Déjame sanarte! ¡Déjame amarte!

—No. No lo merezco —respondió ella y se puso de pie.

—¿Así que alejarte de mí es tu forma de castigarte? —le preguntó siguiéndola.

—No está bien que disfrute de ti y mientras tanto mis hermanos estén cautivos por mi culpa.

—¿Eso sientes al estar conmigo? Que traicionas a tus hermanos —Ella lloró y él la abrazó—. Lamento haber sido tan ciego. Soy indigno de merecer tanto amor. Ruego a Dios porque un día puedas convencerte del mío. De este sentimiento tan intenso y extraño que a veces nubla la

razón; esta necesidad de ti, de verte, de tenerte, esta terrible angustia en tu ausencia. No dejaré que te lastimen, ni siquiera tú misma —Lucía lloró con más fuerza y lo abrazó con más intensidad.

Los días pasaban y no había noticia de los hermanos de la princesa. El rey meditaba sobre si comunicarle o no la situación a Sebastián. Nicolás amaba a su hermano, pero también conocía su carácter impulsivo, no obstante, la decisión no era suya. Al bajar al estudio, lo encontró sentado junto a Azucena. De repente, se levantó y lo abofeteó con el dorso de la mano.

—¿Cuándo vas a reaccionar? Cometes error tras error. Se te colaron los rebeldes en el Consejo y hasta en la cama, ¿y ahora planeas hospedarlos? No tienes lo que se necesita para asumir este cargo.

—Hice lo correcto —replicó Nicolás—. Amo a Luciana y también a estas tierras. Considero que actúo con buen juicio.

—Seré el futuro rey y no admitiré tales comportamientos.

—Recuerda Sebastián que soy yo quien elijo a mi sucesor —intervino el rey y Sebastián volteó a verlo.

—Tú sabes quién es el mejor candidato, padre. ¿Cómo puedes reconsiderar en momentos tan importantes tu sucesión al trono?, ¿has perdido la cordura? —gritó.

—Parece que quien la ha perdido eres tú, Sebastián —interrumpió Azucena tajante—. ¿Acaso no recuerdas que no solo hablas con tu padre, sino con el rey? Te desconozco, hermano. ¿Cómo puedes acusar a Nicolás de esa manera? Gustavo Lozano nos engañó a todos y tú trabajabas con Gustavo II, también debiste advertir algo. Nicolás hace una excelente labor en su cargo, aunque los rebeldes hayan atacado más que cuando lo asumiste tú. Hemos pasado por alto tu comportamiento altivo y petulante por motivo de tu duelo, pero ya debes reponerte y avanzar porque has dañado a mucha gente con tu dolor. No eres el único aquí que ha perdido a quien ama. Así que actúa con sensatez y busca en tu interior algún vestigio del antiguo hombre que inspiraba honor y respeto, porque lo necesitamos.

El rey permaneció en silencio. Los ojos de Sebastián se llenaron de lágrimas y salió de la habitación.

—Lo lamento, padre —se disculpó Nicolás.

—De momento, debemos tener cuidado con la información que se le confía —dijo el rey—. Yo apruebo tu labor, Nicolás.

—Gracias, padre —respondió e inclinó la cabeza.

Aquella noche Lucía se acostó y cayó en un sueño profundo. Soñó que estaba reunida con sus hermanos y Nicolás alrededor de la mesa de la cabaña. De repente, tocaron la puerta, Daniel se levantó a atender el llamado y al abrir entró Francisco con dos de sus hombres. Sacó un arma de su bolsillo y les disparó, uno por uno. A Nicolás lo degolló con su espada y una vez este se hubo desangrado, fue hacia ella y le dio una estocada en el corazón.

Lucía se despertó y se sentó en la cama impulsivamente. Nicolás, quien estaba a su lado, despertó de inmediato. La joven sentía una fuerte opresión en el pecho, sentía que le faltaba el aire, así que se puso de pie y se apresuró a abrir la puerta al balcón. El joven la siguió.

—¿Qué sucede? —preguntó preocupado. Ella aún respiraba con dificultad, él lo notó y no le volvió a preguntar hasta que se calmó.

—Solo fue una pesadilla. Lamento haberte despertado —respondió en cuanto sintió que el aire entró a su cuerpo.

—¿Estás bien ahora? —volvió a preguntar y ella asintió con la cabeza.

—Solo siento una pequeña opresión en el pecho.

—Llamaré al doctor.

—No —lo detuvo—, solo te necesito a ti —dijo y lo abrazó. Él la rodeó con sus brazos y apretaba su cabeza contra su pecho. Sentía su corazón palpar muy rápido. Pensó que se alejaría pronto, pero no fue así, ella no dejaba de abrazarlo y él se sentía incapaz de alejarla.

—¿Qué soñaste que te asustó tanto?

—Que Francisco nos había matado a todos, a mis hermanos, a ti y a mí.

—Fue una pesadilla.

—Si Oscuro cayera el mundo exterior ni siquiera se enteraría —reflexionó—. Me aterra pensar en eso. Estamos solos en medio del mar, podríamos hacer lo que quisiéramos. Podríamos ser caníbales, cometer vejámenes fácilmente sin ser castigados. Oscuro no depende de nadie, nosotros mismos instituimos nuestras leyes. No tenemos alianza con ningún otro país al que acudir en busca de ayuda. Si alguien con un pensamiento diferente gobernara Oscuro, nadie podría salvarnos. ¿No te asusta eso?

—No estamos solos, amor mío. Dios lo ve todo y no permitirá que eso pase.

Las noches pasaban y los esposos compartían de nuevo su lecho. En ocasiones, él la sentía sollozar en silencio y la abrazaba y besaba. Procuraba pasar el mayor tiempo posible con ella.

—¿Piensas en nuestro bebé? —le preguntó ella una noche.

—Todo el tiempo —respondió—. Aunque aún era pequeño, pedí sus restos y los enterré en el cementerio, cerca de la tumba de mi mamá.

—¿Qué?, ¿cuándo lo hiciste?

—Al día siguiente de su fallecimiento.

—¿Por qué no me habías dicho nada?

—No lo sé. Fue algo muy personal, le había pedido a papá que no te dijera. No sabía si estarías de acuerdo.

—Lo estoy —respondió conmovida y él sonrió aliviado—. ¿Y cómo haces para evitar ese dolor? —le preguntó y Nicolás le acarició el cabello.

—No lo evito. Dejo que venga, que esté presente. No intento negar que tuve un hijo y el exponerme al pueblo tampoco me lo facilita. Me siento tranquilo porque sé que está a salvo, en un lugar donde no lo pueden dañar y entonces me enfoco en ti, a la que todavía pueden lastimar. Espero hacerte feliz en esta vida y al ir al cielo, si hago los méritos suficientes, sé que lo voy a encontrar y lo voy a abrazar como quisiera y él me va a llamar «Papá» —dijo y se le cortó la voz —, esa esperanza es la que me alienta —añadió y la joven empezó a sollozar y lo abrazó.

—Te amo con toda mi alma.

—Y yo a ti. ¿Sabes qué deberíamos hacer? Ponerle un nombre. ¿Cómo te gustaría que se llamara nuestro bebé?

—Abel.

CAPÍTULO XVII

El primer día del mes de abril, pasadas las ocho de la noche, uno de los autos reales se estacionó en la entrada del palacio. Lucía, quien leía junto al rey vio pasar a Marta a abrir la puerta y ella, al pensar que se trataba de Nicolás, fue a recibirlo. Su sorpresa fue grande al ver que en la entrada del palacio estaban sus hermanos junto a su esposo.

Por un momento pensó que había perdido la razón. Los hermanos lucían cansados y estaban sucios. Amanda fue hasta ella y la abrazó sacándola de su letargo; ambas empezaron a llorar de la emoción. Después la abrazó Felipe, Isabel se conformó con saludarla de palabra y finalmente Daniel, quien la abrazó con tal ternura que parecía imposible que no tuvieran la misma sangre.

—Pensé que nunca más volvería a verte.

—Yo creí lo mismo, hermano.

—El príncipe fue quien nos encontró —reveló Daniel y ella miró a Nicolás.

—¡Gracias! —expresó la joven alegre.

—Es mejor que descansen ahora —señaló Nicolás—. Marta, por favor, asígneles habitaciones.

—Con gusto, Su alteza —respondió la mujer y pidió que la siguieran.

Daniel tomó una habitación, Felipe otra e Isabel prefirió quedarse con Amanda. Lucía entró con ellas, advirtió que no tenían ropa que usar, así que fue a buscarles algo de vestir. Isabel permanecía callada, pero Amanda estaba dichosa.

—¿Están bien? —se atrevió a preguntar.

—Estamos vivas —respondió con hosquedad Isabel quien salía de bañarse. Amanda ya estaba limpia y se había recostado en la cama.

—¡Isabel! —le llamó la atención Amanda.

—¿Qué?, ¿acaso no debo contestarle así a la princesa? ¡Maldita seas mil veces Lucía por todo lo que has causado! No sabemos dónde diablos está Alejandro y Julián está muerto. No tienes idea de lo que pasamos, ¡casi me violan por tu culpa! ¡Maldita irresponsable! —le gritó furiosa y avanzó hacia la joven con deseos de pegarle, pero Daniel y Felipe entraron.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó Daniel serio.

—Nada. No pasa nada —respondió Isabel.

—¿Cómo has estado, Lucía? Supe de ti por las noticias. Ese infeliz... —dijo Daniel sentándose a su lado.

—Es obvio que está bien —susurró Isabel. Ni ella ni Amanda sabían del ataque que había sufrido Lucía ni la pérdida de su bebé. Daniel la miró con enojo y ella se fue a sentar en un sofá al extremo de la habitación.

—Estoy bien. Del dolor solo quedan cicatrices. Lamento todo lo que causé.

—No tienes nada por qué lamentarte, te debemos la vida. El príncipe fue por nosotros a Babel, estábamos atrapados en una choza abandonada en una provincia lejos de la ciudad. Él se ha portado muy considerado con nosotros, más de lo que merecemos.

—Es su marido, no podría hacer menos —comentó Isabel.

—¡Ya basta, Isabel! —la reprendió Amanda con dureza—. Me alegra que estés bien, Julián no corrió con la misma suerte. ¡Malditos!, aún no puedo creer que Julián esté muerto —dijo y empezó a llorar.

—Debes calmarte. No es aconsejable en tu estado —advirtió Daniel preocupado.

—Daniel tiene razón, si no te calmas puedes tener otro sangrado —señaló Isabel acercándose a Amanda.

—¿Sangrado? —preguntó Lucía, pero nadie respondió. Entonces miró a Felipe.

—Está embarazada—. Lucía quedó pasmada.

—¿Cómo es eso?, ¿le pasó algo en el campamento?—. Estaba a punto de llorar hasta que Daniel habló.

—No, yo soy el padre —dijo avergonzado.

Daniel le había confesado el estado de Amanda a Nicolás y este apenas llegó al palacio mandó a llamar a una ginecóloga. Fue la misma que asistió el embarazo de Azucena y la que valoró a Lucía. La mujer revisó en privado a Amanda mientras que los demás esperaban fuera de la habitación. La joven se encomendó a San Ramón Nonato e imploraba perdón a Dios por su pecado.

La noticia del embarazo de Amanda había sido inesperada para todos, excepto para Isabel, quien ya lo sospechaba. Daniel no se atrevía mirarla a los ojos a Lucía porque sentía vergüenza y creía que lo que sucedía era un castigo divino por no haber podido frenar sus pasiones. Se sentía culpable, pues siempre había sido tan estricto con el comportamiento de Julián hacia Lucía y él fue quien se comportó de forma incorrecta.

—Ambos están bien —anunció la ginecóloga al salir de la habitación—. La madre está saludable, sin embargo, la joven me informó que no ha tenido controles del embarazo, así que considero necesario iniciarlos cuanto antes. Ella debe alimentarse bien y descansar.

Nicolás dispuso para que todos los procedimientos médicos fueran realizados en el palacio, pues la vida de los jóvenes peligraba. Daniel entró a la habitación junto con Isabel y Felipe se quedó afuera con Lucía. Se abrazaron mientras veían a través de la puerta a Amanda recostada, a Daniel sentado junto a ella y a Isabel de pie, mirándola con pena. Nicolás los miró de lejos y sintió que la amaba más. Se acercó hacia ellos y Felipe la dejó de abrazar por consideración a él, pero ella no lo soltó.

—Agradezco lo que ha hecho por Amanda y por todos nosotros —dijo Felipe al príncipe.

—Haría cualquier cosa por ver a Luciana sonreír —respondió—. Ella los ama como hermanos, así que también son los míos— Ella sonrió.

—Gracias, Su alteza.

Esa misma noche, en la intimidad de su torre, Lucía abrazó a Nicolás quien salía del vestidor.

—¡Gracias! Me has devuelto la vida.

—Estoy haciendo todo lo posible por encontrar a Alejandro. Tú no puedes vivir sin ellos y yo no puedo vivir sin ti —respondió y ella lo besó.

Al día siguiente, el rey canceló sus pendientes, cerró la entrada al Capitolio y los reunió en el salón donde convocaba al Consejo. Nicolás invitó a Samuel, Joaquín y Miguel para que lo asistieran en la toma de declaraciones de los hermanos de Lucía. Ellos eran las únicas personas en las que confiaba después de lo que había sucedido con los Lozano y aunque había descartado la traición de otros consejeros, no quería involucrarlos en un asunto que desde un principio fue de carácter familiar.

Azucena y Lucía estaban sentadas junto al rey. Daniel, Felipe e Isabel estaban sentados del lado de Lucía y Nicolás y sus acompañantes junto a Azucena, hasta que Felipe quedó al lado de Joaquín. Amanda no los acompañó, de todos modos, no sabía más que ellos. La reunión fue extensa: los relatos largos y escalofriantes. El príncipe hacía anotaciones frecuentes en su libreta.

La nueva información, junto con la que ya poseía, les dio un vuelco a las cosas. Entendió que era menester reunir un ejército con prontitud. Quería la paz, la anhelaba, pero para conseguirla, era imprescindible iniciar la guerra.

—¿Cómo te sientes, Amanda? —preguntó Lucía aquella tarde sentándose a su lado en la cama.

—Mucho mejor —respondió la joven y extendió sus brazos hacia ella—. Te extrañé mucho. Estaba preocupada —dijo abrazándola—. Estás bien, ¿verdad? —preguntó mirándola a los ojos, sabiendo que así no podría mentirle.

—Estoy muy feliz de verlas aquí—dijo para ambas, pero pareció que el mensaje solo llegó a Amanda, pues Isabel estaba sentada frente al espejo y fingía mirar lo que había en el tocador.

—¿Y las pesadillas?, ¿las has vuelto a tener?

—No es necesario estar dormida para tener pesadillas.

—Eso es cierto —admitió cabizbaja—. El príncipe te ama mucho —añadió y Lucía se ruborizó.

—Así es.

—¿Y tú lo amas a él? —le preguntó e Isabel puso más atención a la conversación.

—Con toda el alma —confesó y Amanda sonrió.

—Me hace tan feliz escuchar hayas encontrado el amor a pesar de lo precipitado que fue tu matrimonio.

—En un principio no fue así, Nicolás no confiaba en mí, al igual que algunos en el Consejo.

—¡Cuánto lamento que la hayas pasado tan mal! —interrumpió Isabel—. ¿Todavía tienes el valor para quejarte? ¿Acaso no tienes vergüenza?

—¡Perdóñenme! Mi obstinación provocó todo esto —suplicó con los ojos llorosos.

—¡Yo no te perdono! Ningún castigo será suficiente para que pagues por lo que has hecho.

—¡Isabel! —la reprendió Amanda.

—Sabes que solo digo la verdad —replicó—. ¿Por qué tenías que salir de la casa? ¿Por qué tenías que jugar a la heroína en San Francisco? Mataste a Julián y quizás Alejandro también esté muerto. Casi nos violan en ese campamento. Duramos meses secuestradas, sirviendo a bandidos, dormíamos en el piso y comíamos peor que los cerdos, mientras tú, dormías como una princesa, comías como una princesa y no hacías nada como una princesa. ¡Como una maldita princesa! —gritó.

—Si hubiera podido elegir, me hubiera ido con ustedes —expresó colocándose de pie.

—Ojalá hubieras ido tú al campamento en vez de nosotros.

—Ojalá ninguno de ustedes hubiera sido secuestrado —convino Lucía, pero el enojo de Isabel aumentaba—. Quieres golpearme, ¿verdad? Hazlo. Te hará bien sacar ese odio que sientes contra mí. Prometo que no levantaré un solo dedo para defenderme —dijo resignada al odio de su hermana. Esta la miró por un momento sin comprenderla y fastidiada por su actitud, le descargó una fuerte y sonora bofetada—. De verdad espero que te sientas mejor —añadió Lucía y salió de la habitación. Isabel permaneció unos segundos más sobándose la mano con que la había golpeado antes de encontrarse con la mirada de desaprobación de Amanda.

Lucía caminó con prisa hacia la capilla. Isabel confirmaba y aumentaba lo que sentía. La culpa por amar a Nicolás volvió a embargarla.

En el umbral de la capilla le iba a decir a Manuel que no se iba a tardar, pero recordó que estaba muerto, era algo que le pasaba con frecuencia. Caminó con los ojos llorosos por el pasillo central hasta que las piernas se le debilitaron y cayó de rodillas. Empezó a llorar.

—Es mucho dolor para un alma tan joven —interrumpió el sacerdote y Lucía levantó su mirada hacia él.

—¡Es insoportable! —respondió.

—Es en estos momentos en los que se pone a prueba la fe.

—¿Fe, padre? Me cuesta tener fe. Lo único que tengo es terror: un miedo intenso que me consume, que no me permite dormir. Mi esposo, mis hermanos, todos están en peligro.

—El Señor me ha dado la oportunidad de conocer a muchas personas en la vida —dijo el sacerdote sentándose en una banca cercana a ella—, y te aseguro que he aprendido a leer a Dios en sus historias y en la tuya está muy cercano. Nada obra para mal, hija, nada; aún el fuego purifica.

Después de la reunión en el Capitolio el rey, Nicolás y Daniel se reunieron en privado. Este último había prometido una entrevista con ambos antes de llegar al Fuerte. Daniel era conocedor de la opinión de Nicolás sobre él y quería aclarar todas las acusaciones que hubiera en su contra y responder todas las preguntas que el príncipe tuviera que hacerle.

—Lo que voy a confesarles solo Dios lo sabe, aceptaré el castigo que me imponga sin objetar nada porque confío en su justicia, sin embargo, les suplico discreción. No me gustaría que Lucía se enterase de lo que voy a referirles, pues si hay algo que no me creo capaz de soportar es su desprecio.

El rey y Nicolás escucharon estremecidos los relatos de Daniel. Les refirió en primer lugar que era hijo de Francisco y que por largos años fue su mano derecha y hombre de confianza, a lo que debía la ventaja que le había tenido los años que estuvo escondido. Les relató también, lo que había hecho para sobrevivir en un mundo dominado por Francisco y que él sabía desde mucho antes que todos, de la existencia del mundo exterior. A veces dejaba caer una lágrima por su rostro, pero su expresión, la palidez de su tez y el sudor que emanaba de su frente a pesar del clima fresco de Andalucía reflejaba mucho más su sentir. Fue la primera vez que Nicolás sintió pena por él y vio algo del hombre a quien tanto amaba y respetaba su esposa. Finalmente, Daniel, ya liberado de todo tormentoso secreto, expresó su completa sumisión a la voluntad del rey, así como fidelidad a la Corona de la que por tantos años huyó.

—Ya todo está dicho —dijo el rey una vez Daniel finalizó su confesión—. Expiarás tus culpas con el servicio a la Corona y al jefe de la Guardia Real hasta tu muerte. Recibirás honorarios como cualquier otra persona en la guardia y podrás ascender de rango si obtienes los méritos suficientes. Tu capacidad de liderazgo y astucia será muy provechosa ahora que se aproximan tiempos de guerra —Daniel hizo una reverencia ante el rey y se fue del salón agradecido y más ligero.

El príncipe, con ayuda de su nuevo aliado, empezó a reclutar combatientes. El rostro de Francisco y de otros rebeldes estaban en poder de la prensa. Felipe de manera voluntaria quiso unirse al ejército real al igual que su hermano, pero Daniel procuraba no exponerlo al peligro.

Lucía entrenaba en el gimnasio con Felipe siempre que este llegaba de la Jefatura. De igual manera, practicaba con el rey. Procuraba mantenerse activa y mejorar sus habilidades para el combate. Y en tanto nadie lo advertía, intentaba mejorar sus habilidades como mística, con muy pocos resultados, por lo que, en más de una ocasión, rompió uno que otro objeto.

—Te veo después —expresó Felipe a Lucía al ver acercarse a Daniel. Habían paseado por más de una hora en la arboleda y ya los había alcanzado el crepúsculo.

—No hemos tenido tiempo de hablar a solas desde nuestra llegada —señaló Daniel.

—Es mi culpa, he intentado esquivar esta conversación.

—¿Por qué?

—Por vergüenza. Debes conocer por las noticias todo lo que ha pasado.

—No hay nada de qué avergonzarse. Me preocupé mucho por ti. Lamento lo que te sucedió —dijo acariciándole el rostro y ella se conmovió. Tenía los ojos llorosos.

—El príncipe me habló de la carta que Julián te envió, fue gracias a ella que nos encontramos. Necesito decirte algo, le debo esta conversación a Julián —dijo y se le hizo un nudo en la garganta—. Él te amaba como hombre. Creo que empezó a amarte desde tu adolescencia, pero jamás le permití que te cortejara. Ahora me doy cuenta que mis deseos eran egoístas, creí que nadie podía protegerte más que yo. Quería tener el control sobre todo y sobre ti, sentía que, si lo perdía, todo acabaría mal; al final, fue así.

—En la carta Julián me confesó sus sentimientos y me pidió que te dijera que te perdonaba —informó.

—Entonces ya lo sabías. ¿De verdad te dijo que me perdonaba? —Lucía asintió.

—Pero yo necesito saber algo, ¿por qué decidiste protegerme? ¿Fue porque podía hacer que la tierra fuera más fértil, los animales no enfermaran y podía sanarte si estabas herido?

—No, no fue eso lo que me llevó a protegerte. Tu coraje me dio valor para huir de Francisco.

—¿Fuiste tú quien estuvo con Francisco la noche en que asesinaron a mi padre?

—¿Qué? —preguntó Daniel sorprendido—. No, claro que no. La primera vez que te vi fue en el campamento. ¿Desconfías de mí? ¿Te cuesta creerme? —añadió con lágrimas en sus ojos. Lucía lo miró y no pudo resistir ver a su hermano en ese estado y lo abrazó.

—Perdóname, es tan confuso. Me han preguntado tantas cosas.

—Yo jamás te haría daño.

—Lo sé, lo sé, hermano. ¡Perdóname!

Isabel y Amanda permanecían en la habitación la mayor parte del día. Lucía poco frecuentaba la habitación para no hacer sentir incómoda a Isabel y porque su rechazo la lastimaba. Azucena solía ir a visitarla con frecuencia. Le había obsequiado a Amanda hilos de distintos colores y agujas para que tejiera durante su tiempo de reposo. Una mañana la invitó a caminar en los alrededores del palacio convenciéndola que le haría bien.

—Me alegra mucho que Lucía haya tenido a una persona como usted cerca —comentó Amanda—. Ella es frágil y muy sensible.

—Nosotros somos los afortunados de tenerla a ella —respondió Azucena—. Luciana atravesó momentos muy difíciles: fue atacada por los rebeldes en varias ocasiones, estuvo a punto de morir... y la muerte de su hermano y la pérdida de su bebé. Fue un milagro que haya recuperado parte de su esencia.

—¿A qué se refiere, Su alteza? ¿Cuál bebé? ¿Cómo así que Lucía casi muere? —preguntó con prisa Amanda e Isabel se desconcertó.

Azucena les comentó a las hermanas los pormenores de lo que le había ocurrido a Lucía durante su estancia en el Fuerte: el ataque en el Festival de La Llegada, el intento de asesinato de parte de Margarita, así como su constante tristeza por la ausencia de sus hermanos. Amanda se molestó con Daniel por haberle ocultado esa información y el sentimiento de culpa de Isabel por lo que le había dicho a Lucía se hizo más grande. Aquel mismo día se atrevió a bajar de la habitación y fue a verla en el salón donde le habían dicho que estaba.

—¡Adelante! —dijo Lucía e Isabel entró. Ella se sorprendió al verla, pero su expresión le dio a entender que iba en paz.

—¿Qué haces? —preguntó Isabel, cerró la puerta tras de sí y entonces se fijó en la delgada

cicatriz que tenía en el antebrazo derecho.

—Intentaba leer —mintió. Estaba sentada frente a la pintura de la cabaña donde estaban todos sus hermanos, durante más de una hora observó a Alejandro.

—El palacio es muy bonito y cómodo —dijo Isabel mientras curioseaba en la habitación. Entonces Lucía obtuvo lo que buscaba: era tanto el parecido entre Alejandro e Isabel que por fin lo vio. Estaban fuera del restaurante de la familia de Felipe en San Pedro. Alejandro estaba de rodillas, Amanda e Isabel estaban detrás de ella y había gente a su alrededor que no conocía. Celebraban algo.

—¡Lucía! —la llamó Isabel asustada porque tenía la mirada fija y no respondía—. ¡Lucía! —insistió arrodillándose frente a ella y la sacudió levemente hasta que la miró—. ¿Estás bien? Te quedaste ida.

—Volveremos a ver a Alejandro con vida —anunció—. Él está bien.

Isabel sonrió.

—¡Gracias!

Los esposos se veían con poca frecuencia. Nicolás pasaba mucho tiempo fuera del Fuerte pero al estar ahí, procuraba aprovechar cada momento con su amada. Cabalgan juntos, salían a dar largos paseos, la acompañaba en su taller, algunas veces solo descansaban en el lago.

—¿Quieres que te enseñe algo? —preguntó animada Lucía.

—¿Qué? —respondió Nicolás sonriente. Lucía se acercó mucho más a la orilla del lago, sumergió las manos en el agua y esta empezó a burbujear, incluso se elevó. Luego, al levantar las manos arqueadas tomó un poco de agua, la cual se elevó sobre sus palmas en forma de esfera. Nicolás sorprendido se acercó más a ella hasta que finalmente la esfera se rompió sobre sus palmas salpicándolos a ambos.

—¿Te asusta? —preguntó mirándolo.

—No. Claro que no —respondió y besó el dorso de su mano—. Sabes que lo único que temo es que me separen de ti.

—Quería enseñártelo hace mucho y esperaba ver tu reacción. Estoy al tanto de lo que se dice sobre mí en el reino y aunque nadie me ha acusado aún, tarde o temprano lo harán. Tendré que esconderme de nuevo.

—Eso no pasará. No volverás a vivir escondida —aseguró Nicolás—. Quienes no te acepten pueden abandonar la isla, porque tú perteneces aquí tanto como ellos. Azucena rastreó los movimientos de los últimos místicos y está segura que aún hay algunos en Babel, cerca del gran lago. Te confieso que nunca antes creí en esas historias, pero ahora todo tiene sentido: el domo alrededor de la isla, los portales hacia el mundo exterior, esta geografía particular. Hay historias que mencionan hombres que podían convertirse en lobo o cuyas piernas podrían convertirse en una cola de pez al entrar en el agua. Los guardianes podrían ser reales también. Ordenaré una expedición a ese lugar.

—¿Y si los encuentras qué pasará? Puede que ellos no quieran ningún contacto con la Corona.

—Tengo la esperanza, sé que podemos unirnos en contra de los rebeldes. Daniel intenta convencer a algunos ermitaños. Espero tengamos éxito, porque necesitaremos toda la ayuda posible para ganar.

—Si logramos encontrar un místico que sea mi mentor podría desarrollar mi habilidad y eso me haría mucho más útil en la guerra —expuso y Nicolás se puso serio.

—Tú no irás a la guerra —declaró con firmeza.

—Eso ya lo veremos —lo desafió y volvió a mirar al lago, pero Nicolás no mudó su sentir.

—Luciana —dijo obligándola a mirarlo—. No dejaré que pelee. Moriría si llegara a sucederte algo.

—Dudo que pueda ocurrirme algo peor —expresó apenada. Él le acarició nuevamente el rostro y la besó en la mejilla.

—Eres la mística más hermosa que he visto en mi vida —expresó haciéndola sonreír.

—Soy la única mística que conoces —replicó. Nicolás sonrió.

—Bien, entonces eres la única mística a la que quiero besar y besar... —dijo y se fue sobre ella mientras besaba su rostro.

Lucía vio el cielo detrás de él. Los ojos azules del príncipe la miraban con profundo amor.

—He sido injusta —dijo al tomar sus cabellos dorados entre sus dedos—. Lo peor que podría pasarme es perderte —sonrió—. Mi mal y mi cura —El esposo la besó.

El guardián se acercó a la orilla del lago más de lo que había estado en años.

El último viernes del mes de abril el rey le pidió a Nicolás que le acompañara al Capitolio. Partiría al día siguiente en horas de la madrugada a un viaje junto con Daniel y Felipe y no quería posponer tan importante conversación. Nicolás presentía cuál podía ser el motivo por el que lo citaba su padre y estaba inquieto.

El rey sacó del bolsillo de su abrigo un juego de llaves doradas. Nicolás confirmó sus sospechas.

—No puedo aceptarlo, padre.

—Te entrego el poder absoluto. Una vez regreses de tu viaje lo anunciaremos al pueblo.

—Padre, sabe usted lo que significa esto. No puedo aceptarlo —replicó y el rey con cariño tomó la mano derecha de su hijo, colocó las llaves sobre su palma y la cerró después.

—Estas llaves también te darán acceso a mi salón privado. Es mi hora de merendar y que ustedes se levanten —Nicolás se quedó sin argumentos, no quería decepcionar a su padre ni a su rey. Obediente, se inclinó ante él.

—Prometo, Su majestad, que defenderé con mi vida esta isla y que honraré los principios que la fundaron. Jamás daré mi espalda al buen Dios y guiaré a mi pueblo con prudencia, sabiduría y benevolencia.

Aquella noche, así como la que le siguió, fue más fría de lo habitual; incluso el rey se estremeció. Se respiraba un ambiente distinto en el palacio, aquella sensación que precede a un acto fúnebre, a la oscuridad, a la muerte.

—Quiero que te refugies en el Fuerte a partir de ahora —le dijo Nicolás a Lucía, ella leía en el sofá de su torre—. No quiero que lo abandones más y si es necesario te enviaré al mundo exterior.

—¡No puedes hacer eso! No me iré, a menos que vengas conmigo.

—Sabes que no puedo, soy el jefe de la Guardia Real: es mi deber acompañarlos en la guerra.

—No estoy de acuerdo.

—Ya lo discutí con Daniel.

—¡Daniel no habla por mí!

—Si Oscuro cae, debes ir al otro mundo por refuerzos, eres nuestra última oportunidad de salvación. Aunque no los encuentres, quiero que vivas, así sea lejos de aquí.

—No haré eso. ¡No! —exclamó con energía.

—Lo harás —insistió el príncipe—. Lo harás por mí, por nuestro amor, por nuestra tierra, para que viva a través de ti y de nuestros compatriotas que están allá.

—¿Cómo puedes pedirme que haga eso? —le preguntó. Empezó a respirar más rápido, se levantó y salió al balcón.

Nicolás la siguió y la abrazó por la espalda.

—Amor mío —le dijo con profunda ternura—, sabes que eres lo más importante para mí. Si algo te sucediera no podría soportarlo, ya te han lastimado antes y no quiero que lo vuelvan a hacer. Prométeme que harás lo que te pido. Que llevarás a cuantos puedas poner a salvo. Prométemelo, amor mío, necesito escucharlo de tus labios. Prométeme que por nuestro amor vas hacer lo que te pido.

—No —murmuró con firmeza.

—¡Por favor! —suplicó él en tanto acercaba su rostro al de ella.

—Te lo prometo —accedió finalmente y el esposo la giró entre sus brazos para besarla con pasión.

Un par de horas antes del amanecer, Nicolás abandonó el Fuerte en un auto real acompañado de Daniel y Felipe. Antes de irse, les dio instrucciones específicas a los guardias sobre la entrada y salida de personas al Fuerte, en especial, al palacio.

—¿Sabía usted que la reina tenía un diario? —le preguntó Lucía al rey durante un paseo por el invernadero.

—Te preguntaría cómo lo sabes, pero supongo que eso hace parte de tus habilidades.

—Usted sabe lo que le ocurrió a la reina, ¿cierto?

—Sí, lo sé.

—¿Es por eso que no se defiende de las acusaciones del señor José?

—Tú igual que yo, conoces la culpa. Sabes qué es lo que se te confía alguien y perderlo. Ese es el mayor daño de ese criminal: hacernos sentir impotentes y culpables por no ser más fuertes. Prométeme que no vivirás como yo, que pelearás hasta vencerlo. Prométeme que nunca te vas a rendir y que si está en tu poder exterminarás el mal de esta tierra.

—No es necesario que se lo prometa, padre —respondió Lucía—. Después de la guerra viviremos en un mundo nuevo y diferente, un mundo en donde me gustaría tener muchos hijos. Un mundo en donde usted pueda jugar con sus nietos. Un mundo en donde usted, Azucena, Sebastián y todos los que han sufrido por esta masacre puedan ser felices. ¿Se imagina lo que pasaría si pudiera desarrollar este poder? —añadió mirándose las manos—. A cuántas personas podría sanar, cuántas consecuencias de la guerra podría deshacer.

—¡Te quiero tanto, mi niña! —exclamó el rey y la abrazó.

—Y yo a usted, padre.

CAPÍTULO XVIII

Aquel día Lucía despertó más temprano de lo acostumbrado y para disipar sus preocupaciones planeó ir a cabalgar. Se sorprendió al no encontrar a ningún empleado en las caballerizas, por lo que caminó en dirección al portón sur. Vio a lo lejos un guardia en el piso y corrió hacia él; tenía una herida de puñal en el pecho. Recordó que había escuchado decir al rey en la cena que madrugaría para ir a orar, así que, embargada por un mal presentimiento, ensilló a Lucero ella misma y cabalgó sin descanso hasta llegar a la capilla. Encontró a los guardias del rey tendidos sobre el empedrado.

Gustavo Lozano, Gustavo II Lozano y otro hombre, cuyo rostro mantenía cubierto con un pañuelo blanco, formaban un círculo alrededor del rey, quien permanecía inerte de espaldas al altar. El hombre del pañuelo sacó su espada y le atravesó el estómago y Gustavo lo apuñaló una vez más; el monarca cayó de lado con los ojos abiertos con la mirada hacia Lucía.

Los malditos voltearon y la descubrieron, pero la joven corrió y se escondió detrás del templo. Lucero escapó. Una vez logró engañarlos, volvió a la capilla y se encerró. Se acercó al cuerpo sin vida del rey y con la mano trémula le cerró los ojos.

—Te prometo que haré justicia, padre. ¡Te juro por mi vida que así será! —exclamó con dolor, besó la frente aún tibia del cadáver, miró hacia el altar donde estaba un gran crucifijo y la estatua de la Virgen de la Medalla Milagrosa y se levantó.

Se dirigió a la casa cural, tomó la pistola de bengalas y una vez salió de la capilla disparó hacia el cielo, justo en el momento en que explotó la Jefatura.

—¿Cómo estás, hijo? —saludó el rey a Sebastián viéndolo llegar con sus cómplices. Podía reconocer a su hijo aún detrás de un trozo de tela.

—Mejor de lo que te imaginas, padre.

—¿Sabes a qué venimos? —intervino Gustavo. El rey sonrió con desdén.

—Hay que ser estúpido para no saberlo.

—¿Y no vas a huir?, ¿no vas a suplicar? —preguntó Gustavo.

—Eso es propio de miserables como tú —respondió el monarca.

Sebastián desenvainó su espada y le atravesó el estómago, Gustavo lo apuñaló en el costado y Gustavo II Lozano solo miró, fue el único de ellos que sintió algo de pena. El rey cayó en suelo sagrado con la mirada vuelta hacia la entrada. Vio a Lucía de pie con intención de ir hacia él y en su agonía, se alegró ante la misericordia divina que le permitió que lo último que viera en este mundo oscuro, fuera la mirada amorosa de su hija.

En cuanto Lucía llegó al palacio ya había ocurrido la tragedia: Sebastián había ido al comedor y con un arma de fuego le había disparado al pequeño Leonard que Raquel dormía en su pecho y luego a esta en la cabeza, sin vacilar. Azucena, aterrada por el horror de lo que había presenciado, se levantó de la mesa, se acercó a ella y la apuñaló en el vientre.

—¡Hermano! ¿Qué has hecho? —murmuró mientras se desangraba sobre la alfombra. Sebastián ya se había quitado el pañuelo para ese entonces.

—Es tiempo cambiar el orden de las cosas —respondió sin un atisbo de pena por su hermana moribunda.

—No cambiarás nada —pronunció Azucena en su agonía—, tú nunca serás rey. Nicolás y Luciana tomaran el trono y tú morirás en cuerpo y alma por lo que has hecho.

—Saluda a mamá de mi parte —se despidió y se levantó sacándole la daga del estómago, lo que precipitó su muerte.

Rebeca se había encargado de envenenar a los demás servidores del palacio con el café que había preparado. Le llevó a Amanda y a Isabel, pero la primera estaba dormida y a la segunda no le gustaba el café, así que solo bebió jugo. Amanda escuchó los disparos que Sebastián hizo contra Raquel y Leonard, se sobresaltó. Ordenó a Isabel poner seguro en la puerta y se encerraron en el baño.

Lucía entró sigilosamente al palacio, desconociendo que Sebastián la vigilaba desde uno de los salones. Corrió escaleras arriba hacia el balcón del rey y después de disparar otra bengala perdió el conocimiento. Sebastián la había golpeado en la cabeza con el mango de su pistola.

—Lucía está afuera —comentó Amanda preocupada.

—Voy a buscarla —se ofreció Isabel—. Quédate aquí por si viene a buscarnos.

—No, espera. Pueden seguir allá afuera —Amanda intentó detenerla.

Isabel salió del baño en silencio y se asomó por la ventana.

—No veo nada. Iré por ella —insistió y salió de la habitación sin esperar su consentimiento.

Bajó las escaleras con cuidado. No veía a nadie cerca y no se decidía por dónde empezar a buscar. De repente vio a Sebastián quien bajaba con Lucía en brazos. Los esperó al final de la escalera y se acercó a él con confianza. Sabía que era el príncipe, a pesar de nunca haber hablado con él.

—¿Qué le pasó?, ¿estará bien? —preguntó preocupada.

—La encontré inconsciente —respondió—. Los rebeldes atacaron el palacio.

—Hay que llevarla a una habitación —refirió Isabel nerviosa y se acercó a revisarla.

—Puede ser grave, la llevaré al hospital —dijo Sebastián. Quiso matarla, pero no podía accionar el arma, porque para eso tendría que bajar a Lucía y se le acababa el tiempo.

—¿Qué hacemos?, ¿y si todavía están en el palacio?

—No, los he matado a todos. Ya avisé a la Guardia Real, es mejor que esté aquí para recibirlos. Informe que estaré en el hospital de Andalucía.

—Está bien —accedió preocupada y lo dejó marcharse. Se apresuró hasta la habitación para comunicarle a Amanda lo ocurrido, la Guardia Real llegó, Sebastián había escapado en un auto real por la puerta norte.

Gustavo Lozano y su hijo torturaron a Marta para que les revelara el acceso al salón privado del rey, el cual, según sospechas de Sebastián, escondía una armería. No obstante, por más que la mujer fue golpeada, no expresó más que súplicas de piedad; finalmente, Gustavo II le rompió el cuello.

Una vez que los habitantes de Andalucía vieron por segunda vez la señal que había sido lanzada desde el balcón del rey supieron que el Fuerte había sido invadido. Todos los guardias reales que estuvieron cerca penetraron la fortaleza para socorrer a la familia real, pero al llegar no encontraron más que muerte y horror; y lo más angustiante: la princesa Luciana había sido raptada.

Isabel y Amanda bajaron a buscar sobrevivientes. Isabel fue hacia la cocina y encontró a varios tirados en el piso y tazas de café sobre la encimera. Ella se acercó y olió el contenido de las tazas, reconoció aquel aroma: se trataba de un reconocido veneno usado por los rebeldes en el campamento. Esmeralda le había enseñado cómo salvar la vida de quien lo hubiera bebido, así que buscó los ingredientes con desespero en la cocina y preparó el brebaje.

Cuando la Guardia Real llegó al palacio, encontró a Isabel y a Amanda dándoles a beber la

pócima a los envenenados. Ellos insistieron en llevarlos al hospital, pero ellas se opusieron hasta que no la hubieran tomado. Quienes lo hicieron, lograron salvarse, por desgracia, una tercera parte de los empleados del palacio ya había muerto.

Nicolás estaba reunido con Daniel, Felipe, Joaquín y Miguel en su oficina en la Jefatura. Después de la masacre del 12 de febrero, la Jefatura jamás cerraba. Acababa de unírseles Samuel de Toledo cuando Andrés llegó con una carta para el príncipe.

—No tiene remitente, señor —anunció el joven antes de dársela. Nicolás abrió el sobre y Miguel decidió bajar a ordenar que enviaran más fotografías de rebeldes a las imprentas. Nicolás lo vio marcharse antes de leer la carta.

Querido hermano:

Hubiera preferido decirte esto en persona, pero no puedo estar en dos lugares al mismo tiempo. Mi elección no fue motivada por odios ni deseos de venganza, porque no odio ni a Azucena ni a ti y aún menos a mis padres; pero eran obstáculos en mi camino hacia el poder. Eres el auténtico hijo de Leonard, el que quizás él hubiera deseado que yo fuera: heredaste su carácter, su valor y su patética sensibilidad que lo hacía débil. En cuanto leas esta carta, estaré en el Fuerte. Tomaré a Luciana conmigo, su vida dependerá de las decisiones que tome. Una nueva era se aproxima, lamento que no vivas para ver el esplendor de Oscuro.

Dale mis saludos a Azucena.

Descansa en paz.

Sebastián Maxwell.

La palidez en el rostro del príncipe después de leer la carta fue tal que parecía papel. Samuel le arrebató presuroso la carta de las manos y la leyó con rapidez, pero a mitad de la misma estalló la primera bomba.

Nicolás estaba petrificado, tuvieron que forzarlo a moverse. Samuel conocía la ruta del túnel y los guio hacia ella. Daniel y Joaquín protegían a Nicolás quien aún no volvía en sí, mientras que Felipe asistía a Samuel en lo que necesitara. Lograron acceder al túnel antes que la segunda bomba derribara todo el edificio. La mayoría de los empleados consiguió salir, pero algunos, entre esos Miguel, quien se encontraba en el primer piso, fue sepultado al colapsar la estructura.

El palacio y la capilla fueron limpiados en su totalidad. El padre Jorge fue el sacerdote encargado de presidir la misa de réquiem para los tres miembros de la familia real que habían sido asesinados, así como para los servidores y guardias reales que perdieron la vida. La prensa relataba con fidelidad los sucesos ocurridos en el Fuerte. El reino entero estaba conmocionado por la traición del príncipe heredero, la gran masacre real y el rapto de la que por derecho era su reina.

En el Fuerte se respiraba dolor y sufrimiento, parecía que los árboles se hubieran silenciado y hasta el lago estuviera en respetuosa quietud. Pocos eran los empleados que se habían contratado: prevaleció el miedo de estos y la desconfianza de los del palacio. Isabel se enteró de la traición de Sebastián, lloró: había tenido a Lucía tan cerca y la había perdido; lo que un día por rabia deseó para ella, le había pasado. Sentía que en cualquier momento escucharían la noticia de su muerte, y eso la perturbaba. Amanda sollozaba la mayor parte del día, había dejado de tejer y no salía de la habitación. Daniel apenas podía mantener la cordura: después de todo lo que había hecho, había perdido a Lucía. Felipe evitaba pensar demasiado, se mantenía en guardia en la puerta sur del Fuerte, y en ocasiones, tomaba el lugar de algún centinela.

Nicolás no solo sufrió la pérdida de su familia, sino la traición de su hermano y el rapto de su esposa. Cuando a través del túnel llegó hasta la capilla del Fuerte, encontró a su padre asesinado

frente al altar; y al llegar al palacio vio el desgarrador asesinato de su hermana y su sobrino. Incluso los espíritus más fuertes tienen su límite y el de Nicolás lo había alcanzado. Después del sepelio de su familia, se encerró en su torre y prohibió que lo molestaran.

Ofelia Núñez, Pedro Valencia y Samuel Bravo fueron los encargados de organizar todo para el sepelio de la familia real. Nicolás no podía hacerse cargo de nada. Pasada una semana después del entierro todos los consejeros fueron a visitarlo, a excepción de María Ignacia García, pero Nicolás se negó a recibirlos. María Ester Ramos estaba interiormente devastada por la muerte de Leonard, pero quería justicia, al igual que sus colegas. De manera muy cordial y prudente, Samuel Bravo le solicitó a Daniel, quien se vio obligado a tomar la vocería del palacio, que le preguntara a Nicolás si aceptaba o no la Corona, pues era menester tomar las armas con prontitud.

Daniel le comunicó el mensaje del Consejo a Samuel de Toledo, el cual, pidió la copia de la llave de la torre a uno de los sirvientes y entró sin avisar.

—Ordené que nadie entrara —expresó con amargura Nicolás. Estaba sentado en el sofá de espaldas a la entrada. Llevaba tres días encerrado. Usaba la misma ropa desde la última vez que lo vio. La cama estaba desordenada y sobre ella estaba parte del vestuario de Lucía.

—Todos preguntan por ti —Samuel se acercó para ver el rostro de su amigo.

—No, nadie pregunta por mí. Todos piden a un rey —corrigió taciturno.

—Y ese por derecho eres tú.

—Nunca quise ser un rey —replicó mirándolo a los ojos—. Esta maldita Corona pervirtió su corazón. Asesinó a papá y a Azucena —añadió al romper en llanto—, mató al pequeño Leonard. ¡Cómo es eso posible! ¿Qué clase de persona es? Él lo cargó muchas veces, estuvo presente en su nacimiento, abrazó a mi hermana y a mí, crecimos juntos, jugamos juntos, él era mi ejemplo a seguir. ¡Cómo alguien puede hacer eso! Él no es un hombre, debe ser un monstruo —Samuel no supo qué responder—. También se la llevó. Se llevó a Luciana. Debí sospechar de su interés en ella, él quería desposarla en un principio, me había propuesto enviarla al mundo exterior. ¡Él se la llevó! No pude protegerla. ¡Cómo podía imaginar que esto pasaría! Él, que tanto fingía odiar a los rebeldes, terminó siendo uno de ellos. ¿Cómo crees que podría hablarle a un pueblo que ha sido desangrado por mi propia sangre? —Nicolás lloraba.

Samuel se sentó en el sofá frente a él y lo miró apenado.

—El Consejo te quitará la Corona si no la tomas. Una guerra se aproxima. El pueblo pide un rey, tu familia espera que se haga justicia y Luciana, donde quiera que se encuentre, debe pelear con todas sus fuerzas para volver contigo; tenemos que ayudarla —Nicolás levantó la mirada.

Lucía fue llevada en auto a una mansión fortificada en Santo Tomás Moro. Al despertar se encontraba acostada y abrigada en la cama de una habitación y a su lado, sentado en un sillón, estaba Sebastián.

—¿Cómo está? —le preguntó con amabilidad al verla abrir los ojos.

—¿Qué sucedió? El rey... —dijo y se sentó tan de prisa que se mareó.

—¡Tenga cuidado! Sufrió un golpe en la cabeza.

—¿Qué pasó con el Fuerte? ¿Dónde estamos? —sus ojos saltaban de un lado a otro de la habitación, exploraban a su alrededor.

—El Fuerte fue atacado por los rebeldes, mi padre y hermanos han muerto —respondió con fingida tristeza—. Regresé por unos documentos que había olvidado en el palacio... en cuanto advertí la situación era demasiado tarde. Por fortuna, la encontré. Estaba inconsciente en la habitación de mi padre y la saqué antes del estallido de las bombas.

—¿Bombas? —preguntó con lágrimas en los ojos—. ¿El Fuerte explotó? Mis hermanas... —dijo y empezó a sollozar—. Tenemos que regresar, tengo que irme —añadió y se puso de pie. Él se levantó y la detuvo.

—No, escuche. Usted y yo somos los únicos sobrevivientes de la familia real. Es mi deber protegerla. Si nos exponemos y los rebeldes nos encuentran, la Corona caerá y será la perdición del reino.

—¿Los únicos? Nicolás no estaba en el Fuerte.

—La Jefatura explotó —respondió—, no hubo sobrevivientes —Lucía se sintió desfallecer—. ¡Cuánto lo siento! —añadió y se marchó fingiendo abatimiento.

Lucía se negó a creer lo que escuchó; Nicolás no podía estar muerto. Miró la fotografía del relicario por horas, pero solo consiguió que su dolor de cabeza aumentara. Sentía que se le había ido el alma. Ni siquiera lloró, sus ojos no producían lágrimas. Todo le parecía irreal y suplicaba al cielo porque aquello no fuera más que una ilusión.

Al despertar el siguiente día, la pesadilla continuó. Se lavó y cambió de ropa por unas que encontró en un armario, encontró el broche de la antigua reina Ana en la mesa de noche, lo había usado el día anterior. Se colocó el broche en el cabello y bajó al primer nivel de la mansión a explorar el lugar.

—¡Rebeca! —se sorprendió Lucía al verla y alegre se acercó a ella—. ¿Qué haces aquí?, ¿cómo sobreviviste? —la mujer iba con una bandeja de regreso a la cocina.

—¡Su alteza! Yo estaba de descanso aquel día —respondió nerviosa y se fue con prisa.

Lucía no le creyó, caminó y encontró a Sebastián en una oficina con un mapa sobre el escritorio.

—¿Qué es eso? —preguntó al entrar sin avisar, la puerta estaba abierta.

—Buenos días —saludó Sebastián y le sonrió—. ¿Cómo se siente el día de hoy?

—Mi mente y mi corazón se niegan a creer que lo que ocurrió fue cierto —respondió y se le escapó una lágrima. Sebastián se acercó a ella, pasó el pulgar sobre su mejilla y la limpió. Ella se estremeció.

—Perdone mi impertinencia —expresó al notar su reacción—. Quién diría que usted sería lo único que me quedara de mi antigua familia, de mi querido hermano.

—¿Es un mapa de Oscuro? —preguntó la joven.

—Sí —respondió y ella se acercó a leerlo.

—¿Qué son estas equis sobre el mapa?

—Son los lugares donde están ubicados los campamentos rebeldes. He trabajado en ellos desde hace tiempo. Hay cuatro campamentos en total: uno en el Valle de Santa María, donde según mis investigaciones fue llevada usted de niña; otro en Babel, el cual, quizás sea el más extenso; uno en San José; y otro San Pedro.

—¿Dónde se esconde Francisco?

—Ese hombre es escurridizo, viaja con frecuencia y se mantiene en movimiento, pero sospecho que debe estar en San Francisco de Asís.

—No descansaré hasta que ese hombre pague por todo lo que ha hecho.

—Le juro que le pondré el cadáver de ese hombre a sus pies —señaló con determinación.

Sebastián debió ausentarse por lo que dejó a Lucía en la mansión al cuidado de Rebeca y de seis rebeldes vestidos de civiles que cuidaban los alrededores de la mansión; a ninguno le era permitido entrar a verla. Partió de inmediato rumbo a la provincia de Santa Cruz en Babel donde se encontraría con Francisco. Lucía se encerró en su habitación el resto del día, no podía ver a

Nicolás y empezaba a creer que todo era cierto.

Gustavo Lozano había convencido a Sebastián de unírseles una vez tomó el cargo de jefe de la Guardia Real en el 2008. Él había sido su predecesor y lo entrenaba, había conocido desde niño su ambición y en su adultez corroboró que estaba dispuesto a hacer lo necesario para llegar al poder. Aunque era el primogénito, sabía que no era el favorito de su padre para ser rey, quien estaba más inclinado por Azucena o Nicolás. Fue por esta razón, que al casarse Azucena mandó a asesinar a su esposo, aunque al poco tiempo enviudó también. La alianza de Sebastián con Francisco le permitió a este último aumentar su ejército a la vista de un rey celoso por proteger a su pueblo.

Sebastián llegó al campamento, un rebelde lo dirigió hasta la cabaña donde se encontraba reunido Francisco, Gustavo Lozano y Gustavo II Lozano. Estaban sentados alrededor de una mesa y bebían cerveza.

—¿Por qué tardaste tanto? —lo interrogó Gustavo.

—¿Encontraron las armas? —preguntó Sebastián.

—No —respondió Gustavo II—. Todo fue una pérdida de tiempo.

—¿Lograron deshabilitar el portal y el tren? —preguntó de nuevo.

—Sí —respondió nuevamente el más joven de los Gustavo—. Casi nos atrapa la Guardia Real por culpa de Luciana, tuvimos que escapar por la academia. ¿La mataste?

—Me encargué de ella.

—¿A qué te refieres? ¿Está muerta? —insistió Gustavo, padre.

—No es de tu incumbencia.

—¡Mató a Margarita! Habíamos acordado matarla —expresó enojado y miró a Francisco en busca de su aprobación.

—¿Quién te autorizó para matar al rey? —se levantó Francisco de la silla.

—Tarde o temprano debía morir.

—Te cuesta seguir órdenes —lo acusó Francisco—. El problema es que la desobediencia dificulta el éxito.

—Sé muy bien lo que hago.

—¿Lo sabes? Te hiciste un fugitivo y le diste el trono a tu hermano y a la mística. ¡Escucha bien! No voy a arriesgar lo que me ha tomado tanto tiempo conseguir.

—Lo dice el supersticioso que no quiere atacar hasta el 30 de mayo. Tú desperdicias las oportunidades para llegar al poder y pierdes tiempo. Tuviste en tu poder a Luciana y la dejaste ir, ella y sus hermanos te traicionaron y se burlaron de ti ante tus ojos.

—He perdido muchos hombres en el intento por tomar Oscuro antes de tiempo. Subestimas a tu hermano, así como lo hacías con tu padre. Los hermanos de la joven no me importan, me encargaré de ellos después, pero ella debe morir. No se puede controlar a los de su raza, te lo digo por experiencia, es imposible corromper a una mística, lo intenté una vez y no funcionó. Haz lo quieras hacer con ella y mátaala, antes que te mate a ti. No estaré tranquilo hasta que ella muera.

—Todo está listo —explicó Sebastián—. Nicolás no está en condiciones de pelear. Entremos al túnel por el internado de Babel y salgamos por la Academia Real en Andalucía. La Guardia Real no es un ejército, está esparcida por toda la isla. Si atacamos ahora los superaríamos en número y tomaríamos el Fuerte.

—No. De ninguna manera. Procederé como mejor me parezca. Aún tengo hombres heridos por culpa de tus fracasos. Mata a la reina. Atacaremos en la fecha marcada en la piel del rey.

El traidor llegó a la mansión casi a la media noche. Estaba de mal humor.

—¿A dónde fue?, ¿me tenía preocupada? —preguntó Lucía quien bajó de su habitación al escucharlo llegar.

—Estuve en Andalucía para verificar la situación, busqué aliados, pero no los encontré. Los guardias están dispersos, Samuel de Toledo ha muerto también. Necesito establecer una base y crear un ejército. Es mejor esperar un tiempo a que las cosas se calmen y los rebeldes estén distraídos para atacar.

—Si ya destruyeron el Fuerte y la Jefatura. ¿Por qué Francisco no se ha proclamado como rey?

—No lo sé, no lo comprendo —respondió nervioso—. Estoy exhausto, iré a descansar. Debería hacer lo mismo. Me animará que esté fuerte y sana —añadió y subió a su habitación.

Otro día pasó y llegada la mañana, Lucía se enteró por Rebeca que Sebastián se había ido temprano. Aprovechó esta soledad para recorrer toda la mansión: revisó con discreción cada salón, cada mueble, cada estante. Encontró cosas del mundo exterior y varias armas de fuego, pero lo juzgó natural por tratarse de la vivienda de Sebastián. Entró en su habitación y halló una carta de Francisco donde le manifestaba acordar un encuentro. En ese mismo cajón encontró el pañuelo blanco. Su mano entró en contacto con el objeto y tuvo una visión: vio al hombre que apuñaló al rey. Lucía se estremeció.

Se apresuró a huir. Fue al estudio y robó el mapa que estaba sobre el escritorio y un arma de fuego, pero el carruaje llegó antes de lo esperado. Llovía muy fuerte. Lucía se escondió. Escuchó a Sebastián preguntar por ella a Rebeca y empezó a buscarla, así que decidió salir y guardar el arma de fuego en su bolso.

—¿Dónde estaba? Me tenía preocupado —dijo Sebastián al verla en el salón.

—No me sentía bien —respondió lo más calmada que pudo fingir—. ¿Pudo lograr algo hoy?

—No, no encontré nada. ¿Para qué es esa maleta?

—Debo irme.

—Lo lamento, pero no puedo permitirlo. Afuera no hay nada para usted.

—Robó el mapa y la pistola —la acusó Rebeca saliendo del estudio.

—Jamás planeé que las cosas ocurrieran de esta forma —se excusó Sebastián.

—¡Es un asesino! ¿Cómo pudo traicionar a su familia y a su reino? Mató a su padre y a sus hermanos.

—Y a mi cuñado y a mi sobrino —agregó con cinismo.

—¡Maldito! —gritó y le apuntó con la pistola, pero Rebeca se apresuró hacia ella y Lucía le disparó. Sebastián le quitó el arma.

El infame la sometió sobre la alfombra: detuvo sus brazos por encima de su cabeza y cercaba con las rodillas su cintura. La joven empezó a sollozar y él solo la miraba.

—¿Cómo pudo hacer eso! —Sebastián quitó una mano de sus muñecas para acariciar su rostro—. ¡No me toque!

—¿Tocarla?, le haré mucho más que eso —Lucía se sorprendió.

—Primero tendrá que matarme.

—Hay muchas formas de someter la voluntad de una mujer —reiteró acariciándole con lascivia el cabello.

—¿Así como sometió la de su esposa?

—¡No se atreva a hablar de ella! —le ordenó.

—¿Qué pasó aquel día?, ¿Silvia descubrió el monstruo que era?, ¿quiso huir de usted? —le

reclamó y Sebastián quiso golpearla, pero se contuvo: no era propio de él golpear mujeres y no quería lastimar a Lucía; de hecho, bien podría decirse que, si ella no hubiera asesinado a los rebeldes que la golpearon, él lo hubiera hecho. Él la soltó y ella se levantó.

—Yo la amaba, llevaba en su vientre a mi hijo, pero era frágil: no lograba comprender las cosas que tenía que hacer —respondió—. Aquella noche encontró una carta de Francisco en mi traje. Pensaba que le era infiel y estaba obsesionada con eso, así que procuraba revisar mi correspondencia y examinar mi ropa. Quiso marcharse. Yo intenté explicarle; mi error fue seguirla. Nunca la hubiera lastimado, fue un accidente —explicó conmovido.

—Mató a su esposa y aun así continuó con esto, ¿por qué?

—Esta causa es más grande que mis sentimientos. Mas grande que mi padre, que mi madre, que mis hermanos y que usted.

—¿Qué causa?, ¿acaso es imbécil? —gritó—. Iba a ser el próximo rey: era el primogénito, todo estaba a su favor.

—¡Lo ignora todo! —despreció—. Leonard nunca me vio como su sucesor. Además, no hubo ningún hombre mágico que creó esta isla como nos han hecho creer. No hay un Dios; solo es una idea para dominarnos. Yo he estado mucho tiempo fuera y el mundo es más grande. Hay una cantidad de religiones, de creencias, de pensamientos y de formas de gobierno; y he podido corroborar que las ideas las imponen quienes están en el poder. Es hora, otras ideas deben gobernar Oscuro. Unas menos conservadoras y moralistas, con ambición por la ciencia y el conocimiento sin límites éticos ni temor al poder. Usted se imaginaría el turismo que podría llegar a la isla, visitantes de distintas lenguas y pueblos pagarían solo por venir aquí, dejaríamos de ser invisibles para el resto del mundo y entonces no solo sería reconocido como rey por los oscurenses sino ante el planeta entero.

—El mundo de afuera lo contaminó.

—No fue así. Me permitió contemplar un objetivo más ambicioso.

—¿Francisco está de acuerdo con eso?

—Me encargaré de él. Su visión es muy limitada.

—¿Y cómo encaja en su mundo?, ¿por qué no me ha asesinado?

—Usted podría ser mi mujer, la madre de mis hijos. Reinaría a mi lado. Es la única mujer después de mi esposa que logra provocar en mí tantas pasiones. Es fuerte, inteligente, sensible —dijo acercándose a ella. Sacó un pañuelo de su chaqueta y le limpió las lágrimas que corrían del rostro de Lucía con cuidado—. Esperaba que fuera más sencillo, que ni el pueblo ni usted supieran de mi traición y que así pudiera amarme con libertad.

—¿Y cómo planeaba evitar que Francisco o los Lozano me asesinaran? —preguntó escéptica.

—Los mataré si vuelven a tocarla.

—Prometió que me daría el cadáver de Francisco, ¿era cierto?

—Si me ama le daré cualquier cosa; los cadáveres de quienes me pida. Podemos negociar algunos aspectos, castigaré a quienes desee. El pueblo confía en usted, limpiaría mi nombre.

—Quiero la cabeza de todos los que mencioné —dijo con firmeza y Sebastián complacido le acarició el rostro. Se acercó hasta estar a un par de centímetros de ella. Cada uno podía sentir la respiración del otro.

—Las tendrá —prometió e intentó besarla en los labios, pero ella giró la cabeza y la besó en la mejilla. Tomó un florero que encontró a su lado y lo golpeó en la cabeza, corrió hacia el arma y levantándola le disparó en el pecho.

Al escuchar el segundo disparo, entraron los seis rebeldes a la mansión por la fuerza. Lucía se

encerró en el estudio antes que entraran. Se escapó por la ventana y corrió sin saberlo hacia un acantilado que estaba a un kilómetro de la mansión. Francisco quien llegaba en un carruaje, al verla correr, ordenó seguirla. Al llegar al borde del barranco Lucía se detuvo. La lluvia no cesaba y el mar estaba turbulento. El miserable salió del carruaje con una pistola, Lucía volteó a verlo y solo pudo escuchar el sonido del disparo antes de caer al vacío.

Francisco retomó su camino hacia la mansión. Encontró a Sebastián agonizante sobre la alfombra frente al estudio y a Rebeca muerta a unos metros de él.

—Tienes que traerla, obligarla a que me sane —expresó con dificultad.

—No puedo: la maté —respondió Francisco con indiferencia. Sacó su espada y la puso en el cuello de Sebastián—. Ya sabes cómo se castiga la traición —añadió y la deslizó sobre la garganta del que una vez fue el príncipe heredero.

CAPÍTULO XIX

La reina cayó del acantilado, pero el guardián emergió de las aguas y la cargó sobre su lomo. Se trataba de una serpiente de alrededor de treinta metros de largo, cuya piel se camuflaba con facilidad en las aguas oscurenses, lo que le permitía pasar desapercibida ante los ojos humanos. Lucía tenía una herida en el hombro, el impacto al caer en el agua la hizo perder el conocimiento. La serpiente la mantuvo en la superficie hasta que una joven sirena la encontró. La sirena detuvo el sangrado de la herida de bala, pero Lucía no recuperó la consciencia; entonces creó una bolsa de oxígeno alrededor de su cabeza y la serpiente se sumergió.

El gran lago que nace en las montañas de Babel era un lugar olvidado tanto por los oscurenses como por la ambición de Francisco. Su difícil acceso y su lejanía con los centros poblados no era tentadora ni para los rebeldes ni para la Corona, así que todos la consideraban una reserva natural. La reina fue recibida por los hermanos de la sirena, quienes la esperaban impacientes a la orilla del lago. El varón, el menor de todos, sacó a la joven del agua y la llevó en brazos a su cabaña; la otra hermana fue corriendo a avisar a la líder de la aldea.

La madre vio llegar a su hijo con Lucía, lo dirigió a una de las habitaciones y le hizo espacio en una cama para que la acostara. El joven salió. Madre e hija desnudaron a Lucía, la limpiaron y le cambiaron la vestimenta mojada por una seca.

—Respira —anunció la joven aliviada.

—Sí, pero sigue inconsciente. No sabemos cuánto tiempo estuvo con la criatura. Está demasiado fría. ¿Avisaste a Magdalena?

—Susana fue por ella.

Lucía despertó a la mañana siguiente. Observó que tenía puesta ropa que no era suya. Conservaba en su mano su anillo de matrimonio y en su cuello el collar que le había dado Nicolás. Poco a poco comenzó a recordar lo que había vivido la noche anterior: el disparo de Francisco y su caída del barranco. Se levantó de la cama, se calzó unas zapatillas que encontró y examinó el lugar: además de la cama sencilla, había un escritorio en un rincón y un pequeño armario de madera. Encontró el bolso que había tomado de la mansión de Sebastián; el arma, el broche de la reina Ana y el mapa estaban dentro. La puerta de la habitación estaba entreabierta, así que tomó el bolso y salió. No dio más de cinco pasos para llegar al comedor. Encontró a una familia sentada en la mesa, tomaban el desayuno: una pareja, dos jovencitas y un adolescente.

—Buenos días, Su majestad —saludó la mujer levantándose de su asiento al verla e inclinó la cabeza. Los demás miembros de la familia la imitaron.

—¿Dónde estoy?

—Está en Babel —respondió el hombre—. Mi hija mayor salió sin permiso a nadar por la isla y la encontró. El guardián la tenía en su lomo. Ambos la trajeron hasta aquí.

—¿Guardián?, ¿su hija me trajo desde Santo Tomás hasta Babel? —preguntó escéptica.

—¿El guardián aún está? —preguntó la mujer al hijo.

—Sí, madre. Todos están encerrados todavía.

—Creo que será mejor si se lo enseñamos, Su majestad —juzgó la mujer y salió de la cabaña. La princesa la siguió y detrás de ella salieron los demás.

Apenas la serpiente la vio, se levantó de su aparente quietud y se arrastró hacia Lucía. La joven asustada, permaneció inmóvil. Una vez estuvo cerca, el animal bajó la cabeza y la acostó

frente a sus pies, después la miró a los ojos por un par de segundos y se devolvió hacia el lago, sumergiéndose en el agua hasta desaparecer por completo.

La serpiente se fue y los que estaban escondidos en las demás cabañas salieron. Pocos eran los que se atrevían a juzgar la pureza de su corazón ante la gran serpiente. La reina volvió su mirada hacia ellos.

—Me alegra que haya despertado, Su majestad —dijo una sexagenaria saliendo de entre la multitud que se había reunido frente a la recién llegada—. Mi nombre es Magdalena y le doy la bienvenida a nuestra aldea. Vivimos en estas tierras tres linajes: lobos, sirenas y místicos. Hemos habitado este lugar desde el tercer reinado, nuestros ancestros comenzaron a sentir el temor de la Corona hacia nuestros dones e hicieron un acuerdo para poder quedarnos en la isla.

—¿Saben algo de lo que pasó en el Fuerte?

—El rey Leonard y la princesa Azucena junto con su hijo han sido asesinados por rebeldes en complicidad del príncipe heredero. Muchos sirvientes del palacio y guardias reales murieron también.

—¿Por qué me llaman, Su majestad? ¿El príncipe Nicolás está con vida?

—Usted y su esposo son los únicos miembros de la familia real con vida, por derecho, son los nuevos reyes —Lucía exhaló aliviada.

—¿Sabe algo de mis hermanas?

—No hay noticias relacionadas con que resultasen heridas.

Lucía volvió su mirada al lago. Estaba ensimismada, era mucha la información que procesar.

—¿Qué desea hacer, Su majestad? —preguntó Magdalena sacándola de sus cavilaciones y ella se volvió a mirarlos—. En la aldea nos complaceremos en asistirle en lo que necesite y podemos escoltarla en su regreso al Fuerte, si es su voluntad.

—Estoy dónde debo estar —respondió después de unos segundos—. El guardián me trajo aquí por una razón. He venido por ustedes. Lamento no venir a traer la paz sino a invitarlos a la guerra. Vengo a pedirles que se nos unan en la guerra contra los rebeldes para defender la isla.

—Aquí solo vivimos familias, Su majestad —replicó la mujer—. No somos guerreros.

—Nosotros tampoco lo éramos, pero eso no nos libró de ser atacados —dijo conmovida—. Si conocen lo que pasa más allá de estas montañas, deben saber el dolor que ha causado esta guerra en todos nosotros. Hemos perdido mucho y ya es suficiente. Si ese infame gana la guerra, será cuestión de tiempo para que los encuentren. Yo soy como ustedes y he experimentado la diferencia que pueden hacer estos dones para hacer justicia y defender al inocente. Estoy convencida que su ayuda nos puede ayudar a poner fin a los rebeldes e instaurar la paz en Oscuro. Además, es hora de dejar de vivir escondidos. Como mística y reina y con el apoyo absoluto del rey Nicolás de quien surgió la idea de buscarlos, revoco cualquier pacto hecho por nuestros antepasados. Ustedes también son oscurenses y no hay razón para vivir escondidos en su propia tierra.

El silencio que le siguió a la intervención de Lucía fue roto por Ezequiel.

—La tribu de los lobos acoge sus palabras con agradecimiento y la acompañará a la guerra —dijo el anciano saliendo de entre la gente y se arrodilló delante de ella. Todo su linaje lo imitó.

—Las sirenas y tritones apoyaremos a la Corona —alzó la voz Elena, la madre de la familia que había acogido a Lucía y caminó hasta estar cerca del anciano y lo imitó y con ella todo su linaje.

Magdalena los miró a todos con asombro y desconcierto y luego volvió su mirada a Lucía, quien estaba conmovida.

—Debe usted prepararse también, Su majestad. Yo seré su mentora —dijo y se arrodilló frente a ella, haciendo que el resto de la aldea se sometiera a la voluntad de la nueva reina.

La guerra se aproximaba, por lo que había poco tiempo para prepararse. Cada linaje estableció un campo de entrenamiento por separado. Veinticuatro lobos se enlistaron para ir a la guerra, el más pequeño tenía dieciocho años y el mayor setenta y uno, que era Ezequiel, su líder. Estos, como plan de ataque, se dividieron en seis grupos de cuatro; formaron grupos sólidos y fuertes. Elena, la líder de las sirenas, no accedió ir a la guerra y aunque intentó persuadir a sus hijos para que no fueran, no lo consiguió. Se enlistaron veintiún sirenas. Formaron siete grupos de tres, separaron a los familiares.

Los místicos que aceptaron ir a la guerra fueron diecisiete, exceptuando a la reina. La de menor edad tenía veintidós y el mayor tenía cuarenta años y su objetivo era la defensa, no el ataque. Formaron cuatro grupos de cuatro y uno de cinco; Magdalena tampoco accedió ir a la guerra.

Lucía se hospedó en casa de Elena. La mayor de sus hijas, Alicia, tenía dieciocho años; la segunda, Susana, dieciséis; y el menor, de nombre Juan, igual que su padre, apenas llegaba a los catorce años, pero era corpulento, lo que daba la impresión de tener más edad. Todos tenían rasgos físicos similares: eran altos, tenían el cabello negro rizado y ojos negros. Ellos le recordaban a Felipe.

A la reina le fueron dadas las atenciones propias de su rango, pero ella era sencilla y mantenía su cercanía con todos los aldeanos. Estaba interesada en aprender acerca de todo y admiraba cuanto sucedía a su alrededor. Le pareció que los místicos eran más poderosos que los lobos y sirenas, aunque estos tuvieran la habilidad de cambiar de forma. El guardián salió del lago algunas veces más durante su estadía en la aldea, incluso Lucía se atrevió a nadar junto a él y se sentaba en su lomo mientras veía entrenar a las sirenas y tritones. La cercanía de la reina con la criatura generaba temor y respeto.

Los entrenamientos de Lucía con Magdalena la ocupaban la mayor parte del día. La reina jamás se quejó y los progresos fueron significativos. Algunas cosas las había aprendido ella misma con la práctica y otras por lógica. Pronto controló la vegetación, su crecimiento y movimiento, luego todos los elementos: tierra, aire, fuego y agua. Los místicos eran más bien manipuladores, no podían crear de la nada. Debían estar en contacto con los elementos para alterarlos, por eso, el aire era el más accesible en una situación de peligro. Le era difícil a Lucía conciliar el sueño por las noches. La vela de su habitación permanecía encendida hasta muy entrada la madrugada. Intentó escribirle una carta a Nicolás, pero se arrepentía a las pocas líneas: las palabras no eran suficientes para expresar cómo se sentía y mucho menos lo que quería decirle.

Adela era una mujer loba que no llegaba a los treinta años. Era muy bella físicamente y bastante fuerte. Sus cabellos eran largos y castaños, al igual que sus ojos. Ayudaba a todos los linajes con su entrenamiento y tenía conocimientos en medicina. Además, era una de las que se atrevía a bajar a Babel para informarse de lo que ocurría en el reino.

—Es la primera vez que hablo con una reina —dijo acercándose a Lucía quien practicaba una técnica con la tierra que le había enseñado Magdalena—. Las imaginaba diferentes.

—¿Con coronas, diamantes y menos problemas? —preguntó Lucía volviéndose hacia ella y la mujer sonrió.

—Es un placer conocerla, Su majestad —saludó e inclinó levemente la cabeza.

—El placer es mío —respondió Lucía sonriente—. Nunca había visto a una mujer loba antes.

—No quiero suponer qué ideas tenía de nosotras.

—Son más agradables de lo que imaginé; y sin duda, mucho más hermosas —Adela sonrió.

—Me alegra que esté aquí. Siento de nuevo esperanza para nuestra tribu. Yo nací y crecí escondida en estas montañas, siempre he anhelado algo más que esto. Algunas veces he bajado a ayudar a las provincias, pero aún persiste el miedo de ser rechazados como en el pasado.

—Te prometo que eso no volverá a ocurrir. Los únicos que me temen son los rebeldes. El rey, Azucena... —se le cortó la voz— ellos me amaron como era y buscaban protegerme. Mi esposo nunca me temió. Lo que ocurrió en el pasado no debió ser, nadie debe vivir escondido en su propia tierra —añadió Lucía y la mujer sonrió de nuevo.

—Buenas tardes, Su majestad —saludó Pedro al inclinar la cabeza ante la reina. Se trataba de un lobo en sus cuarenta, hermano mayor de Adela y padre de dos niños.

—Buenas tardes.

—No he tenido la oportunidad de presentarme. Mi nombre es Pedro.

—Me complace conocerlo.

—A mi igual —respondió cortés y volvió su mirada a Adela—. ¿Empezamos ya?

—En cuanto gustes —respondió Adela y luego de darle una espada a la reina se colocó en posición de ataque.

—Use todo lo que ha aprendido hasta ahora —aconsejó—. Escuché que entrenó con hombres, pero nunca con lobos —añadió con una sonrisa desafiante.

Lucía peleó con la espada, pero en ciertos momentos usaba sus poderes, en especial, el control del aire para alejar a sus contrincantes, Adela se transformaba en lobo pero no alcanzaba a llegar cerca de Lucía. Era la mística más joven que existía en Oscuro. Al tener más energía era la más poderosa en sus ataques, no obstante, sus técnicas eran las más elementales. Se le dificultaba el manejo de la tierra, las raíces surgían más lento de lo que imaginaba y usualmente su agresor la atacaba y le impedía continuar.

—¿Existen más criaturas de las aquí representadas? —le preguntó Lucía a Magdalena después de un entrenamiento.

—Sí —respondió—. Nos sobrepasan en poder de una forma inimaginable. Solo conozco dos aquí en la isla. Usted ya conoce a uno, el sacerdote de la capilla real. Él no envejece, estoy segura que ya ha vivido más de un siglo. La otra tampoco envejece, pero su poder es diferente, también es religiosa, usted tendrá la oportunidad de conocerla pronto.

—He tenido visiones antes, pero solo de algunas puedo estar segura porque me es difícil distinguirlas de un pensamiento. En varias ocasiones, me he forzado por encontrar a personas, pero no lo he logrado; otras veces, sin buscarlo, aparecen.

—Podemos tener visiones invocadas o espontáneas del pasado, presente o futuro. También tenemos sueños premonitorios y presentimientos: esa emoción de algo que pasará, sin saber qué; y si tocamos un objeto podemos obtener información sobre su dueño. El localizar personas es posible, pero esa habilidad consume tanta de nuestra energía que podríamos perder el conocimiento, por eso es mejor no intentarlo o esperar hacerlo una vez se tenga más experiencia.

—¿Puedo ver a mi esposo? —preguntó, pero fue más como una petición. Magdalena asintió.

—Piense en él y deje que su mente lo busque —dijo la mujer con voz suave. Lucía miró al agua y envolvió con su mano el relicario dorado—. Mantenga la calma, aunque no vea lo que quiere en un principio —añadió y segundos después, Lucía vio a Nicolás despidiéndose de ella en la torre antes de irse con sus hermanos, luego lo vio, lloraba en brazos de Ofelia durante el funeral del rey, después lo vio en el Fuerte con su uniforme de guardia real. Estaba en el balcón

de la habitación del rey en el instante en que lanzaron una bomba. La estructura se derrumbó y él cayó, pero de pronto, apareció una gran paloma dorada, lo atrapó sobre su espalda y se lo llevó. Después se vio a sí misma, la atrapaban los rebeldes, Nicolás iba a salvarla. Se bajó de la paloma dorada y empezó a pelear a espada con Francisco, pero Gustavo II le disparó en el pecho y Francisco lo apuñaló en el estómago, matándolo en el acto.

La joven se estremeció y volvió a ver el agua correr. Estaba mareada y se sentía fatigada. Aquella era la visión más larga que había tenido en su vida.

—¡Francisco lo mató! —exclamó entre lágrimas.

—Examine en detalle lo que vio. ¿Se trata del pasado o del futuro?

—Yo estaba ahí.

—Y no lo está aún.

—Puede cambiarse, ¿verdad?

—Yo la vi venir hace mucho tiempo y aquí está.

—¿Qué quiere decir? —la interrogó desesperada.

—Los profetas anunciaban desgracias para la conversión de la multitud. Sus profecías solían ser certeras.

—Pero cuando el pueblo se convertía, no ocurrían —expuso—. Nínive se convirtió y Dios no la destruyó.

—Siempre hay posibilidad de cambiar el futuro —aclaró Magdalena con su característica calma—. El futuro empieza a cambiar desde que alguien lo conoce, sin embargo, he visto en ocasiones que, a pesar de alterar la cadena de hechos, la consecuencia resulta ser la predicha —añadió con tristeza al recordar la muerte de su hija.

Dina fue la hija de Magdalena que heredó su don. Era una mujer hábil y muy generosa. Acostumbraba a salir sola de la tribu y bajar hasta las provincias, donde compartía su don de sanación con quienes lo necesitasen. Así fue de provincia en provincia por varios meses, hasta que Francisco escuchó hablar de sus dones. Después de raptarla, la obligó a trabajar para él: sanó a muchos rebeldes y a él mismo en varias ocasiones. Dina jamás le reveló de sus otras habilidades y mucho menos le confesó de su tribu y de su familia.

Francisco le advertía que si escapaba iba a asesinar a todos los niños de la provincia de Los Robles y que aquellas muertes caerían sobre su conciencia. Era una mujer hermosa como su madre, lucía una frondosa melena caoba que fascinaba a Francisco. Dina lo debía complacer incluso en la cama. Intentó embarazarla, pero la astuta mujer sabía cómo expulsar de su cuerpo la malvada semilla de Francisco.

Cuando Dina sanaba a Francisco de la herida que le había hecho Lucía, tuvo la visión que más le complació en la vida: vio transcurrir ante sus ojos la vida de la niña. Sonrió como no lo había hecho en años; su libertad y la de su reino había llegado. Para atormentar a Francisco le dijo que su fin estaba cerca. En tanto el hombre partió a la masacre del 2000, determinada a no dejar que Francisco tuviera la oportunidad de salvarse, suplicó perdón a Dios y a su madre y dio un salto hacia la eternidad.

Lucía analizó en detalle la visión de la muerte de Nicolás. Planeó la manera más eficaz de detener a Francisco, pero sabía que en el momento sus emociones definirían su respuesta, así que solo debía asegurarse que Nicolás no muriera antes de poder sanarlo.

Los jefes de la tribu se reunieron en una fogata frente al lago.

—Estamos preparados —anunció Ezequiel.

—Francisco creó campamentos en toda la isla y sospecho que aún hay personas secuestradas

en ellos —intervino la reina mostrándoles el mapa donde estaban marcadas las ubicaciones exactas de los campamentos—. Debemos agrandar nuestro ejército. Nicolás tiene guardias protegiendo algunos territorios; si los reclutamos y todos vamos a Andalucía, tendremos más oportunidad de ganar la guerra —todos estuvieron de acuerdo.

Era importante hacerle saber al rey Nicolás los planes de Lucía. La reina pensó en Juan por ser un tritón y poder nadar hasta el lago del Fuerte a salvo, además por su corta edad no quería que peleara en la guerra y prefería darle una tarea menos peligrosa. Los padres del joven estuvieron agradecidos con esta decisión.

La reina le entregó a Juan una botella en cuyo interior estaba el relicario que le había obsequiado Nicolás y un rollo de papel.

—Dile que pelearé por su familia, por la mía, por el reino y por Abel.

—Así lo haré, Su majestad —respondió el joven antes de sumergirse en el gran lago.

El túnel de Oscuro había sido creado dos siglos antes con la intención de esconder la localización exacta del portal que estaba bajo el Fuerte. Este túnel llegaba al internado de Babel, al convento de Las Clarisas en el estado de San José, al Monasterio de los Franciscanos fuera de Andalucía, a la Academia Real y a la Jefatura. El uso del tren en el túnel era estrictamente referido al Programa Visitantes, cuya entrada y salida se coordinaba con Rafael, a través de Luis, el mensajero.

Después de la masacre en el festival de La Llegada, Azucena envió cartas a los visitantes, les informaba de la posible guerra y además de la necesidad de más armas. El túnel y el Programa Visitantes cerró temporalmente. Además, el jefe de la Guardia Real debió encargarse de tomar una decisión respecto a este, pues los rebeldes habían sitiado San José y se creía que intentaban entrar por el túnel en el convento de clausura. Nicolás comunicó al rey su deseo de evacuar a las personas encerradas en el convento a través del túnel, pero el rey se negó y sugirió el cierre del túnel hacia esa área.

Al descubrirse la traición de la familia Lozano, el celo por proteger el portal se agudizó. Nicolás mandó a custodiar el Monasterio de los Franciscanos, colocó guardias permanentes y envió más guardias para custodiar el portal en la selva, además, ordenó a los guardias que custodiaban desde el mundo exterior que, si salía alguien del portal que no portara el anillo de visitante, debía ser arrestado de inmediato.

Francisco no confió en el plan de Sebastián sobre el túnel. Temió que quisiera enterrar a su ejército con él. Después de asesinarlo, como tampoco confiaba en los Gustavo plenamente, mandó la mitad de su ejército a la academia de Andalucía a través del túnel con Gustavo Lozano y una vez confirmado su llegada, partió él con Gustavo II Lozano. Muchos ciudadanos se fueron del lugar huyendo de la inminente guerra. Los rebeldes cerraron las vías de acceso a la ciudad y limitaron el ingreso de alimentos. Francisco estaba resuelto a atacar el día 30 de mayo, pues era el día que Dina le había anunciado que algo extraordinario iba a acontecerle.

El 13 de mayo la reina y su ejército se dirigieron a pie al campamento rebelde de la provincia de Santa Cruz. Apenas los rebeldes avistaron la llegada de un ejército, atacaron. Los místicos desviaron las flechas y los explosivos mientras que los lobos, sirenas y tritones lucharon sin necesidad de cambiar de forma.

—¿Quién más va a atacar? —preguntó la reina con un tono fuerte una vez fueron diezmados los rebeldes—, porque podemos derramar sangre entre nosotros, mientras que Francisco está cerca de tomar la Corona. El príncipe Sebastián y la familia Lozano asesinaron al rey y a la princesa Azucena junto con su bebé —dijo y se escuchó un murmullo—. El rey no es más que un

hombre y la Corona, no es más que un símbolo que representa el poder —continuó con voz firme—, esto que temen, será solo el principio de lo que vendrá. Edifican su propio infierno. ¿Acaso alguno de ustedes estuvo inconforme con el gobierno del rey Leonard?, ¿alguno es capaz de acusarlo con sensatez de haber hecho algo que no fuera en favor del pueblo?, ¿alguno se atreve a decir que ese hombre no amaba a Oscuro? —gritó al mirar a su alrededor, pero nadie se atrevió a contestar—. Bajen sus armas ahora, quien pelee por la Corona tendrá indulgencia por los crímenes que haya cometido, hombres y mujeres que puedan pelear tomen las armas y vayamos a Andalucía a defender el Fuerte, a defender nuestra isla, nuestra tierra.

Algunos rebeldes que habían sobrevivido accedieron a unirse a la reina y permanecieron bajo vigilancia de los lobos. Los cautivos fueron liberados y el ejército engrandecido se despidió en medio de los buenos deseos de las personas que anhelaban fervientemente su victoria.

Siguieron su camino en el tren en el sentido de las manecillas del reloj. El tren no estaba en funcionamiento, sin embargo, el esposo y el único hijo de María Ignacia García, Alonso Villanova y Jerónimo habían decidido quedarse en la estación del tren en Babel y se arriesgaban a hacer viajes para abastecer de víveres a las provincias más necesitadas.

Jerónimo vio a Lucía llegar con el ejército, salió apresurado a su encuentro, estaba alegre, pues la creía muerta, al igual que la mayoría del reino.

—¡Mi señora! —la saludó con una reverencia, pero la joven se acercó a él y lo levantó.

—Oscuro necesita tu ayuda —padre e hijo estuvieron prestos a servir a la reina y a su ejército.

Llegaron al campamento de Los Robles en el Valle de Santa María y tomaron el control del lugar, luego avanzaron hasta el campamento de Villanueva en San Pedro con igual o mayor éxito. Decidieron pasar la noche en la ciudad de San Pedro para abastecerse de alimentos y descansar, pero se encontraron que la ciudad estaba sitiada por rebeldes. Los inicuos, informados que la mayoría de oscurenses pensaba en refugiarse ahí para huir por la costa en caso de la isla fuera tomada, los acorralaron. Una vez avistaron el ejército de la reina, empezó el ataque. La visibilidad era menor por ser de noche, pero no impidió que los rebeldes fueron diezmados.

Acabada la batalla, Lucía fue en búsqueda de sus hermanas al restaurante de Felipe donde sabía que las encontraría. Isabel escuchó los gritos de júbilo que mencionaban a la reina, salió del restaurante a buscarla. La encontró a pocos pasos de la entrada y, al verla, las lágrimas abandonaron sus ojos. Lucía la miró con pesar y alegría, y aunque sabía que por su carácter nunca se iba a atrever a abrazarla se apresuró hasta ella y la abrazó, lo que provocó que la pelirroja empezara a sollozar.

—Pensamos que te habían matado —alcanzó a murmurar. Isabel todavía se culpaba por haberla dejado ir con tanta facilidad.

Lucía entró al restaurante y saludó a la familia de Felipe y a Amanda quien la abrazó en medio de sollozos. Ninguno había resultado herido.

—¡Su majestad! —interrumpió el lobo al entrar al lugar.

—Dime, Pedro.

—Hay alguien que desea verla. Su nombre es Alejandro.

—¿Alejandro? —preguntó sorprendida.

—¡Es mi hermano! —dijo Isabel y salieron las tres hermanas. Isabel se le adelantó y al ver que se trataba de su hermano, corrió a abrazarlo. Él la recibió con cariño.

—¡Gracias a Dios estás bien! —exclamó Amanda quien también se acercó a abrazarlo. Lucía permaneció detrás de ellas.

—¡Mi reina! Permítame servirle —dijo Alejandro y se arrodilló ante ella—. He traído conmigo treinta hombres que gustosos darán su vida por defender la Corona —su actitud, su forma de caminar, de hablar, reflejaban algo diferente: parecía transformado. Lucía no supo qué responder y Alejandro ni siquiera se atrevía mirarla a los ojos. La joven tuvo la sensación que este no se levantaría si no le daba una respuesta.

—Hubiera bastado con que solo vinieras tú, hermano —respondió conmovida y se arrodilló frente a él para abrazarlo. Alejandro lloró.

Alejandro había sido enviado con un grupo rebeldes a San Francisco de Asís. Julián y él habían acordado encontrarse en San Pedro para llegar al Fuerte. Durante la celebración de una boda, entraron los rebeldes y dentro del templo empezaron a disparar contra los asistentes. Alejandro aprovechó el alboroto para esconderse en una casa cercana. Se quitó la ropa que lo identificaba como tal, la guardó en una bolsa y se vistió con lo que encontró.

Afuera, el derramamiento de sangre era terrible. Sacaron a la calle a sacerdotes, seminaristas, guardias reales y religiosos y empezaron a decapitarlos hasta que sucedió algo inesperado: los seminaristas tenían bajo sus sotanas armas de fuego y espadas y comenzaron a atacar a los rebeldes hasta vencerlos. Sin embargo, pese a que los malvados fueron diezmados, los gritos de lamento no cesaron, pues una multitud se reunió cerca del templo que había sido profanado. Alejandro, movido por una extraña sensación interior, entró al templo y vio lo que cambió su vida para siempre: una estatua de Jesús crucificado yacía mutilada en medio de los escombros, sin brazos, ni piernas y sin cruz. El joven cayó de rodillas y empezó a llorar desconsoladamente.

Con la intención de expiar sus pecados, Alejandro procuró ayudar a cuantos pudo. Se ocultó de los rebeldes y de la Guardia Real, razón por la que Nicolás no pudo encontrarlo. Se mantuvo informado de lo que sucedía en el Fuerte, allí se enteró que San Pedro había sido acorralado, partió de inmediato en su ayuda, llevó consigo a un grupo de hombres que animó para apoyar a la Corona en la guerra.

Las familias de los consejeros que no podían tomar parte en la batalla se hospedaron en una casa de San Pedro. Al enterarse de la presencia de la reina en la isla, salieron a verla; Juan y Julieta Valencia estaban entre ellos. Lucía se hospedó en su casa, que aún estaba en construcción, para descansar junto con Adela, su escolta personal y las hermanas Alicia y Susana. María Ignacia fue a encontrarse con esposo e hijo antes de ir a verla.

Las consejeras hablaron a solas con la reina. Su tema de conversación fue la masacre del Fuerte, la traición de Sebastián y la inquietud que reinaba en el pueblo debido a la guerra. Lucía les habló en favor de las personas con dones sobrenaturales y les solicitó su protección en el futuro en caso de ser necesario que la Corona pasara a alguien más. Nadie se opuso ni se negó a su petición.

—¿Me permite hablar un momento con usted, por favor? —le pidió Juan Valencia a Lucía después de la reunión con el Consejo. Julieta lo acompañaba.

—Por supuesto —respondió Lucía y le permitió la entrada al salón. Julieta permaneció afuera.

—Lamento todo lo que ha sucedido —se disculpó agotado, su tono de voz reflejaba tristeza. Lucía se sentó en un sillón a escucharlo—. La hemos acusado a usted y hemos pasado por alto a los verdaderos culpables —continuó con pesar y culpa—. Le agradezco que haya salvado a Julieta de las manos de Margarita. He estado muy equivocado con usted y aunque le cueste creerlo estuve muy preocupado por su ausencia y me alegra que esté a salvo. Le suplico que me perdone por todos mis desaires y acusaciones mal fundadas y aunque no lleguemos a tener una

relación de amistad, me gustaría que nuestra relación pudiera ser cordial en un futuro.

—Gracias —respondió Lucía sorprendida antes las palabras amables de Juan—. Yo no le guardo rencor y me gustaría en un futuro tener una relación de amistad con usted. Azucena lo estimaba y admiraba mucho su trabajo y cualidades como persona —Juan lloró ante ella. Él amaba a Azucena y no alcanzó a confesarle su amor.

—¡Cómo pudimos todos ser tan ciegos! —se lamentó—. Asesinada de manera tan vil por su propio hermano, ¡qué clase de mundo es este! —Lucía se conmovió. Adela, quien escuchaba atenta desde la otra habitación, se limpió una lágrima.

—Me hacen falta soldados —dijo Lucía y Juan la miró confundido. Ella fue hacia él, tomó la mano que tenía sobre el brazo de la silla y la estrechó. Juan sintió como se le despertaban progresivamente las piernas. Bajó los pies de la silla y, con la ayuda de Lucía, se puso de pie. Los ojos se le inundaron de lágrimas y sonreía incrédulo—. No soy capaz de pedirle me acompañe en la guerra, pero necesitaremos toda la ayuda posible para ganarla —añadió mirándolo a los ojos con seriedad.

—¡Estoy a su servicio, Su majestad!

El ejército de la reina pasó por San Francisco de Asís por un presentimiento de Magdalena. Llegaron a la provincia de La Arboleda, en la plaza en la que se habían reencontrado los nuevos reyes, los esperaban unos cincuenta hombres.

—¡Es un placer por fin conocer a la mujer que más he buscado en mi vida! —exclamó Rafael mientras caminaba hacia ella con la mano extendida. Le era difícil erradicar las costumbres del mundo exterior. La joven estrechó su mano—. Ahora entiendo la insistencia de Nicolás por encontrarla, no se encuentran fácilmente mujeres como usted —dijo con expresiva admiración al ver el ejército que la rodeaba—. Soy Rafael, Su majestad —añadió e hizo una genuflexión.

—Gracias por venir —respondió Lucía quien antes de la presentación de Rafael, adivinó de quien se podía tratar.

Una vez se divulgó la masacre de la familia real, Luis el mensajero del Programa Visitantes, partió de inmediato desde Andalucía hasta San Francisco de Asís, rumbo al nuevo portal a avisarle a Rafael lo ocurrido, no esperó autorización de Nicolás, pues la princesa Azucena le había pedido que si algo similar sucedía debía dar aviso a los visitantes de inmediato. Le tomó alrededor de tres días llegar a Cartagena, pues había una agitación general en toda la isla por lo ocurrido. Una vez atravesó el portal y llegó al castillo de San Fernando de Bocachica, debió tomar una embarcación para llegar al centro histórico de Cartagena.

Luis llegó, Rafael estaba en la sala sentado en una mecedora con las piernas extendidas sobre una silla plástica con una botella de cerveza en la mano, viendo un partido de fútbol. Era un hombre cercano a los cincuenta, alto, pasado de peso, inteligente y leal a la Corona, por eso se le confiaba la seguridad de los visitantes. Había hecho muchos contactos en el mundo entero, tenía una gran habilidad para hacer conexiones, que incluso conocía a Alexander, uno de los cazadores de la Monarca Azul.

Al enterarse Rafael de lo ocurrido, puso los pies en el suelo y dejó la botella en la mesa. Ese hombre apreciaba al rey más que a su vida, conocía a la familia real desde que eran niños. Enviudó de joven y nunca más se casó, no tenía hijos; así que tomó la propuesta de la reina Ana de proteger el portal. Lamentó profundamente su muerte.

—Traje armas del mundo exterior —dijo en un intento por restaurar la calma—. Estos hombres son oscurenses. Apenas notifiqué de la desgracia que había caído sobre la isla, dejaron sus labores y vinieron a proteger su tierra y a sus familias —añadió conmoviendo a Lucía.

—Gracias —expresó la reina mirándolos con alegría y el grupo bajó la cabeza en señal de reverencia; con ellos estaba también Luis—. Pero no comprendo, ¿por qué están aquí y no en Andalucía?

—Los rebeldes explotaron los túneles y sepultaron la entrada al portal —respondió Rafael—. Quisimos usarlo, sin embargo, no encontramos más que escombros. Usamos el portal de la selva, nos tomó un día llegar hasta aquí, planeábamos la forma más segura de llegar al Fuerte, pues los caminos están bloqueados y se estima que el ejército rebelde tiene alrededor de mil hombres.

Después de reunirse en privado con Rafael y los líderes de cada linaje para comunicarles su plan de ataque, la reina y el ejército engrandecido tomaron el tren hasta San José. Llegaron al campamento en Vista hermosa, donde las Clarisas permanecían encerradas con medio centenar de personas desde el incidente del 12 de febrero. La madre superiora, una legendaria centinela, los había proveído a todos de comida y ropa, y esperaba con paciencia la resolución de los conflictos en el reino.

—¡La reina está aquí! —anunció emocionada a una de las novicias al ver llegar el tren.

La madre superiora ordenó abrir las puertas del convento y muchos refugiados se unieron a la batalla por la libertad de su provincia.

—¡El tiempo ha llegado! —exclamó la religiosa desde el interior del convento—. ¡Acércate a mí, niña! —ordenó la mujer y extendió sus brazos hacia Lucía, ella se acercó, imaginaba que se trataba de la mujer que le había anunciado Magdalena que conocería—. El Señor te bendiga y te guarde, infunda en tu espíritu la valentía, de a tu mano la fuerza y te conceda la victoria —dijo haciendo una cruz en el aire frente a la joven.

El ejército de la reina se identificó con un pañuelo rojo atado como un brazalete en el brazo izquierdo. La reina fue vestida para la batalla final con ropas rojas y usaba el broche de la antigua reina Ana. Rafael le había llevado un chaleco antibalas moderno y delgado que pasaba desapercibido bajo su vestimenta y no le restaba movilidad.

«De las montañas vendrá su ayuda», escuchó interiormente Lucía un día antes del asesinato del rey.

CAPÍTULO XX

El ejército de Francisco provocó el desalojo de toda Andalucía y se situó un poco más al norte del gran lago. Tenía bloqueados los dos extremos del río, por ende, la entrada de cualquier embarcación a la ciudad. Su plan era tomar el Fuerte quien se sospechaba tenía un batallón escondido tras sus murallas, así que centró todos sus esfuerzos para la consecución de este objetivo, pues, una vez este cayera, no habría quien pudiera oponer resistencia a su poder.

Nicolás no pudo reclutar los soldados suficientes para una guerra de tal magnitud. Su ejército no superaba los quinientos hombres, Francisco se había encargado de ir disminuyendo el número de guardias reales significativamente. Muchos andaluces se marcharon por miedo a la guerra y quienes se quedaron a pelear, se refugiaron en el Fuerte. Ordenó colocar un centinela cada cincuenta metros alrededor de la muralla, por tanto, ciento ochenta guardias velaban por la seguridad del ejército.

El rey, en un anuncio por radio, mandó levantar frentes en cada provincia de cada estado, invitó al pueblo a luchar y a resistirse. La radio y la prensa utilizó su poder de divulgación de la información para llevar el mensaje a cada rincón del reino para evitar que las torres fueran derribadas y los periódicos destruidos. Se unieron al rey en la batalla, Samuel y Martín Bravo, Pedro Valencia, Samuel de Toledo; y los cuatro hijos de Ofelia Núñez: Pedro, Esteban, Leonardo y Agustín. El resto de la familia de los consejeros fue escoltada a San Pedro junto con muchos más.

Daniel, Felipe y Joaquín, también se quedaron con el rey. Se le unieron, además, sus dos tíos, José Antonio e Isaías, junto con los primos que estaban en edad de combatir. Fernando, el tío político de Lucía, llegó con ellos. El resto de la familia estaba resguardada junto con los parientes de Nicolás en Los Laureles. José, después de enterarse del asesinato de su nieta y bisnieto, de la traición de su nieto mayor y del rapto de la reina, dispuso todos los recursos que tenía disponibles para la guerra: él mismo gestionó la búsqueda y fabricación de armas para el combate, así como el envío de provisiones para la Guardia Real.

Juan llegó al Fuerte la misma noche que la reina lo envió. Nicolás estaba cerca del lago y lo vio salir. El rey se asustó. Unos guardias se acercaron con armas y el joven levantó las manos, tenía la botella en la mano izquierda y estaba cubierto por apenas por una camisa, pues acaba de cambiar de forma.

—Vengo de parte de la reina Luciana —anunció y Nicolás se acercó. Vio brillar el relicario de Lucía dentro de la botella, a causa de la luz de una linterna que apuntaba un guardia. Se acercó más al joven, haciendo caso omiso a las advertencias de los guardias y Juan le entregó la botella. El rey quitó el tapón de la botella con rapidez y dejó caer en la palma de su mano el relicario y el papel. Abrió el relicario con los ojos llorosos y después el papel. Se trataba de un dibujo de él y Lucía abrazados muy fuerte a la orilla de un lago. Se podía observar que ambos llevaban el anillo del rey y la reina. Al pie de la página, estaba la firma «Luciana Santacruz».

—¿Dónde está Luciana? —preguntó con el corazón agitado. Felipe acababa de llegar junto con otros guardias. Se acercó más al recién llegado al escuchar el nombre de su hermana.

—Está a salvo, Su majestad. Ella me ha enviado a usted con un mensaje —respondió Juan—. Le manda a decir que peleará por su familia, por la familia real, por el reino y por Abel.

—¡Está viva! —exclamó con alegría el rey. Felipe sonrió.

Nicolás pidió a los hombres que bajaran sus armas. No era difícil reconocer que se trataba de un niño. Juan le refirió todo cuanto sucedía, lo que generó un gran gozo en los guardias: la reina estaba viva, creaba un ejército y estaba lista para la guerra. El joven se sometió con paciencia y humildad al interrogatorio del esposo y los hermanos de la reina, en especial, de Daniel.

El Fuerte, convertido en el cuartel militar del ejército real, era la última esperanza de Oscuro. Los soldados fueron entrenados en el uso de armas de fuego y todo tipo de armas y explosivos disponibles. Días previos a la fecha marcada en la piel del rey, los centinelas avistaron un ejército de aproximadamente mil hombres acercarse por tropas a la ciudad de Andalucía.

—¿Cómo se ve ella? —le preguntó Nicolás a Juan después de entrenar en la arboleda.

—Triste, pero bien, Su majestad. Es una mujer fuerte. Aunque intente esconderlo la he escuchado llorar algunas noches. A veces le cuesta dormir, pero se muestra fuerte a los demás y está decidida a ganar la guerra —respondió y Nicolás sonrió.

El rey le pidió a Juan que se refugiara en el palacio durante la batalla, aunque lo dejó entrenar con ellos. Su sentir era igual al de Lucía, era solo un niño y no debía presenciar los horrores de la guerra.

Soldados del ejército real se disfrazaron de civiles antes de la llegada de los rebeldes y salieron hacia el centro de la ciudad fingiendo mantenerse escondidos en sus casas por miedo a la guerra; de modo que, en cuanto los rebeldes avanzaron hacia la plaza de Andalucía, estaban rodeados. Entre esos estaban Felipe y Samuel de Toledo, el cual estaba a cargo de la peligrosa hazaña. Cada pequeño grupo tenía un comunicador de radio y estaban a la espera de la orden del rey para atacar.

Al rayar el alba, el rey y su ejército se ubicaron afuera de la entrada sur del Fuerte. Nicolás usaba su uniforme de la Guardia Real. Le había entregado la insignia en forma de espada a Samuel y él usaba la de su padre, que tenía forma del escudo del reino. Usaba además el anillo real en el anular derecho, sostenía con valor un escudo plateado que estuvo expuesto largo tiempo en el gimnasio y su espada. Montaba en su fiel Valiente y Daniel estaba a su derecha.

—¡Por Oscuro! —gritó el monarca y los soldados avanzaron a la batalla. Los que estaban encubiertos en la ciudad, atacaron e inhabilitaron muchos explosivos. La embestida fue ardua: muchos soldados reales cayeron muertos y muchos más resultaron heridos. Las calles de Andalucía se empezaron a manchar de sangre. El ejército real peleaba con coraje y valentía, pero los rebeldes tenían mucha más experiencia en combate y los duplicaban en número.

El ejército de la reina navegó desde Babel río abajo, en una embarcación gigante que los místicos fabricaron en solo un día. Las sirenas y tritones los acompañaban desde el agua. En cuanto llegaron a Andalucía, los rebeldes ya no bloqueaban la entrada. Atracaron lo más cerca que pudieron del Fuerte y desembarcaron con rapidez resueltos a atacar de inmediato.

El ejército rebelde no esperaba ser atacado por la retaguardia. El grito «Por Oscuro», acompañado de aullidos, chillidos y luego por la repentina aparición de lobos enormes y personas con la capacidad de empujar a hombres por los aires, estremeció a Francisco, quien se apresuró a llegar al Fuerte.

Valiéndose de explosivos, los rebeldes derrumbaron la puerta principal. Nicolás se vio obligado a retroceder y cabalgó con prisa hasta el palacio. Subió al balcón de la habitación de su padre, donde había ya varios guardias, entre esos Joaquín, preparados con lanzamisiles que el rey Leonard tenía guardados en su salón privado. Nicolás tomó uno y se adelantó hasta apoyarse en la barandilla a la espera del mejor disparo.

En tanto los rebeldes estuvieron lo suficientemente cerca del palacio, el ejército real disparó.

Gustavo Lozano cayó junto con otros hombres. Entonces, los rebeldes que parecían multiplicarse cada vez más, dispararon un proyectil haciendo colapsar el balcón donde estaba Nicolás. Algunos guardias reales alcanzaron a entrar al palacio, pero otros cayeron al desplomarse la estructura, incluyendo al rey. De repente, una paloma dorada fue hacia él, lo atrapó sobre su espalda y esquivó con sus alas los asiduos ataques de los rebeldes, lo llevó a un lugar seguro. Lucía alcanzó a ver a lo lejos el aleteo de la gran ave y supo que había llegado el momento.

—No podemos permitir que Francisco tome el Fuerte —dijo a Pedro, quien peleaba cerca de ella. La criatura se agachó y la princesa se subió a su lomo marrón, entonces dio un gran salto y se abrió paso en medio de la reñida batalla; Adela los siguió.

La reina entró al Fuerte y se detuvo en la entrada del palacio. Los rebeldes aún no habían avanzado hasta ahí. Lucía saltó del lomo del lobo y se arrodilló de espaldas a la guerra. Colocó sus manos en el suelo y empezó a crear frente a ella una muralla de raíces espinosas y fuertemente entrelazadas que extendió desde el lago hasta la muralla este del Fuerte. Después, tomó dos piedras pequeñas que había traído con ella, las frotó e hizo una fogata.

—Ahora están atrapados —anunció levantándose exhausta—. Ningún rebelde debe atravesar este muro —añadió viendo cómo se acercaba una tropa.

Francisco enfureció tanto que envió a una tropa a asesinar a la reina. Lucía desenvainó de nuevo su espada y junto a Adela y Pedro empezó a combatir a los rebeldes. Los sediciosos retrocedían ante los ataques mortales de los lobos y ante el temor que le producía Lucía al lanzarles bolas de fuego. De repente, se les unieron a los rebeldes veinte hombres más. Le dispararon sin descanso a Adela hasta que la hirieron de gravedad. Lucía utilizó el control del aire y la empujó hacia el otro lado del muro justo en el momento en que escuchó la detonación de una granada. Pedro resultó herido y aunque Lucía logró usar el aire para alejar las metralhas, algunas lograron lastimarla en el rostro y los brazos.

La joven corrió hacia el lobo quien se inclinó permitiéndole subir de nuevo a su lomo. Escaparon hacia el sur, en dirección al lago. Los rebeldes dispararon hasta que se les acabaron los proyectiles, pero alcanzaron a herir a Pedro en el muslo y en el costado. El lobo no pudo avanzar más y cayó sobre la hierba. Lucía rodó unos metros más que él.

—¡Escapa! —ordenó la reina al ver que los rebeldes se acercaban para matarlo. El lobo la miró exhausto, no tenía intención de abandonarla. Entonces la joven todavía de rodillas, con el control del aire lo empujó hacia el lago y el agua que salpicó al sumergirse la convirtió en carámbanos de hielo y la lanzó como balas a los rebeldes que se acercaban. Sin embargo, esta hazaña abarcó toda su atención y consumió mucha energía, antes que pudiera escapar, tenía un espada en el cuello y dos rebeldes más la sujetaban de los brazos. Francisco se acercaba a ella sobre un enorme caballo.

Daniel al advertir que el rey estaba a salvo, se dirigió hacia la entrada sur del Fuerte. Estaba a más de medio kilómetro de la reina. El ejército real estaba agotado y comenzaron a dispersarse. Él los reunió y les infundió valor para continuar la batalla, además, procuraba poner a salvo a los heridos.

Samuel estaba con Felipe en el centro de la batalla cuando advirtieron la llegada del ejército de la reina. Los lobos, sirenas y tritones eran implacables en sus ataques, lo mismo que los humanos que portaban el pañuelo rojo en favor de la reina. Rafael destacaba entre ellos. Los místicos desempeñaban un papel pasivo, pero importante: inmovilizaban a los niños que participaban en la guerra en favor de los rebeldes, destruían explosivos y armas y sanaban a los heridos; lo que los dejaban vulnerables a ataques. Pedro Valencia, Esteban, Leonardo y Martín

Bravo se unieron en su defensa.

Los rebeldes viéndose acorralados intentaron escapar por el norte. Fue así como Daniel y los guardias que estaban fuera del Fuerte sintieron recrudecer la batalla. No había personas con dones excepcionales junto a ellos, lo que hacía difícil resistir el embate de los rebeldes aterrorizados.

—Si respira más de lo habitual le cortan la garganta —ordenó Francisco antes de acercarse más a ella— ¡Eres un monstruo! —exclamó con desprecio—. Eres aún más perversa que yo: jamás se me hubiera ocurrido asesinar de la forma tan retorcida en lo que lo hiciste. ¿Por qué no mueres?, ¿acaso eres inmortal?, ¿cuántas veces debo matarte?

—¿Está asustado? —preguntó Lucía mirándolo a los ojos. Francisco se estremeció.

—Debí haberte matado en Babel —dijo, mientras desenvainaba su espada.

—¿Y qué pasó?, ¿Sebastián intercedió por mí? —preguntó con desdén.

—Ese infeliz ya está en el infierno, donde van los traidores —respondió. Francisco apuntó la espada al corazón de la joven.

—Esta vez no fallaré —dijo, iba a dar una estocada, en ese instante Alejandro apareció con su arco y disparó dos flechas: una al pecho de Francisco y otra a la garganta del rebelde que tenía la espada sobre el cuello de Lucía, iba a dispararle a los demás, pero Gustavo II Lozano le disparó en la frente.

—¡No! —gritó Lucía y zafó sus brazos de los rebeldes que la tenían sujeta, tomó su espada los mató y a aquellos que se acercaron a detenerla, pero estaba tan cansada que sus movimientos eran poco precisos. Francisco se sacó la flecha que tenía incrustada en el pecho con ambas manos; la herida era mínima: llevaba una armadura bajo su camisa. Los rebeldes volvieron a someter a Lucía. Ella lloraba y veía el cuerpo de su hermano en el suelo. De repente, Nicolás apareció en la paloma dorada. Lucía se zafó de los rebeldes y el guardián con sus garras levantó a los dos hombres y los lanzó sobre el lago, del cual saltaron las sirenas y los tritones a tomar parte en la batalla.

Francisco corrió despavorido lejos del lago y Nicolás bajándose de la paloma, desenvainó su espada y lo alcanzó. Combatieron los dos a espada y Lucía vio recreada su visión: Gustavo II Lozano, quien se escondía detrás de un grupo de rebeldes más atemorizados que él, le apuntó con el arma a Nicolás, pero la joven lo empujó con el aire cerca del muro, recibiendo ella la bala en su cuerpo, pues estaba en la línea de tiro.

Francisco, al verla caer fue por ella y Gustavo II Lozano junto con otros rebeldes se acercó a Nicolás.

—¿Está cansado, Su majestad? —preguntó mientras Nicolás se ponía de pie, miró a Lucía acostada en el piso y a Francisco que se acercaba a ella, empuñó su espada con fuerza, atacó.

Gustavo era igual de bueno para la lucha que Sebastián y mucho mejor que su hermana. En el pasado los cuatro solían practicar con frecuencia en el gimnasio del palacio, pero aquella no era una práctica: se trataba de un duelo de vida o muerte. Cuando Gustavo se sintió exhausto, ordenó a los cinco hombres que estaban con él que lo atacaran. Nicolás les hizo frente, pero fue herido en varias ocasiones.

—¿Cómo es que estás viva? —le preguntó Francisco sorprendido cerca de ella, se arrodilló para tocar su pecho y sintió el chaleco bajo su ropa. Lucía sentía mucho dolor, el proyectil estaba dirigido a su corazón, le costaba respirar. El hombre se echó a reír —. Mira a tu marido —dijo volteándole la cabeza con brusquedad—, hoy es el día de su muerte. Se resiste a su destino, pero no tardará en alcanzarlo, tu ejército de monstruos no lo salvará —continuó—. Hubiera sido más

fácil que lo asesinaras tú, hubieras tenido más clemencia. Una mística, quizás pariente lejana tuya, me dijo que me matarías, pero ella murió primero y ahora morirás tú —añadió, confiaba plenamente en su victoria y colocó la espada sobre el cuello rasguñado de Lucía.

—¿Una última palabra antes de ver a tus padres?

—Yo Luciana Santacruz, reina de Oscuro, te maldigo Francisco —dijo y el hombre se estremeció tanto que ni siquiera se atrevió a deslizar la espada por su garganta para callarla—. Te expulso de la isla porque tu corazón impuro la mancha... Te expulso por la sangre inocente que has derramado... por la sangre de mis padres y de mis hermanos y... por la sangre inocente de mi hijo... ¡Nunca más volverás a lastimar a nadie! —añadió y del lago salió la gran serpiente quien se apresuró hacia el hombre. Lo mordió y lo arrojó lejos de Lucía. La mirada de Francisco reflejaba el pavor que sentía. La joven haciendo un gran esfuerzo, tomó el arco de Alejandro, preparó una flecha y le disparó en el muslo, en el mismo lugar donde hacía catorce años lo había apuñalado. La serpiente lo devoró entero.

Los guardias que habían quedado encerrados del otro lado del muro, con ayuda de Adela, se las arreglaron para volver a la batalla. Joaquín corrió de inmediato a apoyar a Nicolás y la pelea se hizo más justa. Gustavo volvió a atacar, pero Nicolás lo atravesó con la espada.

El miedo de los rebeldes aumentó con la muerte del temido Francisco. Los rebeldes avanzaban rumbo al norte para escapar del implacable ejército de la reina que atacaba la retaguardia. Daniel y los que peleaban junto a él, intentaron detener a cuantos podían, pero eran demasiados. Lo que no esperaban los rebeldes era ser recibidos por sirenas y tritones.

Nicolás corrió hacia Lucía y la puso a salvo cerca del muro. Los rebeldes corrían desesperados hacia ellos para huir de la serpiente y la paloma, quienes devoraban y desgarraban a aquellos que no portaban el uniforme real o no tenían el pañuelo rojo en el brazo. Sin embargo, a pesar de la intervención de los guardianes en la batalla, eran numerosos los rebeldes y estaban provistos de armas letales.

Lucía tenía mucho dolor y se sentía incapaz de participar en la batalla de nuevo. Permanecía sentada viendo cómo Nicolás y los guardias reales peleaban junto a las sirenas y tritones. Era terrible para ella ver cómo se asesinaban entre sí: como unos procuraban matar a los otros de todas las formas y con todos los medios posibles. Se sintió miserable. Aquello era tan primitivo, tan oscuro. Quería parar la guerra, estaba decidida a levantarse y pedirle a todos que se detuvieran, que no pelearan más; pero de pronto, escuchó el disparo de varios proyectiles. Nicolás corrió hacia ella y la protegió con el escudo, lo que hizo que el quedase expuesto. La paloma voló hacia ellos y los cubrió con sus alas, pero Lucía, bajo el abrigo de su esposo y del guardián, distinguió a Alicia, Susana y Joaquín justo en el blanco de los explosivos. Algunos empezaron a correr hacia el lago, las bombas habían apuntado a varias direcciones y muchos no lograrían evitarlas.

Con prisa, la reina salió de la protección del guardián. Se levantó, elevó sus brazos y desvió todas las bombas hacia el cielo. Nicolás la siguió, pero no se interpuso. Una vez las bombas detonaron y las metrallas empezaron a caer, las lanzó sobre los rebeldes como proyectiles. Apuntaba a las extremidades y los obligaba a inclinarse y rendirse. No se detuvo hasta no advertir que ningún rebelde se atrevía a levantar la cabeza.

La serpiente se irguió junto a la reina y la paloma extendió sus alas hacia el cielo junto a Nicolás. Quienes tuvieron la oportunidad de ver aquello, se estremecieron.

El grito de victoria inundó el ambiente. Lucía quiso sonreír, pero realmente lloró. Estaba exhausta, jadeaba. Nicolás la abrazó y besó en la coronilla.

—¿Estás herido? —preguntó tras lograr reponerse.

—Estoy bien —respondió y ella acarició su rostro sonriente.

El Fuerte se tiñó de sangre y parte de la muralla quedó destruida. Los hospitales colapsaron de heridos. Con ayuda de los místicos, los baños de las sirenas y la saliva de los lobos, muchos heridos en batalla se salvaron. El rey ordenó poner bajo custodia a los rebeldes sobrevivientes para ser juzgados ante la ley. Aquel mismo día, la estación del tren empezó a funcionar y la noticia de la victoria de la Corona llegó a cada provincia del reino. Los desplazados regresaron a sus tierras, donde había escombros y sangre, pero finalmente, paz.

Lucía se reencontró con Felipe y Daniel quienes la buscaron apenas acabó la batalla. Fue terrible para ellos enterarse de la muerte de Alejandro a quien Daniel no había visto desde el campamento y a quien Felipe no había vuelto a ver desde la vez que escapó con Lucía de la cabaña. Los cuerpos fueron conservados en un acto de salvaguardar la dignidad de los fallecidos, en lo que se organizaba los funerales correspondientes. Nicolás decidió donar para el funeral las rosas del invernadero de la reina, que permanecían intactas a pesar de que las paredes de cristal estaban rotas.

Lucía deshizo el muro de raíces que había creado y los reyes pasaron la noche en el palacio. Acogieron a muchos combatientes en las habitaciones para huéspedes, mientras que otros acamparon afuera. Era ya más de medianoche. Nicolás tomó un baño, mientras que la joven, quien ya lo había tomado, preparó la habitación que no había sido aseada en semanas. Cambió las sábanas y abrió la puerta del balcón que daba hacia el norte. El aire que respiró fue diferente: mucho más liviano y tranquilo.

—Temí nunca más volver a tenerte en mis brazos —dijo Nicolás abrazándola por la espalda.

—Yo también lo temí —respondió ella girándose entre sus brazos—. Lamento todo lo que has tenido que pasar. Perdón por no haber estado aquí.

—No sigas culpándote por situaciones que no dependen de ti —la reprendió con cariño.

—Como deseo no haber tenido que vivir nunca una guerra —dijo con lágrimas en los ojos—. Mis manos están manchadas de sangre. Los místicos son de naturaleza pacífica, tengo miedo de volverme agresiva y lastimar accidentalmente a alguien. Tengo miedo de no tener mi corazón en paz.

—Yo también deseo que nunca hubiéramos tenido que pelear una guerra —dijo y le acarició el rostro que aún llevaba los vestigios de la misma. Tenía unos pequeños cortes en su cara, pero ella no permitió que los místicos la sanaran, pues además de considerarlo innecesario, le parecía importante que fuera su cuerpo mismo quien cicatrizará las heridas de la batalla—. Mis manos también están manchadas de sangre —añadió. Lucía besó la palma de su mano.

—Estas manos salvaron muchas vidas —replicó con dulzura y Nicolás sonrió y después besó sus manos.

—Y estas manos acabaron la guerra—. Lucía sonrió.

—Eres lo más bueno que he conocido en la vida —dijo y recostó su cabeza en su pecho. Él la rodeó con sus brazos—. Seguro querrás saber muchas cosas —añadió después de un rato.

—No, no hoy, no ahora. Solo me interesas tú —dijo y ella lo abrazó con más fuerza—. Padre me entregó la Corona la última vez que lo vi —confesó y ella levantó la cabeza del pecho de su esposo para verlo a los ojos—. El pueblo quiere que continuemos en el poder, ¿tú que deseas hacer?

—Siempre quise vivir contigo una vida sencilla —respondió después de un rato—. No me gusta vivir en el Fuerte: es tan grande, tan poco acogedor, hay tantos sirvientes... pero después

de lo que ha pasado siento que tengo una obligación con nuestro padre, con Azucena, con mi familia y con el reino. Les prometí a los linajes que estarían a salvo en su tierra y reconozco la tendencia del hombre a olvidarse de las promesas que hizo en tiempos de crisis. Solo una mística en el poder garantizará su protección.

—Eso es cierto —comentó Nicolás mientras acariciaba su rostro.

—¿Tú qué quieres hacer?

—Yo nunca he querido ser rey —respondió—. El poder corrompe al hombre. No obstante, siento que es mi deber aceptar esta Corona.

—Lo único que importa es que estaremos juntos y no volveremos a separarnos. Así sea que vivamos aquí en el palacio o en cualquier otro lugar, tú serás mío y yo será tuya, para siempre —dijo y Nicolás sonrió. Los esposos se besaron y acariciaron como quisieron haberlo hecho aquellas noches en la que la maldad los separó.

CAPÍTULO XXI

Los héroes de la guerra fueron honrados en una gran ceremonia en lo que una vez fue el Fuerte: Julián, Alejandro, Miguel, Manuel y tantos otros que dieron su vida por la Corona. Lo que había sido destruido por la guerra fue restaurado. En cada provincia del reino se erigió un monumento de piedra con el nombre de los caídos en el lugar de la masacre. Las víctimas de delitos sexuales denunciaron a sus agresores y estos pagaron con la pena máxima: cadena perpetua, por tan execrable delito. Los condenados fueron obligados a realizar trabajos para reparar lo que habían hecho, lo mismo hombres que mujeres. Esmeralda y su nieta pudieron ser libres, así como tantas otras.

Dominga Guerrero, apenas se enteró que los rebeldes habían perdido la guerra, y su hijo y esposo habían caído en batalla, decidió irse de Oscuro con su nuera y su nieto. Tomaron uno de los tantos barcos que se habían preparado en San Pedro y se fueron con tres servidores de la isla. Rafael, con deseos de hacer justicia a la familia real, los buscó sin descanso hasta que los encontró en Bogotá, Colombia. Encontró a las mujeres en un parque cerca de un sector residencial de estrato medio. Natalia jugaba con el niño en un columpio, mientras que Dominga estaba sentada en una banca con la mirada triste y perdida. De no estar seguro que eran ellas, no las habría reconocido: sin sus joyas y su característica vestimenta elegante, parecían otras personas.

—No es como estar en su tierra —comentó Rafael sentándose a su lado. Ella se asustó y se puso de pie de inmediato. Natalia la vio ponerse de pie y el brillo del anillo plateado de Rafael, la estremeció. El hombre también se puso de pie. En el fondo sentía pena por su condición—. Intento convencerme que usted no sabía nada de lo que planeaban su esposo y sus hijos, porque de lo contrario creo que estaría ante la mujer más perversa que haya conocido.

—No tienes autoridad aquí —respondió con desdén.

—Tengo autoridad en todas partes.

—¿A qué ha venido? —preguntó Natalia acercándose a ellos.

—Ese es un hijo de Oscuro —indicó Rafael al mirar al niño que había dejado su madre en el columpio.

—¡Es mi hijo! —replicó la mujer.

—El niño siempre será bienvenido en la isla, sin embargo, ustedes nunca más volverán a entrar si no atraviesan la barrera. Se les condena a vivir en este lugar por el resto de sus vidas. Tienen prohibido mudarse y si lo hacen o intentan escapar, yo lo sabré, vendré por ustedes y las llevaré a Oscuro a cumplir su condena en prisión perpetua —dijo con voz tan solemne que las asustó—, deben además guardar el secreto de la isla, de lo contrario, me encargaré que paguen su condena en una prisión de aquí o peor aún, en un sanatorio —añadió y ante la palidez en el rostro de las mujeres, les dio la espalda para marcharse. No había dado tres pasos, Dominga habló.

—Los sirvientes que vinieron con nosotros nos robaron y escaparon. Fueron tres: dos mujeres y un hombre.

—Lo sé. Los encontré y fueron deportados a Oscuro a pagar su condena —respondió sin mirarlas y se fue antes de cambiar de decisión y ser menos clemente.

Los linajes decidieron expandirse en el reino: las sirenas y tritones se mudaron a San Pedro, los lobos se quedaron en las montañas de Babel, los místicos bajaron a San Francisco de Asís y

cuidaron del portal. El padre Jorge fue encontrado muerto, al igual que otros sacerdotes; pero en su caso, su muerte no fue sino una excusa para poder ausentarse, pues ya se empezaba a notar que no envejecía. Días antes de fingir su muerte, el sacerdote se presentó ante los reyes y les comunicó su decisión de marcharse de la isla y sobre cómo había usado el portal para salir y entrar a Oscuro durante los últimos dos siglos. Aconsejó y bendijo a los esposos antes de irse.

Los críticos dudaban de la capacidad de los reyes para gobernar Oscuro. Algunos consejeros como Pedro Valencia, Samuel Bravo y María Ester los consideraban muy jóvenes para tan alto cargo, a pesar de haber guiado y ganado la guerra. Sin embargo, nunca harían nada para evitar que se mantuviera en el trono, por el contrario, procuraban estar cerca de ellos y guiarlos. Además, ninguno se atrevía a contrariar a aquellos capaces de controlar a los guardianes y menos, a una reina que era una mística.

El sábado 16 de agosto Nicolás y Lucía fueron coronados oficialmente como los reyes de Oscuro en una ceremonia que abrió un nuevo capítulo en la historia de la isla. Las murallas del Fuerte fueron derribadas por completo y sustituidas por rejas y altos arbustos. El portal bajo el Fuerte fue desbloqueado y el tren y el túnel fueron reconstruidos. El Capitolio fue derribado y construido en el centro de Andalucía. La capilla se convirtió en una catedral, quedó en el mismo lugar, pero fuera del espacio real y detrás de ella se conservó el cementerio real que quedó abierto al público. Implosionaron el palacio, conservaron los libros del antiguo rey y en su lugar fue construida una mansión más pequeña y acogedora, con grandes salones, una colosal biblioteca y un estudio. Tenía menos empleados y albergaría a una sola familia. En el espacio que ocupaba el Capitolio fue construido un gran jardín y conservaron el inmenso lago.

El tiempo pasó y los esposos se consolaron uno al otro. Progresivamente, la vida en Oscuro retornó a la normalidad, aunque fue difícil lidiar con la ausencia de los que ya no estaban. Jerónimo, quedó encargado de la seguridad de la mansión real. La familia de Nicolás los visitaba con frecuencia, así como la de Lucía y sus hermanos. Los esposos paseaban juntos por la arboleda todas las tardes. Algunas noches, la joven sorprendía a su esposo que lloraba frente al altar de un pequeño oratorio que habían mandado a construir, otras noches era él quien la sorprendía a ella despertándose aterrada por las pesadillas.

Julietta se fue de visitante, programa que siguió a cargo de Rafael quien volvió a Cartagena. La Academia Real fue dirigida por Juan Valencia, quien con mayor confianza en sí mismo, puso sus ojos en una bella provinciana. Samuel permaneció como jefe de la Guardia Real y desposó a una mística a quien le obsequió el cuadro que Lucía había pintado para Julián. Felipe regresó a su tierra con su madre y sus hermanos; ampliaron el restaurante y se convirtió en un maravilloso cocinero.

Lucía obsequió la casa de su infancia para que fuera uno de los tantos museos en Oscuro, así mismo hizo Daniel con la cabaña en la cual crecieron y dónde después se encontró enterrado el dueño, quien había sido un visitante alguna vez. Isabel fue a la universidad a estudiar enfermería; su tío, quien los había vendido, fue uno de los rebeldes caídos en batalla, así que recuperó la casa de sus padres; su temperamento cambió y se mantuvo cercana a sus hermanos. Felipe nunca la vio como mujer y ella por fin lo aceptó al enterarse que conoció a alguien más: a Alicia, la sirena.

Daniel, el hombre que sin saber cambió el curso de la historia al conservar la vida de Lucía, compró una casa en una provincia del Valle de Santa María y vivió ahí con Amanda, a quien finalmente desposó y su hijo, a quien llamó Julián Alejandro. Se mantuvo ejerciendo como guardia real, así como había prometido al rey Leonard.

Una de las primeras decisiones que tomaron los nuevos reyes, fue compartir la existencia del mundo exterior con los habitantes de la isla. Algunos pocos decidieron marcharse conscientes de no volver a menos que atravesaran el domo, pero la mayoría prefirió la vida en la isla.

Nicolás llegó del Capitolio en un auto real. Usaba su brillante anillo real junto al de matrimonio, la reja fue abierta por los guardias y al entrar, le pidió al conductor que se detuviera y prefirió caminar. Era una fresca tarde, la brisa era suave y agradable. Caminó hacia el lago y vio a Lucía de lejos sentada en un banco, pintaba en un lienzo el Cristo roto que le había descrito Alejandro en San Pedro. Ella portaba también, en su anular derecho, junto a su anillo de matrimonio, el anillo de la reina. Su hija Ana Lucía quien tenía ya cinco meses de edad permanecía a su lado en un coche y estaba embelesada con unas blancas plumas que su madre hacía girar en círculos sobre ella. Pensaron en llamarla Aurora, pero no querían que su hija tuviera la suerte de la bella durmiente, así que coincidieron en que una parte del nombre vendría de la familia del padre y otra de la de la madre, de modo que la llamaron Ana Lucía.

—¿Por qué estás tan quieto?, ¿acaso no te he hecho suficientes retratos? —preguntó Lucía sin mirarlo: sabía que estaba ahí. Él se acercó y la besó en el cuello y luego un poco más arriba y luego un poco más, hasta llegar a sus labios. La joven dejó caer las plumas sobre la niña.

—Me gusta contemplarte al pintar —respondió haciéndola sonreír.

—Mira lo que hiciste —replicó hacia Ana Lucía. Levantó las plumas y acarició el rostro de la bebé con ellas. Él la abrazó por la espalda y la besó en la mejilla mientras que observaba a su esposa haciendo sonreír a la bebé.

—¿Aún te arrepientes de haberme conocido en aquella tierra? —le preguntó— ¿Aún maldices el día de nuestro encuentro?

—No sé qué sería de mi vida si no te hubiera encontrado —contestó—. No imagino una vida sin ti—. Él sonrió.

—¿No te parece maravilloso nuestro hogar ahora? —preguntó acercándose a la criatura y acariciándola con suavidad en la mejilla—, ya no hay tantos sirvientes, tienes libertad de hacer lo que te plazca. No es una prisión.

—Me es agradable —respondió con simulada indiferencia.

—Mientes. Te encanta —la acusó.

—El rey y sus preguntas. ¿Nunca vas a dejar de investigarme?

—¿Por qué lo haría? Si lo único que deseo es conocerte para amarte cada día más —respondió y ella se sonrojó.

Lucía dejó el pincel en el caballete, se levantó de la banca y se alejó de él para respirar el aire puro de los árboles del lago. Su cabello bailaba al compás del viento. El entorno inspiraba paz y tranquilidad, como un pedacito de cielo en la tierra. El esposo la admiraba.

—¡Te amo, Lucía! —gritó Nicolás y ella se giró hacia él.

—Yo no lo amo, Su majestad —respondió sonriente.

—¿Qué te he dicho sobre llamarme así? —preguntó y ella sonrió—. ¿Ahora sí te quedarás a vivir conmigo?, ¿no vas a intentar huir de mí?

—Si me atrapas, me quedaré contigo para siempre —lo retó y empezó a correr alrededor del lago con rapidez. Él la vio correr complacido por unos segundos; estaba feliz. Le dio un beso en la frente a su pequeña y corrió detrás de su esposa. La joven procuró enlentecer sus pasos en varias oportunidades con el control del aire, pero a pesar del desafío, Nicolás no tardó en alcanzarla. Ambos tropezaron y cayeron sobre la hierba. Él cayó sobre ella en medio de risas.

—Eres mía, tramposa —dijo y apartó el cabello de su rostro.

—¿Para siempre? —preguntó Lucía jadeante.

—Para siempre —respondió Nicolás y la besó. La joven dejó caer nuevamente las plumas sobre su bebé.

EPÍLOGO

Elizabeth se liberó de los brazos de los cazadores de la Monarca Azul y corrió hacia el cuerpo agonizante de Alexander, su esposo; este había matado a cinco de ellos antes que siquiera le dispararan. Ella tenía siete meses de embarazo, estaba asustada: era consciente que nadie conocía su ubicación ni vendría en su ayuda.

—¡Alex, no cierres los ojos!, ¡Alex! —suplicaba de rodillas a un hombre de ojos verdes y barba corta.

—¡Te amo! —expresó mirando con angustia la generosa melena castaña y los deslumbrantes ojos azules de su joven mujer.

Uno de los dos cazadores levantó de nuevo su arma y la apuntó hacia el hombre.

—Pudimos haber hecho esto de la manera sencilla —señaló y cuando iba a presionar el gatillo, él y su compañero salieron expulsados del barco por una capa traslúcida. Los esposos habían atravesado el domo. Todavía existían personas de corazón puro en el mundo exterior.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco en primer lugar a Dios por permitirme terminar este libro. A mis padres, Narly y Pedro por su apoyo incondicional. A mis hermanos: Susana, Pedro Luis y Juan Camilo, quienes escucharon y leyeron versiones tan variadas de esta historia y a mi madrina Farides, quien ha apoyado hasta mis planes más disparatados y a quien le prometí mencionarla al publicar mi primer libro.

Además, quiero dar las gracias a Calixta Editores por haberme permitido hacer parte de su equipo y darle la oportunidad a esta historia de salir a luz.

Contenido

<u>PREFACIO</u>	<u>11</u>
<u>CAPÍTULO I</u>	<u>13</u>
<u>CAPÍTULO II</u>	<u>26</u>
<u>CAPÍTULO III</u>	<u>39</u>
<u>CAPÍTULO IV</u>	<u>56</u>
<u>CAPÍTULO V</u>	<u>69</u>
<u>CAPÍTULO VI</u>	<u>88</u>
<u>CAPÍTULO VII</u>	<u>102</u>
<u>CAPÍTULO VIII</u>	<u>114</u>
<u>CAPÍTULO IX</u>	<u>128</u>
<u>CAPÍTULO X</u>	<u>144</u>
<u>CAPÍTULO XI</u>	<u>163</u>
<u>CAPÍTULO XII</u>	<u>173</u>
<u>CAPÍTULO XIII</u>	<u>184</u>
<u>CAPÍTULO XIV</u>	<u>197</u>
<u>CAPÍTULO XV</u>	<u>211</u>
<u>CAPÍTULO XVI</u>	<u>226</u>
<u>CAPÍTULO XVII</u>	<u>242</u>
<u>CAPÍTULO XVIII</u>	<u>254</u>
<u>CAPÍTULO XIX</u>	<u>267</u>
<u>CAPÍTULO XX</u>	<u>282</u>
<u>CAPÍTULO XXI</u>	<u>292</u>
<u>EPÍLOGO</u>	<u>297</u>
<u>AGRADECIMIENTOS</u>	<u>299</u>

Haz parte del

CLUB DE

GATOS *vip*



y podrás obtener descuentos y más
beneficios en tus próximas compras

Encuétranos como
CALIXTA EDITORES



www.calixtaeditores.com

Crónicas del Reino Oscuro



Table of Contents

PREFACIO	
CAPÍTULO I	
CAPÍTULO II	
CAPÍTULO III	
CAPÍTULO IV	
CAPÍTULO V	
CAPÍTULO VI	
CAPÍTULO VII	
CAPÍTULO VIII	
CAPÍTULO IX	
CAPÍTULO X	
CAPÍTULO XI	
CAPÍTULO XII	
CAPÍTULO XIII	
CAPÍTULO XIV	
CAPÍTULO XV	
CAPÍTULO XVI	
CAPÍTULO XVII	
CAPÍTULO XVIII	
CAPÍTULO XIX	
CAPÍTULO XX	
CAPÍTULO XXI	
EPÍLOGO	
AGRADECIMIENTOS	